NEREA PASCUAL

AMOR FUERA de SERIE



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Créditos

Amor fuera de serie

Nerea Pascual

matchstories

Para todas aquellas personas que no tienen un objetivo claro y se dejan llevar por las oportunidades que les brinda la vida.
No olvides que eso también es completamente válido, aunque a veces pueda dar un poco de vértigo.

Nota de la autora

Antes de empezar a leer, me gustaría dedicaros unas palabras.

Si sois nuevas por aquí, es decir, si es la primera vez que vais a leer una de mis novelas, bienvenidas, y gracias por querer dedicar vuestro preciado tiempo a leerme. Espero de corazón que la disfrutéis.

Para quienes leyeron mi primer libro, *Cuando el cielo se vuelva amarillo*, también tengo algo que deciros. ¿Cómo iba a olvidarme de vosotras?

Lo primero, gracias por el cariño que ha recibido y sigue recibiendo cada día desde que se publicó. Por todo ese apoyo me he sentido capaz de volver a escribir. Sin vosotras, sin cada mensaje, cada reseña, cada vídeo..., nunca habría perdido el miedo a seguir haciendo algo que me llena. De nuevo, gracias por brindarme la oportunidad de continuar escribiendo.

Por otro lado, quiero comentar que con esta novela no necesitaréis «clínex y psicólogos» (expresión que he oído en firmas y leído en miles de comentarios). Con esta historia me he reído, he disfrutado y, sobre todo, he desarrollado mi lado más creativo, cosa que disfruto muchísimo como buena piscis que soy. Así que preparad una manta o un ventilador (según cuándo estéis leyendo esto), vuestra bebida favorita, un lugar cómodo, y disfrutad de la lectura.

MUY IMPORTANTE:

No asumo la responsabilidad de escribir sobre hombres que no existen en la vida real. Si conocéis a alguno así..., ¡qué suerte tenéis, queridas!

Un abrazo,

NEREA

1



Olivia

Mi vida es un desastre. Bueno, más bien, yo soy un desastre. Por lo que, en consecuencia, mi vida también lo es. Queda bastante poco de aquella chica que se mudó al otro lado del globo terráqueo, me entristece pensarlo. Han bastado dos años y medio para replantearme mi existencia y creer que de verdad estoy perdiendo el tiempo.

Cuando llegué, nunca imaginé que me quedaría tanto. Tenía miedo, nunca me había alejado demasiado de mis padres y, siendo muy sincera, no sabía ni freír un huevo. Mi tío y mi padre me acompañaron. Pasamos una semana maravillosa en la que, nada más poner un pie en Nueva York, nos volvimos la típica familia de turistas con un «Hola, soy guiri» escrito en la frente. Supongo que el hecho de que mi padre se comprara una corona de la Estatua de la Libertad de corchopán y se paseara con ella en la cabeza por toda la ciudad no nos ayudó en absoluto. Lo pasamos bien, demasiado bien.

Tanto que, cuando fui consciente de que ellos hacían las maletas para volver a España y yo me quedaba aquí, sola, entré en pánico.

Vine a pasar una temporada a la ciudad de los rascacielos por mi tío. Él vivió aquí parte de su juventud, y la nostalgia con la que hablaba de la Gran Manzana me hizo creer que tal vez, y solo tal vez, yo también podría crear mi propia historia en este lugar.

«Aprenderás inglés. Te vendrá genial, necesitas salir y ver mundo», me dijo mi tío para convencerme de que esto era buena idea.

«Me da mucho miedo quedarme aquí sola», respondí.

Mi tío Albert es como mi segundo padre; no tiene hijos y soy su primera sobrina. Aunque nunca lo ha dicho en voz alta para no ofender al resto de mis primos, nuestra relación siempre ha sido especial.

Gracias al poder de convicción de mi tío y con la excusa de que quería superar mi trauma con los idiomas —siempre fui una negada con el inglés en el instituto—, seduje a mis padres para que consideraran que mudarme a Nueva York un año era buena idea.

Mis padres, a los que adoro, no son idiotas. En el fondo sabían que una parte de mí pedía auxilio, una salida. Mi vida se limitaba a mi familia, incluyendo a mi perrita Sopa —se llama así por mi comida favorita—, mis amigas y mi cámara. La verdad es que, cuando entré en la carrera de Comunicación Audiovisual, pensé que mis estudios me sumergirían en un mundo repleto de cámaras y creatividad, y aunque aprendí muchísimo sobre iluminación, edición y fotografía, al graduarme no me sentí satisfecha. Ese es otro de mis problemas, nunca me siento llena del todo. Tras la decepción de estudiar algo que no me había entusiasmado, creí que un cambio de aires, sobre todo en un sitio como Nueva York, me ayudaría a centrarme y dedicarme a lo que de verdad quería: ser fotógrafa.

—¿Cuándo tienes programado volver a España? —pregunta Maggie removiendo su *flat white* con vainilla, sacándome de mis pensamientos nostálgicos.

—En julio, cuando empiecen las vacaciones de verano. No puedo dejar tirada a Daisy, ni tampoco a los niños.

Daisy es mi jefa todas las tardes, una señora en edad de jubilarse que me acogió como a un miembro más de su familia al mes y medio de mudarme. Viví en una residencia de estudiantes el primer año y allí me enteraba de muchos trabajos a media jornada, perfectos para compaginarlos con mis clases de inglés. Así fue como conocí a Daisy y su preciosa librería en el Village. Ella buscaba a una persona trabajadora y con experiencia laboral en ese ámbito para que le echara una mano en la librería y que, además, fuera capaz de entretener a un grupo de diez o doce críos los lunes. Quería añadir un taller de cuentacuentos a las múltiples actividades semanales para fomentar la lectura en los más pequeños. Yo no tenía ninguna experiencia en ese campo, ni sabía cómo llevar un taller infantil de cuentacuentos, pero sí tenía ganas de trabajar y mi labia fue suficiente para convencerla. Para mí fue una suerte, porque, además, ¿qué mejor forma de aprender inglés que pasarme la tarde leyendo cuentos para niños? Nivel básico, lo que yo necesitaba.

—¿Y a mí sí me puedes dejar tirada? —refunfuña mi otra jefa y amiga—. ¿Qué voy a hacer sin mi mejor fotógrafa?

—No puedes decir que te voy a dejar tirada cuando te estoy avisando con algo más de seis meses de antelación.

—No es justo. ¿Qué puedo hacer para que te quedes? —pregunta usando un tono desesperado.

—Maggie, para mí tampoco es fácil. Nunca olvidaré que si sigo viviendo aquí es gracias a que te encontré y me ofreciste trabajo, porque con la librería no me alcanzaba, pero en julio hará tres años

que me vine y esto empieza a ser insostenible. No puedo esperar mi oportunidad como fotógrafa artística eternamente y echo de menos a los míos.

—Sabes que podrías quedarte y ganar mucho más si quisieras, solo tendrías que trabajar a jornada completa para mí. Amo tu trabajo, y los clientes también —lloriquea.

—No es solo por el dinero; mentalmente también me está costando.

Siempre he sido una persona muy familiar, nunca había estado más de dos días fuera de casa cuando me vine, exceptuando el viaje de fin de curso de segundo de bachillerato y el de final de carrera. Con lo que sudé para graduarme, no iba a perdérmelo.

Maggie es la razón por la que me he quedado más tiempo del que tenía planeado en Nueva York. La forma en la que nuestros caminos se cruzaron en el momento justo fue maravillosa. Ocurrió en el Little Ruby's, donde estamos en este instante. Se ha convertido en nuestro sitio especial. El día que la conocí, llevaba mi cámara encima. Daisy quería que la ayudara con las redes sociales de la librería a cambio de unos dólares extra y no podía rechazar su oferta. Pedí mi *chai latte* con hielo y, al sentarme en uno de los característicos sofás azules del lugar, una chica rubia se sentó frente a mí.

—¿Recuerdas cuando te encontré aquí? —Ahora es ella la que se está poniendo nostálgica—. Fue mi día de suerte, estaba tan desesperada...

—¿Cómo olvidar el día que una loca desconocida se acercó a mí preguntándome por mi cámara? Llevaba apenas tres meses en la ciudad y pensaba que me iban a robar —digo riéndome con ganas al recordar esa escena.

Maggie es la típica neoyorquina de las películas. Alta, pelo largo y rubio, ojos claros, cara de angelito, la popular *clean girl* que aparece en los *vlogs* de *influencers* norteamericanas. Vamos, todo lo contrario a mí.

—Acababa de abrir el negocio de mis sueños y no tenía nada —comenta dándome un golpe en el brazo—. En cuanto vi tu cámara supe que no podía perder la oportunidad de preguntarte.

Algo que admiro de ella desde que la conozco es lo directa que es. En nuestros dos años y pico de amistad, se ha lanzado de lleno a por todo aquello que quería..., como en mi caso, pues no todo el mundo se acerca a una desconocida para ofrecerle un puesto de trabajo. Con solo veintitrés años decidió montar GoodWed, su empresa de *wedding planner*, sin tener ni idea. Según ella, el sueño de su vida gracias a todas las películas *Barbie* que había visto de pequeña. Yo siempre he sido más de Bratz.

—Nunca olvidaré cómo me llamaste paliducha en toda la cara.

—¿Me lo reprocharás toda la vida? —responde con falsa indignación—. Solo dije que pensaba que las españolas erais más morenas. ¿Cómo iba a saber que eras de una ciudad en la que llueve todo el rato?

—Tranquila, lo arreglaste cuando empezaste a hablar a cámara lenta al ver que no entendía nada de lo que decías.

—Eras tan mona con tu acento español, parecías Rosalía hablando inglés. —Le da otro sorbo a su café—. Ahora tienes más acento neoyorquino que la mismísima Lindsay Lohan.

—Tampoco te pases —contesto poniendo los ojos en blanco al oír su exageración.

—Algo que no ha cambiado es lo buena que eres con la cámara —afirma sonriendo.

—Solo me regalaste los oídos aquel día, cuando te enseñé algunas de mis fotos, porque no tenías nada mejor.

—¡No soporto que no te valores! —exclama elevando la voz; esta vez su indignación es real—. Tienes una capacidad increíble para captar la energía de la gente. Te voy a echar mucho de menos cuando te vayas. —Me mira haciendo un puchero al pronunciar esas últimas palabras.

—Yo también a ti —respondo inclinándome para darle un abrazo.

Pensar en aquella historia siempre me trae muy buenos recuerdos, pero ahora la nostalgia y la tristeza me invaden. Casi no queda nada de aquella chica que llegó para vivir una aventura animada por su tío, pero que luego consideró la posibilidad de quedarse y abrirse camino como fotógrafa en Nueva York. Mi oportunidad no llegó, o ya pasó. Por eso tomé la decisión de volver a España tras la visita de mis padres en Nochevieja. Aquí me limito a sobrevivir, porque el desorbitado alquiler de mi minúsculo apartamento se me come casi todos los ingresos y, sí, podría trabajar más horas con Maggie, pero, después de muchas conversaciones conmigo misma, me he dado cuenta de que ya no siento la misma ilusión por vivir aquí. Sé que la situación en mi tierra también es complicada, pero, si le dedico más horas a GoodWed el tiempo que me queda, podré regresar con dinero más que suficiente para alquilar un estudio en mi ciudad y estar cerca de mi familia.

«Empire State of Mind», de Alicia Keys y JAY-Z, ha dejado de sonar en mi cabeza hace ya mucho tiempo.

2



Olivia

Después de mi café con Maggie, nos despedimos y me monto en el metro con la cabeza llena de dudas. Cada vez que hablo con ella de mi regreso a España, llego a casa con el corazón roto. No sé cómo hacerle entender que no es una decisión fácil. Ha sido muy divertido romantizar mi vida en Nueva York estos últimos dos años y medio, pero la Olivia que se quedó al otro lado del charco está empezando a asomar de nuevo.

Cuando abro la puerta de mi apartamento, todo me resulta igual de caótico y reconfortante que siempre. Es tan diminuto que se puede cocinar sentada en el retrete. La encimera apenas da para el fregadero, una minúscula vitrocerámica de dos fuegos y la tabla para cortar. No hay más.

Dos pasos después, estoy en el cuarto de baño, donde tengo un pequeño carro junto al lavabo en el que cada balda tiene su función. La primera, maquillaje y *skincare*; la del medio, secador, plancha y productos para el pelo en general, y, por último, toallas limpias y

rollos de papel higiénico en la que queda. Contar con tan poco espacio hace que tengas lo justo y necesario. Nada de caprichos tontos que luego no se pueden guardar. El salón y el dormitorio se separan con un biombo heredado de Maggie, como si una tela pudiera engañar al espacio. Aun así, es mi refugio.

Aunque me muero por darme una ducha calentita, decido llamar a mis padres antes de que se haga más tarde.

—¡Hola! —me saluda mi padre cuando su cara inunda la pantalla de mi teléfono—. ¿Cómo está la mejor fotógrafa de Nueva York?

—Ojalá —respondo en un suspiro—. Eso podrás decirlo cuando veas mi trabajo en alguna galería o alguna revista importante. Mientras tanto, solo soy la mejor fotógrafa de mi piso alquilado en Nueva York.

—Bueno, todavía hay tiempo —añade mi madre asomándose a la pantalla.

—¿En poco más de seis meses? Lo dudo.

—Sobre eso...

—No —corto a mi madre—. Ya he tomado una decisión, me vuelvo a casa —respondo tajante.

—Sabes que podemos seguir ayudándote —interviene mi padre.

—Siempre estaré agradecida por el esfuerzo que hicisteis para que pudiera venir. Sabéis que no estaba pasando por un buen momento personal después de la decepción con mis estudios y que pensé que un cambio radical quizá me ayudara, aunque puse la excusa del inglés y sé que el tío Albert fue decisivo en todo esto —explico, y una ligera risa se me escapa al recordarlo—. Pero ahora mismo no tiene sentido seguir aquí. Vuelvo a tener la misma sensación que hizo que me mudara. Estoy desmotivada. Siento que debo volver.

—Sabes que estamos aquí para lo que necesites, ¿verdad? —me dice mi padre con la mirada fija en mí, una mirada tan tierna que

traspasa la pantalla y me transmite su cariño.

—Lo sé, papá. Cambiando de tema, ¿cómo está el tío?

—Ay, tu tío... —responde mi madre con una sonrisa—. Tiene una novia nueva.

—¿Otra? A ver cuánto le dura esta vez —murmuro negando con la cabeza.

Charlamos durante casi una hora en la que mis padres me ponen un poco al día de cómo les ha ido la semana. Cuando colgamos para que puedan irse a dormir, me ducho con agua hirviendo, me hago mi rutina de cuidado facial y, ya con mi pijama supercalentito de Snoopy puesto, me preparo una sopa de limón. He visto la receta esta mañana en TikTok y me muero por hacerla. Es la tercera vez que ceno sopa esta semana, pero no me importa en absoluto, es mi plato favorito desde bien pequeña. No soy una experta en la cocina, pero la necesidad de sobrevivir sola me ha dado algo de práctica.

Me siento en el sofá con mi cuenco de sopa sobre una bandeja de galletitas de jengibre porque, sí, estamos a finales de enero y todavía no he quitado la mitad de los adornos navideños, y me pongo un episodio de *Mindhunter* que me haga compañía antes de meterme en la cama.



El estridente sonido de mi telefonillo me despierta de golpe. Estaba teniendo un sueño maravilloso en el que Jacob Elordi me pedía que le hiciera fotos como si de Jack y Rose en *Titanic* se tratase. Un «Píntame como a una de tus chicas francesas» versión fotografía. Como es sábado y no tengo trabajo pendiente, había

decidido no ponerme alarmas y levantarme cuando el cuerpo me lo pidiese. Admito que siempre he sido muy dormilona.

—¿Sí? —respondo por el interfono en medio de un bostezo.

—¡Te necesito! —La voz de Maggie suena en un grito—. ¡Ahora, ábreme!

Pulso el botón de apertura y oigo el eco de los pasos de Maggie retumbando por el vestíbulo.

—¿Qué pasa? —pregunto abriendo la puerta y volviendo a bostezar.

—¡William me ha llamado a las ocho de la mañana para decirme que no puede hacer las fotos de los Verona! —chilla muy alterada—. Al parecer pasó las vacaciones de Navidad con su familia y recibió el año haciendo un ángel en la nieve en bolas, y ahora está enfermo.

La imagen de William haciendo eso inunda mi mente una milésima de segundo.

«¿Qué cojones?», pienso.

—Tranquila, espera... —empiezo a decir para calmarla, hasta que caigo en la cuenta de algo—. ¿La boda de los Verona no es hoy?

—¡Sí! —Se deja caer en el sofá con un suspiro—. Te necesito. Lisa está abajo esperando a que te subas a su coche y me salves el culo. Sarah ya está en el hotel donde se celebrará el enlace.

GoodWed cuenta con una plantilla de varios fotógrafos. William tiene mucha más experiencia que yo, y eso que solo nos separan cinco años. Antes de que Maggie lo fichara, llevaba desde los veintidós en el mundo editorial y había trabajado para varias de las revistas más importantes del país. El caso es que, de la noche a la mañana, lo dejó todo y acabó como fotógrafo de bodas. No tiene nada que ver con sus anteriores proyectos, pero su colaboración ayudó muchísimo a mi jefa a aumentar el prestigio de la empresa por su brillante currículum. Lisa es una pelirroja adorable que

siempre huele a flor de cerezo; una vez fui a pilates con ella y juro que ese maravilloso aroma no abandonó su cuerpo. Me alegra saber que estaré con ella hoy. Nuestra manera de trabajar es más parecida. La última incorporación al equipo de fotógrafos ha sido Sarah, pero ella se encarga de todo lo que tiene que ver con el vídeo.

—Me arreglo lo más rápido posible.

—Gracias, gracias, gracias, eres la mejor —responde Maggie dando un brinco.

La boda de los Verona es el encargo más importante con el que Maggie se ha cruzado desde que fundó su empresa. GoodWed ha crecido muchísimo en tan solo dos años y medio, pero este enlace, por su proyección pública, podría cambiar la vida de mi amiga, para bien o para fatal.

—Oye, recuérdame cómo hemos acabado con este proyecto entre manos... Allison, la novia, es *influencer*, ¿verdad? —le pregunto.

—Claro, tía, es la gran Allison Miller. Este es uno de los encargos más importantes de mi vida, imagínate el bombo que le han dado en redes a GoodWed cuando se ha sabido que la parte gráfica la voy a llevar yo, y todo por la amiga de Allison, aquella a la que llevamos hace tiempo, que nos recomendó.

—Normal, si es que tú has nacido para este trabajo —comento, y es cierto: Maggie es la mejor en lo suyo sin ninguna duda.

—Y tú, para trabajar conmigo. Venga, date prisa que no nos sobra el tiempo —me apremia.

—Ya casi estoy lista —le digo mientras me pongo un traje negro *oversize*, mi favorito para sesiones largas de fotos, ya que puedo moverme con la cámara con total libertad, además de una camiseta blanca y unas deportivas del mismo color, y observo mi imagen en el

espejo. El look me encanta, pero está claro que necesito algo de maquillaje para que no se note que acabo de levantarme.

—¡Que no se te olvide nada, te espero abajo! —grita Maggie, y oigo como cierra la puerta tras de sí.

—Como dicen en España: arreando, que es gerundio —suelto al aire saliendo de mi minúsculo piso mientras repaso mentalmente por última vez mi lista de imprescindibles:

- Cámara principal y de repuesto.
- Flash y luces.
- Baterías.
- Tarjetas de memoria.
- Tres objetivos.
- Cinta adhesiva (nunca se sabe lo que puede pasar).

3



Olivia

—Hola, compi —me saluda Lisa, que espera junto al maletero para ayudarme a meter el equipo—. ¿Todo bien?

Lisa es la típica persona que siempre tiene una sonrisa en la cara y transmite una paz increíble. Es muy agradable currar con ella. Envidio su pelo cobrizo y su perfume afrutado. Siempre huele tan bien... «Me he puesto desodorante, ¿verdad?». Hago un gesto con la cabeza hacia mi derecha para ver si logro olfatear mi axila con disimulo. «Sí, todo en orden».

—Un poco atacada —contesto, y suspiro dejando caer mi peso en el asiento de atrás en cuanto entro.

—Lo sé. En cuanto me he enterado a primera hora, he insultado a William en todos los idiomas que conozco, incluso en español —me informa mientras se ríe de su gran hazaña.

Lisa habla cinco idiomas: inglés, español, francés, italiano y coreano. Ese último lo aprendió gracias a su pasión por los K-

dramas. Está obsesionada. A veces me pide que le hable en español para practicar.

—Como no he tenido ninguna entrevista previa para conocer a los novios, contadme un poco cómo son y qué esperan de la sesión de hoy. Estoy de los nervios.

—Ya sé que te gusta tenerlo todo bajo control. —Maggie mira hacia atrás—. Sin duda es la boda más importante de mi carrera y desearía que esto no hubiese pasado porque no has podido prepararlo. —Soy consciente de que se está aguantando las lágrimas de la ansiedad—. Pero confío en ti, lo vas a hacer genial.

—Sí, sí, lo sé. Confías más en mí que yo misma —le digo notando cómo mis pulsaciones se aceleran—, pero ya sabes que las fotos de las bodas son muy personales y que por eso siempre hacemos al menos una sesión antes de la definitiva en la boda. Conocer a los novios ayuda a saber qué es lo que quieren o lo que esperan del trabajo, qué enfoque prefieren...

—Vale, vale, calma, Olivia. Ya no hay tiempo para eso, pero de verdad que va a salir bien —me corta Maggie, y menos mal que lo hace porque estaba en plena ebullición.

—Si te sirve de algo, en este caso, aunque hubieses estado presente durante la planificación, ahora estarías en las mismas —aclara Lisa—. Michael no apareció en ninguna de las citas previas que agendamos, y Allison excusó la ausencia de su prometido por cuestiones de trabajo, dijo que lo tenían todo hablado y decidido, y nos dio las indicaciones.

—Qué triste... —comento haciendo una mueca—. Así que ¿no sabéis nada de él?

—Se casan la *influencer* del momento y uno de los tíos más ricos del país, ¿qué puede salir mal? —suelta Maggie.

—¿Perdón? ¿Has dicho «uno de los tíos más ricos del país»? —inquiero confusa.

—Michael es el heredero del grupo inmobiliario propietario del hotel Grand Astoria, de cinco estrellas, donde se celebra la boda, además de ser dueño de su propio bufete de abogados —me informa Maggie—. Uy, sube esa canción, menudo temazo.

«Feather», de Sabrina Carpenter, comienza a sonar en la radio. Lisa sube el volumen y comenzamos a cantar a coro. Adoro este tema y no para de sonar en todas partes. Una de las cosas que me gusta de haber conseguido aprender inglés es que ya no necesito inventarme la letra de las canciones. Muchas veces me daba vergüenza cantarlas en voz alta porque no daba ni una. Ahora las canto a pleno pulmón y encima las entiendo.

—Bueno, pues aquí estamos —dice Lisa quitándose el cinturón en cuanto detiene el coche frente a la puerta principal—. Hotel Grand Astoria.

He pasado muchas veces por delante de este lujoso establecimiento, pero nunca he entrado y, evidentemente, nunca he pasado una noche en él. El edificio se alza cerca de Roosevelt Island, con vistas al East River, y tiene una imponente fachada de color blanco marfil de geometría clásica y cornisas ornamentadas, lo que le otorga ese aire de otra época que parece desafiar al paso del tiempo.

—Buenos días, ¿puedo ayudarlas en algo, señoritas? —pregunta un señor serio y educado que viste un elegante uniforme nada más vernos salir del coche. Sin duda es el portero del hotel.

—Somos de la empresa GoodWed, responsable de la organización de la boda de los Verona —responde Maggie amablemente.

—¿Llevan acreditación?

—¡Claro! Aquí están —contesta mi amiga sacando unas tarjetas de su bolso.

—Perfecto. Descarguen lo que necesiten y luego nuestro *valet* aparcará el coche —nos indica al tiempo que hace un discreto gesto con la mano y dos empleados, más jóvenes y también trajeados, hacen acto de presencia.

—Oh, muchísimas gracias —exclama Lisa sorprendida—. Tenga cuidado con el freno de mano, va algo duro... —le indica al chico que le pide las llaves—. Este coche tiene más años que la Constitución —añade riéndose.

El otro chico, sin duda un botones, nos ayuda a entrar todo lo que hemos sacado del maletero.

Desde luego, se nota que es un hotel de categoría. No estamos acostumbradas a este tipo de trato, diría que incluso da un poco de miedo.

El portero del Grand Astoria, que ya había regresado a su puesto, nos abre la puerta amablemente.

—Buenos días —nos dice de nuevo, con una sonrisa tan forzada que da la sensación de que se la hayan cosido a las comisuras.

—Buenos días —respondemos al unísono.

—Chicas, yo me voy corriendo a hablar con los cocineros. Necesito comentarles una cosa sobre la tarta —se excusa Maggie, y desaparece como alma que lleva el diablo.

El vestíbulo tiene los techos más altos que he visto en mi vida, nunca pensé que podían caber tantas lámparas de araña en una sola sala. Todo luce impecable, y los suelos de mármol están tan pulidos que, si en este momento tuviese cinco años, me habría descalzado para fingir que era una patinadora profesional de primera. Antes de que podamos avanzar hasta la recepción, otro empleado se acerca a nosotras.

—Buenos días. ¿Necesitan ayuda? —nos pregunta.

—Esto empieza a ser un poco raro —susurro, y Lisa me da un golpe en el brazo.

—Somos las fotógrafas de los Verona —informa Lisa enseñando su acreditación—. ¿Podría decirnos en qué habitación se encuentran los novios?

—Por supuesto. Por aquí, por favor. —Nos hace un gesto para que lo sigamos.

Llegamos a los ascensores y, para sorpresa de nadie, un ascensorista también uniformado nos espera dentro. Esta vez no nos pregunta si necesitamos ayuda o a qué piso vamos, porque, antes de que pueda articular palabra, su compañero se lo explica.

—Lleve a las señoritas a las suites del señor Verona y de la futura señora Verona, por favor.

—Desde luego —responde mientras pulsa el número ocho en el gran panel.

La típica música de ascensor, nunca mejor dicho, inunda mis oídos. Me fijo en que el hotel tiene diecinueve plantas... «Madre mía, perfecto para mi miedo a las alturas».

—¿Dónde va a llevarse a cabo la ceremonia? —pregunto curiosa a mi compañera.

—En la *terrace room* cubierta, y el banquete, en el *grand ballroom*, que está en la decimosegunda planta —responde sonriendo.

El sonido de un timbre indica que hemos llegado a nuestro destino. Las puertas del ascensor se abren y el empleado nos hace un gesto indicando que podemos salir.

—La habitación ochocientos uno es la de la futura señora Verona —señala hacia la derecha— y la ochocientos diez, la del señor Verona —añade señalando hacia la izquierda—. Están bien

separados por expresa petición de la novia, pues no quiere que el novio vea su vestido antes de tiempo.

—Gracias —respondemos a coro, y las puertas del ascensor se cierran.

—Vamos allá —suspira Lisa—. William suele hacer las fotos del novio, pero si quieres que cambiemos...

—¿Te da miedo Allison? —la corto.

—¿Miedo? Para nada —responde en tono irónico.

—No me importaría hacer un cambio, pero ella ya tiene en mente que serás tú quien haga las fotos. Habéis hablado, sabes lo que quiere —intento tranquilizarla—. Creo que no le haría mucha gracia que le cambiáramos los planes el día de su boda.

—Sí, tienes razón. —Se muerde el labio inferior y echa a andar por el largo pasillo de moqueta granate—. Por cierto, suerte con el novio misterioso —bromea.

4



Olivia

Pierdo de vista la larga melena pelirroja de Lisa por el amplio pasillo y camino en dirección contraria hasta la habitación ochocientos diez. Me planto delante de la puerta y, antes de nada, aunque no porque quiera retrasar lo que tiene que pasar, le escribo un mensaje a Maggie para infundirle calma.

Va a salir todo genial. Confía
en ti y recuerda aquella ilusión
con la que hablabas de este trabajo
el día que nos conocimos. Has nacido para esto,
pequeña Barbie.

Gracias por este mensaje y por salvarme
el culo, una vez más. ¡Eres la mejor!

Respiro hondo y llamo a la puerta con tres golpes firmes con los nudillos. Al instante, oigo unos pasos que se acercan desde el otro lado.

«Lo has hecho mil veces, esto es pan comido», me digo en un intento de tranquilizarme.

Un hombre alto, al menos dos cabezas más que yo, y vestido con un impecable esmoquin azul oscuro abre la puerta y me saca de mis cavilaciones. Sus ojos castaños me hacen un breve chequeo de arriba abajo y me quedo allí como un pasmarote.

«¿Puedes dejar de pensar en lo bueno que está y hacer tu trabajo?», grita mi mente.

—¡Encantada, Michael! —saludo con más efusión de la que debería—. Soy Olivia, la fotógrafa. —Le tiendo la mano para estrechar la suya y me devuelve el gesto—. Supongo que Allison te contó que vendría mi compañero, William, pero...

—Sí, sí —me corta al tiempo que me indica que entre con un movimiento de la cabeza y cierra detrás de mí—. No te preocupes por eso. Tengo un poco de prisa, ¿podemos comenzar ya?

Lo sigo por la gran suite, que es diez veces más grande que mi apartamento, y me choco con él por andar mirando las lámparas de araña que coronan la sala. El dueño —o el decorador— de este hotel tenía una ligerísima obsesión por este tipo de lámparas; nótese la ironía en el «ligerísima».

—Disculpa —digo un poco avergonzada.

—No es nada. —Me regala una sonrisa perfecta—. ¿Por dónde empezamos?

—La verdad es que me habría gustado hacer algunas fotos en la habitación mientras te estabas vistiendo. Se suele empezar por ahí...

—Ah. —Observo cómo cambia su expresión—. Nadie me avisó de que debía esperarte desnudo.

—¿Perdona? —Mis ojos se abren como platos—. Lamento si no me he explicado bien, pero sin duda me has malinterpretado: nadie te

avisó porque no hacía falta que nadie se quedara desnudo. —Se me escapa una risa nerviosa.

—Una pena —murmura mientras me recorre el cuerpo con una mirada apreciativa antes de seguir camino hacia la habitación.

«¿Está ligando conmigo? Mejor dicho, ¿acaba de insinuar que quería verme en pelotas? ¡Menudo sinvergüenza! A punto de dar el "sí, quiero" y se dedica a tirarle los trastos a la fotógrafa. Me va a dar algo. Esto no me puede estar pasando. Nunca, en el tiempo que llevo trabajando en GoodWed, he visto nada parecido».

Continúo caminando tras él por la interminable suite hasta que por fin llegamos a la habitación. Dejo mi equipo en la mesa auxiliar de madera oscura que hay frente a la ventana con buen cuidado de no mirar afuera, no vaya a desmayarme por la altura, y comienzo a preparar la cámara.

—¿Cuánto llevas haciendo esto? —Oigo su voz desde lo que supongo que es el cuarto de baño, pues ha desaparecido tras una puerta que ha dejado entreabierta.

—Poco más de dos años. —Intento sonar lo más simpática posible.

—Entonces estoy en buenas manos.

Su voz suena mucho más cerca que antes y, de forma inconsciente, levanto la mirada de mi querida Canon EOS R6 Mark II. Veo que sale del baño sin la chaqueta del esmoquin y con la camisa desabrochada hasta el último botón, lo que deja al aire su perfecto abdomen marcado. No deja ni un poquito a la imaginación. También se ha deshecho el nudo de la corbata, que le cuelga a ambos lados del cuello, y se ha mojado y peinado el pelo moreno hacia atrás. Un mechón le cae de forma estratégica sobre la frente, como si del mismísimo Clark Kent se tratase. Retiro la mirada lo más rápido que puedo y empiezo a observar cada rincón de la estancia.

«¿Dónde está la cámara oculta? —pienso—. Tiene que ser una jodida broma».

—Has dicho que tenía que hacer como si me estuviese vistiendo, ¿no? —comenta, y yo asiento dubitativa—. Así será más realista.

—¿Podrías ponerte en el marco de la puerta? —respondo de manera automática para cambiar de tema.

«No más comentarios sobre gente sin ropa, por favor».

—La cama es más cómoda —me vacila tumbándose, y suelto un suspiro de desesperación tal vez más alto de lo normal—. Está bien, está bien —añade mientras se levanta.

—No, no. Perdona —me excuso—, son tus fotos y es tu boda. Si te sientes más cómodo haciéndote unas fotos tumbado en la cama, por mí no hay problema. —Pongo la sonrisa más falsa de mi repertorio.

No puedo cagarla. Debo ser profesional. No puedo dejar que un gilipollas infiel haga que Maggie pierda la oportunidad de triunfar en una boda como esta. Todo debe ser perfecto. Si don novio desleal quiere unas fotos en la cama, yo se las voy a dar. Lo último que deseo es que, después de tremendo numerito, Allison se queje de que su marido no tiene las fotos que él quería.

—No, perdóname tú. —Su tono de voz cambia por completo—. Estoy un poco nervioso por el gran día y me sale hacer estupideces.

«Ah, claro. La típica estupidez de intentar seducir a la fotógrafa el día de tu enlace. Les pasa a todos», quiero decir, pero, en cambio, de mi boca sale otra cosa:

—Tranquilo, es normal.

Se coloca donde le he indicado y comienza a posar como si la vida le fuese en ello. Parece que está más que acostumbrado a la cámara, cosa que me resulta extraña. Prefiero no hacer ningún comentario al respecto por si vuelve a sacarlo todo de contexto. En otro momento, le habría hecho algún halago para romper el hielo y

quitarle los nervios. La mayoría de los novios lo agradecen. El momento fotos no es el favorito de ninguno. En esta ocasión me quedo calladita.

—¿Puedes levantar un poco más la barbilla? Deja el cuerpo relajado contra el marco y empieza a abrocharte la camisa —le pido.

Me hace caso al instante. Sin rechistar. Vamos avanzando.

—La claridad que entra en esta habitación es maravillosa —comento.

La cantidad perfecta de luz se posa sobre su rostro al seguir mis indicaciones y sus ojos castaños se vuelven de un tono miel. Contengo la respiración para no perder ni un milímetro del encuadre y disparo. Tengo LA FOTO, así, en mayúsculas. Estoy segura de que le va a encantar, más que nada porque yo sería capaz de ponerla de póster en mi pared. El ruido de una puerta me saca de mi mundo de fotógrafa friki. Oigo que alguien se acerca con paso firme e imagino que se trata de algún familiar.

—Perdonadme —se disculpa jadeante—. Hasta el mismísimo día de mi boda me tienen hablando de negocios. El tío Peter me ha pillado por banda en el ascensor y no me soltaba. —Saca un esmoquin del armario y empieza a cambiarse.

«Un momento. ¿Acaba de decir "el día de *mi* boda"?».

—Tú no tienes cara de William —comenta interrumpiendo mis pensamientos—. A ver, no estoy asumiendo tu género ni nada de eso, solo que Allison me dijo que...

—No, tranquilo. —Sonrío—. Soy Olivia. Mi compañero, William, ha tenido una urgencia de última hora y he tenido que sustituirlo. Espero que a Allison no le importe.

—Tranquila. Mientras ella esté con... ¿Lisa?, todo irá bien. Me comentó que se sentía muy a gusto con ella... —Hace una pausa y

mira al tío que yo creía que era el novio—. ¿Qué haces todavía a medio vestir? ¿Has visto la hora que es?

—Solo estábamos haciendo tiempo —vacila mientras se hace el nudo de la corbata—, ¿verdad?

Sus ojos se clavan en los míos en un intento fallido de que le siga la corriente. Deseo envolverle la cara con la cinta americana para emergencias que llevo en la mochila.

—¿Insinúas que vosotros dos habéis...?

—¡No! ¡Por Dios! —grito en español.

Lo que me faltaba. Que el verdadero novio, al que tendría que haberle hecho las fotos, creyera que me he tirado a... ¿su hermano, primo, vecino, amigo? Sigo sin saber quién cojones es este tío. Se ha reído de mí en toda la cara. Me siento la persona más estúpida del planeta.

5



Enzo

—Bueno, pues ya hemos terminado con las fotos aquí —anuncia la fotógrafa mientras guarda su cámara y el resto del equipo.

Acompaño al novio a la puerta principal para despedir a la chica. He intentado acercarme a ella para pedirle disculpas mientras le hacía las fotos a mi primo Michael, pero su mirada asesina cada vez que se me ha ocurrido dar un paso en su dirección me ha dado a entender que no era muy buena idea..., por lo menos en este momento.

—Gracias por todo, Olivia. Nos vemos en la ceremonia. —Mi primo cierra la puerta detrás de ella—. ¿No podías evitar ser un capullo el día de mi boda? —masculla.

—Solo ha sido una broma de menos de quince minutos —me excuso.

—No creo que le haya hecho mucha gracia. —Camina de nuevo hacia el centro de la estancia—. La pobre ha puesto una cara cuando se ha dado cuenta...

—Está bien, está bien. —Levanto los brazos como si de un atraco se tratase—. Me disculparé con ella en el banquete.

Michael es demasiado correcto. Como su futura y estirada mujer dice, un príncipe azul sacado de un clásico de Disney. Pero, que no os engañe, antes de que su padre lo hiciese heredero oficial de su grupo empresarial y de que conociera a Allison, era un capullo de manual. Salíamos de fiesta día sí y día también. En lo único que pensaba era en sí mismo. Su mayor preocupación era organizar la fiesta más grande en su enorme mansión cada vez que sus padres se marchaban de viaje de negocios. Aunque somos primos, nos criamos como hermanos. Nacimos con pocos meses de diferencia y siempre fuimos a la misma clase. Uña y carne hasta que apareció ella, la fuente del mal. Fue conocer a Allison y cambiar por completo. Ahora dice que ha madurado. ¿Madurar es casarte a los veintiocho con tu primera novia? No lo creo. Ha cambiado su forma de vestir, de hablar y hasta su jodido perfume, pero lo que más ha cambiado ha sido nuestra relación.

—¡Pero qué guapos estáis! —exclama mi madre irrumpiendo en la suite y abrazando al novio con todas sus fuerzas.

—Gracias, tía Amber —responde mi primo mientras trata de recuperar el aliento tras el abrazo de mamá.

—Me parece tan increíble que mi sobrino favorito se vaya a casar...

—Más increíble sería que Enzo se casara —responde Michael, y los dos sueltan una carcajada.

—Ja, ja, ja —digo poniendo los ojos en blanco—. Te paso la broma porque es tu boda y no quiero que te cases con un ojo morado.

Mientras todos en la familia son unos genios de los negocios —desde el abuelo Andrew, pasando por mis tíos, Peter y Joe, mi madre y, por último, mi primo—, yo siempre he tenido otras aspiraciones. Desde niño he soñado con ser actor. Cuando intentaba

sacarme la carrera de Derecho, sin éxito, con mi primo, formé parte de varios grupos de teatro *amateur*. No me costó entrar, ya que tenía experiencia del instituto.

No me saqué la carrera, cosa que mi excelentísimo primo sí hizo, así que empecé a trabajar en la gestión de este hotel, uno de los seis que pertenecen a mi familia. Sin embargo, como he dicho, desde bien pequeño me ha gustado la actuación y me he presentado a muchos *castings*, aunque la suerte de dar el paso a la gran pantalla todavía no ha tocado a mi puerta.

Pero no me puedo quejar. Con el dinero que gano trabajando en la empresa familiar —mi madre me cortó el grifo en cuanto dejé la facultad— conseguí comprar un dúplex y formé mi propio grupo de teatro, llamado Lights Players. Adquirí esa vivienda porque los antiguos propietarios habían montado un estudio de grabación en la planta inferior. Solo tuve que añadir un pequeño escenario para tener mi propia sala de ensayos. Justo debajo de mi casa.

¿Sabéis cuántas veces ha venido mi familia a alguna de mis obras? Ninguna. Excepto hace cinco años, cuando le pedí a Allison que viniera a ver nuestra adaptación de *Mucho ruido y pocas nueces*, de Shakespeare. Por aquel entonces no tenía tantos seguidores, pero necesitábamos publicidad y ella no cobraba treinta mil dólares por un *post* como ahora.

—Michael, tu madre dice que ya es la hora, que debes subir para la ceremonia —informa mamá estirándose el rostro en el espejo de la entrada.

La miro con atención; como se pinche algo más en la cara va a perder las dos únicas expresiones faciales que le quedan.

—Vamos allá —murmura mi primo mientras salimos de la suite.

Cuando entramos en el ascensor, le pongo la mano en el hombro con la intención de tranquilizarlo..., aunque, la verdad, no estoy muy

inspirado, así que me limito a darle un par de palmadas en la espalda para transmitirle un «Todo va a ir bien»; eso es lo único que me nace.

—¡Michael, aquí! —Veo a mi tía Lucy haciendo gestos como una loca al otro lado del pasillo junto a mi tío Joe y a una mujer que está hablando por un *walkie talkie*.

—Muy bien, ya estamos todos —dice cuando nos acercamos con una sonrisa de oreja a oreja—. Tú y yo, Michael, nos quedamos aquí para la entrada; el resto de los familiares podéis ocupar vuestros asientos —ordena, y cumplimos como borregos.

Al entrar en la *terrace room*, lógicamente en la última planta, todo está aún más recargado de lo que ya suele estar. Un intenso olor a fresas con nata me inunda las fosas nasales. Es como si la mismísima Barbie se hubiera cagado en medio de la sala. Una alfombra de color rosa bebé recorre el pasillo por el que los novios caminarán en menos de diez minutos. A los lados, un montón de pétalos con diferentes tonos de ese mismo color decoran la estancia. Al fondo, en el altar, un arco repleto de flores naturales, acompañado por un tul del mismo rosa que la alfombra. Es demasiado. Muy al estilo de Allison; lo más seguro es que mi primo no haya tenido ni voz ni voto en todo esto. Se la pela con tal de que su querida princesita esté contenta. Me entran escalofríos solo de pensar en lo empalagosos que son.

Recorro la sala hasta llegar frente al altar y saludo a las damas de honor de Allison antes de colocarme en mi sitio, junto a los mejores amigos de la universidad de Michael. Las que no han tenido el placer de pasar una noche conmigo me devuelven el saludo, el resto me matan con la mirada porque aún están resentidas porque no les di una segunda cita. Aburridas.

Desde su asiento, mi madre me hace un gesto para que me coloque bien la corbata. Sé que está pensando que soy un inútil que no sabe ni hacerse bien el nudo. Mientras intento evitar darle vueltas a lo pesada que es, mis ojos se encuentran de nuevo con la fotógrafa. Se mueve entre la multitud de invitados que todavía están buscando asiento y se coloca delante de las damas de honor.

«Mírame, no hagas como si no me hubieras visto». Intento hablar con ella por telepatía. A veces funciona.

Sus ojos verdes se posan en mí y, de manera casi instintiva, se gira hacia la entrada. No puede odiarme por la pequeña broma de antes. Me lo ha puesto en bandeja cuando me ha llamado «Michael» nada más abrir la puerta, no podía desaprovechar la ocasión. Antes de que pueda dar un paso hacia ella, una música suave, instrumental, inunda el ambiente y me saca de mis pensamientos. Los invitados guardan silencio y Michael entra cogido del brazo de su madre, que está hecha un mar de lágrimas. Caminan despacio por la larga alfombra rosa que recorre la sala. Al llegar al altar, se unen en un corto abrazo antes de separarse. Tía Lucy ocupa su asiento y mi primo se coloca a mi lado para esperar a la novia. Michael me mira y veo cómo le tiemblan las manos; parece que le va a dar algo. Le susurro que inspire y espire contando hasta ocho en un intento de guiar su respiración para que se relaje.

—Gracias —musita.

La música instrumental ha dejado de sonar y, de pronto, los primeros acordes de la marcha nupcial invaden el espacio y los invitados se levantan. Una Allison vestida de blanco aparece del brazo de su padre. Esta vez es mi primo el que llora al verla y yo solo estoy deseando que esto se acabe para que saquen algo de comer, me muero de hambre.

Mientras Michael y Allison hacen lo habitual en un enlace matrimonial, mi mirada sigue puesta en la fotógrafa. Me fijo en el gesto que hace con la nariz cada vez que mira la pantalla de su cámara tras hacer una foto. Muy mona, pero mi vista va directa al culo que le hacen esos pantalones de traje cuando se quita la chaqueta. Se abanica con la mano durante unos segundos y sigue con lo suyo.

«Sí, yo también pienso que hace demasiado calor aquí dentro».

6



Olivia

Me coloco en la puerta de entrada de la gran terraza para terminar las fotos de la ceremonia. Los recién casados caminan despacio por el rosado pasillo mientras los invitados aplauden y lloran a partes iguales. Maggie se los lleva a una sala más tranquila para que descansen unos minutos mientras familiares y amigos se dirigen al inmenso salón de baile donde tendrá lugar el banquete.

—¿Todo bien? —le pregunto a Lisa cuando veo que aparece detrás de los novios.

—Sí, ha sido una ceremonia muy fotogénica. Muy rosa, pero bonita —comenta riéndose.

—Oye, ¿te importa si ahora me centro en los novios y tú te dedicas a los invitados?

—No, claro que no, pero... ¿Es que has tenido algún problema? ¿Va todo bien? —me plantea extrañada.

En ese momento, Sarah pasa por detrás con la cámara de vídeo en alto. Ella está aquí desde primera hora de la mañana.

—Una vez editado, saldrá un vídeo buenísimo. Por cierto, Olivia, tengo planos de todo y de todos..., hasta de tus caras de sorpresa y de fastidio —susurra divertida.

—Genial, gracias, Sarah —le digo entre dientes.

—Te noto un poco tensa —comenta Lisa—. ¿Seguro que va todo bien? —insiste.

—Por supuesto, todo perfecto —miento—. Es que me gustaría poner en práctica algunas ideas que se me han ocurrido. Al fin y al cabo, los protagonistas del día son ellos y...

—Chicas, venid un segundo —nos interrumpe Maggie, y, aunque ella lo ignora, me salva de tener que inventarme una excusa convincente—. Solo quiero deciros que el cincuenta por ciento de nuestro trabajo está más que hecho. Podemos de sobra con la otra mitad, ¿de acuerdo?

Maggie nos estruja en un abrazo por los nervios. A veces necesita oír palabras de refuerzo positivo, aunque salgan de su propia boca, para tranquilizarse. Saca un pequeño ventilador rosa fucsia de su cinturón de emergencias. No sé dónde narices guarda tantas cosas. Se lo enchufa en la cara durante unos segundos para evitar que se note que está sudando como un pollo.

—Antes de entrar al banquete, Michael quiere que les saquemos unas fotos en una zona específica del hotel. Me ha comentado que es una tradición familiar. No contaba con ello.

—¿Puedo ir yo? —suelto como una bala.

—¿Va todo bien? —pregunta Maggie extrañada.

—Yo le acabo de preguntar lo mismo —interviene Lisa, que no se rinde.

—Sí, todo va genial —vuelvo a mentir—, es solo que Michael me ha comentado algo de esas fotos mientras estábamos arriba, en su

habitación, y creo que tengo una idea clara de lo que quiere. Perdona por no haberte avisado.

Por un momento deseo con todas mis fuerzas que mi tic del ojo izquierdo no me venda en esta ocasión. Cada vez que suelto una mentira, un movimiento involuntario se apodera de mí. Creo que Maggie tiene la cabeza en tantos sitios que, por suerte, no se percata de ello.

—Está bien, no pasa nada.

Cualquier excusa es buena para librarme del primo tiracañas, que no ha parado de echarme miraditas intentando llamar mi atención, además de hacerme un buen repaso. Seguro que es de esos que ven que la cámara se acerca durante el banquete y empiezan: «¡Eh, una foto por aquí!», «Hazme una con no sé quién», y acaban llenándote la tarjeta de memoria de fotos absurdas que pondrías en el vídeo recopilatorio de alguien al cumplir los cincuenta. El típico que se cree que la boda es suya, vamos.

Lisa se dirige al *grand ballroom* para el banquete mientras Maggie y yo vamos en busca de los recién casados para que nos guíen hasta el lugar que tienen pensado para posar.

Michael nos lleva a una especie de terraza interior como esa en la que se han casado, pero más pequeña, en la que destaca una gran cúpula de cristal emplomado de color verde. Toda la estancia es un pequeño oasis repleto de plantas altas y frondosas y flores blancas; el suelo es un mosaico blanco y negro; las mesas, bajas y redondas, los amplios butacones... Todo se conjura para crear un ambiente que te transporta al pasado, a los años veinte, como si viajaras hacia atrás en el tiempo.

—Dios mío, este lugar es precioso —dice Maggie mirando a su alrededor.

—Es la *palm court*; antiguamente se utilizaba como salón del té. Ahora también, pero la gente viene más cuando quiere tomar un buen cóctel o permitirse una de las cenas más exclusivas de la ciudad —explica Michael.

—Si quieres cenar aquí hay que reservar con más de dos meses de antelación —añade Allison.

—¡Qué locura! —comento—. Bueno, ¿dónde es el sitio exacto en el que hacéis la foto tradicional?

Veo que Maggie vuelve a sacar el ventilador en miniatura con disimulo. Tiene todos los tiempos calculados al detalle y, aunque siempre tiene en cuenta que puede suceder algo con lo que no contaba, es inevitable que se ponga nerviosa.

—Justo aquí —responde Michael.

Los novios se sientan en uno de los sofás más alejados. La tapicería es de terciopelo verde botella y la luz que entra por la gran cúpula hace que todo tenga un brillo mágico.

—Nosotros seremos la tercera generación que inmortalizará su amor en este sofá —informa Allison emocionada—. Los abuelos de Michael fueron los primeros, y mis suegros quisieron rendirles un homenaje e hicieron lo mismo.

—Y nosotros no íbamos a ser menos —interviene Michael.

Los novios se dan un tierno beso, que capturo con mi cámara en una ráfaga de disparos, y luego cogen la copa de champán que les sirve un camarero. Yo voy sacando instantáneas mientras ellos actúan con naturalidad, como si Maggie y yo no estuviésemos aquí. Perfecto. Luego preparo la cámara para un plano un poco más cerrado y detallado que, por ejemplo, saque los anillos de ambos mientras brindan, y me distancio un poco para darles algo de privacidad.

—Bueno, creo que es momento de que me vaya a la otra sala para comprobar que todos han encontrado su mesa —me dice Maggie.

Mi jefa y amiga se marcha y me deja sola con la pareja. Cuando me giro hacia ellos de nuevo, veo que están enredados en un beso apasionado. Socorro. Me aclaro la garganta con un carraspeo y consigo que despeguen las lenguas. A partir de ahí, Allison le indica a Michael cómo debe ponerse y él obedece sin dudar. No hace falta que yo hable, las órdenes de ella hacen que los dos fluyan con total normalidad. Cuando antes he sacado las fotos de Michael en su suite, estaba mucho más tenso y necesitaba que lo guiase un poco. Junto a ella, su actitud es mucho más tranquila y relajada. La complicidad que hay entre ambos es maravillosa.

—Las tengo —confirmo mirando la pantalla de la cámara—. Son preciosas.

—¡Perfecto! —exclama Allison sonriendo de oreja a oreja—. Confiamos en ti.

Trago saliva y salgo de la sala detrás de los novios. Sé que Allison va a ser muy crítica con las fotos y solo deseo estar a la altura.

Llegamos al salón de baile donde se celebra el banquete y dejo a los novios en compañía de Maggie en la entrada para que en breve los acompañe a la mesa presidencial. Yo accedo a la inmensa sala y, para sorpresa de nadie, me encuentro una enorme —sin duda la más grande que he visto en lo que llevamos de día— lámpara de araña. Todo sigue en la misma armonía de color rosa. Debo admitir que para mí es un poco excesivo, pues parece la boda sacada de una película *Barbie*.

«Love Someone», de Lukas Graham, inunda la sala cuando los novios hacen su gran entrada. Los invitados se ponen de pie y los aplauden eufóricos hasta que se instalan en su mesa.

El banquete pasa en un abrir y cerrar de ojos. Aunque antes le he dicho a Lisa que me centraría en los novios, teniendo en cuenta que el primo del recién casado está en la mesa presidencial, tras tomar unas cuantas fotos me sumo a mi compañera y ambas nos movemos por el gran salón, cámara en mano, sin perder detalle de lo que sucede. En España tenemos fama de ser muy ruidosos y de montar las mejores fiestas. Después de todas las bodas en las que he trabajado aquí, puedo decir que es una verdad como un templo y que no hay comparación. Mi familia paterna es enorme y recuerdo que, cuando yo era pequeña, siempre estábamos de boda por algún primo de mi padre. En ellas, cada dos por tres se oía un «¡Que se besen, que se besen!» o un «¡Vivan los novios!» por parte de los invitados. El jaleo casi no dejaba oír la música y los recién casados andaban levantándose a cada momento con alguna sorpresa para los invitados más especiales. Aquí, los banquetes suelen ser muy tranquilos, pero la gente se descontrola en cuanto los novios abren el baile..., y ese momento se acerca.

—Ha llegado la hora. Preparaos, van a colocarse en el centro del salón —nos indica Maggie.

De pronto la luz se atenúa y solo unas pequeñas guirnaldas iluminan la pista. Los invitados se disponen en un amplio círculo y esperan en silencio.

Las primeras notas de «Every Breath You Take», de The Police, comienzan a sonar cuando Allison y Michael aparecen de nuevo en escena y se colocan en el centro para abrir el baile. El vestido de Allison, voluminoso y brillante, se mueve al son de la música. Se miran cómplices y ríen; estoy segura de que Michael está concentrado en los pasos para no perder el ritmo.

Nadie puede negar que es un temazo, pero hace poco leí la teoría de que era una canción desde la perspectiva de un acosador y no

puedo quitármelo de la cabeza.

Lisa continúa sacando fotos a los novios mientras yo intento captar la cara de emoción de los invitados que contemplan la mágica escena. Sin querer, el objetivo de mi cámara se cruza con el careto del primo capullo y confirmamos la teoría. Sus labios vocalizan la letra mientras me mira con atención. No he tenido bastante con sentir sus ojos fijos en mi culo durante toda la ceremonia, ahora tiene que dedicarme canciones con mirada seductora. ¡Está fatal!

Pongo los ojos en blanco y continúo con mi trabajo.

7



Olivia

Después de no sabría decir cuántas canciones, cuántos bailes y cuántas fotos más, Maggie da por finalizado nuestro trabajo y deja que nos vayamos a casa. Creo que el día de hoy ha sido uno de los más raros que he vivido desde que trabajo con ella, y mucho tiene que ver que ese sinvergüenza me haya tomado el pelo al principio y luego se haya dedicado a observarme durante toda la jornada.

Me bajo del coche de Lisa y, una vez que cierro la puerta, me despido de las chicas.

—¡Nos vemos el lunes en la ofi! —grita Maggie por la ventana, y veo cómo el coche se aleja.

Subo corriendo a mi apartamento y enciendo el ordenador. Estoy agotada, pero, por primera vez en mi vida, necesito comprobar que todas las fotos están bien.

Entre que no había preparado nada para este día y la broma de semejante capullo nada más empezar, no estoy segura de haber estado a la altura.

Saco todas las tarjetas de memoria y espero a que mi portátil las descargue. Son más de dos mil fotos, va a llevar su tiempo.

Decido darme una ducha con agua hirviendo y mimarme un poco. Coloco algunas velas en mi minúsculo baño y pongo mi *playlist* especial para duchas desestresantes. Me exfolio el cuerpo y me masajeo la cabeza con el champú, dejándome llevar más de la cuenta. Ha sido un día de locos y necesito relajarme. Mientras dejo actuar la mascarilla de arcilla verde en mi rostro, compruebo que las fotos ya están descargadas.

El aire vuelve a entrar y salir de mis pulmones con normalidad cuando verifico que las fotos de la primera tarjeta de memoria son impecables. Está feo que yo lo diga, ya que es mi trabajo, pero son perfectas. Me recuesto en el respaldo de la silla de mi escritorio y me masajeo las sienes, olvidando que llevaba la mascarilla puesta.

—Mierda —mascullo.

Me limpio los dedos con un pañuelo de papel e introduzco otra tarjeta en el ordenador. El temporizador de quince minutos que había puesto en mi teléfono suena, indicando que es hora de retirar todo el mejunje Art Attack que me he puesto en la cara. Me lo retiro y me seco a toquecitos con una toalla. Es hora de comprobar el contenido de la siguiente tarjeta. Hago clic en ella y lo primero que aparece es la cara del cretino bromista. Miro las fotos con detenimiento y no puedo evitar pensar en lo atractivo que es. Ahora que me doy cuenta, ignoro su nombre. Lo único que sé de él es que es el primo de Michael, que tiene el ego por las nubes y que seguramente se acueste con todo lo que se mueve.

¿Está buenísimo? Afirmativo.

¿Tiene cara de que se acuesta contigo y no te vuelve a llamar? También.

«Querida, ya no estamos para estos trotes», pienso.

Hago una selección de las fotografías que más me han gustado y las dejo en una carpeta aparte para comenzar a editarlas mañana. Estoy demasiado cansada como para hacerlo ahora.



Lunes.

Mi alarma suena a las siete menos diez. Me gusta que me avise a esta hora para tener tiempo de mentalizarme de que me tengo que levantar y quedarme diez minutos más en la cama. Aproveché el día de ayer para adelantar trabajo con las fotos de la boda. Sé que Maggie me va a preguntar por ellas en la reunión que tendremos a primera hora y poder decirle que ya estoy en ello la tranquilizará.

Aunque me cuesta, consigo salir de debajo de las sábanas. A pesar de que llevo dos años y medio aquí, mi cuerpo todavía no se ha acostumbrado al clima de Nueva York. Me doy una ducha caliente para entrar en calor y me visto con todas las capas posibles para no congelarme. Me preparo un café en la taza de Star Wars que me regaló mi padre cuando me mudé aquí y unas tostadas con mantequilla y mermelada de fresa. Amo esta taza porque, cuando viertes una bebida caliente en ella, aparecen los colores de las diferentes espadas láser. Al acabar, me hago un *make up* no *make up* y estreno un caprichito que me di hace un par de días en Sephora: el *lip combo* Pillow Talk de Charlotte Tilbury.

Salgo de casa y camino diez minutos hasta la boca de metro. Me esperan veintiocho largos minutos hasta llegar a la oficina. Saco mis cascos del bolso y siento que es un buen día para que Niall Horan me acompañe en mi viaje matutino. Llego a Lenox Avenue y, como

siempre, soy la segunda en aparecer. La primera ha sido Maggie, que ya está en marcha.

—Buenos días —digo al entrar en su despacho.

—Buenos días, pillina —responde con una sonrisilla.

Conozco lo suficiente a esta rubia como para saber que está tramando algo. Y ese «algo» tiene que ver conmigo.

—¿Qué te pasa?

—¿Cuándo pensabas contarme lo que pasó con Enzo? —Hace un gesto con la mano para que me siente.

—¿Quién es Enzo? —pregunto.

—¡El primo de Michael, tonta! —responde poniendo los ojos en blanco.

—¡Ah! ¿Se llama así? Primera noticia. —Miro hacia otro lado.

—Me comentó que le hiciste unas fotos en la suite del novio y quería saber cómo podía hacerse con ellas. También me dijo que eran un poco... ¡personales! —acaba la frase con un grito de emoción.

«¡Será cabrón!».

—¿Te contó también que me engañó haciéndose pasar por el novio y que por eso le saqué esas fotos? —contesto, molesta.

Como niega con la cabeza, le explico todo lo que sucedió el sábado en la suite: que se me insinuó varias veces, que salió del baño con la camisa desabrochada, que quería que le hiciese fotos tumbado en la cama..., por no hablar de que mencionó que le habría gustado verme desnuda.

—Me ha encantado conocer tu versión, pero él ya me había contado lo sucedido —suelta la rubia cuando acabo.

Ahora sí que estoy alucinando.

—Tal vez no me detalló una versión tan marrana, pero me dijo que te había gastado una broma. Añadió que se dio cuenta de que no te

había sentado nada bien e intentó disculparse contigo después, ya que estaba arrepentido.

—¿Sí? ¡Pues yo lo único que noté en la ceremonia y el banquete fue su mirada en mi culo! —mascullo.

La puerta del despacho de Maggie se abre y una melena pelirroja aparece en escena.

—¿Qué hacéis hablando de mirar culos un lunes por la mañana? —suelta Lisa.

Pongo los ojos en blanco con un suspiro y salgo del despacho para dirigirme a la sala de reuniones mientras oigo un «Luego te cuento» de Maggie detrás de mí.

8



Olivia

La reunión marcha como de costumbre. Comentamos cómo fue la boda que cubrimos, la de los Verona, para luego centrarnos en los siguientes trabajos. Eso forma parte de nuestra dinámica, pues siempre hacemos un análisis del último encargo, estudiamos si hay algo que podamos mejorar y si se han cumplido todos los objetivos antes de abordar el siguiente proyecto. Debo reconocer que hoy mi participación ha sido nula. Aquel capu... —perdón, Enzo; ya sé su nombre y no puedo seguir dejándome llevar por mi enfado— había llamado a Maggie para preguntarle por mis fotos. ¿Que se arrepiente? Puede contarle ese cuento a otra. La cara de vacilón que puso cuando su primo me explicó que él era el verdadero novio no mostraba ningún arrepentimiento, y mientras cantaba con la mirada fija en mí durante la apertura del baile, tampoco. Estaba muy satisfecho de su hazaña.

—Pues eso sería todo, chicos —concluye Maggie levantándose—. Espero las fotos de los Verona para el viernes. Allison está muy

contenta con las que le adelantamos para su Instagram, pero ya está presionando para que tengamos todas las demás listas a final de semana.

Vuelvo a la tierra al oír ese apellido y asiento por inercia a la vez que Lisa. Estoy muy satisfecha con el trabajo que he hecho y ya he adelantado mucho.

—¿Podemos hablar un momento? —me para William cuando ya me encamino hacia la puerta.

—Claro —respondo sonriendo—. ¿Qué pasa?

—Solo quería agradecerte que me salvaras el pellejo el otro día.

«En realidad le salvé el culo a mi amiga, no a ti», digo mentalmente.

—No hace falta, tranquilo —contesto obviando lo que acabo de pensar—. Pero, para la próxima, recuerda dejarte al menos los calzoncillos puestos. Así tus partes no se te resfriarán al estar en contacto directo con la nieve —añado burlona.

—Lo tendré en cuenta —responde soltando una carcajada, nervioso—. Ahora en serio, te debo una y sé cómo devolverte el favor.

—Suéltalo ya, chico del té.

—Mi amigo, Jeff Ellison, inaugura esta noche una galería de arte en la Sexta Avenida, junto al hotel Hilton. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Jeff Ellison? ¿El mismo Jeff Ellison que trabajó para *Vanity Fair* y *T Magazine*?

—Ese mismo. ¿Qué me dices?

Me pellizco el brazo para asegurarme de que lo que está pasando es real. Jeff Ellison ha sido el responsable de las portadas de revista más importantes de este país. Ir a una inauguración suya significa encontrarse a mucha gente del mundo editorial allí. William suele ser bastante reservado con su pasado brillante en ese sector, pero no

me sorprende en absoluto que tenga una relación amistosa con Jeff Ellison.

—No me perdonaría en la vida si rechazara tu invitación —contesto, emocionada, sonriendo de oreja a oreja.

—Perfecto. Entonces te recojo a las ocho y media en tu piso.

—Vale, genial. Me viene un poco justo porque trabajo en la librería, pero no te preocupes, que estaré lista sí o sí.

—De acuerdo, nos vemos luego. —Se despide con la mano y yo controlo mi cuerpo para no ponerme a dar saltitos como una niña pequeña.

No me lo puedo creer... Sé que esto no implica que por arte de magia vaya a conseguir un trabajo en alguna revista importante. Me gusta crear escenarios ficticios en mi cabeza, pero hasta cierto punto. Sin embargo, es una oportunidad excelente para hacer contactos, o al menos intentarlo. Esta invitación es lo máximo que he conseguido acercarme al mundo editorial desde que vivo en Nueva York.

—Necesito tu ayuda —digo entrando en el despacho de Maggie.

—¡Te paso ya mismo el teléfono de Enzo! —exclama emocionada.

—No es nada de eso —replico con los ojos en blanco—. William me ha invitado a la inauguración de la galería de arte de...

—¡Emergencia Barbie *fashionista*! —grita levantándose de su silla de un brinco, sin dejarme terminar la frase.

Y salimos del despacho como dos locas, una más que otra, para qué mentir.



Es irónico, ya que, aunque tengo un estilo muy definido para la fotografía, no me pasa lo mismo con la ropa, solo hay que ver mi armario. Es verdad que desde que me mudé a esta ciudad me he dejado llevar por las tendencias neoyorquinas, pero sigo necesitando la ayuda de una experta en la materia como Maggie en ciertas ocasiones especiales, como esta.

Vamos directas a Harlem, donde una amiga de mi jefa tiene una tienda de ropa de segunda mano. Siempre que tenemos una emergencia, recurrimos a ella.

—¡Hola, Maggie! —saluda la chica de pelo corto detrás del mostrador—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¡Hola, Andy! —exclama ella acercándose para darle dos besos—. Te puedo asegurar que no es porque no haya querido venir... ¡Cada vez que veo en Instagram lo que traes a la tienda, me vuelvo loca!

—Ya sé que te va genial en GoodWed, me alegro muchísimo —dice Andy con una sonrisa que deja al descubierto una hilera de brillos en sus dientes—. Contadme, ¿estáis buscando algo en concreto?

Maggie me hace un gesto para que tome el relevo en la conversación.

—Me han invitado a la inauguración de la galería de arte de Jeff Ellison esta noche y necesito algo con urgencia —digo mordiéndome el labio inferior.

—¿¡Quéééééééé!? —grita Maggie emocionada—. ¡No me habías dicho que era para un evento de Jeff Ellison!

—Es que cuando te lo iba a decir me has arrastrado hasta aquí sin darme tiempo a acabar —me defiendo.

—Es verdad —admite encogiéndose de hombros, como si la cosa no fuese con ella, y se dirige de nuevo a Andy—. ¿Nos puedes ayudar?

—Creo que tengo algo que os puede encajar.

Andy hace un gesto para que la sigamos y caminamos hasta el fondo del establecimiento. Todo está decorado con colores vivos y chillones, cada pared cubierta con un papel de estampados diferentes. Lo mismo pasa con el suelo, de madera oscura, pues está decorado con un juego de alfombras de diferentes tamaños, colores y formas.

—Mira, esta prenda te puede dar mucho juego.

Me enseña un vestido negro de encaje de manga larga con el que seguro que barreré las calles de Nueva York si no lo uso con tacones.

—Sé que puede parecer un poco atrevido, y más con la temperatura que hace ahora —continúa hablando—, pero se llevan mucho las capas, podemos jugar con eso.

—Yo le pondría otro vestido negro debajo, pero corto. Así puedes añadir unas medias de color vino y que se vea el detalle del encaje en la falda —añade Maggie.

—Me gusta cómo piensas —comenta Andy.

En menos de veinte minutos consigo un *outfit* más que a la altura para la ocasión. Los vestidos se ajustan como un guante a mi figura. No estoy acostumbrada a llevar ropa tan ceñida, por lo que decido añadir una chaqueta *oversize* y a mis dos hadas madrinas de la moda les parece buena idea. Me siento como la mismísima Anne Hathaway en *El diablo viste de Prada* cuando intenta integrarse con su estilo en la oficina. Andy también me ayuda con los complementos y, aunque Maggie insiste en que me compre unos *stilettos* preciosos que hay en el escaparate, decido usar mis tacones de confianza. No soporto el dolor de pies que provocan un par de zapatos nuevos.

—¿Te da tiempo a comer algo? Me muero por unos tacos —me propone Maggie frotándose la tripa mientras salimos de la tienda.

—Sí, voy bien de tiempo —contesto—. ¿Vamos a El Paso?

—¡La duda ofende!

El Paso está entre Little Ruby's y la librería de Daisy, por lo que me va de perlas para que me dé tiempo a todo. Ha sido decir el nombre y la boca se me ha hecho agua al pensar en los tacos de la familia Méndez. Son de otro mundo.

—Entonces, ¿no vas a mostrar ni un mínimo interés por el primo macizorro millonario? —pregunta mientras le da un bocado a su taco de cochinita pibil—. Está bien bueno.

—¿El taco o el primo?

Ya sé que Enzo está bueno, tengo ojos en la cara. Tal vez soy demasiado rencorosa para aceptar que solo me gastó una broma. Como siempre me dice mi padre, tengo la mecha muy corta. Siendo sincera, no solo estoy molesta por eso. Enzo parece el típico tío egocéntrico que te regala los oídos. Esa mirada de «Siempre consigo lo que quiero» de niño mimado es lo que me revienta.

—Los dos —responde con una carcajada—. Vaalee, no insistiré más. Pero, cuéntame, ¿qué rollo te llevas con William ahora?

Me alegro de que Maggie cambie el rumbo de la conversación y deje de hablar del «primo macizorro millonario».

—¿Sinceramente? Ninguno —respondo antes de darle un sorbo a mi refresco—. Esta mañana se me ha acercado después de la reunión para agradecerme que le salvara el culo y me ha dicho que tenía algo para compensarme por haber hecho las fotos de los Verona.

—Interesante... No sabría decirte si está intentando algo contigo o no. Siempre ha sido muy reservado. Mira que ya lleva un año colaborando con nosotros, pero sé bastante poco de su vida personal fuera de su brillante currículum.

—Yo solo sé que el favor te lo hice a ti. Le he dicho que la próxima vez que se le ocurra hacer un ángel en la nieve no se le olviden los calzoncillos —bajo el tono de voz—. Así no se le resfriarán las pelotas.

De inmediato, la Coca-Cola de Maggie empieza a salirle por la nariz de la risa.

—¡Qué bruta eres! —suelta en una carcajada mientras se limpia con la servilleta.

—Ahora en serio, estoy muy nerviosa. —Suspiro y dejo caer todo mi peso hacia atrás en la silla—. Llevo esperando una oportunidad así desde que llegué a Nueva York. Tengo mucho miedo de cagarla. No sé qué debo hacer, cómo comportarme, de qué manera debo dirigirme a esa gente...

—Calma, calma —murmura Maggie acercando su silla a la mía—. Lo primero que tienes que hacer es relajarte y empezar a valorar tu trabajo. Tus retratos son una maravilla y estoy segura de que llegarás muy lejos. Intenta interpretar lo que va a pasar esta noche como un ensayo de cómo será tu vida cuando seas una fotógrafa de éxito. —Dicho esto levanta su vaso para que brindemos.

—Claro, si lo consigo antes de irme. —Hago un puchero.

—Olvídate de eso ahora. Disfruta de las cosas que están pasando en este momento. Tienes muy claro que te vas a ir, ¿no? —pregunta, y yo asiento—. Pues disfruta de lo que queda de la Olivia neoyorquina, que no es poco.

Chocamos los vasos y yo solo puedo pensar en lo mucho que voy a echar de menos a mi Barbie Malibú.

9



Olivia

Llego a la librería quince minutos antes de lo previsto. No sé si son los tacos que acabo de comer o los nervios, pero parece que tengo al pingüino de *Happy Feet* bailándome en el estómago.

—¡Hola, querida! —saluda Daisy al oír la familiar campana de la puerta—. Qué cargada vas.

—Tengo un evento muy importante esta noche y he ido de compras —respondo mientras voy a dejarlo todo en el almacén.

—Oh, ¿tienes una cita?

A Daisy le encantan los cotilleos y las historias románticas. Por eso siempre está intentando emparejarme, ya sea con un cliente o con alguno de sus nietos. Se preocupa mucho por mí y sabe que mi vida amorosa es como mis ganas de que Ross y Rachel acaben juntos al final de *Friends*. Inexistente.

—No, no. Nada de eso. —Río nerviosa—. Un compañero de GoodWed me ha querido devolver un favor y me ha invitado a una inauguración. Nada más.

—En mi juventud salí con un compañero de trabajo. No te lo recomiendo en absoluto —comenta, y desaparece entre los libros.

Comienzo a imaginar mil escenarios de Daisy con mi edad, seguro que era tremenda. Le encanta contarme cómo disfrutó de su juventud, que fue muy moderna para su época. Mientras sus amigas andaban casándose y formando familias, ella pasaba de maridos..., hasta que, recién cumplidos los veinticinco, conoció a Bob. A él también le encantaban los libros y juntos montaron Three Lives en el Village. Siempre me paro a escuchar con atención las historias de Daisy, me chifla el cariño que pone en cada palabra que dice sobre su querido Bob. Aunque su familia está muy pendiente de ella, sé que a veces se siente un poco sola. El caso es que no le dedican demasiado tiempo, parece que en Nueva York todo el mundo vive estresado, de un lado a otro sin parar, y no tienen tiempo de nada. Ella los excusa diciendo que tienen que vivir su vida y que con una llamada está más que satisfecha, pero estoy segura de que echa de menos salir por ahí con su familia.

Me dirijo hacia la zona de libros infantiles para preparar la hora de cuentacuentos. Los niños están a punto de llegar, así que dispongo las sillas en forma de semicírculo y ordeno un poco el espacio.

—¡Hola, Olivia! —me saluda Tom en español con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Buenas tardes, cielo!

Sé que está mal tener un favorito, pero Tom me robó el corazón desde el primer día. Es un crío muy sensible y siempre me pide que le enseñe palabras en mi idioma.

En menos de cinco minutos tengo a doce críos invadiendo mi espacio personal. Algunos padres apuntan a sus hijos a una extraescolar como esta para que aprendan a relajarse, a estar tranquilos y quietos un rato, pues ya hacen deporte el resto de la

semana. El problema es que, al ser lunes, vienen con las pilas cargadas hasta arriba después del fin de semana. A veces puedo estar diez minutos solo para conseguir que se callen y escuchen.

—Ahora que ya nos hemos contado todo lo que ha pasado el fin de semana, ¿podemos empezar? —pregunto haciendo una mueca.

—¡Sí! —chillan al unísono.

—Bien. —Me siento frente a ellos—. Sé que todavía quedan varios meses para el festival de cuentacuentos, pero quiero que vayáis pensando cuál vais a contar este año.

Oigo algunos gritos de emoción y una niña levanta la mano. Es la cría de ojos enormes y lazos en las coletas que siempre tiene algo que decir.

—Dime, Grace.

—¿Puede ser el cuento que queramos?

—Sí, ¿por qué no?

—¡Entonces me pido contar *Las mágicas aventuras del hada Allison*! —chilla emocionada sacando un cuento de su mochila.

Mi mandíbula toca el suelo cuando descubro la cara de la ahora señora Verona en la portada vestida de hada madrina.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto.

—Es el nuevo libro de Allison. Ha salido hoy, me lo ha comprado mi mamá —responde mientras señala hacia el escaparate de la librería.

Estoy tan en mi mundo por la inauguración de esta noche que ni me había fijado en los ejemplares de *Las mágicas aventuras del hada Allison* que hay pegados al cristal del escaparate.

—Chicos, no es por ser aguafiestas, pero preferiría que los cuentos fuesen más tradicionales; ya sabéis, *Caperucita*, *Los tres cerditos*..., esas cosas.

—¿No sabes quién es Allison? —pregunta horrorizada.

—Sé quién es, pero me gustaría que nos centráramos en los cuentos clásicos y que de eso tratara este taller.

—No pasa nada si no lo sabes —insiste la cría posando su pequeña mano en mi hombro—. Sabemos que eres un poco vieja y que no estás muy puesta en internet.

«¡¿Vieja?! Si sus padres me sacan quince años mínimo».

—¡Claro que sé quién es! —Me voy a arrepentir de lo que voy a soltar ahora, pero mi orgullo juvenil está en juego y mi boca expulsa las palabras antes de poder frenarla—. Trabajé como fotógrafa en su boda este fin de semana.

Todas las niñas se llevan las manos a la cabeza y empiezan a cuchichear. No debería haber dicho eso porque el resto de la sesión se convierte en una sucesión de preguntas sobre los novios, aunque a los niños de la sala no parece interesarles el tema. ¿Cómo pueden ser tan cotillas unas niñas de siete años? Por otro lado, yo ya no llevo las redes sociales de la librería, por lo que no estoy tan al corriente de las nuevas publicaciones y sus autores. ¿Por qué habrá publicado Allison un cuento infantil? No tiene sentido.

—¡Y ya no voy a contar nada más porque es confidencial y vuestros padres van a llegar en breve!

Se oye un «Oooh» de decepción grupal.

«¡Menudos son!», pienso.

—Para la semana que viene, id decidiendo qué cuento contaréis. Que sea uno de los de toda la vida, ¿eh? Ya os explicaré por qué —digo, y todos asienten muy obedientes.

Cuando recogen al último niño, ordeno a toda prisa el espacio y lo coloco todo en su sitio. Necesito acabar cuanto antes, tengo menos de dos horas para llegar a casa y arreglarme. Al terminar, miro a ambos lados para comprobar que no hay nadie cerca y cojo el cuento de hadas de Allison para cotillearlo rápido. Tonos pastel,

hadas, princesas, dragones y mucho *glitter*. «Joder, la tía tiene hasta un unicornio propio».

—No deberías hablar de la boda en público. —Doy un respingo al oír una voz que procede de detrás de unas estanterías que limitan la zona infantil.

Me resulta familiar y, antes de que me gire para descubrir quién es, siento que mis mejillas arden de vergüenza.

—Algún periodista podría andar por aquí, camuflado de lector, y utilizar la información para reventarle la exclusiva a la pareja. —El careto egocéntrico de Enzo está ahora frente a mí—. A Allison no le haría ninguna gracia.

«¿Cuánto rato lleva este tío aquí?», me pregunto.

—Desde luego que no. —Carraspeo—. Aquí solo había críos, no van a decir nada.

—¿Confías en ellos?

—Confío más en ellos que en ti —respondo fríamente controlando cualquier gesto—. ¿Qué narices haces aquí?

Su voz me irrita. Sus aires de grandeza al andar me molestan, por no hablar de su pose de niño mimado que consigue todo lo que quiere.

—Has venido a por tus fotos, ¿no? Seguro que Maggie te ha contado dónde trabajo. Ya le he dicho est...

—¿Perdona? —me corta—. Solo he venido a buscar un libro, el de mi siguiente obra de teatro.

—Ah. —Es lo único que sale de mi boca.

«Socorro, qué vergüenza».

—No hace falta que vuelva a pedirte las fotos, sé que las conseguiré pronto —añade con una sonrisa socarrona en el mismo tono vacilón que utilizó conmigo el sábado.

«Perfecto, ahí está de nuevo su ego. Está claro que viene a por las fotos. Maggie me va a oír, ¡no tendría que haberle dicho nada!».

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque —comienza a hablar acortando la distancia que nos separa— cuando te invite a cenar esta noche y me perdones por mi pequeña broma, verás lo buena persona que soy, seremos amigos y me las enviarás encantada.

Después de marcarme un Gabriella Montez en «Start of Something New», dando pequeños pasos hacia atrás para huir de ese ser, no puedo evitar soltar una carcajada. Menudo creído. Es que no se esfuerza lo más mínimo en ocultarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —dice Daisy, que asoma tras una estantería—. ¡Anda! ¿Este es el chico con el que has quedado esta noche?

Empiezo a hacer mil gestos detrás de Enzo para que corte esta conversación, pero nada puede frenar a esta mujer.

—Olvida lo que te he dicho de no salir con compañeros de trabajo. —Le hace un escaneo completo con la mirada—. ¡Menudo buenorro! —susurra, y se va de nuevo.

Digamos que a Daisy no se le da muy bien susurrar. Aunque se haya puesto la mano delante de la boca, se ha oído perfectamente lo que acaba de decir. Ella está un poco sorda y piensa que el resto también lo estamos. Ahora sí me voy a morir de la vergüenza.

—Conque tienes una cita esta noche, ¿eh? —pregunta el buenorro levantando una ceja.

—No es una cita —respondo poniendo los ojos en blanco—. Y, si lo fuera, ¿a ti qué más te da?

—Es una cuestión de principios, tengo valores. —Intento no reírme—. Una de mis normas es no meterme en relaciones, no me va.

—¿Valores? Ni que tú tuvieses de eso —replico burlona, porque tiene narices que este tío me esté hablando de valores cuando lo conocí mintiéndome en la cara—. Además, acabas de decir que acabarás siendo mi amigo y ahora resulta que me hablas de no meterte en medio de mi relación, algo que por supuesto no hace un amigo. ¿En qué quedamos?

—Verás... Si fuésemos amigos, llegaría un punto en el que empezarías a imaginarme desnudo y, claro, querrías que me metiera en tu relación.

—Oye, en serio, ¿qué tipo de problema tienes con la desnudez?

—Ninguno en absoluto, y menos si hay una mujer en la ecuación.

Es posiblemente la conversación más surrealista que he tenido en mi vida, eso sin contar la que mantuvimos cuando pensaba que él era el novio al que debía fotografiar. Además, al único tío al que le permito decirme si lo he imaginado desnudo es a Patrick Verona de *10 razones para odiarte*. Pero al Verona que tengo delante no le doy ni las gracias al salir.

—Por cierto —continúa—, has dicho que no era una cita, ¿por qué ahora dices que no me meta en tu relación?

—No es una cita, no salgo con nadie y no intentes darle la vuelta al asunto. Solo voy a una galería de arte. —Dejo el cuento de Allison, que no sé por qué sigue en mi mano—. Las obras de teatro están en el siguiente pasillo.

Dejo a Enzo allí plantado y voy a buscar mis cosas a paso firme. Me despido de Daisy y salgo de la tienda bien decidida. Ese cretino me ha hecho perder más tiempo del que tengo, y necesito mi ritual para arreglarme.

10



Olivia

Después de vestirme, termino de perfilar mis labios en un tono a juego con mis medias color vino mientras suena «Online Girl (in the World)», de Rihanna, de fondo. Puede que esta música no me ayude a meterme en el papel de chica que sabe relacionarse con magnates del arte, pero sí a sentirme segura mientras me arreglo. Me vengo tan arriba que, al final, decido dejar la chaqueta *oversize* colgada en el perchero: esta noche no pienso esconderme.

«Espero que la seguridad me dure toda la velada», pienso.

La pantalla de mi teléfono se enciende y veo que es un mensaje de Maggie.

¿Cómo vas? ¡Quiero foto de cuando estés a punto de salir!

No mando fotos de mis outfits a las que van contando por ahí dónde trabajo a tíos buenorros.

No me digas que se ha presentado en
la librería. 😜 ¡Admites que está bueno! 😊

Bloqueo el móvil y sigo con lo mío. No me apetece continuar con esta conversación. Miro el reloj de mi muñeca: las ocho y veinte. William suele llegar muy puntual a la oficina y yo siempre me he quejado de la impuntualidad de mi madre. Llegar tarde no va conmigo. Guardo el *lip combo* en el bolso para posibles retoques y la pantalla de mi móvil se enciende de nuevo. Es William.

Estoy en tu portal.

Me pongo los zapatos a la velocidad de la luz, cojo mi abrigo y, tras echarme tres litros de perfume, salgo de mi piso. Estoy nerviosa, pero no porque esto sea lo más parecido a una cita que he tenido en dos años, no veo a William de esa manera. Tengo que concentrarme en cómo el aire entra y sale de mis pulmones. Me da miedo no estar a la altura de la gente con la que voy a pasar la noche. Mi cabeza siempre tiende a imaginar mil escenarios fatídicos que, en un noventa y nueve por ciento de los casos, no se producirán. Por ejemplo, ¿qué pasa si un camarero me ofrece una copa, tropiezo y todo el líquido se me derrama en el vestido o se derrama en el de otra persona o, peor aún, cae en una de las obras expuestas, que cuestan más de lo que yo ganaré trabajando hasta la edad de jubilación en España?

—Estás muy guapa.

La voz de William al subirme a su coche me saca de mis pensamientos.

—Muchas gracias. —Sonrío—. No sabía si era *too much*. Pero tú vas muy elegante, así que veo que he hecho una buena elección.

Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás. Viste un jersey azul marino de cachemira y unos pantalones del mismo color que parecen

hechos a medida. Bajo el cuello asoma una impecable camisa blanca.

A lo largo del trayecto, William se mantiene callado. Odio los silencios, me hacen sentir incómoda cuando no tengo confianza con la otra persona. Es cierto que llevamos tiempo siendo compañeros de trabajo, un año, pero él siempre ha sido muy reservado. Nunca ha venido a las clases de pilates en grupo, ni siquiera a tomar un café a media mañana con los de la oficina. Necesito decir algo o el camino se me va a hacer eterno.

—¿Sabes quién va a estar esta noche?

Maldigo en mi cabeza por haber escogido la pregunta más superficial del mundo.

—Jeff se lleva bien con demasiada gente, no sabría decirte. —Sus ojos azules están fijos en la carretera—. ¿Esperas ver a alguien en concreto?

—Oh, no, no —respondo a toda prisa; su pregunta me ha pillado desprevenida—. Era pura curiosidad —concluyo con una sonrisa forzada.

—Solo te puedo decir que la mayoría de los presentes serán unos estirados..., y eso que yo soy inglés —bromea.

«New Light», de John Mayer, suena por los altavoces del coche mientras observo las luces de la ciudad por la ventanilla. La calle está llena de gente a pesar de ser lunes y siento que ya echo de menos Nueva York, aunque todavía no me he ido.

William deja el coche en un aparcamiento cercano y caminamos hasta la galería. Una melodía que podrías oír comprando en Zara inunda mis oídos. La entrada está abarrotada, incluso veo a varios paparazzi.

—Parece que habrá que esperar un poco para entrar —digo mirando la cola que llega hasta el final de la calle.

—Ellos hacen cola porque no tienen esto.

William saca de su bolsillo una invitación dorada con el nombre de la galería escrito en negro en una tipografía que me parece muy familiar. El *ticket* dorado para visitar la fábrica de Willy Wonka inunda mis pensamientos, pero no hago ningún chiste sobre ello. No quiero que piense que me estoy burlando del gusto de su amigo Jeff.

No estoy acostumbrada a no hacer cola en los sitios, por lo que intento evitar el contacto visual con las personas que se quedan fuera. Un señor del tamaño de King Kong nos abre la enorme puerta de cristal y, sin apenas darme cuenta, ya tenemos a alguien al lado pidiéndonos los abrigos para dejarlos en la guardarropía.

—Te noto tensa —comenta William ofreciéndome una copa de champán cuando pasa un camarero con una bandeja llena de ellas.

—¿Aún no he podido echar un vistazo a las obras de arte y ya quieres emborracharme?

Cojo la copa y sigo a William por la gran sala. Levanto la vista para ver los altos techos de cristal por los que se pueden ver las luces de los edificios que nos rodean. Las paredes son blancas y me fijo en que todas las obras están tapadas con una tela de seda negra. La gente va muy elegante y me pregunto si mi vestido, aunque me veo preciosa con él, estará a la altura. William saluda a un montón de gente mientras avanzamos y yo me limito a quedarme detrás de él con una sonrisa.

—Ahí está Jeff —me informa señalando a una multitud haciendo un corro.

Cuando conseguimos hacernos un hueco, veo al anfitrión subido a una pequeña tarima. Lleva un traje de satén del mismo color que la invitación y su pelo blanco está peinado en un tupé que lo hace cinco centímetros más alto. Sabía que no era del tipo de persona que pasa desapercibida y menos en su propio evento.

—¡Buenas noches, amigos! —saluda por el micrófono—. Espero que disfrutéis de la velada.

Todo el mundo aplaude, me incluyo. Jeff saluda como si de un *meeting* del presidente de Estados Unidos se tratase. Miro a mi alrededor y me siento como la mismísima Katniss Everdeen cuando llega al Capitolio gracias a todos los presentes, con sus trajes sofisticados, levantando sus copas y robando canapés como si no hubiesen comido en cien años... Seguro que alguno de los camareros ofrece de vez en cuando una bebida para vaciar el estómago y seguir zampando.

—Dame un segundo, voy a saludar a unos amigos.

William se aleja y vuelvo a prestar atención al discurso de Jeff. No sé cuánto tiempo lleva hablando.

—Estoy muy agradecido con todas y cada una de las personas que estáis aquí. —Se pone la mano en el pecho para darle un aire aún más dramático a la escena—. Pero es innegable que esto no habría sido posible sin la ayuda de mi querido amigo Jeremy Mader.

La copa de champán que llevaba mareando varios minutos cae al suelo y veo cómo todos se vuelven hacia mí. No puedo oír lo que dicen porque un pitido de lo más molesto inunda mis oídos. Mis ojos se clavan en la tarima que hace de escenario al ver la figura de Jeremy allí. Su nombre retumba una y otra vez en mi cabeza. Me falta el aire, siento como si la sala se volviese más pequeña. Los techos que antes me parecían altísimos se posan sobre mi cabeza.

Necesito salir de aquí.

Necesito huir.

11



Enzo

Salgo del gimnasio después de entrenar dos horas y reviso mi Instagram mientras camino de vuelta a mi piso. Me arrepiento en el momento en que aparece una instantánea de Allison bebiendo de un coco, rodeada por los enormes bíceps de mi primo. Solo salen sus músculos, nada de mostrar su cara porque a Michael no le gustan las fotos.

—¡Qué divertida vuestra luna de miel! —digo hablando solo, y tiro el móvil al sofá en cuanto llego a casa.

Me doy una ducha de agua helada para intentar alejar los pensamientos negativos de mi cabeza. Hoy no vienen mis compañeros de teatro a ensayar y mi plan para conseguir hacer las paces con Olivia no ha funcionado. Es muy rencorosa, pero está buena. Algo que tengo muy claro es que no voy a ir detrás de ella, ahora la pelota está en su tejado. Sé que no tardará en buscar la manera de escribirme, siempre lo hacen.

Respondo a algunas de las conversaciones que tengo abiertas en IG por puro aburrimiento. Algunas son de chicas con las que he quedado y podría volver a tirarme, pero eso solo pasa el uno por ciento de las veces. Otras llevan unos días casi suplicando una cena conmigo. No me interesan.

El rostro de mi primo aparece en la pantalla de mi teléfono.

—¿Y esa cara? —pregunta cuando respondo a la videollamada.

—No me apetece que me llames para restregarme tu viajecito por Hawái, la verdad.

Solo llevan dos días allí y ya se puede notar que su piel se ha oscurecido varios tonos. Para que quede claro, solo me da envidia el hecho de que esté en la playa. Ni aunque me pagasen me iba yo de vacaciones con Allison.

—¡Esta va por ti! —me vacila chocando un coco contra la pantalla a modo de brindis—. ¿No tienes plan hoy?

—Y tú, ¿no puedes vivir sin mí? Les pasa a muchas...

—¡Te van a salir arrugas de tanto fruncir el ceño! —La cabeza de Allison se asoma a la pantalla—. ¿No ha ido bien con la fotógrafa?

Mi mandíbula toca el suelo.

—¿Le has contado lo de Olivia?

—Nos lo contamos todo —responde ella riéndose—. ¡Cuando encuentres a alguien que te aguante lo entenderás!

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer en el sofá. No la soporto. ¿Por qué mi primo tiene tan mal gusto? La voz de chihuahua de esa mujer es irritante.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi primo cambiando de tema.

—Nada. He ido a la librería que me dijo Maggie y resulta que esta noche tiene una cita.

—¿Una cita?

—Bueno, ella dice que no es una cita —me corrijo—. Solo que un compañero de trabajo la ha invitado a la inauguración de una galería de arte o yo qué sé, no me acuerdo.

Finjo que el hecho de que otro tío pueda intentar algo con ella esta noche no me molesta.

—¿Va a la inauguración de Jeff Ellison? —habla Allison de nuevo.

Dejo de pensar con lo que guardo en mis pantalones y empiezo a utilizar la cabeza por una vez en mi vida. No sé quién cojones es Jeff Ellison, ni me importa. Necesito ir a esa inauguración como sea. No creo que Allison me haga un favor sin esperar nada a cambio, pero tengo que intentarlo.

—¿Podrías decirme dónde es? —Pongo ojos de cachorrillo.

—Te paso la ubicación enseguida.

—Gracias, eres genial —digo haciéndole la pelota.

—Pero... —Estaba claro, ha sido demasiado fácil—. Solo podrás entrar con invitación..., y casualmente yo tengo una.

Es mala. Lo sabe y le encanta. Lo que más me cabrea es que mi primo está ahí embobado, mirando cómo su mujer me vacila como quiere. No hace nada para evitarlo.

—No te andes con rodeos y dime qué quieres a cambio.

—Sabes que mi cumpleaños es dentro de poco y que la temática va a ser de Barbie...

«¿Dentro de poco? Pero si queda muchísimo». Aun así, no pienso ceder.

—No, no, no y no. Me niego.

—Si quieres la invitación —continúa—, tendrás que hacer una actuación de «I'm just Ken» al más puro estilo Ryan Gosling en la fiesta.

Michael suelta una carcajada y veo esa sonrisa que pone Allison cuando se sale con la suya. Soy actor, me dedico al teatro, pero los

musicales no son lo mío. ¿Voy a acceder a esto por un polvo que ni siquiera sé si va a suceder? Solo tengo claro que mi actuación será lo único que salve el muermo de fiesta de Allison.

—Mi interpretación dejará por los suelos la actuación de Ryan en los Oscar.

—¡Eso quería oír! —grita Allison emocionada.

Recibo un mensaje de Allison y al abrirlo veo una invitación dorada en la pantalla. Me despido de mi primo y le saco la lengua a Allison antes de que cuelgue. No sé cómo lo hace, pero siempre se sale con la suya.

Me levanto del sofá de un salto y me visto para acudir a ese evento. Decido ir en moto para evitar el tráfico del centro de la ciudad. ¿Cuántas inauguraciones de galerías de arte puede haber en una noche en Nueva York? Espero que hoy solo una. He apostado todo a esta.

Dejo la moto a pocos metros de la puerta, la cola da la vuelta a la manzana. Me quito el casco y me miro en uno de los retrovisores para asegurarme de que llevo bien el pelo. Antes de que pueda caminar hacia la entrada, levanto los ojos y veo a Olivia. Está espectacular con ese vestido negro de encaje que se amolda como un guante a sus curvas. Me extraña que no lleve abrigo, no estamos ni a cinco grados ahora mismo. Va mirando el suelo, a paso ligero y está... ¿llorando?

—¡Olivia!

Sigue caminando. No se gira.

—¡Olivia, espera! —vuelvo a llamarla y camino tras ella.

«¿Por qué no se gira?». Dos pasos míos son cuatro de ella, así que la alcanzo enseguida.

—Olivia. —Le toco el hombro y pega un respingo.

—¡Qué susto! —exclama mirándome por fin—. ¿Qué haces aquí? ¿Es que te dedicas a seguirme? —pregunta incrédula mientras se limpia las lágrimas con la manga.

Algo me dice que su cita no ha ido como esperaba. La rabia me invade al pensar que ese capullo haya podido dejarla plantada o que tal vez haya hecho que se sienta incómoda. Sus ojos, enormes y verdes, están puestos en mí y de mi boca solo sale un:

—¿Te apetece pollo frito?

12



Olivia

Por si el día no estaba siendo lo bastante surrealista, no sé cómo he acabado cenando en Raising Cane's con Enzo Verona. Cuando esta tarde me ha invitado a cenar, no he imaginado ni por un segundo que se referiría a un sitio como este. Siento la mirada de la gente puesta en mí, tal vez por mi maquillaje corrido o por el vestido, que no pega con un local de pollo frito. En este momento me importan bien poco cualquiera de las dos razones. Quiero irme a casa. No sé por qué he aceptado.

—No me creo que lleves tanto tiempo aquí y no hayas probado el pollo frito de Raising Cane's —comenta Enzo entusiasmado al traer las bandejas con la comida.

Me pasa mi ración de pollo y le doy un bocado a la pechuga rebozada por compromiso. Aunque me sigue pareciendo un chulo, no puedo negar que está poniendo de su parte para que deje mi rencor a un lado y me olvide de la broma que me gastó el sábado.

—La gracia está en coger un trozo de pollo, un poco de pan brioche y meterlo todo en la salsa.

Quiero aclarar que la salsa no viene en una tarrina diminuta como la de la salsa Deluxe del McDonald's. Es un vaso de cartón, tal cual, como el que tenemos para las bebidas, rebosante de un líquido denso de un color rosado. Sí, cero apetecible. Enzo me acerca el vaso y, por el fuerte olor, deduzco que es una mezcla entre kétchup y mayonesa.

—¿No vas a contarme por qué has aparecido en la inauguración? —pregunto soltando toda la artillería mientras intento meter mi trozo de pollo en la salsa.

—Mi sentido arácnido me ha dicho que estabas en apuros —responde levantando el dedo índice.

—¿Acaso me estás rastreando el teléfono? Esto empieza a ser acoso.

Enzo suelta una carcajada y me contagia la risa. Siento cómo mi cuerpo se destensa por primera vez desde la aparición de Jeremy en la galería. Nunca pensé que volvería a verlo en persona. Ha sido horrible.

—Menudo capullo tiene que ser ese compañero tuyo de trabajo para que hayas salido llorando de vuestra primera cita.

Su cuerpo se inclina hacia mí, con el codo derecho apoyado en la mesa mientras come patatas fritas. Un mechón le cae de forma estratégica sobre la frente y un recuerdo del día de la boda invade mi mente. Parece que ese es su peinado estrella. Viste todo de negro; los dos vamos demasiado arreglados para este lugar. Me parece divertido.

—Me encanta tu capacidad para llamar «capullo» a otros como si tú no lo fueras. —Le robo una patata y continúo—. No era una cita y

creo que él ni siquiera se ha dado cuenta de que me he ido. Tu sentido arácnido te ha fallado, Spiderman.

Miro mi teléfono para verificar que no tengo ningún mensaje de William. No me equivocaba.

—¿Todavía sigues molesta por la broma que te gasté cuando nos conocimos?

—No me gusta que se rían de mí en la cara y menos mientras estoy trabajando.

Esta vez mi tono suena más serio. No es rencor, es poner límites. Enzo debe de estar acostumbrado a que todas le bailen el agua y le rían sus gracietas. Si piensa que puede burlarse de mí y hacer como si no hubiera pasado nada, lo lleva claro conmigo.

—Está bien. No me dejas otra opción.

Acto seguido, Enzo aparta las bandejas a un lado. Antes de que pueda pedirle que pare, está encima de la grasienta mesa pidiendo la atención de todo el mundo.

—¡Por favor, préstenme un momento de atención! —exclama haciendo gestos con las manos.

Lo que parecía imposible ha sucedido. El local se queda en silencio y todos miran al chalado subido a una mesa. Es entonces cuando recuerdo la noticia del asteroide del tamaño de un autobús que va a impactar en la Tierra. ¿Por qué no puede caer sobre Enzo Verona en ese preciso instante? Voy a morir de la vergüenza.

—Hace unos días la cagué con esta chica tan preciosa que hay aquí. —Me señala y todas las miradas se posan en mí—. Por eso, todos y cada uno de vosotros vais a ser testigos de mis disculpas.

Sus ojos marrones se clavan en los míos. Casi está haciendo un puchero, como si del Gato con Botas se tratase.

—Lo siento por ser un capullo.

—Te perdono.

Respondo como una bala para que acabe el bochornoso espectáculo de una vez. Todo el local aplaude y, tras una reverencia, Enzo baja de la mesa.

—Eres lo peor —lo reprendo en un susurro.

—Tú lo has querido. —Sonríe y se lleva la última patata que queda a la boca.

—¿Por qué la gente sigue aplaudiendo? Ni que acabaran de ver una propuesta de matrimonio en Times Square.

Los dos reímos y el ruido del establecimiento recupera la normalidad. Después de este numerito, está más que claro que Enzo está acostumbrado a conseguir lo que quiere. No le importa llamar la atención, se nota que no tiene vergüenza.

—¿Me vas a contar qué ha pasado? —insiste, otra vez con lo mismo.

—Tú no me has dicho qué hacías en la puerta de la galería, no me parece justo.

Me cruzo de brazos y él me imita levantando una ceja. No puede ser que Maggie también le haya contado dónde iba a ser la inauguración. Y, por otro lado, por lo poco que conozco a Enzo, que es nada, no tiene pinta de relacionarse con la gente que he visto en la fiesta. ¿Cómo narices se lo ha hecho para conseguir una invitación? ¿Qué subterfugios habrá usado?

—Ha sido pura casualidad. Mi primo y Allison, que están de luna de miel, me han llamado. Han visto que no tenía ningún plan para esta noche y ella se ha ofrecido a darme una invitación porque no la iba a usar..., y te he encontrado.

—¿Y qué se supone que ibas a hacer tú allí solo?

—Estamos en el siglo XXI, Olivia. Uno puede hacer cosas solo. Podrías probarlo de vez en cuando, es divertido.

De nuevo, siento cómo me vacila y me exaspera. Sé que no está siendo sincero, por lo que yo tampoco voy a serlo. No me apetece seguirle el juego, así que me quedo callada. El sonido ambiente me exaspera aún más. Está hasta arriba de gente y, aunque sé que voy a morir de frío fuera, necesito tomar el aire.

«Mierda, mi abrigo», pienso mientras miro a mi alrededor.

—¿Estás bien?

—Me he dejado el abrigo en la galería, en guardarropía —contesto mientras me masajeo las sienes.

No quiero volver allí. La posibilidad de cruzarme con Jeremy otra vez me da escalofríos. Compraré otro abrigo si hace falta.

—Podemos ir a recogerlo —propone él—. No sé qué ha pasado en la fiesta, pero algo me dice que no te apetece nada volver allí. Si quieres, yo lo recojo mientras me esperas junto a la moto y después te llevo a casa.

Responde con algo que me hace sentir bien, como si hubiese entrado en mi cabeza. Es justo lo que necesitaba. Asiento y nos levantamos juntos. Enzo insiste en prestarme su abrigo y, aunque me niego repetidas veces, no acepta un «no» por respuesta. Me lo coloca sobre los hombros y las notas amaderadas de su perfume inundan mi nariz. Es el típico aroma que usaría un tío que te va a romper el corazón y, para mi desgracia, mi olor favorito en un hombre.



Hacemos el camino de vuelta a la galería en silencio. Agradezco que Enzo no diga nada, no me apetece hablar. También aprecio que no haya vuelto a sacar el tema de lo que ha pasado esta noche, no

me siento con fuerzas para expresarlo en voz alta. Mentiría si dijese que no creía tenerlo más superado, que lo tenía un poco olvidado. Lo último que supe de él era que se había mudado a Los Ángeles. Una parte de mí pensaba que la distancia bastaría para no volver a cruzarnos, pero de nuevo me equivocaba.

Nunca he hablado de Jeremy con nadie, excepto con Maggie. Él fue mi primer apoyo cuando llegué a la ciudad, e incluso lo había sido antes de que me mudara aquí. El caso es que no lo conté porque era algo que me avergonzaba y me sentí incapaz de compartirlo con mi familia. Solo hablé de él el día que Maggie y yo nos pasamos de copas en el karaoke de Lower East Side..., y a partir de ahí pude desfogarme con ella cuando lo necesitaba, fue mi confidente. Con los demás, no exteriorizarlo hace que mi mente viva en el autoengaño. Si no lo cuento es como si no hubiese pasado. Eso pensaba.

Casi sin darme cuenta hemos llegado a pocos metros de la puerta principal de la galería. Enzo me hace un gesto para indicarme que lo espere aquí mientras él recoge mi abrigo con el resguardo que le he entregado y que llevaba en el bolso. Me quedo frente a su moto y la observo con admiración. La nostalgia me invade al recordar que mi padre tuvo una de estas cuando yo era pequeña. Saco mi teléfono para enviarle una foto y añado en el mensaje: «Lo que se encuentra una en Nueva York».

Si le digo que es del tío que me va a llevar a casa, igual lo mato de un infarto. Es mejor que piense que me la he encontrado paseando por ahí.

—Es bonita, ¿eh? —La voz de Enzo suena detrás de mí y guardo el teléfono enseguida—. Una Ducati Monster 900.

Asiento y me quito su abrigo al ver que lleva el mío en la mano.

—¿Y tu casco? —pregunto al ver que me cede el suyo.

—No te preocupes, sube.

Me encantaría estar en España en este momento para hacer una referencia a Mario Casas en *Tres metros sobre el cielo*, pero dudo mucho que esa película haya llegado hasta aquí.

—No pienso subirme a la moto si no llevas casco, pediré un taxi.

—Está bien —contesta mirando por encima de mi hombro—. Eh, ¡perdona! —grita dirigiéndose al otro lado de la calle.

Se acerca a un chico que estaba arrancando su moto. Es una Vespa roja, como las que aparecen en las películas ambientadas en Italia. No consigo oír la conversación, ya que están en la acera de enfrente y Enzo está de espaldas a mí. De pronto veo que el chico de la Vespa le da su casco y ya me puedo oler lo que ha pasado.

—¿Acabas de comprarle el casco a ese tío?

—Ahora no tienes excusa para no subirte a mi moto —responde mientras monta y la arranca; el motor empieza a rugir—. Ponte el mío, este no protege una mierda.

Me coloco el casco; me queda grande y siento que me baila un poco. Enzo se percata y me acerca para ajustarme la correa. Estamos a pocos centímetros y el calor de sus manos me roza el cuello. Me sorprende que no las tenga como un cubito de hielo con el frío que hace ahora mismo. Oigo un «clic» cuando termina de ajustarla y sus ojos, color café, se posan en mí. Antes de que pueda articular palabra, bajo la visera de golpe y subo a la moto.

«Siempre por el lado contrario al tubo de escape. Así evitarás quemaduras innecesarias», recuerdo las palabras de mi padre.

—Agárrate fuerte a mí —ordena Enzo mientras me abrocho el abrigo hasta arriba.

—Eso es una simple excusa para que pegue mis tetas a tu espalda. ¿Crees que eres el primer tío que me lleva en moto?

Parece que Enzo se lo toma a lo personal y, sin decir nada, se incorpora al tráfico. Lo guío hasta mi piso al tiempo que zigzagueamos entre los coches; hacía tiempo que no sentía la adrenalina de ir en moto. Aunque me agarro con fuerza al asidero trasero, no puedo evitar abrazarlo cuando la velocidad comienza a ser considerable. Noto cómo su cuerpo se destensa y en el siguiente semáforo se levanta la visera y me dedica una sonrisa de medio lado para indicarme que se ha salido con la suya.

Llegamos a mi piso enseguida y poco más y beso el suelo al bajar de la moto. No por un tropiezo, sino porque he temido por mi vida en varias ocasiones.

—Estás loco —le recrimino dándole un golpe en el pecho con el casco al devolvérselo.

—Pensaba que tenías experiencia y no te daba miedo —replica con ese tono vacilón que me saca de quicio.

—Mi padre es un fanático de las motos —confieso—. De hecho, tenía una igualita a esta cuando yo era niña, siempre le pedía que me llevara. Él fue quien me advirtió de que los tíos usáis el truco de que nos peguemos.

—Un hombre sabio, tu padre.

Los dos reímos y me recorre un escalofrío cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse. Su pelo está un poco más alborotado de lo normal por haberse quitado el casco. Hay que estar ciega para no admitir lo atractivo que es.

—Muchas gracias por traerme. Buenas noches.

Me despido antes de que suceda algo de lo que me pueda arrepentir mañana. Me giro y dejo atrás a Enzo, y oigo como el motor vuelve a rugir cuando saco las llaves. Tal vez no era lo que él esperaba, pero ya he tenido suficiente por esta noche. No continúa

su camino hasta que entro en el portal y suspiro intentando no pensar en todo lo que ha pasado en menos de cuatro horas.

13



Enzo

Lo que ha pasado esta noche ni se acerca a lo que rondaba por mi cabeza antes de salir de casa. El plan era:

1. Llegar a la galería.
2. Buscar a Olivia.
3. Que ella me viera y se diese cuenta de que el pringado con el que había quedado no era tan atractivo como yo.
4. Irnos juntos de la inauguración porque finalmente accedía a cenar conmigo.
5. Tener que largarnos del restaurante porque no podía aguantar las ganas que tenía de acostarse conmigo.

La situación en la que me he encontrado no ha tenido nada que ver.

No esperaba ver salir de allí sola a Olivia llorando y al borde de una crisis de ansiedad. Quiero pensar que no me ha contado lo que

ha pasado con ese capullo porque sabe que puedo reventarle la cara. Solo por darme el privilegio de verla con ese vestido podría...

«Como sigas así vas a tener que volver a darte una ducha de agua fría», pienso.

Me acuesto y, antes de que pueda apagar la luz, veo que la pantalla de mi teléfono se enciende. Es un mensaje de un número desconocido.

Gracias por lo de esta noche, pero no te
acostumbres a que sea tan maja contigo. *link*

Pincho en el enlace azul del mensaje y veo mis fotos haciéndome pasar por Michael el día de su boda. Son una locura. Recuerdo la manera en la que Olivia me indicaba cómo colocarme en el marco de la puerta; cómo su nariz se arrugaba cuando estudiaba la fotografía que acababa de hacer, satisfecha con su trabajo. También me acuerdo de lo roja que se puso cuando le tiré ficha y lo avergonzada que se sintió cuando se dio cuenta de que todo había sido una broma y le había tomado el pelo. Sigo creyendo que es bastante rencorosa, pero sin duda este mensaje es un paso.

¿Cómo has conseguido mi número?
Esto empieza a parecer acoso.

Juraría que se me está pegando de un tío que no
para de aparecer allá donde voy.

Fijo que ese tío del que hablas
está buenísimo.

Meh, es del montón. Ha intentado seducirme con
pollo frito y tenía
la boca llena de salsa.

¿Eres de esas que no le dirían a un amigo que tiene un moco o algo entre los dientes? No me esperaba eso de ti.

Tú y yo no somos amigos, por eso no te he avisado.

Pensaba que hacer el ridículo subiéndome a una mesa para pedirte perdón había sido suficiente.

Recibo otro mensaje de ella y esta vez es una foto. La abro y me encuentro a una Olivia con un moño despeinado y unas gafas de pasta negras enormes sacándome el dedo. Añade un «Ni lo sueñes» a la imagen, por si no me ha quedado claro. No voy a negar que mi mente ha deseado que fuese una foto suya con un pijama de encaje o algo por el estilo. De todos modos, para mi sorpresa, aunque no haya sido una imagen de esa índole, me ha gustado. Muchas chicas con las que me he acostado han sido incapaces de estar conmigo sin maquillarse antes. Muchas se muestran muy inseguras cuando en realidad son preciosas —sí, tengo un gusto excelente—. Tampoco me vacilan, ni bromean, y siempre les parece bien todo lo que digo. El hecho de que Olivia me haya enviado una foto así, sin importarle una mierda lo que pueda opinar de que la vea despeinada y en pijama, tal vez haga que sí necesite otra ducha de agua fría.



Apago la alarma a las seis y media con un gruñido. Esta tarde no puedo ir al gimnasio porque tengo ensayo, por lo que me levanto para salir a correr. Tras treinta y siete minutos, doce canciones de

The Weeknd y cinco kilómetros, paro a desayunar en Drip Drop Coffee.

—Buenos días —saludo al entrar, peinándome el pelo hacia atrás con la mano—. Un café con leche y unos huevos revueltos con bacon, por favor.

—Enseguida —responde la camarera con una sonrisa nerviosa—. ¿Algo más?

—Oh, sí. Una galleta con pepitas de chocolate.

No puedo resistirme, me gusta demasiado el dulce. Me prepara el café con leche y me siento a una de las mesas a esperar que me traigan el resto del desayuno. No es casualidad que la nueva camarera haya hecho un corazón con la crema de mi café. Noto cómo me observa desde detrás de la barra con una sonrisa y yo se la devuelvo. Veo cómo cuchichea con su compañera y me juego el cuello a que están buscando la manera de darme su número. Desbloqueo mi teléfono y me pregunto si Olivia estará despierta.

—Aquí tienes —dice la camarera, dejando los dos platos en la mesa.

—Gracias.

Cojo el plato con la galleta y, al arrastrarlo, veo que asoma un *ticket* con algo escrito con bolígrafo azul.

«Por si algún día quieres que te haga el desayuno en mi casa», leo junto a un número de teléfono. Levanto el *ticket* y busco con la mirada a la chica para que vea cómo lo guardo en el bolsillo. Nunca sabes cuándo puede haber una emergencia. Ella suelta una risa nerviosa con su compañera cuando vuelve detrás de la barra y no puedo evitar reírme en voz baja.

Empiezo a desayunar cuando, al poco, mi teléfono vibra.

«Sabía que no se resistiría a darme los buenos días», pienso.

Hoy no hace falta que vengas al despacho. Te paso un par de presupuestos para que los revises.

Mi madre.

Respondo con un emoticono de pulgar arriba. No era la persona que esperaba, pero me deprimo igual al ver que mi madre es incapaz de darme los buenos días. Me entristece que mi relación con ella sea así, tan fría, tan distante, pero es lo que hay, y más después de la muerte de mi padre, pues ya no tiene que disimular ni siquiera un poquito que no me soporta. Supongo que, después de tantos años en esta situación, debería haberme acostumbrado. Si no tuviese a Michael, aunque por razones obvias ya no estamos tan unidos, y si la mayor fuente de mis ingresos no fuera el negocio familiar, no sé si seguiría teniendo relación con ella.

Termino de desayunar y salgo de la cafetería, no sin antes despedirme de la camarera que me ha dado su número con un gesto de la mano y un guiño. Paseo por el Soho hasta llegar a mi piso, no tengo prisa porque no voy a ir al despacho. Me doy una ducha al llegar y procrastino con mi trabajo hasta las once y media.

14



Olivia

Espero que William no se pase por la oficina hoy. Soy consciente de que, si va, él estará tan tranquilo, saludando a todo el mundo, conversando y esas cosas. Eso no me molesta. Lo que sí me molesta es que, aunque resulta evidente que anoche no era mi niñera, por lo menos podría haberme preguntado si estaba viva con un mísero mensaje. ¡Qué menos!

Me instalo en mi mesa y me pongo a editar fotos de los Verona. Esto es algo que puedo hacer desde casa, pero necesitaba realizar la edición definitiva con Lisa.

—¿Qué tal anoche? ¡No me enviaste ni una sola foto de tu *outfit*! —dice Maggie asomándose por mi mesa.

—No me hice ninguna foto.

—¿Y eso? ¿Qué pasó? —pregunta acercando una silla para sentarse a mi lado.

—Nada en especial —miento—. No me sentí cómoda cuando llegamos a la galería, no era mi lugar. Me marché sin que William se

diese cuenta.

Me encojo de hombros y el remordimiento por la trola me revuelve el estómago. Si no lo cuento, no ha pasado, sigo con mi filosofía.

—¿Tú crees que nací ayer? El tic de tu ojo izquierdo me dice que me estás engañando —replica levantando una ceja.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al oír esa frase. Maggie ha sonado igual que mi madre cuando le decía alguna mentira piadosa en mi adolescencia. Tengo que dejar de contarle mi secreto a la gente.

Sin titubear, suelto:

—Ayer vi al Innombrable en la inauguración.

Maggie se tapa la boca con ambas manos y suelta un «Nooo» mientras deja caer su peso en el respaldo de la silla. Jeremy era como Voldemort para nosotras, por lo que decidimos bautizarlo como el Innombrable para no tener que decir su nombre en voz alta. Acto seguido, Maggie me envuelve en un abrazo.

—¿Cómo estás? —pregunta poniendo sus manos en mis rodillas—. ¿Se acercó a ti? ¡Espero que no! Menudo cabrón... ¿Qué hace aquí? Lo último que supiste de él es que se había mudado a California, ¿verdad? ¿Por qué no me llamaste? ¿Qué hiciste?

Su cara de preocupación es un poema. Qué afortunada soy de tener una amiga como ella.

—Maggie, tranquila. Vamos por partes. —Esta vez soy yo la que pone mis manos en sus rodillas—. No se acercó a mí, estoy segura de que ni me vio. Salió al escenario con Jeff cuando este le dedicó un agradecimiento personal. No te llamé porque sabía que vendrías a, como decimos en España, «partirle las piernas». Sobre lo que hice después... Salí de allí corriendo, llorando y sin abrigo.

—Ay, mi niña. —Me vuelve a abrazar—. Sí que habría ido a «partirle las piernas» —añade, y no puedo evitar reírme por su

pronunciación del español.

—Tampoco me esperaba encontrarme con Enzo Verona al salir de allí —suelto de golpe.

Los ojos de Maggie se abren como platos y da un salto, con lo que la silla rueda hasta la mesa de Lisa. Por suerte, hoy todavía no ha llegado a la oficina.

—¡Cuéntamelo todo! —chilla emocionada.

—Invítame a un café y te lo cuento.

Maggie sale disparada hacia su despacho y vuelve en milésimas de segundo con su abrigo y su bolso. Si fuésemos dibujos animados, habría sido el Correcaminos, a esa velocidad.

Llegamos a 787 Coffee, pedimos lo de siempre y nos sentamos en uno de los sofás de cuero negro al fondo de la cafetería. Maggie apoya los codos en la mesa y la cara en ambas manos. Parece la viva imagen de un angelito que no ha roto un plato en su vida. Dejo de maltratarla haciéndome de rogar y le explico lo que pasó, incluido el numerito del perdón.

—¿Me estás diciendo que acabaste en Raising Cane's con Enzo Verona, que luego te llevó a casa en su moto *vintage* y ya? —Puedo sentir la decepción en sus palabras—. ¿Ni un besito?

—¿Por qué tendría que haberlo besado? —pregunto mientras le doy un mordisco a mi galleta de chips de chocolate negro.

—Porque está bueno y está claro que quiere acostarse contigo. ¿Cuánto hace que no follas?

Casi me atraganto con la pregunta. Maggie habla demasiado alto y el camarero aparece con nuestros cafés justo en el momento en que mi amiga menciona mi inexistente vida sexual. Le hago un gesto para que deje el tema y ella se encoge de hombros.

—No entiendo tanto drama, es un polvo y ya está. Incluso puede que lleguéis a un acuerdo y seáis amigos con derecho a roce.

—¿Cómo tengo que decirte que no quiero acostarme con él?

—Olivia, el tic del ojo.

—¡Ahora no me tiembla, mentirosa!

Me tapo la cara de la vergüenza y las dos empezamos a reír. Nunca he sido de polvos de una noche y menos todavía de tener amigos con derecho. Además, eso siempre sale mal, hay demasiadas películas que tratan del tema. No tengo la necesidad de acostarme con él. Está claro que es el típico tío de aquí te pillo, aquí te mato; no me aportaría nada en absoluto. Y después de mi última experiencia con el Innombrable, paso de los tíos..., por no hablar de mi maravillosa capacidad de pillarme por los más idiotas del planeta. No, esta vez no. PA-SO.

La pantalla de mi teléfono se ilumina y veo que es un mensaje de voz de «Capullo».

—Hablando del rey de Roma... —Giro mi móvil para que Maggie lea lo que pone.

—¡Escúchalo ya!

Pongo los ojos en blanco y le doy al *play* para reproducir el audio. Ambas acercamos la oreja al teléfono para escuchar lo que dice.

> La oferta que te hice en la librería sigue en pie, no creas que me voy a conformar con invitarte a un poco de pollo frito..., aunque sea el mejor de la ciudad. Te recojo hoy a las nueve en tu piso. Te diría "ponte guapa", pero no hace falta, siempre lo estás. Incluso con tus gafas de pasta negra que te ocupan toda la cara. Nos vemos esta noche.

—Menuda voz de cachondo —suelta Maggie cuando el audio termina—. Es la típica que tendría el protagonista de las novelas que leía en Wattpad con quince años.

—Estás fatal. —Bloqueo mi móvil y lo guardo en el bolsillo.

—Tú sí que estás fatal. ¡No todos los días un buenorro te invita a cenar! Y tú estás ahí como si nada...

—Que no esté dando volteretas por toda la cafetería no quiere decir que esto me pase todos los días. ¡Ni que yo fuese Sydney Sweeney! Es solo que a este tío se le ve venir de lejos y, para lo poco que me queda en este país, paso de llevarme un nuevo trauma a casa.

—Para lo poco que te queda aquí... —Maggie se limpia una lágrima falsa—, deberías hacer alguna locura antes de irte.

—¿Tener un amigo con derecho a roce es una locura para ti?

—¡Sí! —exclama—. ¿Por qué no le respondes?

—Ya lo haré, no hay prisa. También te digo que, tal como lo ha dicho, no me ha dado opción, ha sido un «sí» o un «sí».

El móvil vuelve a vibrar en el bolsillo trasero de mis pantalones y hago una mueca pensando que es otro mensaje de Enzo. Mi expresión cambia por completo al ver que es Daisy quien me llama.

—¡Hola, Daisy! ¿Todo bien?

—Necesito que vengas enseguida a la librería. —Suena muy asustada—. Ha pasado algo horrible, Olivia. ¡Horrible!

—Tranquila, voy para allá. —Cuelgo y cojo mis cosas.

—¿Qué ocurre? Me ha parecido que era Daisy.

—Era ella, parecía muy asustada. Dice que ha pasado algo muy feo en la librería. Tengo que irme. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no, nena. Te llevaría en mi coche, pero tengo una reunión con una pareja en quince minutos.

—Gracias por ofrecerte. No te preocupes, luego te cuento.

Le doy un último sorbo a mi bebida y salgo de la cafetería. El frío invierno de Nueva York invade mi cuerpo al salir del local. Busco los cascos en mi bolso para escuchar algo de música durante el

trayecto. No son unas orejeras, pero algo harán. Camino hasta la estación de metro más cercana y me dirijo a Three Lives mientras escucho «Pink Pony Club», de Chappell Roan. Al bajar del metro, recorro en diez minutos el trecho que hay hasta la librería y ya a distancia veo coches de policía junto a la entrada; además, en ese momento pasa junto a mí un camión de bomberos en dirección contraria, juraría que vienen de allí.

«¿Qué está pasando?», pienso al ver a un agente hablándole a Daisy desde la esquina de la librería. Me fijo en la cantidad de cristales rotos que hay en la acera y me temo lo peor.

—¿Daisy? ¿Qué ha ocurrido?

El policía se aparta y consigo ver a una mujer destrozada, apagada por completo. Sus lágrimas caen con más fuerza al oír mi voz.

—Olivia, querida... —solloza—. No puedo creerlo.

Daisy se desmaya y, en un acto reflejo, entre el policía y yo la sujetamos para que no caiga de bruces y se golpee. La tumbamos en el suelo y él pide una ambulancia por el *walkie* para que la lleven al hospital más cercano. Me siento en la acera y pongo su cabeza en mi regazo mientras esperamos.

—No tardarán en llegar —comenta el agente, y le coge la muñeca a Daisy para ver cómo tiene el pulso—. Puede que solo sea un desmayo por el susto.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Se trata de un acto vandálico, señorita —responde el policía.

—¿Quién querría destrozar una pequeña librería de barrio?

—Da igual el comercio que sea. Lo arrasan por el simple hecho de tener ese cartel en la puerta.

Mi mirada sigue el dedo del policía. Siento que me baja la tensión al ver que señala el cartel donde se lee «Espacio seguro para el

colectivo LGTBIQ+». Yo misma lo coloqué ahí hace un par de meses, con el permiso de Daisy, claro está. Uno de sus nietos estaba sufriendo acoso en el instituto, así que quiso aportar su granito de arena para que la gente discriminada por ese motivo supiera que su librería era un espacio seguro. Me parece increíble que sigan pasando estas cosas.

—Hay unos diez comercios afectados por esta misma razón en toda la avenida. Son varias bandas, llevamos meses tras ellas.

—Qué horror.

Eso es lo único que sale de mi boca. Desde donde estoy veo las estanterías tiradas por el suelo, un montón de libros rotos o quemados, muebles calcinados, las paredes negras..., e incluso parece que hayan destripado los sillones con un arma blanca, porque hay relleno de espuma esparcido por todo el local. Me cuesta entender que alguien puede tener tanto odio dentro por la manera en la que aman otras personas.

—¿Sabe si ha llamado a algún familiar? —pregunto al ver que la ambulancia dobla la esquina.

—Sí, cuando hemos llegado estaba hablando con uno de sus hijos. Nos ha explicado que ninguno podía venir de inmediato, que lo harían en cuanto les fuera posible.

Daisy tiene dos hijos, Edward y Emma. Ambos trabajan en Midwood, al otro lado de la ciudad. Por mucho que ahora los llamase para explicarles que se llevan a su madre e intentaran darse prisa, no llegarían a tiempo por el tráfico. Por ese motivo, en cuanto le revisan las constantes vitales subo a la ambulancia para no dejarla sola y le cojo el teléfono para avisarlos de que su madre no se encuentra bien y se la llevan al hospital.

—Perdona, ¿a qué hospital vamos? —pregunto dirigiéndome al enfermero que nos acompaña.

—Al North General.

—De acuerdo, gracias.

Daisy lleva el teléfono en el bolsillo del chaleco de la librería. Justo cuando lo estoy cogiendo abre los ojos de nuevo. Está aturdida y su primer impulso es levantarse al ver que no está delante de su querida Three Lives.

—Por favor, señora. No se levante. ¿Cómo se encuentra? Es mejor que mantenga la calma y no se incorpore.

—¡Mi librería! —solloza—. ¿Qué está pasando? ¿Olivia?

—Estoy aquí. —Agarro su mano con fuerza para que se tranquilice —. Te has desmayado y vamos de camino al hospital para asegurarnos de que no es nada grave.

Esbozo una sonrisa para transmitirle un poco de calma. Su expresión denota que está rota, nunca la había visto así. Se vuelve a tumbar en la camilla con la mirada fija en el techo del vehículo. Casi la oigo pensar en voz alta, haciendo un recorrido por todo lo que ha vivido en esa librería. Veo a una pareja llena de luz: son ella y Bob abriendo la persiana de Three Lives por primera vez. Miran las estanterías con orgullo y un poco de preocupación, ya que han invertido todos sus ahorros en este proyecto. Pronto, la librería se llena de vida, con una fiel clientela que invade sus pasillos. Sé que para Daisy no es solo un trabajo, es toda una vida junto a su marido.

«¡Qué duro!».

—He cogido tu teléfono porque quería avisar a Edward y Emma de lo que pasa e informarlos del hospital al que vamos. ¿Violet está al tanto de lo que ha ocurrido?

Violet es un poco más joven que yo; es la chica que ahora se encarga de las redes sociales de Three Lives además de ayudar a

Daisy con el inventario y el orden de la tienda los fines de semana, ya que yo trabajo en GoodWed esos días.

—Está bien, avísalos —dice en un susurro—. A Violet le he escrito, sé que está en la universidad por la mañana y no he querido molestarla.

Busco el número de su hijo, llamo y le explico que vamos de camino al North General. Está asustado, pero intento tranquilizarlo asegurándole que su madre ya está consciente.

—Su jefe no lo dejaba salir del trabajo —comento al colgar, y devuelvo el teléfono al bolsillo de Daisy—. Me ha dicho que él se encarga de avisar a Emma.

Daisy asiente con la cabeza y cierra los ojos. Aprieto su mano con más fuerza al ver que una lágrima recorre su rostro. No se merece esto, nadie debería pasar por algo así.

Cojo mi teléfono y decido escribirle un mensaje a Enzo. Recuerdo que todavía no había respondido a su invitación y agradezco no haberlo hecho.

Lo siento, pero no voy a poder
quedar esta noche. Me ha surgido
una emergencia.

15



Enzo

Emily acaba su frase y sus ojos se posan en mí. He olvidado el texto por completo. Intento salir del paso como puedo y continuamos con la escena. Todos me miran extrañados, pero algo que tenemos muy claro en Lights Players es que nunca se para en mitad de una representación o un ensayo, a no ser que sea por un asunto de vida o muerte, claro está. Quedarse en blanco es algo que puede suceder cuando eres actor de teatro, forma parte de esta profesión, y por eso ser un experto en la improvisación también es importante, así que no paramos. Esto es solo un ensayo, y al acabar intento quitarle hierro, pero sé que los he descolocado a todos con mi blancazo monumental. No es normal en mí.

—Vamos a dejarlo por hoy —comenta Emily mientras se frota las sienes—. ¿A ti qué te pasa? —pregunta dirigiéndose a mí.

Los compañeros bajan del pequeño escenario y yo me siento en una esquina. Emily es una tía directa, siempre me ha gustado eso de

ella. Se mueve hasta estar frente a mí y me mira levantando una ceja en espera de una respuesta.

—No me pasa nada en especial —miento—. Solo es que me he dado cuenta de lo duro que tiene que ser meterse en tu piel.

—¿Qué? No entiendo.

—Me han dejado plantado esta noche y como a ti siempre te cancelan las tías en el último momento...

—Eres un capullo. —Me da un golpe en el brazo y me quejo.

Conocí a Emily hace cinco años en mi antiguo grupo de teatro. No voy a mentir, la primera vez que la vi pensé en tirármela. Morena, ojos claros y unas piernas kilométricas, una pena que solo le gusten las mujeres. De todas formas, siempre me ha dicho que, si algún día quisiera probar, en su vida se acostaría con un cretino como yo. Menos aún después de tantos años de amistad y sabiendo que lo más seguro sería que no la volviera a llamar al día siguiente.

—¿Quién te ha dejado plantado? Me encantaría conocerla, es una tía inteligente si huye de ti —bromea.

—Muy graciosa —replico sonriendo, pero sus palabras en esta ocasión me escuecen—. Es una chica que conocí en la boda de Michael.

Le cuento todo lo que ha pasado con Olivia, desde la broma del primer día hasta el trayecto en moto de anoche y los mensajes de hoy, sin olvidarme de cómo le pedí perdón subido a una mesa grasienta de Raising Cane's.

—Vaya, vaya, colega. No conocía esa faceta tuya. ¿Estás bien? ¿Quieres que llame a un médico? —Me toca la frente como si tuviera fiebre—. ¿Desde cuándo tú, Enzo Verona, estás en modo romántico?

—No estoy en modo romántico. Solo tenía curiosidad por saber con quién había quedado, no fue culpa mía encontrarla llorando. Lo

de presentarme en su trabajo e invitarla a cenar era una excusa para pedirle perdón por lo de la boda.

—Pues eso mismo. Acabas de decir que querías pedirle perdón a una chica en vez de «la cena era solo una excusa para acostarme con ella porque está buena». —Posa su mano en mi hombro y continúa—. Como amigo eres un diez, eso no te lo niego. Como lío, rollo, lo que sea..., mejor ni saberlo.

—¿Qué tiene de malo disfrutar del sexo sin compromiso? —respondo a la defensiva; me siento atacado de manera gratuita.

—El sexo sin compromiso no es el problema —afirma sentándose a mi lado—. La cosa está en que tienes menos responsabilidad emocional que Charlie Sheen.

—Creo que verme comparado con un alcohólico putero no es lo que esperaba hoy —mascullo.

—Sabes que mi comparación no iba por ahí. Me refería a que no cuesta nada decirle a una tía lo que quieres de ella.

—Nunca me había parado a pensarlo —confieso—. Igual eso sí que me hace tener los sentimientos de una piedra.

—¿Qué quieres de esa chica?

La pregunta me hace reflexionar.

Tal vez sea un buen momento para pensar con la cabeza y no con la polla. ¿Por dónde empiezo? Lo primero que me viene a la mente es sexo, no lo voy a negar. Evoco su imagen el día de la boda de Michael: el pelo castaño recogido en una cola alta y esos pantalones de traje que se ceñían de forma estratégica a su culo. Digamos que, después de fijarme en Olivia todo ese día, sentí curiosidad por ella. Sí, dejémoslo en curiosidad. De ahí que me presentara en la librería pocos días después para invitarla a cenar, postre incluido en mi piso. Entonces, podría decirse que, tras enterarme de que había quedado con alguien, quizá sentí... ¿celos? No, no, no. Continuamos con la

curiosidad, sí. ¿Con quién se lo iba a pasar mejor que conmigo? Pues eso, con nadie. Ese fue el motivo por el que decidí ir a la galería y la encontré llorando..., y puede que me invadiera un sentimiento de protección hacia ella. También quería partirle la cara al tío con el que había quedado, por hacerla sentir así, aunque de algún modo iba a mi favor que ese tipo desaprovechara una noche con tremendo pibón, pero ese es otro tema.

—¿Y bien? —Oigo la voz de Emily, pero sigo en mi mundo.

Puede que mis disculpas subido a la mesa de aquel local fuesen un poco teatrales, pero eso es mi vida. Fingir que estoy subido a un escenario y dramatizarlo todo es lo que me va. Mereció la pena por ver su cara de vergüenza y cómo se le arrugaban las comisuras de los ojos al reírse. Es una chica muy expresiva. Después tenemos lo que para mí fue una tensión sexual no resuelta cuando le ajusté el casco, luego sentir su cuerpo tan cerca del mío en la moto, y la conversación por chat tras mandarme las fotos. Eso me hizo querer saber más de ella, así que decidí invitarla a cenar hoy..., y un mensaje que no esperaba, rechazando mi propuesta.

—Digamos que lo que me atrae de ella es que no siento que tenga ningún interés en mí —digo sin pensar demasiado en la respuesta ni en qué lugar me deja a mí.

—Has estado tanto rato pensando que por un momento he creído que dirías algo inteligente —bromea—. No puede ser que una tía te atraiga solo porque pasa de ti.

—Verás... Esta mañana he vuelto a esa cafetería del Soho que tanto me gusta después de salir a correr.

Pasé unos meses sin ir porque me había acostado con una de las camareras. Incluso cambié mi ruta al salir a correr para evitar pasar por allí y cruzarme con ella. Hace unos días volví a pasar, echaba de menos sus galletas con pepitas de chocolate puro. Por fortuna, no la

vi por ninguna parte y he seguido yendo desde entonces. Mira que Nueva York es grande, así que liarse con tías que trabajan en los sitios que frecuentas no es una buena idea si no quieres volver a verlas.

—Camarera nueva, número de teléfono que añadir a tu agenda de ligues, ¿no?

—Exacto. ¿Cómo voy a desaprovechar la oportunidad que me está brindando la vida de ponerme a prueba? ¿Acaso estoy perdiendo facultades con las mujeres? —Mi voz comienza a sonar dramática—. Dime que estás barajando la posibilidad de cambiarte de acera por mí o pensaré que he dejado de ser atractivo.

—Ni en tus mejores sueños, Verona.

Emily se levanta y coge su bolsa de tela en la que ella misma ha bordado «Drama is sexy». Apago las luces del pequeño escenario y la acompaño a la puerta.

—Dale una vuelta a lo que hemos hablado. Si una tía que te ha dejado plantado ha provocado que olvides el texto de hoy, puede que tu subconsciente no la vea solo como un reto con patas.

Emily cierra la puerta detrás de ella y yo solo puedo repetirme que es solo eso: Olivia me provoca curiosidad.

Fin.

16



Olivia

Después de muchas pruebas y más de tres horas en la sala de espera, el médico de Urgencias decide ingresar a Daisy en observación. En principio no tiene nada grave, todo es producto de lo que ha pasado, pero tiene la tensión disparada, por las nubes, y quieren que pase al menos una noche en el hospital para controlársela.

—Gracias por quedarte toda la tarde, no tenías por qué —dice Emma envolviéndome en un cálido abrazo.

—No podía irme. Me he asustado mucho cuando he visto que se desplomaba.

—Normal. Menos mal que estabas tú —añade Edward pasándose la mano por el pelo.

Ellos todavía no han podido ver a su madre, por lo que su preocupación es aún mayor. Un rayo de consuelo se palpa en la sala de espera cuando una auxiliar nos indica que ya le han adjudicado

habitación. Los tres subimos hasta la cuarta planta y los dos se unen en un tierno abrazo con su madre.

—Qué susto nos has dado —dice Emma cuando se despega de Daisy.

—Os prometo que no ha sido a propósito —les responde a sus hijos, y luego, dirigiendo la mirada hacia mí, que estoy apoyada en el marco de la puerta dejando a la familia algo de intimidad, pregunta—: ¿Todavía estás aquí, querida?

—No podía irme sin saber que estabas bien y acompañada.

Me hace un gesto para que me acerque y también me abraza. Me recuerda mucho a mi abuela y su cariño hace que me sienta como en casa. Sé que está muy triste por todo lo que ha pasado y eso me parte el corazón.

El médico toca a la puerta y los hijos de Daisy salen de la habitación para hablar con él.

—Necesito que vayas a la librería —dice cuando se asegura de que nadie puede oírnos—. Con este sobresalto, estoy segura de que me obligarán a jubilarme, porque ya hace tiempo que me lo vienen insinuando. Tienes que ayudarme, Olivia.

—¿Cómo? ¿Qué tengo que hacer?

—Sé que debo ser realista, no sé cómo nos recuperaremos de las pérdidas. —Hace una pausa y se traga las lágrimas—. Pero el cierre debe ser mi última opción.

Entiendo a ambas partes. Emma y Edward solo quieren proteger a su madre, pero obligarla a cerrar Three Lives y jubilarse solo la hundirá todavía más. Esa librería es su motor, la razón por la que se levanta cada día. Hacer que se quede en casa será un palo durísimo para ella.

—Necesito que vayas a la librería para ver cuántos ejemplares se han salvado, si queda algún mueble en pie..., lo que sea que

podamos usar, para minimizar costes. Edward es como su padre, con toda probabilidad ya se habrá puesto en contacto con el seguro y algo cubrirán. —Sonríe al recordar a su querido Bob—. Estoy convencida de que podremos abrir de nuevo si nos esforzamos. ¿Estás conmigo?

Nunca he sido una persona muy positiva, pero la luz de su rostro al pensar que Three Lives puede recobrar la vida pronto hace que confíe en ella. Después de tanto tiempo y de tratarme como a un miembro más de su familia, no puedo dejarla tirada. Si esta es mi última misión antes de irme de Nueva York, será un placer cumplir con mi deber.

—Estoy contigo —afirmo, y una amplia sonrisa se me dibuja en el rostro.

La puerta se abre y me separo de Daisy como si esta conversación no hubiera tenido lugar. Ella se lleva el dedo índice a los labios en señal de «Será nuestro secreto» y yo asiento con la cabeza.

—Hola, Daisy. ¿Cómo se encuentra? Como les comentaba a sus hijos, lo más seguro es que mañana por la mañana ya le demos el alta —la informa el médico—. Hoy se quedará en observación para asegurarnos de que todo está estabilizado y se encuentra usted bien.

—Muchas gracias, doctor —contesta Daisy.

—Si necesita cualquier cosa, solo tiene que tocar el timbre de enfermería y vendrán enseguida a atenderla —le explica antes de cerrar la puerta tras de sí.

—Me quedaré contigo esta noche, mamá —le dice Emma a su madre agarrándola de la mano.

—Aún es pronto, me da tiempo a ir a la oficina para hablar con el del seguro —comenta Edward, y Daisy me mira con un «Te lo dije» en los ojos.

—Bueno, el tema del seguro es lo de menos ahora mismo —masculla Emma dándole un golpe en el brazo a su hermano—. Mamá tiene que descansar y recuperarse. Tal vez esto sea una señal para que te tomes un descanso.

—¡Ni hablar! ¡No pienso jubilarme! ¿Es que queréis acabar conmigo? —se defiende Daisy.

—Sé realista, mamá. Cada vez te cuesta más mantener la librería abierta. Acabará contigo —replica Edward intentando controlar el tono a pesar de que es evidente que se trata de un tema que lo preocupa.

—Solo queremos lo mejor para ti —añade Emma.

«¿Insinúa que la librería produce más pérdidas que ganancias?». Es cierto que el tema de las finanzas del negocio se me escapa, eso lo lleva Daisy, pero nunca me ha dicho nada que sugiera eso. Además, pensaba que con la incorporación de Violet y su ayuda, tanto en la tienda como con las redes, la librería seguía funcionando. Al menos, como siempre. Puede que Edward y Emma tengan razón, quizá sea el momento de que Three Lives baje la persiana para siempre.

Salgo de mis pensamientos cuando oigo que la conversación se convierte en una discusión. La máquina que está junto a Daisy comienza a pitar más rápido de lo normal, lo que interpreto como una subida en sus pulsaciones.

—Tranquilízate, por favor. No te preocupes, no volveremos a sacar el tema hasta que te encuentres mejor. —La voz de Emma suena sosegada.

Daisy cierra los ojos y su hija la guía con ejercicios de respiración para mantener la calma. Creo que la situación se ha vuelto demasiado personal y que la familia necesita su espacio. Me despido de todos y salgo de la habitación con la promesa de que haré todo

lo posible para que Three Lives vuelva a abrir lo antes posible. Camino hasta el ascensor cuando noto la vibración del móvil en el bolso. Para mi sorpresa, el nombre de Enzo aparece en la pantalla.

—¿Sí? —respondo.

—¿Cuál es tu excusa esta vez? No estoy acostumbrado a que me dejen plantado —bromea, o eso intenta que parezca, porque sé de sobra que habla en serio.

—Lo siento. Estoy saliendo ahora del hospital y...

—¿Estás bien? —me corta.

—Tranquilo, no estoy aquí por mí —le aclaro, y oigo un suspiro al otro lado de la línea—. Ha pasado algo horrible en la librería y Daisy se ha desmayado. Gracias a Dios, al final todo se ha quedado en un susto.

«¿Podría decirse que está preocupado por mí?». Pensaba que Enzo Verona solo podía pensar en sí mismo. Tal vez sean imaginaciones mías.

—¿En qué hospital estás? Paso a recogerte enseguida. Todavía es pronto, estoy seguro de que no has comido nada.

Tiene toda la razón del mundo. Con todo lo sucedido, se me ha cerrado el estómago y he sido incapaz de ingerir nada en lo que llevamos de día. Siento que mis tripas empiezan a rugir.

—Te aseguro que no es una excusa, pero tengo que hacer algo importante y no voy a poder ir a cenar contigo.

—Sea lo que sea, sin duda puedo ayudarte.

Su propuesta es tentadora. Está claro que cuatro manos hacen más que dos. Además, se nota de sobra que Enzo va al gimnasio, que le dé uso a esos músculos para una buena causa, ¿no?

17



Olivia

Espero a Enzo en la esquina de la cafetería del hospital. El frío me cala los huesos y deseo con todas mis fuerzas que no tarde mucho en llegar. Mientras tanto, le envío un mensaje de voz a Maggie con las últimas novedades. La pobre esta mañana se ha quedado muy preocupada, ha sido un día de locos, pero desde la sala de espera le he enviado un extenso audio explicándole lo del acto vandálico y lo del desmayo de Daisy, así que este ha sido más corto. Acabo el audio con:

> Viene Enzo a recogerme.
> No le he explicado lo que ha pasado, pero se ha ofrecido a ayudarme en cuanto le he dicho que tenía unas
> cosas que hacer. Ya te contaré.

Guardo el teléfono y, al segundo, oigo el rugido del motor de un coche. No sé por qué, pongo la mano en el fuego a que es él.

—No me equivocaba —murmuro para mí.

Para el vehículo donde me encuentro y, antes de que pueda hacer cualquier movimiento, Enzo ya se ha bajado para abrirme la puerta.

—Hola, gracias —lo saludo con una sonrisa en los labios.

Subo al coche y él cierra la puerta. El olor a cuero inunda mi nariz. Me quito el abrigo y enseguida me acostumbro a la cálida temperatura del interior. Hasta los asientos están climatizados, qué gusto.

—Un Porsche Carrera —comento mientras me abrocho el cinturón.

—¿También entiendes de coches? —pregunta alzando una ceja.

—En realidad no. Es que se parece a Sally, de la película *Cars*, solo que en color negro. —Los dos reímos.

—Bueno, tú dirás a dónde vamos —dice una vez que se ha puesto el cinturón.

—Necesito que vayamos a la librería donde trabajo.

—¿Aquella donde me rechazaste por primera vez? ¡Imposible olvidarlo! —bromea.

—Creo que no se puede considerar rechazo porque ya había quedado con alguien, pero, sí, ahí es.

—¿Habrías aceptado si no hubieses tenido otro plan?

Sus ojos color café se clavan en los míos y siento como si me faltase el aire al estar compartiéndolo con él. Pienso en su chulería cuando me propuso que cenara con él aquel día y, siendo sincera, tengo claro que no habría aceptado. Además, todavía seguía molesta por lo que había sucedido en la boda de su primo y no me cuesta admitir lo orgullosa que soy.

En todo caso, si hubiese sabido lo que me encontraría en aquella inauguración, habría preferido mil veces quedarme en casa con mi pijama, una buena sopa calentita y un documental sobre algún caso de *true crime*. Cualquier cosa menos volver a ver a Jeremy.

—Si hubiese sabido que ibas a hacer un numerito para pedirme perdón subido a la mesa del local de pollo frito... No, definitivamente no habría aceptado —respondo resumiendo mis pensamientos en esa frase.

El rugido del motor al ponerse en marcha me asusta y doy un respingo. Nunca había subido en un coche así y, después de la velocidad con la que condujo la moto, no me siento muy segura. De forma inconsciente, piso un freno imaginario cada vez que Enzo se acerca más de la cuenta al coche que llevamos delante.

—¿Es necesario ir tan deprisa? —suelto nerviosa.

—Tranquila, no voy a tanta velocidad, ¿ves? —dice señalando el cuentakilómetros de la pantalla—. Es más el ruido del coche debido a la potencia del motor que otra cosa.

—Si tú lo dices...

Reduce la velocidad al ver mi cara de pánico y «Just Like Heaven», de The Cure, suena por los altavoces. Maldigo para mis adentros que la música no esté un poco más alta cuando oigo que mis tripas piden comida. Lo que sea.

—¿Por qué no pasamos por algo de comer y nos lo llevamos a la librería? Ese sonido que acaba de generar tu cuerpo da más miedo que Freddy Krueger en una fiesta de pijamas.

—Haré como que no he oído semejante referencia... —contesto conteniendo la risa, porque, aunque me joda admitirlo, el tío tiene su gracia al ser tan dramático con todo—. Vale, vamos a cenar algo, pero esto no es una cita, ni una cena ni nada sobre lo que tú quieras montarte películas, ¿de acuerdo?

—A la orden, jefa, todo sea por el gremlin que habita en ti.

—Todavía no hemos llegado y ya me estoy arrepintiendo...

No puedo quitarme de la cabeza que la librería está en parte calcinada, y aunque la presencia de Enzo y la sarta de tonterías que

salen de su boca por segundo me ayudan a evadirme, la situación sigue ahí. Ha sido un día horrible y qué mínimo que poder comer en una mesa y una silla en condiciones. No pido más.

—¿Te gusta la comida mexicana? Hay un sitio cerca al que suelo ir con Maggie —propongo.

—¿Te gusta a ti? Porque, si te gusta a ti, me gustará a mí seguro —responde subiendo y bajando las cejas con una sonrisa bonachona en la cara.

—Eres un payaso, voy a poner la dirección en el GPS.

Cuando ya la he buscado, siento una sensación incómoda en la boca del estómago, y esta vez no es hambre. Me arrepiento de haber mencionado la existencia de El Paso. Es un sitio que frecuento con Maggie, es nuestro lugar seguro y de confianza, y me estoy dirigiendo allí con Enzo, un tío de intenciones dudosas.

Al entrar en el restaurante, todos los pensamientos negativos se disipan cuando el olor a carne mechada y frijoles inunda mis fosas nasales. Es imposible resistirse.

—¿Tú qué vas a pedir? —pregunta.

—El burrito de carne mechada con todo lo que quepa dentro.

—Pediré lo mismo, entonces.

—¿Te fías de mi criterio?

—Eres tú la que me ha traído aquí, algo me dice que debo hacerlo.

La comida tarda un poco en llegar a la mesa tras pedir, o tal vez es que el tiempo pasa más lento cuando tienes la tripa vacía por completo. Intento no devorar mi burrito como si no fuese un personaje hambriento de *The Walking Dead*.

—¡Joder! ¡Esto está increíble! —exclama tras pegar el primer bocado.

—Yo también conozco sitios ricos en Nueva York —vacilo—. Por cierto, gracias por recogerme y ofrecerte a ayudarme. No sé cuánto me llevará arreglarlo todo, pero está claro que, cuantas más manos seamos, antes acabaré.

Enzo levanta una ceja y caigo en la cuenta de que todavía no le he contado nada de lo que ha pasado ni todo lo que hay que hacer. Él se ha ofrecido sin más y a mí se me ha ido de la cabeza por completo.

—¿Acaso el Doctor Octopus y el Duende Verde han acabado con la librería?

Me gustan sus referencias a Spiderman, este chico tiene salidas para todo.

—Casi —respondo haciendo una mueca—. Pero eso lo hablamos después, que el burrito se enfría. —Dicho esto le doy un bocado a mi deliciosa cena.

Nada más terminar salimos del restaurante; aunque me habría gustado quedarme y esperar a que el burrito se me asentase en el estómago, no hay tiempo para eso, necesito empezar a poner en orden la librería. Aprovecho el trayecto en coche hasta Three Lives para contarle lo sucedido y ponerlo en situación.

Cuando llegamos a nuestro destino se queda mirando a su alrededor ojiplático y no es para menos, todo está destrozado.

—Has sido muy escueta con la descripción. Esto es espantoso.

Aunque ya he estado aquí esta mañana, no he llegado a entrar debido al desmayo de Daisy. Acceder y ver la librería en este estado, la magnitud de los daños, me estremece. No me he dedicado en cuerpo y alma a este lugar, pero he pasado el suficiente tiempo aquí como para hacerme una idea de lo que ha llegado a sentir Daisy. Debo cumplir mi promesa y hacer todo lo posible para que esto quede solo en un mal trago, que Three Lives vuelva a tener vida,

con su olor a tinta por los ejemplares que aún no tienen dueño y sus rincones que dan paz. Tengo que conseguirlo.

—Está bien. —Suspiro pensando en todo lo que hay que hacer—. La puerta del almacén está intacta, por lo que seguramente todo lo que está ahí dentro se encontrará en perfectas condiciones. Necesito mirar bien con qué material contamos dentro.

Saco el manojo de llaves de la librería y busco la redonda con la pegatina de color rojo. Todas las llaves llevan su color correspondiente para que sea más fácil identificarlas. Voy hasta el almacén esquivando todos los objetos que están desperdigados por el suelo, como si de un campo de minas se tratase. Noto los pasos de Enzo detrás de mí con claridad, pues hay agua por el suelo, sin duda a causa de los bomberos, y me río de forma inconsciente.

—No hace falta que me sigas ahora —bromeo, y me giro.

Sin querer, mi cabeza choca con su pecho. En un acto reflejo, me coge de la cintura para evitar que me caiga hacia atrás por el golpe. No sabía que caminaba tan cerca. No soy consciente de lo pegados que están nuestros cuerpos hasta que siento que mi respiración se mezcla con la suya.

—Perdona. ¿Estás bien? —dice cuando logro separarme de él.

Lo admito, me ha costado.

—Sí, sí —respondo mientras me froto la frente en el foco del dolor —. No imaginaba que estabas tan tan cerca. Estás bien duro, ¿eh?

Levanta una ceja y yo me quedo callada un segundo. Recuerdo que tuve que medir cada una de mis palabras el día de la boda de Michael para que Enzo no sacara cualquier cosa de contexto. Siempre veía el lado guarro de todo y mi respuesta ahora mismo no ha sido la más acertada.

—Me refiero a que tu pecho, tus pectorales, están muy trabajados..., no me refiero a... En fin, da igual, se nota que vas al

gym y todo eso.

Como la canción de los Jonas Brothers en su mejor época: SOS, repito, SOS. Si no dice algo rápido, me van a estallar los mofletes de vergüenza. «¿Me puedo callar de una vez?».

—Te había entendido de sobra a la primera. Veo que alguien aquí tiene la mente muy sucia —suelta con una sonrisa de suficiencia en el rostro.

—¡¿Perdón?! Eres tú el que no paró de darle la vuelta a todo lo que decía el día que nos conocimos —me defiendo.

—No lo recuerdo. De todas maneras, son cosas del Enzo del pasado. Ahora soy más serio y no pretendo ligar contigo. Solo quiero que seamos amigos.

Mi mandíbula toca el suelo. «Enzo del pasado». «Ahora soy más serio». ¿He sentido una pequeña punzada en el pecho cuando ha dicho que no quiere ligar conmigo o es que el golpe ha sido demasiado fuerte?

—Hablas del Enzo del pasado como si no hubiese ocurrido hace cuatro días.

—¿Vas a juzgar a alguien que solo quiere mejorar como persona? ¡No me esperaba eso de ti, Olivia! —exclama con falsa indignación.

Sé que bromea, pero mi nombre en sus labios ha sonado con un aire sarcástico que me fastidia. No sé si he hecho bien en aceptar su ayuda.

18



Enzo

He descubierto mi nuevo pasatiempo favorito: poner a Olivia nerviosa. Tiene la mecha muy corta y se pica con cualquier cosa. Me parece demasiado divertido para dejarlo pasar.

Puede que hacer caso a Emily no sea tan mala idea, necesito saber por qué me genera tanta curiosidad pasar tiempo con Olivia. Siempre y cuando no vuelva a chocarme con ella, todo irá bien. El simple hecho de agarrarle la cintura y pegarla a mí para evitar una caída catastrófica casi hace que pierda la cabeza.

«¿Cuánto llevo sin follar?».

«Querer un polvo de una noche y olvidarme, es el Enzo del pasado».

«Que mi mejor amiga deje de pensar que soy un Barney Stinson, es el Enzo del presente».

Salgo de mis pensamientos cuando veo que está subida a una escalera dentro del almacén.

—Esa escalera no parece muy segura —comento acercándome a ella.

—Tranquilo, me he subido a este trasto mil veces —responde—. Sé que por aquí hay unas cajas que nos pueden servir... ¡Aquí están!

El almacén no es muy grande y dudo mucho que, con los ejemplares que hay aquí, aunque lo arreglemos todo, se pueda volver a abrir el negocio en pocos días. Olivia me pasa las cajas que estaba buscando y las dejo fuera. Aunque me ha dicho que ella controla, no puedo evitar sujetar la inestable escalera cuando veo que baja los escalones de madera. Parece que en otra vida fueron de color blanco, pero solo quedan resquicios de aquella pintura.

—Espera. ¿Esta eres tú?

Detrás de la puerta del almacén encuentro un corcho lleno de fotos pegadas con chinchetas de colores. También hay algunos recortes de periódico que hablan de la librería y un montón de pósits con recordatorios como «Bajar los plomos al cerrar». Mi vista va directa a una foto de Daisy junto a una Olivia muy diferente a la que tengo al lado. Las dos aparecen sonrientes en la puerta de Three Lives, ahora muy afectada por el incendio.

—Tengo sentimientos encontrados con esa foto —comenta mientras la mira con atención.

—Si lo dices por tu pelo, a mí me gusta ese corte.

En la foto lleva la melena mucho más corta y oscura, ahora lo tiene unos centímetros por debajo de los hombros. También lleva unas gafas grandes de pasta negras, aunque diría que no son las mismas que las de la foto que me envió la otra noche. Es cierto que solo nos hemos encontrado cuando ella estaba trabajando o en la inauguración, pero su estilo parece más informal en la imagen.

—Me lo corté yo sola, no sé ni cómo. En ese momento vivía en una residencia de estudiantes, llevaba menos de dos meses en

Nueva York, pero enseguida busqué trabajo para compaginarlo con mis clases de inglés. Tengo la extraña manía de cortarme el pelo por puro impulso cada vez que me rompen el corazón, en un arrebato.

—¿Decidiste venir a Nueva York porque te rompieron el corazón?

—No, ya estaba aquí cuando lo hicieron —contesta de forma cortante.

Antes de que pueda preguntar algo más, sale del almacén y empieza a guardar los libros tirados en el suelo que aún son aprovechables en las cajas que ha encontrado. ¿Cómo es que le rompieron el corazón si llevaba tan poco tiempo aquí?

—No quiero ser entrometido, pero...

—Pues no lo seas —me corta de nuevo, de forma rápida, aunque enseguida rectifica—. Perdona, es que no me gusta hablar de ese tema, no sé ni por qué lo he mencionado.

—Tranquila, vamos a centrarnos en recoger todo esto, que es a lo que hemos venido.

Siento que Olivia no es del todo sincera. Me da la sensación de que lo que quiere mostrar al mundo no es cómo se siente en realidad. Su manera de hablar y actuar deja ver a una chica a la que no le importa nada la opinión de los demás, segura de sí misma y con las ideas claras. El modo en el que ha mirado la foto del corcho gritaba un «No quiero volver a ser esa». Evita todo lo que tiene que ver con cosas que la remueven, como ahora, o como cuando le pregunté qué había pasado en la inauguración.

«¿Qué escondes, Olivia? Sea lo que sea, quiero descubrirlo».

—¿Ves esas cajas con una cruz? —Señala detrás de mí—. Ahí guardaremos los libros insalvables. Así podremos hacer un recuento de las pérdidas. En esas otras que no están marcadas, los que aún se pueden leer pero tienen algún daño.

—Sí, capi. —Hago un saludo militar y me dispongo a cumplir sus órdenes.

Mi gesto hace que sonría y el ambiente vuelve a ser igual de distendido que antes. No quiero entrometerme en sus cosas, pero estoy seguro de que conseguiré que me lo cuente si le doy un poco de confianza. Quiero que se sienta segura conmigo.

—Ten cuidado, mis amigos dicen que soy muy mandona.

—Eso me gusta. —Sonrío y ella pone los ojos en blanco—. Oye, ¿por qué no pones algo de música? —le pido en un intento frustrado de huir de mis pensamientos sucios hacia ella.

Necesito tener la mente ocupada en las canciones y no en la forma en la que se hace un moño despeinado o en su trasero cada vez que se agacha para recoger algo del suelo.

«No puede ser tan difícil tener a Olivia como amiga, ¿no?».

—¿Qué quieres oír? —pregunta con un pequeño altavoz Marshall en la mano que, al parecer, se ha salvado de la catástrofe.

—Me da lo mismo, de verdad. —Espero no haber sonado demasiado desesperado.

—Está bien, pondré mi *playlist* de «Canciones para superar días de mierda» —dice con una sonrisa.

No me sorprende en absoluto que la mayoría de los temas que suenan sean del pop más comercial de este mundo. La cara de Olivia grita «He sido fan de One Direction» a los cuatro vientos. Cada uno tiene sus gustos, no la juzgo.

No sé si la idea de poner música ha sido la más correcta. Las caderas de Olivia comienzan a moverse al ritmo de las melodías y tengo que hacer un gran esfuerzo por no perder la concentración en lo que estoy haciendo. Digamos que el ambiente no es lo único que se ha animado en este momento. Me va a explotar la entrepierna.

—¡Me encanta esta canción! —grita subiendo el volumen.

La voz rasgada de un hombre comienza a sonar acompañada de una guitarra. Esta vez suena un poco más rock y la letra es en español. No entiendo nada.

—Era un grupo que escuchaba siempre con mi padre de pequeña —explica emocionada—. Fue el primer concierto al que fui. ¡No nos perdíamos ni uno!

—¿Cómo se llaman? Me gustaría saber lo que dice la letra.

—El grupo es El Canto del Loco. Lo que en inglés sería algo así como *The Madman's Song*. Y el título de esta canción te define muchísimo.

—No sé por qué, creo que va a ser algo malo.

—¿Tan predecible soy? —Hace un puchero—. ¡El título es... *You're dumb*!

Pongo los ojos en blanco, haciendo honor a ese gesto tan suyo, y ella empieza a tocar una guitarra imaginaria en el aire. Después de todo el rato que llevamos aquí parece que, por fin, se está dejando llevar un poco. Se suelta el moño y, aunque su voz no es lo más angelical de la historia, es una escena muy divertida. Suena la última nota y se para en seco después de un gran solo de guitarra. Su pecho sube y baja, intentando inhalar la máxima cantidad de aire para meterlo en sus pulmones.

—No me esperaba esto para nada. Ha sido... sorprendente —suelto entre aplausos.

—Muchas gracias —contesta con una reverencia—. Continuemos con la limpieza.

Después de esa actuación, la música vuelve al pop comercial del principio. Sin embargo, Olivia está más relajada, parece que ha dejado toda su energía en esa canción en español. Sigue cantando, pero ahora está más concentrada en nuestro trabajo de recoger. «¿Cómo puede saberse todas las letras? Es increíble».

En menos tiempo del que esperaba, el suelo está despejado de libros. Mientras yo los he ido guardando de forma ordenada, Olivia se ha encargado de apuntar en una tablet el nombre de cada uno. Hemos llenado veintiséis cajas de ejemplares que no se pueden salvar y diecinueve con los dañados.

—Se me ocurre que tal vez se podría hacer un mercadillo con los que todavía se pueden leer. Los vendería a un precio mucho más barato, dependiendo de lo estropeados que estén. Sin duda ese dinero le vendrá bien a Daisy para que esto vuelva a funcionar.

—Me parece muy buena idea —comenta mientras cierro la última caja—. ¡Espera! Nos hemos dejado uno —exclama dirigiéndose al fondo de la librería.

Oigo una pequeña carcajada cuando se da cuenta del libro que ha ido a salvar. Una cara que me es muy conocida se plasma en la portada de *Las mágicas aventuras del hada Allison*.

—Ni un rasguño, increíble —comenta pasando las páginas.

—Más que hada, debería titularse *Bruja Allison* —mascullo.

—Deduzco que no os lleváis muy bien.

—No se me ocurre ningún adjetivo positivo para describirla, así que no sé por qué piensas eso. —Sonrío con ironía.

—Puedes desahogarte conmigo si quieres. Te prometo que no soy una periodista encubierta que intenta sacar los trapos sucios de tu familia para negociar un buen precio por ellos con la prensa.

Si ella supiera la de veces que me ha pasado de verdad... Eso sí que da para un libro. Desde bien pequeño he tenido que ir con cuidado con a quién dejaba entrar en mi vida. Aunque siempre he ido a colegios en los que las familias de mis compañeros tenían el mismo poder adquisitivo que la mía, la gente puede llegar a ser muy mala. Cuando conozco a alguien y congeniamos, la gran duda que surge en mi cabeza es si es por mí o porque soy un Verona, si es

real o falso. La cosa se puso aún peor cuando una de las *influencers* más famosas de este país consiguió engatusar a mi primo.

—Una vez me pasó en mi grupo de teatro. Estaba buscando a mi Hipólita, reina de las amazonas, para hacer una versión un poco más moderna de *Sueño de una noche de verano*. —Francamente, la chica lo hacía genial y encajaba de lujo en el papel, pero digamos que disimular no se le daba muy bien.

—¿Y qué pasó? —Siento su mirada atenta sobre mí—. Por cierto, no sabía que tenías un grupo de teatro.

—Sí, y somos muy buenos —respondo orgulloso—. Empecé a sospechar porque hacía demasiadas preguntas. Indagaba sobre cosas que no tenían nada que ver con la obra o eran demasiado personales para alguien con quien tienes cero confianza. Todo se destapó cuando me la encontré rebuscando en los cajones de mi piso.

—¿Me estás diciendo que desconfiabas de una tía y no se te ocurrió otra cosa que llevártela a tu piso?

—Recuerda, hablamos del Enzo del pasado, pero nada que ver —me defiendo—. La cosa es que la sala donde ensayamos forma parte de mi dúplex. El piso de abajo es donde está el escenario y todo lo que necesitamos para darle vida a una obra; arriba está mi apartamento. Tengo confianza con la gente de mi grupo y no suelo cerrar con llave la puerta que conecta las dos plantas, así que entró aprovechándose de eso. Le dije que si me devolvía lo que había cogido y cerraba la boca no llamaría a la policía ni la denunciaría.

—No sé si es más fuerte la historia de la falsa Hipólita o que tengas un teatro en tu casa.

—A ver si piensas que tengo el Carnegie Hall montado en la planta baja —bromeo—. El día que aceptes una cena conmigo, te lo enseñaré..., y no va con segundas. Solo si tú quieres, claro.

—Me encantaría.

Luego seguimos recogiendo y ordenando, pero esas palabras se convierten en mi motor y ni siquiera entiendo por qué.

19



Olivia

Después del que podría bautizarse como el día más surrealista desde que vivo en Nueva York, el incómodo sofá azul oscuro de mi apartamento me parece una nube, como las del papel de la pared de Andy en *Toy Story*, cuando me dejo caer en él. Enzo se ha ofrecido a llevarme a casa y no he podido declinar su oferta. ¿Quién rechazaría la oportunidad de volver a poner su trasero en unos asientos de cuero climatizados? Menuda pasada.

El pensamiento lúcido de llamar a Daisy para contarle todo lo que hemos arreglado esta tarde se me pasa por la cabeza, pero lo dejo para mañana porque me doy cuenta de lo tardísimo que es. No quiero asustarla, ni tampoco a Emma, que la acompaña esta noche. Aunque no hemos podido salvar mucho mobiliario, todo está recogido y limpio en la medida de lo posible. Nada que ver con la pesadilla que hemos descubierto esta mañana. Estoy segura de que se llevará una alegría cuando lo vea.

Casi no he tocado el teléfono en todo el día, pero no me sorprende que los únicos mensajes que he recibido sean de mis padres y de Maggie, los que más se preocupan por mí, siempre. Decido escribir a mi amiga para que se quede tranquila. Sé que la incertidumbre sobre qué narices ha podido pasar esta tarde con Enzo no la dejará dormir.

Ya estoy en casa. Gracias a Enzo he podido adelantar muchísimo esta tarde. Admito que es muy majo, aunque creo que solo lo estoy diciendo por lo cansada que estoy. Good night. xx

¡¡¡Voy a fingir que este mensaje
no me ha hecho soltar un gritito
de emoción!!! No hace falta que vengas
a la ofi mañana, no worries. xx

Aunque estoy demasiado cansada para hacer una videollamada con mis padres, sé que un mensaje no va a dejarlos tranquilos. Son *boomers*, necesitan aunque solo sea una llamada telefónica. Siempre se están quejando de tanto mensajito. La cara de mi madre aparece en la pantalla antes de que suene el segundo tono. Todavía está en pijama, pero en breve entra a trabajar.

—Hola, mamá —saludo reprimiendo un bostezo.

—Qué cara de cansada tienes. ¡Debe de ser tardísimo allí!

—Son ya las doce —respondo mirando la esquina superior izquierda de mi teléfono—. Acabo de llegar, ha sido un día largo y complicado.

—¿Qué ha pasado? Tu padre ha salido a pasear a Sopa, pero luego se lo cuento todo.

Aunque no doy muchos detalles debido al cansancio, se lo cuento todo. Mi madre se preocupa mucho al saber que Daisy está

ingresada, aunque solo sea para tenerla en observación una noche. No tienen mucha relación, debido a la distancia, pero, siempre que mis padres cruzan el charco, no puede faltar la visita a la tierna mujer que me dio trabajo y cobijo.

—No te preocupes, de verdad que ha sido solo un susto —intento tranquilizarla—. El resto de la tarde he estado ordenando y limpiando la librería, bueno, lo que se ha podido. Lo que ha pasado es horrible, una pena. Ni te imaginas cómo lo han destrozado todo.

—Supongo que el seguro cubrirá algo. —Ahora es ella la que intenta calmarme—. ¿Has tenido que arreglarlo todo tú sola?

—Sí, más o menos —evado la pregunta como puedo, porque, si hay alguien que sepa cuándo miento, esa es mi madre—. No ha sido para tanto.

Evitar cualquier mención sobre el chico con dotes de actor, familia millonaria y músculos capaces de levantar todas las estanterías de la librería sin ayuda es lo que esta videollamada con mi madre necesita. La conozco lo suficiente para saber que, si menciono a un ser de género masculino que ha estado ayudándome toda la tarde, el interrogatorio será largo. Estoy demasiado cansada para eso. Vuelvo a bostezar para que se dé cuenta de que el mosquito del sueño ya me ha picado y estoy deseando tocar mi almohada.

—Buenas noches, hija. Descansa y dale recuerdos a Daisy de nuestra parte. Te quiero —se despide, mandando un beso a la pantalla.

—Buenas noches, mamá. Te quiero.

La videollamada se corta y, antes de que el sofá acabe de absorber mi cuerpo, me levanto y voy al baño a darme una ducha. Sí, soy ese tipo de persona que no puede meterse en la cama sin ducharse antes. Después de todo el día, los trotes que he dado y la suciedad tras haber limpiado la librería... No hay nada como ponerse

el pijama después de una ducha caliente. Una corta pero eficiente sesión de *skincare* más tarde, mi cuerpo se sumerge entre las sábanas.

Puede que la palabra *gracias* haya sido la que más ha salido de mi boca en el trayecto de vuelta a casa, pero no puedo evitar escribirle un mensaje a Enzo para repetírselo una vez más. O tal vez solo sea una excusa de mi subconsciente porque quiero saber de él. Sea lo que sea, no pienso admitirlo.

Una vez más, gracias por ayudarme con la librería. Hemos avanzado muchísimo. Te debo una. xx

No ha sido nada, pensé que serías más mandona. Por cierto, tú también puedes desahogarte conmigo si quieres. Buenas noches.



Maldigo el sonido de los patos que tengo como alarma cuando suena a las seis y media de la mañana. Anoche estaba tan cansada que olvidé ponerla un poco más tarde. Cuando trabajo desde casa, no hay necesidad de madrugar tanto. Por lo que sea, no consigo conciliar el sueño de nuevo y, harta de dar vueltas en la cama, me levanto a desgana. Antes de ponerme con todo lo que tengo que hacer, decido adecentar un poco el apartamento. Siento que soy más productiva si todo lo que me rodea está más o menos ordenado. Empiezo guardando los platos limpios que dejé escurriendo en la encimera hace un par de días; a continuación, cambio las toallas del baño y doblo un par de mantas que tengo encima del sofá. Por último, cambio la ropa de cama y pongo una funda de edredón rosa

con corazones rojos que compré hace poco en el *outlet* de Marshalls. El montón de ropa sucia parece el Everest y me hago la nota mental de que tengo que bajar a hacer la colada en algún momento del día.

Después de reorganizar mi casa, desayuno un bol de yogur con fruta y me pongo manos a la obra con el trabajo. Tengo que editar unas sesenta fotos de la boda de Allison y Michael para terminar con eso. Cuando acabe, podré centrar todas mis energías en ayudar a Daisy con la librería. Pongo en aleatorio mi *playlist* de canciones favoritas en Spotify para amenizar mi trabajo y «Chocolate», de The 1975, suena por el altavoz de mi teléfono. Con los primeros acordes, y sin perder de vista el ordenador, mi mente se teletransporta a aquella época en la que me creía la chica más Tumblr del instituto. Escuchaba a ese grupo a todas horas y un golpe de nostalgia me invade cada vez que una canción suya aparece al azar. Menos mal que no conservo ninguna foto de aquellos años, qué vergüenza.

Noto que ya me queda poco por editar cuando las fotos comienzan a ser de gente borracha dándolo todo en la pista de baile. Aunque aquel día mi trabajo se centró más en los novios, alguna instantánea de los invitados nunca está de más. Una sonrisa espontánea se forma en mi rostro cuando, en una captura grupal, la cara de Enzo aparece en la pantalla de mi ordenador. Todos están haciendo el tonto con accesorios horribles, posando para un fotomatón móvil. Enzo lleva unas gafas plateadas tres veces más grandes de lo normal y una diadema con cuernos de demonio de color rojo. Lleva el cuello de la camisa desabrochado, lo que deja ver su pecho. Sí, ese contra el que estampé mi careto ayer. Sus ojos entrecerrados me hacen sospechar que había bebido un par de copas de más a esas alturas de la celebración. Aun así, sin saber que mi cámara captaría el momento, el capullo sale guapo. No puedo

evitar coger mi teléfono y enviarle una foto de la foto. Nunca mejor dicho.

¡Últimas noticias! Sale a la luz la verdadera personalidad de Enzo Verona. *imagen*. Ya sabía yo que escondías algo, demonio...

Puede que esconda muchas cosas, pero ser un demonio no es una de ellas. 😉 ¿Acaso ayudarte toda la tarde de ayer no me abrió las puertas del cielo?

Si ese ha sido tu único acto altruista en la vida, creo que te vas a quemar. Bah, el infierno parece más divertido. ¿Te apuntas?

No voy a negar que la idea es muy tentadora...

20



Olivia

Gracias al seguro comercial con cobertura amplia que había contratado Bob, Daisy puede estar más que tranquila, pues va a recuperar una gran parte de las pérdidas sufridas en la librería. No llegué a conocerlo, pero el hecho de que lo tuviera todo controlado y que, aun sin estar presente en este plano, todavía ayude de alguna manera a su mujer me hace pensar en lo bueno que era.

Edward se encargó de todo el papeleo, como bien predijo su madre. En menos de una semana los cristales del escaparate estaban cambiados y una nueva alarma antirrobo protegía el local. La de antes era de pega, pero eso solo lo sabíamos las personas que trabajamos allí.

Acabar con la edición de las fotos de la boda del año me ha dado vía libre para centrarme en la librería. Que tu jefa sea tu mejor amiga a veces facilita mucho las cosas.

—Mañana vendrán los electricistas a arreglar la luz del cartel exterior y revisar todo el cableado. No hace falta que vengas, yo me

encargo. Tómate un descanso, lo necesitas —comenta Edward cuando salimos del local—. Has hecho un gran trabajo. Mi madre no se equivocó al compincharse contigo.

—¿Qué? No, no. Yo no... —respondo nerviosa.

—Tranquila, aunque no lo parezca, mi hermana y yo tenemos visiones muy distintas con respecto a esto. Pero no se lo digas.

—¿En qué sentido? —pregunto curiosa.

—Todo esto —abre los brazos en un gesto que abarca la librería— es lo que hace que mi madre siga viva. El día que no pueda volver a poner un pie aquí, se morirá, estoy seguro. Sin embargo, Emma piensa que esto es lo que la está matando.

—Entiendo a ambas partes. Creo que tu madre trabaja demasiado y este susto le ha afectado mucho. Pero el día que pare..., eso sí será preocupante. ¿Cuándo calculas que podréis volver a abrir?

—Gracias a todo el tiempo que has invertido esta semana aquí espero que será pronto, pero todavía falta mucho por hacer. Y cuando el local esté en perfectas condiciones, habrá que amueblarlo y decorarlo..., y el presupuesto que nos queda es bastante justo. El seguro se encargará de la primera parte (electricistas, fontaneros, pintores), pero no de todo.

—Ya que lo mencionas, he pensado en organizar un mercadillo para vender los ejemplares que se han salvado pero tienen alguna tara, a precio rebajado, claro —comento entusiasmada.

—Olivia, me parece una gran idea. Con lo que se saque podríamos adquirir algo de mobiliario —responde con una mueca.

—Bueno, seguro que conseguimos sacarlo todo adelante.

—Ojalá, Olivia, nada me haría más feliz.

Me despido de él y camino hacia la boca de metro más cercana para volver a casa. Antes de que pueda sacar mis cascos para

romantizar mi vida con ayuda de Lana del Rey, la pantalla de mi teléfono se ilumina.

—¿Sábado de karaoke? —La voz de Maggie suena al otro lado de la línea antes de que pueda articular palabra.

—Hola a ti también —contesto irónica—. Estoy agotada, ya me estaba yendo a casa. Además, la última vez acabamos fatal...

—La última vez fue hace tanto tiempo que ni me acuerdo. —No se acuerda por lo borracha que iba, pero no se lo digo para no meter el dedo en la llaga—. ¡Venga! Hemos quedado a las nueve en el Boho.

—Encima ese karaoke está lejísimos... —me quejo.

—Si vienes, te pago el taxi de ida y vuelta, ¿hay trato?

—Algo me dice que no vas a aceptar un «no» por respuesta.

—¡Esa es mi chica! ¡Nos vemos allí a las nueve!

Corto la llamada y continúo mi trayecto a casa para cambiarme de ropa. Qué menos que darme una ducha y aparecer un poco decente en el karaoke. Aunque el *dress code* de un lugar así es un poco ambiguo, la ropa deportiva se ha apoderado de mí esta semana y el hecho de arreglarme un poco me ayudará a desconectar del caos de estos últimos días.

Al llegar a mi apartamento, me preparo algo rápido para cenar y aprovecho para mandar un mensaje a mis padres avisando de que voy a salir. Sé que ya tengo edad para no darles explicaciones, y ellos me lo repiten un montón, pero se me hace tan raro no decírselo que mi cabeza no concibe hacer nada sin que ellos lo sepan. Claro está, siempre hay unos límites. Como, por ejemplo, la existencia de Enzo.

Estoy segura de que se habría ofrecido mil veces a ayudarme el resto de la semana si no hubiese tenido que viajar a California por trabajo. No me preguntéis qué es lo que hace exactamente en la empresa de su familia porque todavía no he acabado de pillarlo.

Poco a poco, casi sin darnos cuenta, hablar por mensaje se ha convertido en algo cotidiano entre nosotros.

He ido a comer a un restaurante mexicano. Por tu culpa, tengo las expectativas demasiado altas cada vez que pido un burrito.

Lo siento, nada puede superar la carne mechada de El Paso. 😉

No son conversaciones profundas, ni muchísimo menos, pero el caso es que conversar con Enzo ha incrementado un par de horas el tiempo que dedico a diario al teléfono.

He conseguido escaparme un poco. ¡Esta playa es la leche! *foto*

¿QUÉÉÉÉÉ? ¡ESTÁS EN LA PLAYA DE MILEY RAY STEWART!

¿Debería fingir que sé quién es esa persona?

¡¡La mismísima Hannah Montana!! ¡¡¡Miley Cyrus!!! ¡¡¡Esa enorme casa blanca a pie de playa es mi infancia!!!

No era muy de Disney Channel de pequeño. Solo veía películas clásicas, casi todas en blanco y negro.

Te pega mucho, ¡pero aquella época de la televisión fue oro puro! High School Musical, Camp Rock...

¿Son películas? No me importaría verlas contigo.

No puedo rechazar un plan así, va en contra de mis principios. Siempre y cuando no me metas mano.

Te lo está ofreciendo el Enzo del presente, no el del pasado.

No tengo claro que me fíe mucho del Enzo del presente. Pero, sí, acepto el plan.

Seamos sinceras, no podría meterme mano viendo un clásico de Disney Channel ni aunque quisiera. Me paso toda la película cantando e imitando las coreografías, soy incapaz de estarme quieta. Sería misión imposible.

21



Enzo

Llevo ya varios días en California y nunca he tenido tantas ganas de volver a casa. En primer lugar, porque un viaje de negocios con mi madre y tía Lucy es algo que no le deseo a nadie. ¿Cuántos días de luna de miel le hacen falta a Michael? Necesito que regrese ya, esto es un verdadero suplicio.

Es gracioso cómo mi madre siempre intenta tirar por tierra todo lo que hago en la empresa familiar y, en cambio, cuando necesita a alguien con don de gentes, ahí la tienes, acudiendo a mí. Hace un par de meses que la familia anda detrás de unos terrenos en Beverly Hills, aunque ignoro el motivo; nunca pregunto el porqué de nada, digamos que soy un mandado y listo.

—Si te hubieras sacado la carrera como tu primo, tendrías más voz en la empresa —se queja mi madre, como de costumbre.

—No sé qué tiene que ver una cosa con la otra —me defiendo—. Pero, entonces, ¿por qué me llamas cuando necesitas cerrar un contrato millonario?

Silencio sepulcral.

Y es que, aunque jamás lo ha admitido —supongo que por su orgullo y arrogancia—, yo tengo algo de lo que Michael carece.

Yo caigo bien a la gente.

Con esto no estoy diciendo que mi primo sea un rancio y un amargado, pero es verdad que desde pequeños siempre nos han diferenciado por el carácter. Michael —aunque le encantaba liarla tanto como a mí en nuestra adolescencia— es más introvertido y reservado. En cambio, algo que todo el mundo destaca de mí es que transmito confianza. Si a eso le sumamos que meterme en el papel de empresario forrado amigo de todos, capaz de convencer a cualquiera, es el personaje que más me gusta interpretar... Puede que forme parte de mi personalidad más de lo que me gustaría. Por eso mismo estoy en busca de un nuevo Enzo.

En todo caso, esta nueva versión de mí, en la que quiero pensar con algo más que con la polla, está ansiosa por volver a casa para poder quedar con Olivia. Y debo reconocer que haberme escapado a cuarenta y cinco minutos de Beverly Hills, a esta playa de Malibú, no ha sido casualidad. Ser directo con ella no me ha dado resultados hasta ahora, así que necesito un empujoncito para que las cosas fluyan, y por eso se me ha ocurrido que esto parezca una casualidad nada estudiada.

La idea se me ocurrió el día que estuvimos arreglando la librería. Después de escuchar más de veinte canciones cursis sobre cómo superar a tu ex o un amor que no se olvida, sonó la que dio luz al plan que he llevado a cabo hoy.

«The Best of Both Worlds», de Hannah Montana. Sí, puedo decir hasta el título.

El hecho de que supiera dónde se encontraba la famosa casa de Malibú en la que se rodó la serie fue porque Allison intentó alquilarla

para celebrar su cumpleaños el año pasado.

Temática: la época dorada de Disney Channel. Aquella canción fue el número estrella de su cumpleaños y no dejó de ponerla hasta el día de su estúpida actuación. No olvidemos que este año me ha pasado el muerto a mí y le prometí que sería Ryan Gosling en su fiesta Barbie.

Que haya tenido que venir a California por trabajo esta semana ha sido pura casualidad. Usar a Hannah Montana, hacerme el loco y ofrecerle un plan de peli y manta a Olivia ha sido una casualidad estudiada.

22



Olivia

La capacidad de convicción de Maggie es de otro planeta, aunque a veces acepto porque sé que no admite un «no» por respuesta. Después de toda la semana pringando con la misión de salvar la librería, me apetece ponerme mi pijama de Snoopy, hacerme una sopa de pasta de estrellitas e irme a dormir tan pronto como pueda. Pero aquí estoy, haciéndome el *eyeliner* con «Can't Fight The Moonlight», de LeAnn Rimes, como si estuviera en *El bar Coyote*. Es una buena forma de meterme en el papel para darlo todo en el karaoke.

Antes de que pueda seguir sintiéndome una auténtica coyote, el telefonillo me saca de mi maravillosa actuación. Me asomo a la única ventana de mi apartamento, situada junto a mi cama, y veo a Maggie abajo.

—¿Qué haces aquí? —grito para que me oiga.

—No me fiaba de ti y he pensado que era mejor pasar a recogerte. ¡Corre! ¡El taxímetro sigue contando!

—¡Dame un segundo!

Maldita rubia, todavía me faltan un par de canciones para estar lista. Cojo mi *lip combo* rojo Marilyn y lo guardo en el bolso, ya me pintaré los labios en el taxi. Apago la plancha del pelo, que he estado utilizando de micrófono mientras me hacía un intento de ondas desenfadadas, y me perfumo de arriba abajo. El baño está hecho un desastre, pero no hay tiempo para ordenar nada. Me pongo mis botas de confianza —tacón ancho y plataforma— para aguantar toda la noche y cojo mi abrigo.

—¡Vamos, vamos, vamos! —chilla Maggie abriendo la puerta del coche cuando me ve salir del portal.

—¡Ya voy!

Evito mirar el taxímetro para no pegar un grito por el atraco a mano armada que nos van a hacer. La casa de Maggie está mucho más cerca del Soho que la mía. Venir hasta aquí ha sido desviarse para perder dinero.

—Qué guapa vas..., y hueles genial, ¿es nuevo? —pregunta olfateándome como una cerda buscando trufas.

—¡Qué va! —respondo riéndome—. Solo que es de mis perfumes especiales y lo uso muy pocas veces. Hoy me apetecía ponérmelo.

—¿Con «especial» quieres decir caro de cojones? —Suelta una carcajada.

—En efecto, querida.

Saco mi *lip combo* del bolso y, gracias a los numerosos atascos de esta ciudad, perfilarme los labios es pan comido. Uso la cámara de mi móvil como espejo y Maggie me mira con atención.

—¿Cómo puedes hacerlo tan bien? ¡Yo tardo mil años! —exclama haciendo un puchero—. Eso sí, ese labial que has elegido no me parece muy acertado.

—¿Y eso? ¿No te gusta?

—¡Claro que me gusta! El rojo es tu color, siempre te lo digo. Es solo que, como te enrolles con alguien, vas a parecer el mismísimo Joker.

—No tengo intención de liarme con nadie en un karaoke.

—Pues un karaoke puede ser un sitio muy romántico... Por casualidad, elegís la misma canción y os subís al escenario a la vez. Las primeras notas empiezan a sonar y el público os pide que cantéis a dúo... Acabáis eligiendo «Somethin' Stupid», de Frank Sinatra, que terminará sonando el día de vuestra boda, porque os recordará el día que coincidisteis en ese karaoke del Soho y os unisteis para siempre. —Suelta un suspiro después de la historia.

—¿Has pensado en ser directora de cine en vez de *wedding planner*? Te montas unas películas en un momento que ni Spielberg.

Veo que el taxista se ríe con disimulo y Maggie me da un golpe en el brazo acompañado de un «idiota» en un susurro. A veces me gustaría ser tan romántica como ella. A ninguna de las dos nos va bien en el amor, pero ella es mucho más positiva que yo en ese aspecto. Maggie sigue pensando que un día protagonizará una comedia romántica real digna de los noventa y que el hombre perfecto para ella aparecerá en su vida de la manera más inesperada y apasionada del mundo. Cuando se pone tan intensa y romántica me recuerda a Lottie en *Tiana y el sapo*. Aunque me encantaría pensar diferente, desde que el Innombrable apareció y desapareció de mi vida, literalmente, mis expectativas respecto al amor se resumen en no sufrir de forma gratuita. ¿Cómo alguien no va a hacerte daño si lo sabe todo sobre ti? El ser humano puede llegar a ser muy retorcido, lo tengo más que asumido. Por eso, cuanto menos sepan de ti, mejor.

—¿Hay alguna otra razón por la que no quieras liarte con un desconocido esta noche?

Pongo los ojos en blanco de manera automática al oír la pregunta. Ya estaba tardando en preguntarme por Enzo.

—No, no hay ninguna otra razón —afirmo cortante.

—¿Podrías responder mirándome? Si pones la vista en la ventana, no puedo fijarme en tu tic del ojo.

Vuelvo a responder con sarcasmo mirándola fijamente. Sé de sobra que mi ojo izquierdo no me va a fallar esta vez, no tengo por qué mentir. Nuestras conversaciones por mensaje se han vuelto algo más habituales y no voy a negar que su ayuda en la librería fue maravillosa, pero de ahí a que no quiera liarme con alguien, si surge, por Enzo... Ni de broma.

Como si supiera que estoy pensando en él, la pantalla de mi teléfono se ilumina con un mensaje suyo. Maggie cotillea mi móvil sin disimulo y hace una mueca. Bajamos del taxi después de cruzar media ciudad y casi se me saltan las lágrimas al ver lo que marca el taxímetro. Esta vez no he podido evitar mirar.

—Solo me ha mandado una foto diciéndome que ya está de vuelta en su hotel. —Intento normalizar lo máximo posible que hablamos a todas horas para que no piense mal—. Vamos a responderle con otra para que vea que estamos de karaoke.

Levanto el brazo para hacernos un selfi divertido en la puerta del local.

—Espera, espera. ¿No está en Nueva York? —indaga mientras envío la imagen.

—No —respondo confusa por su pregunta—. Lleva en California desde el jueves. ¿Por qué?

—Nada, nada. Vamos dentro. ¡Que empiece la fiesta!

Maggie es la persona que peor miente del universo. ¿Qué narices me está queriendo ocultar? No me hace falta insistir demasiado,

supongo que mi cara es un poema. Si fuese un dibujo animado, un humo blanco saldría de mis orejas por el enfado.

—¡Está bien! —Levanta las manos como si se rindiera—. Últimamente respondes muy rápido a los mensajes, cosa muy rara en ti, así que supuse que ya estabas en la fase de escribirte a todas horas con Enzo. Por cómo os enviáis hasta fotos de cada paso que dais, veo que no me equivocaba. —Suelta una risita de victoria y hago una mueca esperando a que continúe con la historia—. Después, Lisa tuvo la idea de ir al karaoke esta noche y a mí me entró la curiosidad por saber dónde podría estar el más cercano a casa de Enzo...

—¿Has espiado a Enzo para saber dónde vive y así decirle que venga? —planteo alucinada.

—¡No, tonta! Solo tuve que buscarlo en Google —dice sacando su teléfono del bolso—. Mira, hay un artículo que lo menciona en la revista *Forbes*.

Maggie siempre lleva el brillo de la pantalla al máximo, pero, cuando mis ojos se acostumbran a la luz blanca, leo el titular del artículo: «¿Dónde viven los solteros más ricos de Nueva York?».

Cojo el teléfono y reviso la lista con atención. Diez solteros supersexis, así es como los llama la revista, ordenados por su fortuna. Finjo hacerme la sorprendida cuando veo que Enzo aparece el tercero. No quiero leer más, no me interesa.

—No sé si es verdad, pero pone que tiene un dúplex en el Soho que se te caen las bragas.

La pantalla de mi teléfono se vuelve a iluminar con un mensaje de Enzo.

> ¿Vas a hacer que coja el jet de la familia para
> irme de karaoke con vosotras? Estáis
> a diez minutos de mi casa.

Sí, la revista *Forbes* tenía razón.

23



Olivia

—Por favor, perdóname —se disculpa Maggie poniendo cara de pena —. Sabes que no lo hago con mala intención.

—Ya lo sé, pero tú misma eres la primera a la que le gustan las casualidades perfectas. ¿Por qué intentas que Enzo aparezca cada dos por tres en mi vida?

—A ver, tampoco me he metido tanto...

—¿Quién fue la que le dijo dónde trabajo aparte de contigo?

—¡Solo lo ayudé a que te encontrara la primera vez! —exclama haciendo un puchero—. El resto ha sido todo cosa vuestra.

Es cierto. El día que apareció en la inauguración de la galería de Jeff Ellison me contó que Allison le había cedido su entrada. Sigo sin creerme que fue porque no tenía mejor plan, ni siquiera entró. Solo utilizó el *ticket* dorado para rescatar mi abrigo.

—No estoy enfadada contigo, pero tienes que parar —le exijo poniéndole las manos en los hombros—. Sabes que en unos meses

volveré a España, lo último que quiero es vivir una ruptura antes de irme. Ya empecé con mal pie cuando vine.

—Tienes razón, amiga. —Ella también pone sus manos en mis hombros y nuestras frentes se chocan.

—Ahora vamos a entrar a ese karaoke y a darlo todo. Nada de hombres, ¿entendido?

—Entendido.

Nos fundimos en un abrazo largo e intento que no se me caiga ninguna lágrima. No quiero que se me estropee el maquillaje, pero no puedo evitar emocionarme al pensar en lo mucho que voy a echar de menos las locuras y la intensidad de Maggie.

Entramos en el local y el olor a alcohol inunda mis pulmones. No hay demasiada gente y lo agradezco. Una de las razones por las que no suelo salir de fiesta es por la ansiedad que me producen las multitudes. Todo está decorado con luces de neón de colores y pósteres de bandas y cantantes de los sesenta hasta hoy. Al fondo, un pequeño escenario con una tira de luz roja que rodea el borde y una gran pantalla para leer las letras de las canciones.

—¡Ya era hora! —grita Lisa sentada en uno de los sofás de cuero rojo—. Ya pensaba que no vendríais.

—¿Y dejarte plantada aquí sola? No somos tan malas —replica Maggie.

—No estoy sola, William está en el baño.

Maggie y yo nos miramos extrañadas. ¿Por qué habrá venido míster *british* a un karaoke? La incomodidad me invade al recordar que no he vuelto a verlo desde que salí pitando de la galería. He pasado poco tiempo en la oficina de GoodWed desde entonces y él no me escribió para preguntarme si seguía viva.

—No se me ha ocurrido pensar que se apuntaría —digo.

—Creo que ninguna se lo esperaba. Es cierto que Maggie y yo hemos comentado que vendríamos al karaoke delante de todos en la ofi, pero como él nunca se apunta... —añade Lisa.

—No pasa nada —digo entre dientes sonriendo—. Voy a por algo de beber.

Lisa levanta su copa para verificar que solo le queda un trago y quiere otra ronda. A Maggie no me hace falta preguntarle, sé a ciencia cierta lo que quiere. Como buena rubia y amante de *Sexo en Nueva York*, en sus noches de fiesta no puede faltar un Cosmopolitan. Debo aclarar que nunca es solo uno. Me acerco a la barra y una camarera con una sonrisa de oreja a oreja me atiende enseguida. Yo no soy tan glamurosa como mis amigas: donde esté una cerveza bien fría, que se quite lo demás.

—Tranquila, ahora te lo llevo a la mesa. ¡No podrás con todo!

—¡Genial, gracias! —contesto con una sonrisa.

Al girarme para volver con las chicas, me encuentro de cara con el estirado de William.

«¡Qué susto, joder! ¿Este tío no sabe lo que es el espacio personal?».

—Perdona, no pretendía asustarte —se disculpa.

—No pasa nada.

Mi sonrisa no es tan franca como la que le he puesto a la camarera. Hace apenas diez minutos le he dicho a Maggie «nada de hombres» y ha tenido que venir al único plan que nadie se esperaba. Nunca se toma un café con los compañeros a media mañana ni se apunta a tomar algo al salir del trabajo. Tampoco aparece en las cenas de Navidad. ¿Qué narices pinta en el karaoke?

Intento seguir mi camino, pero me frena.

—Quería preguntarte por qué desapareciste el día de la inauguración.

—¡Vaya! ¿Hasta que no me has visto aquí no te has dado cuenta de que fuiste conmigo y volviste sin mí? —suelto en tono irónico.

—Claro que me di cuenta de que te habías ido. Admito que no sé en qué momento fue, pero me gustaría saber la razón. Maggie me enseñó tus trabajos antes de estar en GoodWed y pensé que ir a un evento así te encantaría, por eso te invité.

En este punto de mi vida, podemos decir que Maggie es peor que mi madre enseñando mis fotos de la comunión. Tengo una cuenta en Instagram donde están todos mis trabajos y proyectos de fotografía. Ahora mismo está inactiva y es privada, pero Maggie sigue siendo una de las seguidoras, por lo que tiene acceso a ella. No subo nada desde hace unos años, pero invertí mucho tiempo en esas fotos y no quiero borrarlas. A pesar de que me recuerdan una época horrible, las quiero como si fueran mis hijas.

—¿Por qué lo dejaste? —me pregunta—. Tienes un gusto y una técnica impecables, podrías trabajar en algo grande, Olivia. De hecho, me sorprendió bastante tu trabajo porque me recordó mucho al de...

—Me dio un ataque de ansiedad por la cantidad de gente que había —lo corto antes de que pueda continuar—. Vi que lo estabas pasando muy bien, saludando a todo el mundo, y no quise molestarte con mis cosas.

A William puedo mentirle sin que me pille, o eso creo. Aunque, pensándolo bien, es una verdad a medias. Antes de que pueda volver a sacar el tema, lo agarro del brazo y lo arrastro hacia el sofá donde están las chicas.

—Eso son cosas del William y la Olivia del pasado —continuamos andando—. Hoy vamos a disfrutar del karaoke y ya está.

Como si estuviese planeado, la camarera simpática aparece justo en ese momento con las bebidas que he pedido. En cuanto lo

descarga todo en la mesa, cojo mi cerveza y les indico a las chicas que me sigan el rollo con un brindis. No tienen ni idea de qué pasa, pero pongo con disimulo cara de «¡Socorro!» y espero que el plan funcione.

—¡Un brindis porque vamos a darlo todo en ese escenario! —grito levantando mi botellín.

Todas las copas chocan y mis amigas, que me han entendido, entran en el juego con una mirada cómplice. Lisa y Maggie se toman su bebida de un trago y dejan la copa en la mesa. William se queda con los ojos como platos y, por pura presión del momento, hace lo mismo con su cóctel.

—¡Otra ronda! —grita Maggie al ver que dejo mi cerveza vacía en la mesa.

Parece que William ha descubierto algo de lo que llevo huyendo desde que llegué a esta ciudad, y no quiero recordarlo. Puede que bebernos hasta la última gota de alcohol de este local no sea la mejor manera de evitarlo, pero, sintiéndolo mucho, es lo único que se me ha ocurrido cuando me ha entrado el pánico.

24



Enzo

La foto de Olivia a escasos minutos de mi casa me ha sorprendido. Todavía no me acostumbro a que la mayor parte de nuestras conversaciones por mensaje consistan en mandarnos fotos de lo que estamos haciendo. Es la primera vez que hago algo así con una chica y me parece divertido. No me han faltado ganas de coger el *jet* familiar y volar hasta Nueva York, tal como le he dicho, pero hoy tenemos una cena importante por el cierre del contrato de Beverly Hills. No quiero tener que discutir de nuevo con mi madre por volver a casa antes de tiempo.

Tengo que preguntarle a Emily si esta nueva versión de mí mismo puede tener a Olivia como amiga con derechos. Al abrir la foto, ese color rojo que lleva en los labios me ha dejado sin aire.

A pesar de que tuve el placer de oír cómo cantaba, si se puede llamar así, en la librería, me habría gustado ver de nuevo a la Olivia que se cree una reina del pop en un karaoke. Cuando escucha sus canciones favoritas se deja llevar y por un momento deja de tener el

ceño fruncido como si tuviese que estar a la defensiva todo el tiempo. De todos modos, he de admitir que me gusta mucho más cuando su espectáculo es todo para mí.

Ya llevo un par de cervezas, voy a darlo todo en el escenario.

No lo dudo... Aún tengo pesadillas con aquella actuación tuya en la librería.

Mentiroso. Seguro que te puso cachondo. ¡Oops! Las cervezas están haciendo efecto. Vamos a fingir que no he escrito eso.

Me encantaría seguirle el juego, descubrir qué es capaz de decirme con dos cervezas de más. Juro que Olivia va a ser un reto, pero siento que «aprovecharme» de lo que pueda confesarme borracha es cagarla por completo.

Me levanto de un salto al ver la hora en mi teléfono. No puedo llegar tarde a la cena, y menos lleno de arena de la playa de Malibú. Me meto en la ducha y dejo que el agua fría me corra por el cuerpo durante unos minutos. Una ducha rápida y helada, perfecta para despejarme después de haber estado bajo el sol toda la tarde.

Al salir, me seco en un abrir y cerrar de ojos y me afeito con cuidado. Nunca dejo que aparezca ni un pelo, por lo que me paso la cuchilla cada día. Me peino pasando los dedos llenos de gomina hacia atrás y, medio bote de perfume después, salgo de mi habitación. Veo mi reflejo en el espejo del ascensor y me aseguro de que no se me haya movido ni un pelo.

—Buenas noches. —Oigo una voz femenina detrás de mí al abrirse la puerta en la siguiente planta. No puedo ver bien de quién se trata a través del espejo porque está justo detrás de mí, pero...

Ese tono de voz. Esa melena ondulada y rubia. Ese perfume. No quiero parecer un psicópata, pero la reconocería con los ojos cerrados entre miles de personas.

—¿Claire? —pregunto extrañado al darme la vuelta.

—¿Enzo? —Al verme sus ojos se abren como platos—. ¡Dios mío! ¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

—Mucho —respondo algo cortante.

—Madre mía, cómo pasa el tiempo. —Su sonrisa es impecable—. ¿Cómo va todo? ¿Sigues viviendo en el *teadúplex*? Uf, también hacía mucho que no decía esa palabra.

Los dos reímos al recordar viejos tiempos, supongo. Ese juego de palabras entre *teatro* y *dúplex* nos parecía muy gracioso años atrás. Ahora solo es un vago recuerdo un tanto ácido para mí.

—Todo bien. Ando por aquí de negocios con la familia.

Las puertas del ascensor se abren al llegar al vestíbulo y siento que el aire circula de nuevo. Por un momento he sentido que estaba en una caja de cerillas. Este encuentro me ha pillado con la guardia baja. Volar hasta aquí siempre me causa cierta incomodidad. California es muy grande, no pensé que volvería a encontrarme con Claire.

—Ya veo —dice mientras se acerca para enderezarme la corbata—. Te sienta bien este trabajo. ¿Has dejado el teatro?

«¿Por qué está tan cerca?».

—No, monté mi propia compañía *amateur*, lo pasamos genial.

No quiero dar más detalles, no se los merece. Pero ese olor cítrico que la caracteriza tanto me embauca, como siempre.

—¿Tu propio grupo? Qué interesante... —Sus ojos castaños se clavan en los míos—. Siempre pensé que tenías mucho talento. No lo dejes, estoy segura de que algún día llegará esa obra o esa película que te hará triunfar. ¡Como a mí!

Ahí está. Por un momento había olvidado en quién se había convertido. Su forma de vestir, sus gestos, incluso ha empezado a hablar con ese tono relajado tan típico de California, como si llevara toda la vida aquí, entre Los Ángeles y Beverly Hills, rodeada de actores tan famosos como pijos. Queda muy poco de la Claire que compartió conmigo su pasión por el teatro y soñaba con abrirse camino en la industria. Supongo que, al cumplir todos tus proyectos y compartir pantalla con los actores y actrices más reconocidos del país, las cosas cambian, y mucho.

—Me alegro de verte, Claire —miento—. Ahora debo irme.

Parece confundida. Puede que le resulte extraño que alguien no se interese por cuál es su próximo proyecto o cuánto ganó con su última película. Todo el mundo quiere saber de ella, menos yo. Hace tiempo que dejó de interesarme cada paso que daba, ella misma me forzó a ello.

—¡Madre mía, Claire! —La voz de mi madre me saca de mis pensamientos—. ¡Estás estupenda! Podrías haberme avisado de que vendría a cenar con nosotros —me increpa.

—Solo nos hemos encontrado en el ascensor y ya nos estábamos despidiendo, ¿verdad? —respondo.

—Oh, sí. Ha sido pura casualidad. Una vieja amiga trabaja en el *spa* del hotel y cuando puedo sacar un hueco vengo a verla. ¡Me deja como nueva! Ya me iba para casa.

—Entonces, ¿no tienes plan para esta noche? Insisto en que te quedes a cenar con nosotros.

—Es una cena de negocios. Tal vez no sea lo más apropiado, ¿no crees, madre? —Debo salvar la situación como sea.

—Acabamos de firmar un contrato de casi diez cifras, no creo que a los Walter les importe mucho que nos acompañe un comensal más esta noche, y todavía menos uno tan famoso.

Visto así, lo que he dicho es una excusa de mierda.

Los ojos de Claire se iluminan al ver que mi madre insiste en que se quede. Sé que no va a rechazar la oferta.

—Está bien, acepto —contesta al fin, sonriendo de oreja a oreja, y yo finjo alegría.

Mi madre agarra del brazo a la rubia y ambas caminan como dos siamesas hasta el restaurante. Respiro hondo y ruego para que esta tortura psicológica acabe pronto.

25



Enzo

Siempre me han dicho que, cuanto más pendiente estás del reloj, más lento pasa el tiempo. Por mucho que he querido evitarlo, no he podido dejar de mirar la pantalla de mi teléfono esperando un mensaje de Olivia y viendo de refilón la hora. Los minutos han ido pasando y ni rastro de ella. Sin duda está pasándoselo de miedo con sus amigas, no necesito que me diga qué está haciendo a cada momento, aunque no niego que, si hubiese respondido a alguno de mis mensajes, la cena no me habría resultado tan aburrida.

Como vuelva a oír a mi madre reírse como una bruja malvada me voy del país. Toda la semana hablando de contratos, me va a estallar la cabeza. ¿Todo bien por ahí? Seguro que mucho más divertido que escuchar a dinosaurios hablar de cómo cagan dinero.

Nos despedimos de los Walter poco después de acabar el postre. Espero que, después de esta semana, mi madre se digne darme un descanso en el trabajo. No quiero oír hablar más de terrenos, cimientos, permisos, contactos con arquitectos y similares hasta dentro de dos semanas, como mínimo. Cómo me apetece estar en mi apartamento y ensayar con mi grupo hasta nuevo aviso. ¿Seguirá en pie el plan de pelis con Olivia cuando vuelva o se lo habrá tomado a coña?

—Bueno, Claire, cuéntanos. ¡Tu vida debe de ser un no parar! —dice mi tía.

—¿Cómo fue rodar con Richard Gere? Dios mío, llevo toda la vida enamorada de él —apunta mi madre.

Parece que, ahora que se han acabado los negocios, toca sacar los trapos sucios de las estrellas de Hollywood. Siento que me vibra el teléfono en los pantalones y, con disimulo, compruebo si es Olivia.

Todo bien. Eh... Sí, muy bien. Todo muy bien. Sí.
Lo estamos pasando genial. Sí, genial. Jajaja.
Bueno, seguro que no tan bien como tú, pero
muy muy bien. Jajaja. Genial, sí.

¿Por qué se repite tanto? ¿Y qué le hace tanta gracia?

¿Estás borracha?

¿Qué? Jajaja, bueno, si lo estuviese..., borracha,
digo, jajaja, ¿¿¿podría escribirte taaan bien???
Jajaaa.

Lo siguiente que recibo es una imagen. Para mi sorpresa, al abrir la foto, me encuentro con la cara de Olivia en primer plano, con sus labios rojos intactos, sujetando una cerveza y poniendo morritos. Joder, podría perderme en su boca hasta borrarle todo el pintalabios.

Detrás de ella, una chica pelirroja y una rubia; no recuerdo sus nombres, pero sé que estuvieron en la boda de Michael. Por último, pero no menos importante, un tío que parece que va a tomar el té de las cinco aparece de forma discreta en escena. Por su cara, no sabría decir si es que no se ha enterado de que estaban haciendo un selfi o va demasiado borracho para abrir los ojos.

Ver que una presencia masculina acompaña a Olivia esta noche mientras yo estoy a más de cuatro mil kilómetros pone en alerta mi sentido arácnido, aunque no debo hacer suposiciones; tal vez sea el novio de una de sus amigas o solo un tipo que se ha metido en la foto por hacerse el gracioso. Antes de que pueda pensar con claridad, envío una respuesta.

No sabía que la versión
AliExpress del príncipe William
os acompañaría esta noche.

Jajajaja... Has hecho que le escupa la cerveza en
toda la cara a Maggie, jajaja,
en la cara, jajaja, toda, por lo que acabo
de leeeeeeeer. ¡¡Qué risa!! Jajajaja. Es
el chico que me llevó a la inauguración, ese,
William... Jajaja.

Genial. El tío que se la quiere tirar. Eso me deja mucho más tranquilo.

¿El que te dejó tirada?

No, no, bueno, no, ejem, buenooo, más bien me
fui corriendo porque vi a la razón por la que me
corté el pelo, ejem, el pelo, sí, eso es...

Leo el mensaje un par de veces y siento cómo mis neuronas encajan las piezas del puzle. La foto que encontré en el almacén de

la librería de una Olivia de pelo corto y oscuro aparece en mi cabeza.

«Tengo la extraña manía de cortarme el pelo por puro impulso cada vez que me rompen el corazón, en un arrebato».

Sus palabras resuenan en mi mente. Él estaba allí. El tío que jugó con ella nada más llegar a Nueva York, por eso estaba rota cuando la encontré al salir de la galería. ¿Es normal que quiera partirle la cara a un capullo que ni siquiera conozco? Al menos sé que el nieto perdido de la reina Isabel II no fue quien se comportó mal con ella, aunque seguimos teniendo un problema: está claro que quiere tirársela. Antes de que pueda responder, mi teléfono vuelve a vibrar.

> ¡¡¡¡¡¡Voy a cantar mi canción con las chicaaaaaaas!!!!!! ¡¡¡Síííí!!! Te dejoooo... ¡¡¡¡¡¡Voy a cantar mi canción con las chicaaaaaaas!!!!!!

Espera.

> ¡Síííííí! About You Now, de Sugababes. ¡Síííííí! Temazooooooooo. Jajaja. Adióóóóóós.

«Mierda».

—Me ha encantado que cenaras con nosotros. —La voz de mi madre me devuelve a la conversación.

—Muchas gracias por la invitación —responde Claire.

—Siempre es un placer ver a mi nuera favorita. ¡Aunque no he tenido otra!

«Pero ¿qué cojones?». Me voy de la conversación dos segundos y mi madre ya está diciendo gilipolleces. ¡Que alguien le quite la botella de vino!

—Madre, Claire y yo lo dejamos hace seis años. ¿A qué viene eso ahora?

Es irónico que ahora que Claire está por todas partes parezca que han sido íntimas toda la vida. Antes de la fama, el dinero y su

ascenso en la escala social, mi madre no podía con ella. Siempre la culpó por hacer que descubriera mi pasión por el teatro y no me convirtiera en la segunda versión de Michael. No puedo creer lo falsa que es.

—No te ofendas, hijo, pero, desde que lo dejasteis, no has vuelto a presentarme a ninguna otra —continúa insistiendo tras darle otro trago a su copa de vino.

No me ofende, porque presentarle a alguien sería lo último que haría en esta vida. No pretendo estar con nadie y, si lo hiciera, no le haría pasar el mal trago que es tener que compartir aire con la estirada de mi madre.

—Bueno, está claro que tu hijo está esperando a la indicada. No querrá presentarte a cualquiera —replica Claire, y me suelta un guiño disimulado.

Para mi sorpresa, la rubia me defiende antes de que pueda articular palabra. Parece que su comentario le ha quitado un poco de hierro a la conversación. Me mira y, por primera vez desde que nos hemos encontrado, dejo de sentirme tenso. Parece que queda algo de la vieja Claire. Ella sabe muy bien cómo ha sido siempre la relación con mi madre, las veces que me ha tirado por tierra y me ha hecho sentir que no valgo una mierda; sabe que he sido su saco de boxeo desde pequeño, incluso cuando mi padre aún vivía, y lo poco que me ha apoyado por no querer seguir con los negocios de la familia.

—Ya es un poco tarde y mañana volamos a casa a primera hora. Me muero de sueño —dice mi tía.

—Sí, nosotras nos vamos ya —añade mi madre—. Espero que no pasen tantos años hasta que nos volvamos a ver, querida.

—Tranquila. Dentro de poco estaré en Nueva York para un proyecto nuevo. Avisaré a Enzo para vernos si logro tener un hueco

libre.

—Puedes venir a comer a casa, como en los viejos tiempos —responde mi madre.

Claire se despide de ellas y volvemos a quedarnos solos. Nuestro encuentro se ha alargado más de lo que esperaba, pero no ha sido tan horrible después de todo. Al fin y al cabo, la mayor parte de la cena ha transcurrido conversando con los Walter. Si no llega a ser por el comentario de la nuera favorita, totalmente fuera de lugar, todo habría sido de lo más normal.

—Me alegro de que todo te vaya tan bien, te deseo lo mejor —le digo con total sinceridad; es más, puede que sea lo más sincero que le he dicho a una tía en años. El nuevo Enzo está saliendo a la luz.

—¡Vaya! Me hace feliz oír eso, nunca pensé que me lo dirías —exclama algo asombrada.

—¿Por qué? ¿Lo dudabas?

—No, nunca lo he dudado, pero a veces no está de más oírlo de personas que han sido importantes en tu vida. —Veo cómo sus ojos empiezan a cristalizarse—. Puede que después de tanto tiempo mis disculpas no tengan valor, pero quiero pedirte perdón por todo lo que pasó entre nosotros; llevo queriendo decírtelo desde entonces.

Sus palabras llegan a mí como una daga en el pecho. No es ni de lejos lo que esperaba oír esta noche, y menos después de tantos años. Oír las palabras *pedirteperdón* saliendo de los labios de Claire hace que una parte muy dañada de mí se recomponga. Necesitaba oírlas, aunque ignoraba cuánto.

—Acepto tus disculpas, es agua pasada.

Antes de que pueda decir nada más, Claire me atrae hacia ella y nos fundimos en un largo abrazo. Su perfume cítrico vuelve a inundar mi nariz, pero esta vez no viene acompañado de recuerdos amargos.

—Lo siento, perdona... —murmura cuando nos separamos—. Lo necesitaba.

—No pasa nada, tranquila. Ya nos veremos.

Me despido con la sensación de que esta noche he conseguido cerrar una herida que creía más que curada. Me equivocaba. Encontrarme con Claire y cerrar ese capítulo era lo que de verdad me hacía falta.

—Espera. —Me agarra del brazo antes de que pueda irme—. ¿Te apetece que tomemos una copa en el bar? Por los viejos tiempos.

No esperaba esta invitación, pero, ya que he podido atisbar a la Claire que en otro tiempo conocía mis secretos e inseguridades bajo esa vestimenta glamurosa y un acento forzado, me digo que sigue siendo la misma.

—Por los viejos tiempos.

No estoy muy seguro de lo que acabo de aceptar.

26



Olivia

Un rayo de luz aterriza de forma directa en mi cara. Anoche olvidé correr la cortina antes de acostarme y, a pesar de vivir en un piso con solo una ventana, el sol entra con ganas por las mañanas en esta época del año. Con un gruñido, me doy la vuelta y me tapo la cabeza con el edredón. Estoy demasiado cansada para levantarme. Siento como si un mono con platillos estuviese entre mis sienes, puede que siga un poco borracha.

Consigo dormirme durante lo que en mi cabeza parecen cinco minutos, cuando el sonido de mi teléfono vuelve a despertarme.

—¿Sí? —respondo como puedo.

—¿Estás bien o necesitas que llame a los bomberos?

La voz de Enzo al otro lado de la línea me despierta de golpe. Miro la hora en la pantalla del móvil: las tres de la tarde. No me extraña. Yo necesito poner el despertador para levantarme, y más después de haber llegado a casa a las seis de la mañana.

—Estoy bien. ¿Por qué querrías llamar a los bomberos? —pregunto confundida.

—No sé. Ayer me dejaste unos mensajes que me dieron a entender que necesitabas un manguerazo. —Suelta una risa pícara que hace que salten todas mis alarmas.

—¿Qué mensajes?

—¿De veras quieres que los lea en voz alta?

Pongo el manos libres y abro mi chat con Enzo. Busco mis gafas como una loca por la mesita de noche para poder leerlos. Siento pánico en este momento.

> Estoy cachonda. ¿Crees que podríamos ser amigos con derecho a roce? En España se suele decir que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad.
> Lo cierto es que me pones muchísimo. Soy puro fuego ahora mismo.

—Dios mío... —murmuro.

Antes de que pueda invocar un agujero negro en mi piso y meterme dentro para desaparecer de este planeta, Enzo vuelve a hablar.

—Lo de los bomberos va por la última frase. Me tenías un poco preocupado con tanto fuego y demás.

Su tono irónico hace que incluso me dé más vergüenza por lo que escribí anoche. Seguro que se siente más que victorioso. Así es como suelen caer, antes o después, todas las chicas que se cruzan con él. ¿Por qué bebí tanto? ¿Por qué no le di mi móvil a Maggie con una contraseña para que solo ella fuese capaz de desbloquearlo? Está claro que, en ese instante, no era yo quien escribía en realidad. A cada uno le afecta el alcohol de una manera. Yo ayer «decidí» que mis pensamientos más ocultos sobre Enzo saliesen a la luz. Esto es

culpa de Maggie, por estar todo el rato diciéndome que me lo tire. Sí, eso es.

No tengo palabras, estoy abochornada. Conociéndolo, sé que diga lo que diga va a darle la vuelta y hacer que la conversación sea más incómoda..., si eso es posible.

—¿Olivia? ¿Sigues ahí?

—Sí, por desgracia. —El teléfono sigue en manos libres y me masajeo las sienes como si eso fuese a arreglar algo.

—No le des más vueltas, ¿a quién no le ha pasado algo así? —Su tono tranquilo y quitándole hierro a la situación me reconforta un poco—. Yo mismo bebí un poco más de la cuenta después de la cena de ayer. Por suerte, mi móvil murió y no pude utilizarlo.

—¿A qué te refieres?

No sé muy bien qué espero de mi pregunta, pero, ya que la he cagado y estamos teniendo esta conversación, vamos a sincerarnos todos, ¿no?

—No te hagas la tonta...

«Sí, Enzo. Eso es exactamente lo que voy a hacer».

—Me acabo de despertar, tengo resaca, esto me ha pillado muy descolocada y me avergüenzo muchísimo. De verdad que me encantaría saber qué es lo que intentas decirme. —Me muerdo el labio deseando haber sonado muy convincente.

—No pienso decírtelo por teléfono, así que ábreme la puerta —suelta, y cuelga.

Un escalofrío recorre todo mi ser. No puede ser cierto, se está quedando conmigo. Me levanto de un salto y parece que el alcohol se ha desvanecido de mi organismo por completo después de esa última frase. Me asomo de forma disimulada a la ventana y ahí está. Me fijo en que todavía lleva la maleta con él, lo que significa que

acaba de llegar de su viaje a California. Me pellizco los brazos mientras me dirijo hacia la puerta.

No puede ser real.

Abro abajo pulsando el botón del interfono y dejo la puerta de la entrada entreabierta; no sé dónde meterme. Mientras oigo cómo sube cada escalón, corro al baño para lavarme los dientes y peinarme un poco. ¿A quién pretendo engañar? No tengo arreglo en estos momentos.

—¿Hola? —llama, y oigo que la puerta se cierra.

—¡Hola! —grito desde el salón sin pretenderlo por lo atacada que estoy.

—¿Un pijama de Spiderman? ¿Dónde has estado toda mi vida? —dice levantando una ceja.

Me río. Es una risa... ¿nerviosa? Nerviosa porque llevo varios días sin verlo; porque su perfume de «tío que te va a destrozar la vida» ahora inunda mi minúsculo apartamento; porque acaba de dejar su maleta al lado de mi sofá, se ha quitado el abrigo y viene hacia mí.

—¿Qué querías decirme? —inquiero tragando saliva.

—A veces, no hace falta decir nada.

Sus manos enmarcan mi cara y, en un abrir y cerrar de ojos, el aire no circula entre nosotros. No sé qué está pasando, pero mi instinto me suplica que me deje llevar. Desde luego, solo me engañaba a mí misma fingiendo que no deseaba que sucediera esto.

Sus labios chocan con los míos y nuestras lenguas comienzan a bailar como si se conocieran a la perfección. Me besa con fuerza, dejando claro que él también ansiaba esto. Sin despegarnos, tomo el control y lo guío despacio hacia mi habitación.

Al tocar el colchón, me gira para tumbarme con cuidado en la cama. Ahora estoy debajo de él, vuelve a tener el mando. Sus manos se meten por debajo de mi camiseta del pijama y siento

cómo se me eriza la piel. Sus labios se separan de los míos con la excusa de recorrer todo mi cuello, dejando cálidos besos a su paso. Sonríe de medio lado ante mi intento fallido de quitarle la sudadera.

—Llevo esperando este momento desde que te abrí la puerta y me hice pasar por Michael —susurra con voz ronca en mi oído—. La única que va a quedarse sin ropa, por ahora, eres tú.

«¿Un hombre centrándose en cumplir todos mis deseos?». No pienso quejarme.

27



Olivia

Un rayo de luz aterriza de forma directa en mi cara. Anoche olvidé correr la cortina antes de acostarme y, a pesar de vivir en un piso con solo una ventana, el sol entra con ganas por las mañanas en esta época del año. Me despierto de golpe, agitada. Estoy sola en mi cama, todo ha sido un sueño. Compruebo que no hay ningún mensaje extraño en mi chat con Enzo que pueda dar paso a uno de los mejores polvos de mi vida. Todo ha sido cosa de mi imaginación, por eso ha sido tan perfecto.

Es extraño, siento alivio y decepción a partes iguales. Y no me gusta. ¿Por qué fantasearía yo con algo así? Tal vez no pueda volver a mirar a Enzo a la cara sin pensar que he soñado cómo me quitaba las bragas.

Maldita mente sucia y salida...

Me levanto con dificultad mientras me masajeo las sienes. Me va a estallar la cabeza. El cuerpo me pide un embalse de agua por la deshidratación a causa del alcohol y una ducha helada para intentar

bajar el calentón que llevo encima. El agua recorre mi cuerpo y no duro más de dos minutos debajo del chorro. Mis duchas suelen ser como visitar el mismísimo infierno, no soporto el agua fría.

Después de beberme un litro de agua, y no estoy exagerando, me tumbo en el sofá y cojo mi móvil para ver Instagram. Aunque ya no publico mis trabajos de fotografía, sigo utilizando la cuenta. Así me mantengo al día de lo que pasa en el mundo, ya que no veo mucho la tele, y me dedico a enviarle vídeos de animales a Maggie. En realidad, esto último es lo que más hago.

Mensaje de Maggie.

No sé si lo has visto. Me acabo de quedar loca. *foto*

Buenos días a ti también.

Son las dos, querrás decir buenas tardes en todo caso. Jajajaja.

Abro la foto que me ha enviado y siento un pequeño pinchazo en el pecho. Quiero recalcar que ha sido minúsculo y una reacción cien por cien involuntaria. No me esperaba ver una foto de Enzo besándose con una rubia en un bar. Mi teléfono empieza a vibrar con el nombre de Maggie en la pantalla.

—¡Con Claire Bennet! —grita cuando acepto la videollamada—. ¿Esa es la que va a salir en la nueva temporada de *Euphoria*? Estoy alucinando...

—Sí, creo que sí. Aunque he oído rumores de que la van a cancelar. Me alegro de que él también lo pasara genial anoche —respondo mientras bostezo.

—¿Estás bien? No es porque sea tu amiga, pero creo que la foto está sacada un poco de contexto. Es como si el paparazzi se hubiese

colocado en el punto exacto para que pareciera que se están morreando.

—¿Por qué iba a estar mal? ¿Es que por mandarnos unos cuantos mensajes y vernos un par de días ya nos hemos puesto el anillo de castidad de los Jonas Brothers?

Necesito que parezca que no me importa en absoluto lo que acabo de ver. Porque... no me importa, ¿no? Sigo con la videollamada mientras entro en mi chat con Enzo. Los dos últimos mensajes en los que lo aviso de que estoy en casa solo tienen un *check*. Parece que tiene el móvil apagado. Intento no darle más importancia de la que tiene.

—Había olvidado que ese anillo existió de verdad. Entiendo que no sois nada, que no te debe ninguna explicación y blablablá..., pero ayer, bien borracha, me dijiste que sí que podrías tener algo con él. De hecho, ¡dijiste que te encantaría!

En estos momentos no sé si prefiero la realidad alternativa de mi sueño guarro o haberle confesado algo que no recuerdo, y encima ¡ahora no dejará nunca el tema!

—Tú lo has dicho, estaba borracha y sabes cómo me pongo cuando bebo de más. —Intento que no se emocione, aunque juraría que es imposible.

—Pero tú siempre hablas de que en España tenéis una frase que dice: «Los *borachos* y los *ninos* siempre *disen* la *verdá*» —recita con su mejor acento español.

—Lo siento, no sé qué son los *ninos*, no entiendo.

Me odia, en el mejor sentido de la palabra.

—¿Él te dijo que había quedado con alguien? —pregunta.

—Maggie, te quiero mucho, pero no sé cómo tengo que decirte que no me tiene que dar explicaciones de nada.

Me estoy empezando a cabrear un poco.

—Está bien, lo entiendo. Sé que a veces me pongo muy pesada. —Hace un puchero, como si nunca hubiese roto un plato—. Solo es que ayer sonabas tan convencida que me ilusioné un poco.

—¿Por qué tanta ilusión porque quiera tirarme a Enzo? De veras, sigo sin pillarlo.

—¡No es porque sea Enzo! Es solo que, cuando llegaste a Nueva York, un gilipollas te trató fatal y desde entonces no has vuelto a querer saber nada de ningún tío. Siento que, si te abres un poco antes de volver a casa, no tendrás esa espinita clavada de esta ciudad.

—Maggie, escúchame bien para que nunca se te olvide lo que te voy a decir. —Hago un gesto con ambas manos como para que abra las orejas—. Ni el tío más gilipollas de la historia podrá hacer que recuerde el tiempo que he pasado en Nueva York con mal sabor de boca, porque te encontré a ti. Tú has sido la razón por la que me he quedado tanto tiempo. Porque creí y creo en ti, en tu proyecto y en tu manera de luchar por las cosas. Amiga, eres maravillosa, y todos los recuerdos que hemos creado juntas valen más que nada en el mundo.

—¡Joder, tía! —La cara de Maggie se llena de lágrimas—. Es lo más bonito que me han dicho jamás. Sé que te lo he dicho mil millones de veces, pero no supero que en unos meses ya no vaya a verte todos los días.

—Lo sé, a mí también se me hace raro pensarlo. Pero, bueno, sabes que mis padres te adoran y están deseando que vayas a hacernos una visita, incluida Sopa.

—¡Pues claro que iré! —Se suena los mocos como si fuese un elefante—. Perdóname, de verdad, sé que te lo he prometido un montón de veces, pero esta es en serio: no voy a hablar más de

Enzo, a no ser que tú me cuentes algo y quieras que lo comentemos.

Levanta el dedo meñique y me pide que imite su gesto. Aunque no podamos juntar los dedos de forma física, una promesa virtual también me sirve.

No sé si es buena idea lo que voy a hacer, pero esta conversación ha sido muy intensa y necesito que deje de llorar. Tal vez si le digo que me ha resultado cómico no se lo tome como algo tan serio...

—¿Quieres que te cuente algo gracioso?

—¡Cuenta! —exclama emocionada.

—Es posible que haya tenido un sueño un tanto *spicy* con Enzo...

Maggie es de las que necesitan todos los detalles, aunque haya sido producto de mi imaginación. Su cara es un poema y tengo que pedirle que cierre la boca o le va a entrar una mosca mientras escucha toda la historia.

28



Enzo

Me despierto con un dolor de cabeza horrible. Mi relación con el alcohol no es muy estrecha, beber un par de copas ya me marea. No recuerdo cuánto bebí anoche, pero esta resaca indica que me pasé bastante. No había necesidad. ¿Por qué lo hice?

Aparto el edredón para levantarme y me asusto al sentir que mi brazo choca con algo, mejor dicho, con alguien.

Miro y ahí está la respuesta que buscaba: Claire.

Hemos dormido juntos, pero la cama *king size* de este hotel hace que su cuerpo esté bastante lejos del mío.

«Mierda, mierda, mierda —repite mi cabeza una y otra vez—. ¿Me la tiré anoche?».

Intento recordar algo, lo que sea.

Me viene a la mente una imagen nítida de cómo nos sentamos en uno de los sofás de terciopelo rojo del bar del hotel y nos tomamos la primera copa. En ese momento, el recuerdo de Claire está a una distancia prudente de mí. Siento presión en las sienes, me va a

estallar la cabeza. Ahora las imágenes son más borrosas, pero la cara de la rubia cada vez está más cerca. Mis recuerdos dan un salto hasta que veo mis pies dando tumbos por el pasillo del hotel que conduce a esta habitación. Claire va conmigo, sus movimientos indican que está en el mismo estado que yo. Por último, su imagen sentada en el borde de la cama mientras se quita la ropa...

«Joder. Soy un puto capullo».

Consigo levantarme después de asimilar todo lo que he podido recordar y busco mi teléfono con cuidado. No sé dónde cojones lo he metido y no quiero molestar a la bestia que ha dormido a mi lado. Por desgracia, sé de sobra que tiene muy mal despertar. Veo que mi ropa está tirada por el suelo de cualquier manera y rebusco en los bolsillos de mis pantalones. Nada.

—Si buscas tu móvil, está en mi bolso —dice frotándose los ojos —. Te quedaste sin batería y me pediste que te lo guardara.

Enchufo el cargador, saco el teléfono de su bolso, lo conecto y empiezo a desesperarme al ver que la batería está fundida por completo. La pantalla tarda en encenderse lo que me parece un siglo, pero se necesita algo más de carga para desbloquearlo. No recuerdo haber recibido ningún mensaje de Olivia diciéndome que había llegado a casa. Necesito saber que está bien.

—Perdona, no quería despertarte.

—Tranquilo, tendría que haberme ido hace rato.

Sale de la cama y giro la cabeza de manera brusca al ver que está desnuda. Se confirman todas mis sospechas.

—No hace falta que hagas eso, me has visto así mil veces — apunta mientras comienza a vestirse.

—Puede que, después de lo de anoche, sea una gilipollez apartar la mirada. Ha sido un acto reflejo, han pasado muchos años y no quería incomodarte.

—¿Después de lo de anoche? —Su mirada es confusa—. Anoche no pasó nada.

Suena cortante y, no quiero parecer un egocéntrico, pero parece enfadada. ¿Acaso me invitó a una copa para intentar acostarse conmigo y yo la rechacé?

—Perdona. He pensado que, al encontrarte aquí y sin ropa...

—Pues has pensado mal. Solo te pedí que me dejaras quedarme contigo porque los paparazzi me persiguen a todas partes. ¿Sabes el dineral que pagarían por una foto mía con el pedo que llevaba anoche?

—Entonces, ¿por qué cojones estás cabreada? —Ahora soy yo el que habla serio. Me está empezando a tocar las pelotas con ese tono prepotente. ¿Le hice un favor y así me lo paga? Esta tía no está bien. No entiendo nada.

Antes de que pueda seguir con la conversación, el sonido de mi teléfono nos interrumpe. Todos los mensajes llegan de golpe, parece que ya se ha cargado un poco y puedo utilizarlo. Desbloqueo el móvil a toda velocidad y me meto en el chat de Olivia.

> Ya estoy en casa..., eh, sí, ¡¡sana y salvaaaa!!
> Qué bien me lo he pasado,
> jajaja, y sigo un poco borracha, ejem,
> bastante..., jajaja, mucho. Borracha, digo. Me he
> hecho la skincare, que me ha costado horrores...,
> jajaja, y me he metido en la cama. No te llegan
> mis mensajes, espero que estés bien...

Me quedo tranquilo al leer que llegó sana y salva a su casa anoche. Me encantaría saber si ha dormido sola; imagino que sí por ese mensaje, pero no puedo ser más hipócrita viendo la situación en la que estoy metido ahora mismo.

—¿Es Olivia? —Su voz ahora me parece de lo más irritante.

—¿Por qué sabes de su existencia? —pregunto algo confundido.

—¿Cómo puedes seguir fingiendo que no te acuerdas de nada? ¡Eres lo peor!

El Enzo del pasado se habría acostado con ella sin ningún remordimiento y habría hecho como si nada al día siguiente. Me da vergüenza pensar en el tiempo que llevo sin follar. Si después de todo he sido capaz de no pensar con la polla, incluso estando pedo, es que todavía me queda alguna neurona funcionando.

—Hasta hace cinco minutos pensaba que nos habíamos acostado. —Respiro hondo para mantenerme sereno, no quiero ponerme a su nivel—. De verdad, no recuerdo una mierda. ¿Por qué estás tan molesta?

—¡Anoche no pasó nada porque, cuando nos estábamos morreando, dijiste el nombre de otra! —Me tira un cojín a la cara con todas sus fuerzas.

«¿Está diciendo que anoche la llamé Olivia?». Hostia, esto es peor de lo que pensaba. Nunca me ha pasado nada parecido porque no llamo a ninguna de las tías que me tiro por su nombre, así evitamos conflictos como este. Siempre hay que utilizar el mismo apelativo cariñoso, tipo «cielo» o «nena».

—Entonces..., no nos acostamos, pero nos besamos.

—Ese no es el punto de la conversación. —Se tapa la cara con las manos y suspira—. Si vas a ponerle los cuernos a tu novia conmigo, al menos no me llames por su nombre. Fue muy incómodo y un completo error. Estaba tan borracha que el disgusto me duró poco y me quedé dormida, pero al recordarlo esta mañana...

Claire se pone el abrigo y coge el resto de sus cosas, que están tiradas por la habitación. Se dirige hacia la puerta con paso firme. Joder, no sé qué decir. Estoy en blanco.

—No es mi novia —aclaro antes de que salga.

—¿Entonces?

—No sabría decirte —reconozco, y ella abre la puerta echando humo.

Todo está pasando demasiado rápido. El antiguo Enzo no daría ninguna explicación, le importaría cero cómo se sintió ayer Claire. Después de que se disculpara y yo la perdonara, pensé que ya se había solucionado todo entre nosotros, pero no esperaba que acabáramos durmiendo juntos. No quiero volver a tener un recuerdo amargo de ella. Debo arreglarlo.

—Espera, por favor —digo, y vuelve sobre sus pasos—. Siento mucho si anoche me insinué y pensaste que podía querer algo contigo.

—No lo pensé, es que te me tiraste encima como un jaguar al llegar aquí —se defiende.

«Soy un capullo. Con todas las letras».

—Lo siento, de veras. Aunque no lo creas, estoy intentando cambiar algunas cosas sobre mi forma de actuar con las mujeres y dejar de pensar con la bragueta para luego ignorarlas. Lo de anoche estuvo fuera de lugar. En todo caso, te aseguro que si accedí a que durmieras aquí para no manchar tu carrera, no fue con segundas. Anoche conseguimos arreglar las cosas entre nosotros y no me gustaría volver atrás y seguir enfadados.

—Creía que las cosas que se decían en internet sobre ti no eran ciertas, pero, por lo que cuentas, sí eres un mujeriego, además del rey del *ghosting* —me vacila.

El Enzo del pasado la culparía por cómo me he comportado todos estos años. Claire desapareció de mi vida de un día para otro y no me dejó acompañarla mientras cumplía sus sueños de ser actriz. Fue como si todo lo que habíamos vivido juntos no hubiese existido. Nunca me enfadé con ella por aceptar aquel papel, gracias a esa

película es quien es hoy en día. Lo duro fue que, después de tantos años, me cambiase por otro en menos de dos semanas. Cuando empezaron a aparecer los rumores de que estaba liada con el actor que coprotagonizaba su primera película, me consumió la rabia y me convertí en otra persona. Por eso ella nunca se ha creído los rumores sobre mí, porque ese no era el Enzo con el que había compartido tanto tiempo.

Sin embargo, ahora tengo claro, aunque deba tragarme mi orgullo para admitirlo, que he sido un capullo solo por decisión propia. Que ella me diese una patada en el culo después de todo lo vivido no significa que yo tuviese que hacer lo mismo con cada tía con la que me acostaba. A veces es más fácil fingir que te importa todo una mierda. La gente no te pide explicaciones de nada cuando saben que no tienes sentimientos y creen que eres un cretino por naturaleza.

—Sí lo era, pero estoy esforzándome por no ser una polla con patas.

Mi comentario hace que se ría y la tensión desaparece del ambiente. Por primera vez, las descripciones ofensivas que me dedica Emily sirven para algo. Parece que mi discurso ha conseguido calmarla.

—Está bien, no pasa nada. Los dos bebimos y tal vez eso removió un poco las cosas. Todo aclarado.

—¿Amigos? —pregunto haciendo un gesto con el puño para que me choque.

—Amigos, pero no voy a chocarte hasta que me cuentes quién es Olivia —responde cruzando los brazos como una niña pequeña.

—Está bien, está bien. —Levanto las manos como si estuviese en un atraco—. Pero la versión corta o mi madre me desheredará por no llegar a tiempo al aeropuerto.

«¿Cómo explicarle cuál es mi situación con Olivia si ni yo mismo lo sé?».

29



Enzo

He temido por mi vida al enterarme de que mi madre y mi tía ya han cogido un taxi para ir al aeropuerto. El café con Claire ha sido rápido, imposible dedicarle más tiempo. ¿Un desayuno completo con mi ex o mi parte correspondiente de la herencia familiar? Creo que la respuesta es bastante obvia. No tengo ningún problema en coger un vuelo comercial en vez del *jet* privado de los Verona, pero, si quiero evitar una bronca con mi madre, tengo que salir por patas de este hotel de inmediato.

—Lo siento, Claire, pero tengo que irme ya —me disculpo mientras cojo la maleta.

—No te preocupes. Si quieres, déjame la tarjeta de la habitación y yo hago el *check out*.

—Parece mentira que se me haya olvidado hacerlo. Me harías un favor enorme, mi madre me va a fundir el teléfono como siga llamándome.

—Descuida —dice mientras le entrego la tarjeta.

—¡Nos vemos!

Salgo volando del hotel y cojo un taxi hasta el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Al llegar, casi me tiro del coche en marcha. Mi madre me espera sentada en el avión privado con la única expresión que no ha sido capaz de borrar el bótox: la rabia que le tiene a su hijo.

—¡Ya estoy, ya estoy! —exclamo entre jadeos.

Me acomodo en mi asiento de cuero oscuro y, poco después de despegar, consigo dormirme. Es algo muy raro en mí, me cuesta conciliar el sueño en otro lugar que no sea mi cama. En los aviones mi cerebro siempre está alerta por si pasa cualquier cosa..., como si yo pudiese hacer aterrizar un avión si a la tripulación le pasara algo y tuviésemos una emergencia... A veces, puedo ser un poco peliculero y dramático, pero, con tres horas de sueño esta noche y encima la resaca, cualquiera se dormiría con solo cerrar los ojos.

La vibración de mi teléfono me saca de mi siesta aérea. Intento no abrir los ojos para seguir durmiendo, pero el aparato no deja de temblar en mi bolsillo. De mal humor, desbloqueo la pantalla para ver qué es tan urgente. Es mi primo Michael.

> ¿Por qué hay una foto tuya morreándote con Claire en el bar de un hotel? Allison dice que está corriendo por todas las redes. Creía que no habías vuelto a saber nada de ella desde que se largó. Joder, qué fuerte. Están sacando un huevo de mierda tuya por ahí. ¿Estás bien? Sabes que puedo hacer un par de llamadas e intentar que retiren esa foto de la publicación original aunque no sea un delito, pero dudo que sirviera de nada porque ya está circulando por todo internet.

Siento cómo me baja la tensión en un momento. Escribo mi nombre en el buscador y veo toda la basura que está soltando todo el mundo en webs de prensa del corazón, blogs y demás. Mi cara, junto a mogollón de artículos inventándose cosas sobre mi vida privada sin ningún sentido, está por todas partes. Ya me jodió suficiente en su día aquel estúpido artículo en la revista *Forbes* sobre los solteros más ricos del país como para que ahora me cuelguen la etiqueta de «nuevo fichaje de Claire Bennet».

No puedo parar de leer lo que dicen, y todo empeora y se vuelve más preocupante cuando llego a un artículo titulado «Diez secretos de Enzo Verona». Son todos inventados menos el número tres, donde mencionan mi grupo favorito, The Smiths, y mi número preferido, el ocho, además de que mi perro de la infancia se llamaba Buster. «¿Cómo han descubierto el nombre de mi perro si murió cuando yo tenía nueve años?». Eso solo lo sabría alguien muy cercano a mí. Hay que frenar esto como sea y Claire es la única que puede solucionarlo.

¿Cómo no se nos ocurrió pensar que cualquiera podía hacernos una foto estando en el bar del hotel, en un lugar público? Ahora entiendo por qué me pidió quedarse a dormir anoche conmigo; hoy en día, con los móviles, es fácil..., y encima a ella la siguen los paparazzi; tal vez ha sido uno de ellos, están por todas partes.

No es lo más correcto, pero, a diferencia de los vuelos comerciales, en un *jet* sí puedes llamar por teléfono.

—Necesito que soluciones esto ya —digo cuando oigo su voz al otro lado de la línea.

—Estoy haciendo todo lo posible —responde agobiada—. Lo siento muchísimo, no imaginé lo que podía pasar cuando te invité a tomar esa copa. Mi agencia ya ha tomado cartas en el asunto y ha aclarado que solo somos dos amigos tomando algo tras encontrarse por

casualidad. Desde luego, esa foto está sacada con mala intención. Cuando sepa algo, te aviso.

—Está bien. Gracias, Claire.

Mi cabeza va a mil por hora. Después de todo lo que ha pasado, puedo confirmar que quedarme con Claire y tomarme esas últimas copas fue una pésima idea.

—¿Estás bien? Te noto un poco sofocado —me pregunta mi tía, ofreciéndome un vaso de agua.

—Gracias —respondo antes de dar un sorbo—. Todo bien, no te preocupes.

—Si es por la foto con Claire, tranquilo. Seguro que en un par de semanas se le habrá olvidado a todo el mundo. Se nota que está sacada de contexto —susurra en tono cómplice.

Me pongo pálido al descubrir que hasta mi tía, una negada para el uso del móvil, está al tanto de la noticia. Si ha llegado hasta ella, lo más seguro es que Olivia también lo sepa. De pronto caigo en la cuenta de que, con el despertar que he tenido, la conversación con Claire y las prisas posteriores, ni siquiera he respondido a sus mensajes. Lo último que me ha escrito ha sido que estaba sana y salva, eso me tranquiliza. Ella también salió anoche, tal vez todavía no se haya levantado. En California son tres horas menos que en Nueva York, pero madrugar no es uno de sus fuertes. Por si las moscas, haré como si esa foto no estuviese circulando por las redes.

30



Olivia

Creo que estoy asumiendo más responsabilidades de las que puedo manejar. Daisy está de baja, obligada por sus hijos, por lo que tiene prohibido aparecer por la librería. No se fían de ella, así que se están turnando para cuidarla y, de este modo, asegurarse de que no se escapa. Sé que hacer que Three Lives vuelva a ser lo que era va a suponer mucho trabajo, pero se lo debo por cómo me ha tratado durante estos años, como a un miembro más de su familia.

Los distintos profesionales del seguro ya han pasado por la librería, así que los trabajos de lampistería, fontanería y alicatado están terminados. También vinieron los pintores, que imprimaron las paredes afectadas por el fuego y las dejaron todas blancas. Sin embargo, al final hemos decidido mantener los colores vivos que tenía cada rincón, cada estancia, para recuperar el espíritu original. Cuando acabemos de pintar, nos dedicaremos a restaurar —a nuestra manera— los muebles y estanterías que hemos podido salvar. Las cosas con el seguro han ido rápidas, no nos podemos

quejar. Estoy convencida de que muy pronto todo volverá a la normalidad.

—¿Crees que podremos hacer el mercadillo a finales de esta semana? Aunque solo sea poner una mesa en la calle y darles una segunda vida a los libros que separamos —les pregunto a Edward y a su mujer, dando un último brochazo a una pared.

—El domingo por la mañana sería un buen día, así tu hermana también podría venir y Daisy se alegraría de ver todo lo que hemos avanzado —responde la mujer de Edward entusiasmada.

—¿No es un poco pronto? ¿Creéis que nos dará tiempo? —Su marido no es tan positivo como ella.

—¡Si seguimos a este ritmo, seguro que sí! —lo anima ella.

—Escribiré a Violet para hacer algún *post* en las redes de la librería y que llegue a todo el mundo. ¡También podemos hacer carteles para colgar por el vecindario! —exclamo emocionada.

—Vale, me habéis convencido —acepta Edward, dedicándonos una pequeña sonrisa.

Estoy segura de que terminaremos a tiempo. Lo único que necesitamos es que la noticia de nuestro mercadillo llegue a mucha gente para que nos ayuden a recuperarnos un poco de este mal momento.

Debido a toda esta situación, no he tenido mucho tiempo para pensar en Enzo, aunque debo admitir que estoy evitándolo a toda costa. Después de mi sueño erótico con él, soy incapaz de mirarlo a la cara sin imaginarlo quitándome las bragas. Por otro lado, creo que no sabe que estoy más que enterada de la existencia de Claire. Eso, o ha intentado hacer como si la foto de su beso en aquel hotel de Beverly Hills no hubiese sido *top one* en cotilleos del corazón durante los últimos días. Los representantes de la actriz han hecho un comunicado afirmando que esa foto no era lo que parecía,

apoyando mi teoría de que está sacada de contexto, y explicando que Enzo y Claire eran solo amigos y que se habían encontrado casualmente en el hotel. Si fuera así, ¿por qué actúa como si no hubiera pasado? Me descoloca un poco el hecho de que ni siquiera lo haya mencionado; eso hace que todo sea todavía más raro.

Me vibra el teléfono y veo que es él. Con todo esto, nuestras conversaciones no son tan fluidas como al principio, aunque veo que él intenta normalizar la situación.

¿Cómo van esos brochazos?
¿Necesitáis ayuda?

¡¡¡Qué va!!! ¡¡¡Tenemos manos de sobra!!! Todo controlado.

Puedo ir a llevaros la merienda aunque sea. Hay una cafetería al lado de mi casa que hace unas galletas brutales.

Muchísimas gracias, pero de verdad que no hace falta.

Entiendo que estás muy ocupada. Estoy deseando que vuelva mi primo para estar un poco más libre. ¿Sigue en pie nuestro maratón de películas?

Esta semana, ¡imposible! El domingo vamos a hacer el mercadillo que se me ocurrió cuando viniste a ayudarme.

Me alegro de que les haya parecido buena idea.
¡Nos vemos el domingo, entonces!

«Mierda. No tendría que habérselo dicho».

31



Enzo

—¿Podríais recordarme por qué he tenido que venir yo a recogeros al aeropuerto cuando Allison tiene chófer? —me quejo mientras conduzco.

—Porque sabemos que no podías esperar a vernos y mi coche va lleno con todas mis maletas —se burla Allison desde el asiento de atrás—. Además, la prensa tiene más que calado ese coche y lo perseguirán por toda la ciudad. ¡Exclusiva! ¡El equipaje de Allison Verona en primicia!

Michael suelta una carcajada, pero es de lo más falso que he visto jamás, se ha reído por compasión. Menudo calzonazos.

Conduzco hasta su casa mientras mi primo y la bruja de su mujer me cuentan todas las aventuras de su viaje a Hawái. En este momento doy gracias por ser buen actor, se me da fenomenal fingir que me interesa algo de lo que están diciendo. ¿No podría haberse cruzado esta mujer con un tiburón mientras hacía submarinismo?

Con uno pequeñito me habría conformado. El mundo sería maravilloso sin su voz de chihuahua.

Dejo el coche en el garaje de su casa y me quedo un rato con ellos. Parece mentira que hayan pasado dos semanas juntos, Allison no nos deja hablar a solas ni un segundo.

—Hogar, dulce hogar —murmura mi primo al llegar.

—Eso diré cuando nos den la casa nueva —responde la chihuahua.

—¿Casa nueva? —pregunto confundido.

Michael sirve un par de copas de vino cuando me dejo caer en su sofá *chaise longue* de siete plazas. Allison me da un golpe en el brazo cuando mi zapatilla Converse roza el terciopelo gris claro que lo recubre.

—¿Por qué te crees que has estado en California? —pregunta Allison levantando una ceja y mirándome con una sonrisa burlona.

Ahora mismo me siento gilipollas. Parece que mi expresión facial me deja en evidencia cuando él empieza a explicármelo todo.

—Había un apartado no escrito en el contrato de los Walter. Si aceptábamos la oferta por los terrenos, nos bajarían el precio de su mansión de Beverly Hills casi a la mitad.

—¿Por qué cojones haría esa estupidez un Walter? Es perder dinero —suelto extrañado.

—Eso mismo pensé yo —continúa mi primo—. Pero, cuando estás en bancarrota, te aseguro que las cosas se ven muy diferentes. Ha preferido bajar el precio antes de que se la quedara el banco.

—¡Tiene tanto miedo de que se entere la gente que nos hizo firmar un acuerdo de confidencialidad! Cuando vivamos allí, todo el mundo pensará que la compramos por el precio real —añade Allison.

—Entonces, ¿para qué tanto paripé pidiéndome que fuera a negociar con él si ya lo teníais todo más que hablado?

—La verdad es que no contábamos con ello, pero estaba tan desesperado por conseguir el dinero de la venta que nos pilló en Hawái y tuviste que ir tú. No te dije nada porque tenía que parecer ante los demás que era cosa de negocios.

—Soy actor, podría haber fingido perfectamente que no sabía nada. Gracias por dejarme como un idiota, pensé que había hecho algo de provecho por una vez. —Le doy un último sorbo a mi copa y me levanto.

—Eh, Enzo, perdona —se disculpa mi primo—. No te lo tomes así, venga, tío, pensábamos decírtelo nada más verte.

Aunque me parece que todo esto es una mierda, su disculpa me consuela un poco. La noticia de la nueva casa me ha dejado un tanto descolocado. Michael, sin duda, es mi mayor apoyo, aunque nuestra relación haya cambiado estos últimos años. No me imagino viviendo tan lejos de él. Me gustaría saber por qué han tomado esa decisión, cuánto tiempo llevan pensándolo. Me duele saber que no lo ha mencionado ni una sola vez hasta ahora, ni siquiera la posibilidad. Tenemos una conversación pendiente, pero él y yo a solas, sin Allison. Estoy seguro de que no será cien por cien sincero conmigo si ella está delante.

—Por cierto, gracias por apoyarme con el tema de la foto; aunque no se pudiera eliminar de internet, que contactaras con los representantes de Claire me sirvió de mucho —digo para cambiar de tema; no me apetece pensar en que se van a mudar.

—Tener un primo abogado a veces sirve de algo, ¿no? —vacila Michael.

—Que sí, Michael, que sí... Ya sabemos que te sacaste la carrera con honores, e incluso hiciste un doble grado —respondo con guasa.

—Me gusta recordarte que, para la Universidad de Columbia, soy más inteligente que tú.

—*Touché.*

Así es nuestra relación: después de un momento un poco tenso, todo se soluciona con dos frases de mierda.

—¿Cómo se tomó Olivia la foto con Claire? —Allison vuelve a la carga.

—No hemos hablado de ello porque estoy seguro de que no sabe nada; si la hubiera visto, me habría dicho algo —respondo, y, aunque trato de contenerme, se nota que su presencia me crispa.

—¿Te crees que vive debajo de una piedra o algo? Aunque no haya visto la foto, todo el mundo habla de vosotros.

—Si se ha enterado, parece que no le ha importado mucho. Seguimos hablando como siempre —miento, porque soy más que consciente de que ella conmigo ha cambiado desde que me fui. Siento que, esta semana, Olivia ha estado un poco distante. Creo que siente un gran peso con su proyecto de abrir la librería lo antes posible. Por eso he tenido una idea para que pueda relajarse un poco.

—¿Así que sigues hablando y quedando con ella? ¡Esto va en serio, primito! —exclama emocionada.

Al oír «primito» he sentido cómo el vino que me acabo de tomar se me revolvía en el estómago. Espero que llamarme así no se convierta en su nueva moda.

—Ahora que lo mencionas, tu *primito* te necesita para una cosa —le digo con tono inocente.

Finjo que no he sentido náuseas de nuevo al repetir esa palabra, pero necesito que Allison me ayude con esto.

32



Olivia

Todo está listo para el mercadillo. Me he pasado toda la semana preparando los carteles con Violet y dándoles caña a las redes sociales para que llegase al mayor número de personas posible. También nos hemos movido por el barrio, y el vecindario se ha volcado muchísimo. La pastelería que hay a un par de locales de Three Lives se ha ofrecido a ayudarnos con unos *minicupcakes* para atraer a la gente. Amy, la dueña, es más o menos de mi edad y hace unos pasteles dignos del programa *El rey de las tartas*, son una pasada. Para beber, Maggie y yo preparamos unos cuantos litros de limonada casera.

Todavía es invierno, pero marzo está a la vuelta de la esquina y empieza a notarse una ligera subida del termómetro. El día está despejado y hace un sol increíble. Si estuviese en España, estaría en la terraza de mi casa con Sopa a mi lado tomando un poco de vitamina D. A media mañana, mis padres sacarían unas cervezas y haríamos un aperitivo. ¡Eso sí que es un domingo en condiciones!

Me visto con ropa cómoda, ya que me espera un día bastante largo: una sudadera *oversize* de color gris con unos vaqueros y mis zapatillas de confianza.

Reviso que lo llevo todo y que estoy lista para salir cuando mi teléfono empieza a vibrar en la mesa auxiliar de mi pequeño salón.

—¿Cómo vas? Salgo en cinco minutos —dice Maggie al otro lado de la línea.

—Ya estoy, pero de verdad que no hace falta que vengas a por mí.

—¿Eres consciente de lo locas que nos volvimos haciendo limonada? No voy a dejar que te metas en el metro tan cargada. ¡Ni de coña!

—¿Me estás llamando floja? El pilates empieza a dar sus frutos —respondo a ese ataque tan gratuito y suelto una carcajada.

—Y no digo que no, pero deja de ser tan orgullosa y espérame en el portal.

—Vale, vale —claudico, y cuelga.

Admito que ir en coche va a ser mucho más cómodo. Coger el metro se ha vuelto una costumbre para mí y no me supone ningún problema utilizarlo. Tendría que estar huyendo en un apocalipsis zombi a lo *TheWalking Dead* para conducir por Nueva York. A veces echo de menos coger el coche de mi padre y perderme por los verdes alrededores de mi ciudad. Solo Sopa, buena música y una carretera sin rumbo..., aunque al principio mi perra no lo disfruta porque, siempre que se sube al coche, lo primero que piensa es que vamos al veterinario y se pone un poco nerviosa.

«Ya van dos veces esta mañana en las que pienso en estar en casa. ¿Me he levantado más nostálgica de lo normal?».

Doy dos viajes por la escalera para bajar todos los bultos. El pilates es una locura, pero todavía no me ha dado la fuerza de la Capitana Marvel. Mientras espero a Maggie en el portal, reviso el

Instagram de Three Lives para ver cómo va el último *post* que subí anoche. Era un recordatorio del mercadillo y, a pesar de que no contamos con una gran cantidad de seguidores, ha tenido muy buena acogida. La mayoría de los comentarios son de los locales vecinos, hay alguno de Maggie y Lisa, y por último, pero no menos importante, de @enzoverona.

¡Allí estaré! ¿A quién le gustan las sorpresas?

¿Alguien puede decirle que, si ha escrito que va a estar ahí, su presencia no será una sorpresa para nadie? No he entendido el comentario, pero seguro que, en la cabeza de Enzo Verona, tiene todo el sentido del mundo. Guardo el teléfono en mi *tote bag* cuando oigo que se acerca un coche con música de Britney Spears a todo volumen. Una rubia escuchando a otra rubia, así es Maggie. Veo que Lisa también está en el coche y ambas me ayudan con las bolsas de limonada.

—¡Gracias, chicas! —exclamo mientras cerramos el maletero y me instalo en el asiento de atrás.

Ponemos rumbo a la librería y «I Wanna Go» comienza a sonar por los altavoces a todo volumen. Maggie me mira por el retrovisor y empieza a vivir la canción como si estuviese en un videoclip. Lisa y yo no podemos aguantarnos la risa y le seguimos el rollo.

—¿Os habéis dado cuenta de que somos como las Supernenas? —nos pregunta la rubia cuando acaba la canción.

—Sí, solo que nuestras personalidades están cambiadas y Olivia no es morena —añade Lisa.

—Es verdad, tú eres pelirroja, pero te pega más ser Burbuja porque eres demasiado tierna. Voy a adjudicarme el papel de «líder» de Pétalo porque soy vuestra jefa, a pesar de ser rubia, y Olivia a

veces es igual de dura que Cactus, aunque es una blandita bajo esa coraza.

—No voy a molestarme en negarlo —respondo, y ambas ríen.

—Hablando de cosas duras, ¿qué tal con Enzo? —suelta Lisa.

—¡Ya tengo bastante con una amiga marrana! No empieces a decir cosas así tú también.

—Admite que ha estado bien hilado, la verdad. —Maggie le tiende el puño a Lisa para que le choque—. Además, la única marrana aquí eres tú, que tienes sueños subiditos de tono con él.

Lisa retuerce el cuello como la niña de *El exorcista* buscándome en el asiento trasero y noto que me arden las mejillas de vergüenza. ¡No se le puede contar nada a esta chica! La pelirroja me suplica que le explique mi sueño y, como sé que no va a parar hasta que lo haga, lo confieso todo.

—¿Un tío diciendo que solo se va a centrar en tu placer? ¡Estaba claro que era un sueño!

—¡Eso mismo pensé yo! —decimos Maggie y yo al unísono.

Las tres reímos y bajo la ventanilla para respirar un poco de aire fresco. Tener que volver a contar lo que soñé cuando sé que él estará en el mercadillo es lo que menos deseaba hacer esta mañana.

—He visto su comentario en el *post* que subisteis anoche. ¿Qué es eso de una sorpresa? —pregunta Maggie.

—Seguro que, como es tan creído, pensará que la sorpresa es él y que todos estamos esperando a que venga —bromea Lisa.

Probablemente, hace unas semanas me habría unido al carro de «Enzo Verona, el egocéntrico», pero, aunque he conocido poco de él, puede que su plan del Enzo renovado esté dando sus frutos.

—¿Habéis hablado de lo de la foto?

Maggie lanza la pregunta y siento que mis músculos se tensan. Veo cómo vuelve a buscar mi mirada en el retrovisor y yo agacho la

cabeza.

—Nada de nada.

—Entonces, no hay de qué preocuparse.

Agradezco que haya dicho eso para hacer que me sienta mejor, pero no ha sido nada convincente.

33



Olivia

Llegamos a la librería y veo que Daisy y sus hijos ya están manos a la obra. Han instalado cuatro mesas plegables en forma de U en la acera, recubiertas por unos manteles a juego con las paredes de la librería. También han colocado un caballete de madera con una pizarra en la que han escrito «Mercadillo» con tizas de colores y una tipografía llamativa. Antes de que pueda dejar las bolsas de la limonada en el suelo, Daisy me envuelve en un tierno abrazo.

—¡Mi niña querida! ¡Esto es perfecto! ¡Has hecho un gran trabajo!

—Todavía quedan muchas cosas pendientes, pero algo es algo —digo intentando no quedarme sin aire.

—Sabía que podía confiar en ti —susurra contra mi oído.

—No he sido solo yo, tus hijos y Violet me han ayudado mucho.

—¡Mis hijos han estado vigilándome todo el rato para que no me escapara! Menos mal que me han dejado coser los manteles para hoy —masculla—. Yo sé que quienes habéis estado dejándoos el

lomo aquí todos los días habéis sido tú y la pequeña Violet cuando no tenía clase. Por cierto, ¿ella dónde está?

—No tardará en llegar. —Sonrío.

Comenzamos a disponer los libros por las mesas, separándolos por géneros. Mis amigas se ocupan de la mesa de la bebida y los *minicupcakes* recién horneados de la pastelería de Amy. ¡Tienen una pinta tremenda!

—Creo que tengo un libro sobre una pastelera que se enamora de un príncipe... Debería regalárselo a Amy como agradecimiento —murmura Daisy entrando en la librería.

A eso de las doce del mediodía, empiezan a aparecer los primeros vecinos.

Muchos vienen por puro cotilleo, pero otros se han sumado a la causa y compran algún que otro libro.

—¡Siento llegar tarde! —exclama Violet jadeando.

—Tranquila, está todo controlado. ¿Quieres un poco de limonada casera? —le digo ofreciéndole un vaso.

—¡Sí, por favor! Oye, he visto que ayer Enzo Verona comentó algo en la publicación del recordatorio. ¡Qué locura! ¿Cómo habrá encontrado nuestra librería? Eso es que hemos hecho muy buen trabajo con la publi.

—¡Ni idea! Tal vez sea porque eres una experta en *marketing* —respondo con una sonrisa.

—Bueno, bueno, espera a que termine la carrera —replica dándole un último sorbo a la limonada.

—Voy a por el altavoz y así animamos un poco la cosa.

Violet asiente y veo que se va directa hacia la mesa de los dulces. Entro en el almacén y busco el altavoz Marshall de estilo retro que tanto me gusta. Me cuesta encontrarlo; solo cuando levanto la vista veo que está en una de las estanterías superiores. Cojo la escalera y

me subo con cuidado. Teniendo en cuenta mi estatura de Oompa Loompa, nunca se me ocurriría ponerlo ahí. Ha tenido que ser Edward. Conecto mi teléfono y pongo la *playlist* de «Música de domingo». Sí, tengo una lista de reproducción para todo. Me dispongo a salir otra vez a la calle cuando veo a través del cristal del escaparate a un montón de gente apelotonada. Hay tanto barullo que apenas se oye la música cuando salgo e intento abrirme paso entre los presentes para ver qué sucede.

—Aquí estás —dice a mi espalda una voz de ultratumba.

Me giro y encuentro a un hombre con gafas de sol y gorra negra. Pongo cara de extrañeza y él se baja las gafas hasta la nariz: los ojos color café de Enzo se clavan en mí. En un intento fallido de no pensar en mi sueño, suelto lo primero que se me viene a la cabeza para que esto no empiece a ser muy incómodo.

—¿Por qué narices vas de incógnito y hablas como Tutankamón? —pregunto.

—Es una larga historia. —Vuelve a ponerse las gafas.

—Estoy deseando oírla —mascullo poniendo los ojos en blanco.

—Te prometo que luego te lo explico todo. Ahora solo quiero que disfrutes de toda la gente que ha venido.

«¿De verdad va a contarme todo lo que ha pasado con Claire?». Está claro que va así vestido porque sabe que los paparazzi estarán persiguiéndolo todo el día. Al fin y al cabo, él mismo dijo en Instagram que iba a venir. No he querido buscar nada sobre él, pero Maggie me ha contado que, aunque el tema de la foto y su supuesta relación con la famosa actriz se ha diluido un poco, su nombre está por todo internet.

—¿Cuál era tu sorpresa? Si se puede saber.

Enzo se acerca a mí despacio, con una sonrisa de medio lado. Me agarra del mentón y gira mi cabeza con cuidado hacia la izquierda.

—¿¡Qué!? —grito—. ¡No me lo puedo creer!

—No sé si estás enfadada o contenta.

—¡Estoy más que contenta! ¿Sabes la publicidad que le dará a la librería la presencia de Allison? ¡Gracias, gracias, gracias!

Debido a la emoción del momento, me acerco a él y le doy un fuerte abrazo. Hundo mi cara en su pecho y, cuando voy a soltarme, me vuelve a pegar a él con fuerza. Quitando mi tropiezo el día que me ayudó a limpiar la librería, nunca habíamos estado tan cerca. Llevo una semana sin verlo y, aunque me moleste admitirlo, una parte de mí necesitaba volver a oler su perfume.

—¿Olivia? —La voz de Daisy hace que nos separemos.

—Sí..., eh..., dime.

—¡Perdona! Es que no te encontraba... La calle está a rebosar, no sé cómo has conseguido que viniera esta chica tan famosa. Vamos a sacar los ejemplares de *Hada Allison* que tenemos dentro para que quien quiera comprarlo se lo lleve firmado, siempre y cuando compre también uno de los rebajados, ¿te parece?

—¡Genial! Me parece una idea increíble.

—De verdad, no hay palabras para lo que siento. Si tienes un momento cuando acabemos, me gustaría hablar contigo.

—Gracias, Daisy. Sabes que, para lo que necesites, ahí estaré para ti. Pero tengo que serte sincera, la chica tan famosa ha venido por...

—Soy Timothée Chalamet, el representante de Allison —me corta Enzo con otro tono de voz—. Gracias a que esta jovencita se puso en contacto conmigo y me contó lo que había pasado en su librería, estamos hoy aquí.

Intento aguantarme la risa, pero sus dotes de actor han hecho que suene de lo más convincente.

—¡Es que mi Olivia es la mejor! —Me vuelve a abrazar—. Mil gracias otra vez. ¡Voy a asegurarme de que a Allison no le falte de

nada! —Le dedica un guiño a Enzo y se marcha.

—¿Timothée Chalamet? ¿De verdad? —Suelto una carcajada.

—Es el primer nombre que se me ha ocurrido y estaba seguro de que no sabría quién era —me dice mientras vamos dentro para recoger los libros de Allison y sacarlos para que los dedique y firme.

—Ahora en serio, ¿cómo has conseguido que venga? —pregunto.

—Allison nunca hace nada sin esperar algo a cambio, así que tendrás que ser la fotógrafa de su fiesta de cumpleaños —suelta rascándose la nuca.

—¿Solo eso? ¿Dónde hay que firmar?

—Ya está firmado —comenta riéndose—. Perdona, el deber me llama —añade una vez que ya hemos sacado las cajas de libros.

Se recoloca la gorra y comienza a moverse entre la gente con voz ruda diciendo: «Apartad, por favor». Parece que Allison está un poco agobiada, pues la gente no deja de hacerle preguntas y pedirle selfis con ella. Para evitarlo y que se dedique a firmar sus ejemplares, decido intervenir.

—¡Chicas! ¡Necesito una ayudita!

Maggie y Lisa me siguen dentro de la librería y busco una libreta cualquiera en el almacén. Empiezo a recortar papelitos, mientras las chicas escriben números del uno al cien. Sé que mucha gente se quedará sin su dedicatoria —francamente, nunca habíamos tenido una firma de libros tan concurrida—, pero ha venido a hacernos un favor y no podemos tenerla retenida toda la tarde. Salgo con los números y cojo una silla.

—¡A ver, por favor! —grito, subida a la silla.

He conseguido la atención de todos, pero la mirada cómplice de Enzo me pone un poco nerviosa.

—Aquellos que quieran el libro de Allison dedicado pueden comprarlo junto a otro de los afectados por el incendio. Pero, para

que pueda firmároslos, debéis estar en fila. Somos muchos y necesitamos un poco de orden. Una vez que estemos todos colocados, repartiré un número a cada uno para que nadie se cuele y podáis rebuscar el otro libro entre las mesas. Gracias por vuestra atención. ¡Y recordad que este mercadillo es por una buena causa!

Enzo se acerca y me tiende la mano para ayudarme a bajar de la silla. Le correspondo con un «gracias» y él me regala una sonrisa. Aunque su mano me agarra firme, me tambaleo un poco y rezo para no acabar de narices en la acera.

—Tierra firme —murmuro cuando mis pies tocan el suelo como si hubiese estado a diez metros de él.

—No iba a dejar que te cayeras, recuerda que soy Spiderman —responde.

—Bueno, hay un Spiderman que perdió a su Gwen Stacy...

—¡No me lo recuerdes! —exclama en tono dramático.

—Aun así, es mi favorito.

—Entonces ya tenemos algo en común.

34



Olivia

Después de tres horas firmando sin parar, Allison puede descansar. Me ha sorprendido de forma muy positiva lo bien que se maneja con los niños y la paciencia que tiene. Puede que, después de hoy, mi modo de verla cambie un poco.

—Perdona la pregunta, pero ¿por qué decidiste escribir un libro infantil? Pensaba que tu público en redes era más de nuestra edad —le digo mientras suelta el bolígrafo en la mesa, exhausta.

—Aunque parezca mentira, hay muchas cosas de mi vida privada que mantengo en secreto. Una de ellas es a mi hermana mayor, que hace unos meses me dio la noticia que me ha hecho más feliz en mi vida: voy a ser tía —responde con una sonrisa de oreja a oreja—. Cuando me lo contó, escribí la historia y decidí publicarla. El hada Allison no soy yo, es mi sobrina, ya que también se va a llamar así.

—Qué regalo más bonito, es muy tierno. Gracias por lo que has hecho hoy —digo con total sinceridad, devolviéndole la sonrisa.

—Ha sido un placer. ¡Me encanta ver la cara de ilusión de los críos! Cambiando de tema, ¿sabes si ha quedado algún *cupcake*? He probado uno antes y el cuerpo me pide alguno más...

—Te he guardado un par porque sabía que te encantarían. ¡La gente ha arrasado con ellos! Son de la pastelería de aquí al lado.

—Pues igual le hago un encargo para mi cumpleaños. ¡Están brutales!

Allison se levanta de la silla y comienza a estirarse como si hubiese salido del Circo del Sol. Me asusto un poco al ver que puede tocarse los pies con la cabeza, pero tal vez es lo que necesita su espalda después de pasar tantas horas sentada sin levantarse ni un instante.

Me ha gustado descubrir ese lado dulce y familiar de ella. Tiene que ser complicado —teniendo en cuenta que publica cada cosa que hace— mantener en secreto algo tan importante. Por lo poco que sé del mundillo de las redes sociales, entiendo que está muy expuesta a críticas y demás. Supongo que es normal que quiera mantener a sus seres queridos alejados de todo eso, y más ahora que viene un bebé en camino. Ella, más que nadie, sabe lo peligroso que puede llegar a ser mostrar la cara de un menor en internet. Tomar esa decisión dice mucho de ella.

—Nosotros nos vamos ya —anuncia Allison.

—Allison, he pedido a tu chófer que venga a buscarte. Si no te importa, voy a quedarme a ayudar a recoger todo esto —le dice Enzo.

—No hace falta, de verdad. Cuento con los hijos de Daisy y también con mis amigas. Hay manos de sobra —lo informo nerviosa.

—Insisto. Cuanta más gente, antes os iréis todos a casa.

—Tú siempre tan considerado. No te esfuerces, Olivia, no vas a hacer que cambie de opinión —interviene Allison poniendo su mano

en mi hombro.

Está bien, va a ayudar a recoger el mercadillo y cada uno por su lado. Peor sería que nos quedáramos los dos solos, pero eso no va a pasar.

Allison se despide de todos y, después de un largo abrazo con Daisy agradeciéndole todo lo que ha hecho hoy, se sube a un SUV color negro con los cristales tintados.

—Nos vemos en mi fiesta de cumple. ¡Y no olvides que hay que ir disfrazada! —dice antes de cerrar la puerta y que el vehículo se aleje.

—¿Vas a ir a su cumpleaños? —pregunta Maggie cuando ya no nos oye—. ¡Me muero por ir! ¡Este año es de temática Barbie!

—Enzo ha hecho un trato: ella vendría aquí a apoyarnos si yo era la fotógrafa de su fiesta.

—Ahora que lo mencionas, no ha venido, ¿no? Me había emocionado pensando que vería tu cara en directo al verlo después de tu sueño guarro con él.

Eso último lo ha dicho en voz baja, pero no lo suficiente como para que Enzo no lo haya oído. Suelta una pequeña carcajada y yo me quedo pálida. Recordemos que, para Maggie, el tío que lleva gafas y gorra que se ha quedado con nosotras es solo el representante de Allison.

—Sí, más o menos esa es la cara que me había imaginado —continúa y se ríe—. Por cierto, el representante buenorro no te quita ojo. ¿Va a quedarse a ayudar? Esos bíceps nos van a venir de perlas...

—Habéis estado aquí todo el día, podéis iros ya si queréis —digo intentando no morir de vergüenza.

—Está bien, llevo estos libros que quedan adentro y le digo a Lisa que nos vamos. Tengo que adelantar unas cosas para unos clientes

de mañana; si no, me quedaría.

Empezamos a guardar los pocos libros que han quedado sin vender en sus respectivas cajas mientras evito tener a Enzo en mi campo visual. Maggie entra con los demás y yo me quedo con el falso representante para plegar las mesas.

—Ni se te ocurra decir nada al respecto —suelto cuando veo que intenta articular palabra.

Levanta las manos, resignado, y sigue ayudándome. Su sonrisa de medio lado indica lo victorioso que se siente al haberse enterado de la existencia de mi sueño guarro.

Lo odio con todo mi ser.

35



Olivia

No quiero ser esa clase de persona que se excusa en su signo del zodiaco para justificar sus decisiones. Pero si algo me define como Libra es esa mezcla rara entre racionalidad y corazón. Me gusta pensar que soy una persona lógica, pero a veces Venus me juega malas pasadas y acabo dejándome llevar más de lo que debería.

Ahora mismo, al ver a Enzo Verona sentado en el sofá de mi pisito, no sabría decir si he pensado con la cabeza o con el coño.

—¿Puedo entrar en el baño? Llevar la gorra todo el día para ir de incógnito me ha dejado el pelo aplastado —pregunta sacándome de mis pensamientos.

—Sí, claro. Está aquí mismo —respondo señalando detrás de mí.

Sirvo un poco de agua en mi taza con forma de calabaza, aunque no es *Spooky Season*, y para Enzo elijo una de Snoopy. Sí, tengo una obsesión por las tazas. Bebo un trago y me vuelvo a servir un poco más antes de que regrese. No sé si es culpa de la situación o porque la temperatura ha aumentado desde que hemos entrado en

mi casa, pero tengo la boca más seca que el circuito del desierto de Mario Kart.

—Mucho mejor —dice pasándose una mano por el pelo húmedo mientras sale del baño.

Ahí está, su mechón estrella cayendo de forma estratégica. No falla. Vuelve a sentarse en el sofá y me acerco con las tazas de agua. También me acomodo en el sofá, pero dejando algo de distancia entre nosotros. No es que sea muy grande, pero, si me quedo en el suelo con tal de no sentirlo tan cerca, va a quedar demasiado raro.

—¿Pasa algo? —pregunta.

—Me has dicho que me contarías por qué has venido con ese ridículo disfraz cuando estuviésemos en un lugar seguro.

Evito dar respuesta a su pregunta porque, pasar, pasan muchas cosas. Pasa él y paso yo en este sofá.

—Perdona, pero los paparazzi llevan varios días sin moverse de la puerta de mi casa y no quería meterte en esto.

—¿Todavía te persiguen por lo de la foto? Pensaba que, después de casi una semana, ya se habrían olvidado. —Directa a la yugular.

Enzo por poco se atraganta con el agua y deja la taza en la mesita de café. Su gesto me confirma que estaba más que seguro de que ese chisme no me había llegado.

—No tienes que darme explicaciones de nada, si eso es lo que te preocupa. Solo me gustaría saber por qué tanto secretismo —continúo hablando y, aunque antes me sentía algo insegura, en este momento todos los nervios se han esfumado.

—Quiero que sepas que estaba esperando a contártelo en persona, pero esta semana has estado un poco distante. No te culpo, sé que has estado muy ocupada con la librería y no quería agobiarte. —Enzo se acerca y la distancia entre nosotros se reduce

—. Sabes que estoy intentando cambiar muchas cosas de mí y de verdad quiero demostrarte que no soy el «soltero millonario» del que han estado hablando los medios y las redes esta semana.

—Si te sirve de consuelo, no he leído nada de eso.

Una sonrisa ilumina su rostro, y está más guapo si eso es posible.

—Mejor. Con todo lo que han escrito sobre mí, he descubierto que la gente tiene mucha imaginación. A lo que iba. —Suspira y juega con sus dedos, nervioso—. Me dio miedo pensar que, si veías esa foto que, por supuesto, está sacada de contexto, igual pensabas que seguía siendo el mismo capullo de siempre.

—¿Sacada de contexto? ¿No os besasteis?

—No en ese momento.

—Ah.

Enzo se levanta y empieza a peinarse hacia atrás con ambas manos. Camina de un lado a otro por mi minúsculo salón. Tengo la cabeza hecha un lío. Siento que me está contando las cosas a medias y estoy empezando a ponerme nerviosa.

—Entiendo que tal vez esto sea nuevo para ti, pero, si de verdad crees que hay algo que deba saber, por el motivo que sea, me gustaría que fueras sincero conmigo.

Parece que mis palabras han hecho efecto y vuelve a sentarse. Esta vez, lo bastante cerca para que nuestras rodillas se rocen. Me cuenta todo lo que pasó. El reencuentro con Claire —me acabo de enterar de que es su ex—, que su madre le dijo que cenara con ellos, que se quedaron en el bar a tomar unas copas y que ella le pidió quedarse a dormir con él para que la prensa no la pillara un poco pasada.

—Cuando subimos a la habitación fue cuando nos besamos, y no quiero excusarme en las copas que bebí, pero...

—Llevabais tiempo sin veros, habría tensión sexual entre vosotros y os desinhibisteis por el alcohol, os acostasteis y listo. Repito, no tienes que darme explicaciones, por esa parte puedes estar más que tranquilo.

«Muy bien, Olivia. Eres una mujer adulta y madura, que sabe manejar la situación».

—No pasó nada más porque la llamé por tu nombre —confiesa.

Mientras siento cómo mi cuerpo se tensa, el de Enzo parece que se ha quitado un enorme peso de encima. «¿Alguien puede explicarme cómo debo interpretar esto?».

—¿Vas a decir algo?

—Perdona, sí. —Me aclaro la garganta y hablo en tono irónico—. El hecho de que acabes de contarme que casi te acuestas con tu ex después de unas copas de más, pero que cuando ya solo te quedaban puestos los calzoncillos parasteis porque la llamaste por mi nombre, es una información muy fácil de digerir.

«¡A la mierda ser una mujer madura!».

—En mi defensa diré que todavía llevaba toda la ropa puesta.

Vuelve a hacer ese gesto levantando las manos, como si un policía lo apuntara con una pistola, y se ríe. Pongo los ojos en blanco y me dejo caer hacia atrás en el sofá mientras me masajeo las sienes. ¿A dónde quiere llegar con esto y por qué ha pensado que debía saberlo? No me vale con la historia de la nueva versión de Enzo, todo podría haber quedado en que la foto estaba sacada de contexto y ya.

—Ya que estamos de confesiones, ¿vas a contarme lo de tu sueño erótico?

—¿Qué? ¡Pues claro que no! —grito, y noto cómo me arden las mejillas—. No quiero que pienses que soy una borde, pero esta

conversación se nos está yendo de las manos, creo que deberías irte.

Me levanto del sofá y Enzo me imita. Lo acompaño a la puerta, pero él camina a cámara lenta, como si desease que cambiara de opinión. Me mira con ojitos de Gato con Botas mientras se mueve despacio y suelta suspiros dramáticos.

—En ese caso..., tendré que irme...

—Sí, ahora mismo es lo mejor —digo intentando parecer seria.

—Me voy..., y nadie podrá pararme...

—Nadie quiere hacerlo.

—¿Cómo puedes seguir negándolo? —pregunta una vez que ha abierto la puerta, ha salido a la escalera y se vuelve para estar frente a mí.

—¿El qué?

—Que tienes tantas ganas como yo de que cierre la puerta y te folle en ese sofá que hay detrás de ti.

Juro que, si fuese un dibujo animado, mi mandíbula habría tocado el suelo después de oír esa frase. Sin que se dé cuenta, me pellizco el brazo para verificar que lo que está pasando es real y no fruto de mi imaginación. Estoy tan confusa que no sé si prefiero estar soñando o que cumpla lo que acaba de decir.

Por hoy, cerraré la puerta, pero con él fuera.

36



Olivia

Puede que la velada de ayer no terminara como esperaba. Puedo decir que estuve a solas con Enzo sin pensar en tenerlo encima de mí, al menos hasta que nos despedimos en mi puerta. Admito que no fue por falta de ganas, pero ¿cómo iba a hacerlo después de lo que me acababa de contar? Me alegra que fuera sincero conmigo, pero en ese momento no me sentí cómoda.

—No tiene sentido que le digas que puede hacer lo que quiera y luego me cuentes que no te lo tiraste porque no te sentías cómoda después de saber que se había besado con Claire —razona Maggie, que está haciéndome un poquito de *amiguiterapia* post-Enzo Verona.

—Tienes tanta razón que te odio y me odio —admito dándole un sorbo a mi café.

—Creo que es el momento. ¿Papel y boli?

Siempre que hay que tomar decisiones importantes recurrimos a *la tabla*. Rebusco en mi *tote bag* hasta dar con un boli de tinta morada y una libretita con fantasmitas en la portada que encontré

en una papelería monísima en West Village. Antes de que pueda decir nada, me los coge y empieza a escribir.

—¿De verdad, Maggie?

—¿Qué tiene de malo ese nombre? —pregunta confusa.

—Hay que hacer una tabla de pros y contras, no de «RAZONES POR LAS QUE DEBERÍA FOLLARME A ENZO VERONA».

—Es que, para mí, todo son pros —responde con una sonrisa malvada.

Tacho la marranada que Maggie le ha puesto a la tabla como título y trazo una línea vertical, lo más recta posible. En el lado izquierdo escribo «Pros» y en el derecho, «Contras».

—Está bien, empecemos por las cosas positivas porque hay muchas menos.

—Sabes que no es verdad... Déjame a mí y luego añades tú lo que quieras, ¿vale?

Maggie se lleva la libreta a su terreno otra vez, esto parece un partido de tenis, y se pone a escribir como una loca. Tapa la hoja con el brazo para que no pueda ver lo que escribe y no puedo evitar reírme al ver la escena. Parece una niña pequeña intentando evitar que me copie de sus deberes.

—¡Ya está! —grita emocionada pasándome la libreta.

—Tengo miedo de leerlo.

PROS
Está bueno.
Es la locura que buscas antes de irte.
Ha confesado que quiere follarte.
Será divertido.
Si sale mal, la historia da para libro y podrás forrarte después.
Te puede llevar a sitios guais.
¿He dicho ya que está buenísimo y quiere empotrarte?

CONTRAS
Ninguno.

—¿Qué te parece?

—Lo primero, la única que busca que tenga una aventura antes de que me vaya eres tú. Segundo, has puesto dos veces lo mismo, eso no vale. Por último, ¿qué es eso de «llevarme a sitios guais»?

—Sabes que no soy una persona materialista —dice dándole un sorbo al café—, pero creo que puede enseñarte cosas de Nueva York solo al alcance de un Verona.

—¡Tú lo que quieres es que Enzo sea mi Christian Grey y me lleve en su Charlie Tango por ahí!

—Entonces, ¿sí que disponemos de helicóptero?

Parece mentira que Maggie sea adicta a las películas románticas. No sé para qué me hace verlas si luego no aprende nada de ellas. Tenemos el claro ejemplo de *Amor y otras drogas*, *Sin compromiso* y *Con derecho a roce.* ¿Qué tienen todas ellas en común? Que siempre acaban pillándose.

—Dame la libreta, anda.

Cambio de hoja y empiezo de nuevo. Puede que Maggie tenga razón en algunas, así que vuelvo a escribir las que no me parecen tan descabelladas. Le vuelvo a pasar la libreta y veo que levanta una ceja al empezar a leer.

PROS
Será divertido.
Quiero ver sitios guais
¿Podré hacerlo sin pillarme?
No quiero salir en la portada de una revista.

CONTRAS
Me cae bien y no quiero joderlo.
Puede acabar mal.

—Bueno... La tuya es más aburrida que la mía, pero me vale solo porque has puesto que será divertido —comenta emocionada.

—¿Es que no has leído la otra columna? —pregunto dándole golpes a la libreta con el bolígrafo.

—¡Claro que sí! Pero veo que una parte de ti, aunque sea pequeña, tiene ganas de ver qué puede salir de esto. Para mí es más que suficiente. Esa columna de cosas negativas solo es tu cabecita llena de miedos porque ya lo pasaste mal con Voldemort.

—¿Y si no sale bien?

—Sabes que no soy fan de huir de los problemas, pero ¿qué mejor forma de pasar página que yéndote a otro país? De todas formas, vas a volver a casa cuando empiecen las vacaciones de verano, ¿no?

Una vez más, tengo que darle la razón a Maggie. Si esto no sale bien y salgo herida de nuevo, me marcharé y no tendré que ver nunca más a Enzo.

¿Soy una cobarde por pensar así?

—Sí, volveré después del festival de cuentacuentos —intento sonar lo más convencida posible.

—Pues coge tu teléfono ahora mismo y llama a Enzo.

Y, sin pensarlo dos veces, hago lo que me ha dicho Maggie.

37



Enzo

—¿Diga? —respondo al teléfono.

—¿Qué haces esta tarde? —dice Olivia al otro lado.

—Tengo ensayo en cinco minutos, pero a eso de las ocho estaré libre. ¿Qué necesitas?

—Verte.

Su voz suena segura y directa. No voy a mentir, con solo una palabra ha hecho que se me ponga dura. Espero que sea para algo bueno.

—¿Paso a recogerte cuando acabe y vamos a cenar?

—No, no. Prefiero que nos veamos en tu casa.

—Pues aquí te espero. Te mando la ubicación para que entres por una puerta lateral; la prensa está más relajada, pero todavía hay algún periodista merodeando por aquí.

—Está bien. ¡Hasta luego! —se despide, y corta la llamada sin darme tiempo a responder.

No sé qué estará tramando, pero estoy deseando saber de qué se trata. Siendo sincero, después de lo que pasó ayer, pensé que no volveríamos a vernos. Tal vez si le hubiera dicho que me gusta estar con ella y que quiero que nos conozcamos más habría quedado mejor que un simple «quiero follarte en el sofá». Aunque me jodió que me pidiera que me marchara, debo ser consecuente con mis actos. Besé a Claire y lo más seguro es que la cosa no hubiese quedado ahí si no me hubiese confundido de nombre.

«Oye, me besé con mi ex, pero estaba pensando en ti, ¿follamos?».

¡A quién se le ocurre!



Me preparo y mis compañeros comienzan a llegar. La semana pasada, con todo el lío de la prensa, cancelé los ensayos. Tenía la cabeza en mil sitios y tampoco era plan que vinieran a casa con la que había liada en la puerta. Ahora mismo, pondría la mano en el fuego por el noventa por ciento de mis compañeros. Siempre desconfío un poco después de lo que pasó con la chica que entró en el grupo y se coló en mi piso para sacar información para luego venderla.

—¿Cómo va la cosa? Te veo mucho mejor —comenta Emily al entrar.

—Estoy bien, pero ¿por qué lo dices? —pregunto.

—Tienes una sonrisilla de tonto que no veas. Parece que ha ido bien lo de contarle a Olivia lo que pasó con Claire. —Anoche, cuando llegué, la llamé por teléfono para contárselo; necesitaba desahogarme.

—Puede. Después del ensayo lo descubriremos.

—¡Lo sabía! A ver si a partir de ahora empiezas a hacerme un poco más de caso.

Mi amiga me saca la lengua en tono de burla y yo imito su gesto. Puede que últimamente esté escuchando algo más sus consejos. Al fin y al cabo, está a un nivel superior: le gustan las mujeres y es una de ellas. Para mí es como el maestro Shifu de *Kung Fu Panda*. Su sabiduría en este campo está a otro nivel.

—¡Venga, chicos! ¡Os toca! —grita Cameron desde el escenario.

La obra en la que estamos trabajando está inspirada en *Love/Sick*, de John Cariani, una comedia que representa diferentes situaciones en pareja llevadas al extremo, con un humor ácido y provocador.

En nuestra escena, Emily y yo nos ponemos en la piel de una pareja que está a punto de casarse y él quiere dejarlo porque piensa que su prometida es demasiado perfecta.

—¡Preferiría que me dijeras un «No es por ti, es por mí» a semejante estupidez! —exclama Emily metida en el papel.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto.

—¿Tú te estás oyendo? ¡Cancelar la boda porque soy demasiado perfecta para ti!

—Lo eres, no te merezco.

—¡A ti lo único que te pasa es que tienes un miedo al compromiso más grande que la cuenta de un *brunch* en el Soho!

Oigo que la puerta lateral se abre y una sombra se acerca a las sillas situadas frente al escenario. La escena está a punto de acabar, no puedo salirme del personaje.

—Lo siento, de verdad. No puedo casarme contigo.

—Seguro que todo esto es por tu madre, esa bruja siempre me ha odiado —masculla «mi prometida».

—No tiene nada que ver con ella. Todo esto es porque eres demasiado perfecta. —Me acerco a Emily y la agarro de ambas manos—. Quería avisarte con tiempo para que asimilaras la noticia.

—¡Serás capullo! ¡Pero si la boda es ahora mismo! —grita señalando el vestido de novia que lleva puesto.

La marcha nupcial empieza a sonar y Cameron entra en escena vestido de cura. Emily tira el ramo al suelo y los focos se apagan señalando el final de este acto. El resto de los compañeros comienzan a aplaudir indicando que lo hemos hecho mejor de lo que esperaban.

—Parece que tenemos una nueva espectadora —comenta Emily.

Olivia deja de aplaudir emocionada al darse cuenta de que todos la están mirando. Coge su bolsa y se levanta de la silla, apurada.

—Perdonad, no quería molestar. He visto que estaba abierto y...

—Perdonada —la corta Emily—. Está bien recibir una crítica externa de vez en cuando. ¿Qué te ha parecido?

—Solo he visto el final, pero me ha parecido muy real. ¿Qué mujer no se ha cruzado con un hombre que tiene miedo al compromiso?

—Ya me cae bien —susurra Emily lo bastante alto para que yo la oiga.

—Está bien por hoy, nos vemos el próximo día.

Todos recogen sus cosas y se marchan. Emily me regala una mirada cómplice y se señala la cabeza con el dedo índice, indicándome una vez más que deje de pensar con la polla. Antes de que pueda ver cómo le hago una peineta, se marcha.

Por fin estamos solos.

38



Olivia

Miro a mi alrededor para echar un vistazo al espacio, aunque todo está un poco oscuro. Lo único que está bien iluminado es el escenario, donde uno de los focos está sobre Enzo y el otro en el espacio que ocupaba Emily hace escasos minutos. Esta sala es más grande que mi apartamento y está llena de cosas. Aparatos de luces, burros cargados con vestuario extravagante, sofás y sillas de diferentes tamaños y colores, objetos de atrezo, supongo que de obras anteriores... Enzo me tiende la mano para que me una a él sobre el escenario. Sin dudar, me agarro a ella y subo sin dificultad.

—Vaya, desde aquí se ve todo muy diferente.

—No es muy grande, pero cumple su función —comenta, y no puedo evitar soltar una carcajada.

—Creo que se me está empezando a pegar eso de que lo saques todo de contexto.

Él también se ríe al darse cuenta de lo que ha dicho y, por un momento, la escena hace que me olvide de a lo que he venido.

Parece que no está molesto por el corte de ayer.

—¿Eso de ahí es un piano? —pregunto señalando detrás de él.

Me bajo del escenario y me acerco al instrumento, situado al fondo de la sala. Está tapado con una sábana, parece que se hayan olvidado de que está ahí. Aparto la tela y percibo a Enzo detrás de mí.

—No me pidas que toque algo, hace mucho que no me siento aquí —dice quitándole un poco de polvo con la mano.

—¿Y eso?

—Te lo contaré cuando me cuentes por qué saliste corriendo el día que te encontré en la galería.

—*Touché*.

Enzo se sienta en la banqueta del piano y acaricia las teclas sin que suene ninguna nota. Siento que la nostalgia lo invade y me muero de ganas por saber qué es lo que está pasando por su cabeza. Nos quedamos varios minutos en silencio, pero no es incómodo. Nunca lo había visto tan desarreglado. Lleva una camiseta de tirantes negra y unos pantalones deportivos del mismo color. Es su color estrella. Se nota que ha sudado un poco por el calor de los focos, pero su olor sigue siendo tan excitante como siempre.

—¿Por qué querías venir a mi casa? —pregunta levantándose.

—Quería hablar contigo sobre lo que pasó ayer.

—Vaya, no pinta muy bien.

—No, no... Bueno... Todo depende de lo que te parezca mi propuesta.

—¿Propuesta?

Enzo me mira confundido y yo sonrío nerviosa. Busco, entre todas las cosas inútiles que llevo en mi *tote bag*, el papel con la lista de pros y contras. También saco una chuleta que escribí con Maggie por

si me quedaba bloqueada en este momento, que es lo que está pasando.

Comienzo a recitarla mentalmente...

«Puntos clave: quiero pasármelo bien, nada de compromiso, tú también me pones, me vuelvo a mi casa en verano...».

Lo leo una y otra vez. Cada vez que mis ojos vuelven a la primera palabra siento que pierde más el sentido.

—¿Olivia? —La voz de Enzo me saca de mis pensamientos—. ¿Qué es eso?

Me mira con la confusión pintada en sus ojos color café, esperando a que salga una mísera palabra de mi boca.

—¡A la mierda! —Hago una bola de papel con la lista y la chuleta y las tiro detrás de mí.

Sin pensar, me lanzo a los labios de Enzo antes de que pueda decir nada más. Mi cuerpo se relaja al ver que me devuelve el beso. Al igual que en mi sueño, nuestras lenguas bailan como si ya se conocieran. Sé que, después de la frase con la que se despidió ayer, tiene tantas ganas como yo de que esto pase, pero siempre queda la duda.

Me besa con fuerza, haciendo que la temperatura de mi cuerpo aumente. Me agarro de su cuello cuando noto que me levanta del suelo y me sube a las teclas del piano. Se ríe en mis labios al oír lo mal que han sonado.

—Esta mañana pensaba que no me cogerías el teléfono... —digo contra sus labios, y con cada roce noto cómo la excitación se va arremolinando más y más en mi interior.

Enzo inclina la cabeza y comienza a recorrer mi cuello con besos, provocando que suelte un gemido corto.

—¿Creías que estaba enfadado contigo? —pregunta fijando sus ojos en los míos—. Solo me cabrea que sepas lo mucho que me

pones y no quieras hacer nada con todo lo que sentimos. Pero no voy a follarte aquí, por mucho que lo desee.

Oírlo hablar así hace que pierda el control. Vuelvo a besarlo y la pasión habla por nosotros. Noto cómo sus brazos se tensan a mi alrededor, como si se estuviese conteniendo para no terminar incumpliendo sus palabras. Mis manos se mueven como si tuviesen vida propia y recorro todo su torso; poco a poco le levanto la camiseta. Enzo me dedica una media sonrisa lasciva y vuelve a poseer mis labios. Acto seguido, me alza agarrándome del culo y yo entrelazo las piernas alrededor de su cintura, apretándome contra él, mientras nos aleja del piano en dirección a su casa.

Quién le iba a decir a la Olivia del pasado que acabaría enrollándose, sobre un piano, con el tío que la sacó de quicio un día en el trabajo.

39



Olivia

Tras subir las escaleras conmigo a cuestas, somos incapaces de separarnos ni para abrir la puerta que da privacidad a su apartamento dentro del dúplex. Enzo me apoya contra ella y abre forcejeando un poco con la cerradura.

—En las películas parece mucho más sencillo —susurra contra mi boca.

—En las películas seguro que alguien les abre la puerta; eres actor, no sé de qué te sorprendes.

—Ahora mismo, me la sudan las películas, joder —gruñe, y vuelve a besarme con más fiereza.

Recorremos su piso, imagino que dirigiéndonos a su habitación. Nos chocamos con varias cosas, pero no prestamos atención a nada que no sea la necesidad de estar juntos, enredados el uno en el otro.

Cuando llegamos a su dormitorio, noto cómo Enzo baja la intensidad en su forma de besarme. Me deja en el suelo y separo

mis labios de los suyos por un instante, para mirarlo.

—¿Estás segura de esto? —pregunta contra mi boca.

—¿Crees que, si no lo estuviese, seguiría aquí? —respondo con otra pregunta, y veo que una ligera sonrisa se escapa de sus labios, creando una reacción en cadena que llega a mi entrepierna—. Lo que sí quiero decirte es que me gusta ponerme arriba.

—Joder, lo dices como si fuera un problema —masculla, y vuelve a cogerme para sentarse en el borde de la cama, dejándome a horcajadas sobre él.

Empiezo a devorarlo mientras mi cuerpo comienza a moverse en círculos sobre su erección; creo que no he estado tan cachonda en toda mi vida. Enzo me agarra del culo y acompaña mi movimiento de cadera, rozándose contra mí.

Su lengua me recorre entonces el cuello, dejando varios besos húmedos en él. Un gemido se escapa de mi boca y subo un poco el ritmo de mis movimientos, masturbándome contra él con la ropa puesta.

—Como sigas así vas a conseguir que esto acabe antes de empezar —gruñe contra mi oreja—. Joder, Olivia, me estás volviendo loco.

Sus palabras son como gasolina para mí. Con manos hábiles me quita la camiseta y me quedo en sujetador frente a él. Agacha la cabeza, libera uno de mis pechos y me lame un pezón con devoción, sin prisa, como si tuviese el resto de su vida para dedicárselo a cada centímetro de mi cuerpo.

Noto cómo con un brazo me sostiene y gira sobre sí mismo tumbándome de espaldas sobre el colchón.

—Me ha quedado claro lo que te gusta, y te dejaré que me montes encantado, pero antes quiero ocuparme de otras partes de tu cuerpo que estoy deseando tocar desde hace tiempo.

Me mira a los ojos pidiéndome permiso para quitarme los pantalones y levanto las caderas para facilitarle la maniobra; me quedo ante él solo con la ropa interior. Enzo se muerde el labio inferior y sube una mano por la cara interna de mis muslos, lentamente, torturándome. Se cierne sobre mí y sus labios vuelven a poseer los míos.

Su lengua acaricia la mía, y su beso es cada vez más húmedo. Me muerde, me lame y juega conmigo, llevándome con un simple beso cada vez más al límite. Levanto las caderas invitándolo a que me toque, pero él sigue acariciándome despacio el muslo sin llegar al punto de mi placer.

—Dime qué quieres que te haga...

—Tócame —le ordeno, y no tengo que decir nada más cuando noto que su mano se cuela bajo mis bragas.

Comienza a hacer círculos lentos sobre mi clítoris y siento como si me faltase el aire.

—Joder, Olivia, estás empapada...

Un gemido se escapa de mis labios cuando introduce un dedo sin dejar de acariciarme el clítoris con el pulgar, subiendo poco a poco el ritmo. Muevo las caderas pidiéndole más y, cuando introduce un segundo dedo y toca ese punto que me vuelve loca, noto que empiezan a temblarme las piernas. Él se da cuenta y continúa tocándome con total maestría.

—Enzo, no puedo más. —Mis palabras salen entrecortadas mientras intento con manos torpes bajarle los pantalones, pero no lo consigo porque él continúa tocándome sin darme tregua.

—Como me toques la polla, esto no va a acabar como los dos queremos.

Saca sus dedos de mi interior y suelto un quejido al notar el vacío entre mis piernas.

—Te necesito ya, Enzo.

Se levanta de la cama y se quita toda la ropa. Veo cómo abre el cajón de su mesilla de noche y saca un preservativo. Rasga el envoltorio con la boca y se sienta sobre la cama mientras se lo pone sin quitarme los ojos de encima. Su mirada es una absoluta declaración de intenciones y yo estoy dispuesta a todo en este momento si es con él.

Me incorporo y me quito el sujetador, liberando mis pechos de la única prenda de ropa que todavía cubría mi cuerpo mientras abro las piernas para luego colocarme sobre su erección.

Despacio, empiezo a introducir su miembro dentro de mí. Las paredes de mi sexo se tensan y se estiran con su invasión; noto un ligero dolor que a la par que molesto es terriblemente placentero. Enzo sitúa una mano en mi cadera y la otra la cuela entre nuestros cuerpos y comienza a hacer círculos lentos sobre mi clítoris para estimularme más si cabe. Suelto un gemido de placer y comienzo a mover las caderas, permitiendo su acceso total.

Me muevo a un ritmo lento, sintiendo cada centímetro en mi interior, hasta que llega un momento en el que mi cuerpo me pide más, necesito mucho más de él, y sé, por cómo me está agarrando, que él desea lo mismo. Subo el ritmo y Enzo acompaña mis movimientos ayudándome a ir más rápido. Con cada roce siento que me voy acercando más y más al clímax y la habitación se llena de gemidos, que crean un «nosotros» porque no tengo claro dónde comienzan los míos y dónde terminan los suyos.

Enzo eleva las caderas y profundiza la penetración y en ese instante dejo de ver para sentir. Me dejo ir, y él se va conmigo, sosteniéndome en el orgasmo más demoledor de toda mi vida.

40



Olivia

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero veo que Enzo no está en la cama. Me he quedado dormida. Me levanto de mala gana, no siempre puedes estar tumbada en una cama *king size* ultracómoda. No sé cómo es estar tirada en una nube, pero estoy segura de que es muy parecido a esto. Busco mi ropa, que está esparcida por el suelo de la habitación, y siento cómo me rugen las tripas. Bajo las escaleras y oigo a Enzo en la cocina.

Cuando he entrado antes en su casa estaba atenta a otras cosas y no he podido apreciar lo amplia que es. ¿Sabéis el típico piso de soltero que tienen todos los tíos rompecorazones de las películas? Pues así es el apartamento de Enzo. Techos altos, enormes ventanales, paredes de piedra, suelo de parquet oscuro a juego con los muebles y todo diáfano.

Veo que abre y cierra la nevera un par de veces, como si estuviera esperando a que apareciera algo dentro por arte de magia. Da una

vuelta sobre sí mismo y empieza a abrir todos y cada uno de los muebles de la cocina.

—¿Pasa algo? —pregunto mientras bostezo.

—Perdona, no quería despertarte —se disculpa mientras cierra el último mueble—. Quería sorprenderte preparando la cena, pero soy un negado para la cocina.

—Ya sabía yo que no podía ser tan perfecto. Un buen chef después del sexo..., era demasiado. —Me río—. No pasa nada, con pedir cualquier cosa de comida rápida me haces una reina.

—¿Comida china?

—¡Mismo!

Me quedo en el salón mientras él va a buscar su teléfono a la habitación. Oigo que habla con el restaurante mientras me paseo por el piso. Todo está muy ordenado y limpio, casi parece que no viva nadie aquí. Es como si estuviese dentro de la fotografía de una revista de interiorismo de lujo. Junto al gran televisor, me llama la atención un aparador con un tocadiscos y su gran colección de vinilos.

—Pon uno si quieres —dice acercándose a donde estoy.

Entre todos ellos encuentro el álbum debut de The Doors y se lo paso para que lo ponga. No tengo ni idea de cómo funciona un tocadiscos y no quiero estropearlo. El vinilo empieza a dar vueltas al tocar el plato y las primeras notas suenan cuando Enzo coloca la aguja.

—Buena elección. ¿Vas a darme otro concierto de los tuyos? —suelta con una mirada pícara.

—Ya sabía yo que no eran imaginaciones mías sentir tu mirada en mi culo mientras bailaba en la librería.

«The Crystal Ship» comienza a sonar y aprovecho que es una de las canciones más lentas del disco para coger las manos de Enzo y

bailar pegados. Siento cómo su cuerpo se tensa e incluso diría que es la primera vez que veo que tiene un poco de vergüenza.

—No se me da muy bien bailar.

—A mí tampoco. Solo tienes que dejarte llevar por la música y moverte a su ritmo. Piensa que estás en el escenario, como cuando te he visto esta tarde.

Agacha la cabeza y mira mis pies para no pisarme. Su cuerpo parece un palo de escoba y se mueve con rigidez. Esta escena deja a un lado al Enzo al que parece no importarle nada cuando conduce, al que no tiene ningún tipo de vergüenza por montar un numerito subido a una mesa de Raising Cane's, al que se come el escenario cada vez que actúa o al que le gusta llevar el control cuando me come de arriba abajo.

—¿Cómo puede ser que un chico de teatro le tenga tanto miedo a bailar? —pregunto cuando acaba la canción y nuestros cuerpos se separan.

—Porque yo interpreto a través de la actuación. Mi voz, mi cuerpo, mis expresiones, todo ello cuenta algo. No es necesario saber cantar y bailar. —Veo que vuelve a sentirse seguro de sí mismo.

—Deduzco, entonces, que no eres muy fan de los musicales.

—Nunca he entendido la gracia de cantarlo todo, me saca un poco de la historia.

—¡Pero si cantar es lo mejor! —exclamo emocionada.

El videoportero suena y mi estómago da un brinco de alegría esperando que sea la comida. Me instalo en el sofá mientras Enzo baja a abrir la puerta y vuelve al poco con las bolsas de la cena.

—Me muero de hambre. —Parece que me ha leído el pensamiento.

Saca dos cajas blancas con letras rojas y me pasa unos palillos de madera. Empiezo a comer mientras veo cómo se pelea con los

palillos. Desiste y se levanta para coger un tenedor.

—¿Quieres que te enseñe? —pregunto.

—Veo cómo lo haces y parece supersencillo, pero de verdad que me resulta imposible.

—Ya me he dado cuenta de que no se te da muy bien usar los dedos —lo vacilo.

—¿En serio? Pues cualquiera lo diría. Si no llega a ser por mí, no te habría importado lo más mínimo hacerlo encima de un piano —contraataca, y casi me atraganto con un tallarín.

—Disculpe, señor burgués. No sabía que solo podías hacerlo en tu cama. —Enzo se ríe en mi cara y le lanzo un cojín para que se calle.

—No es por ser burgués, pero donde esté la comodidad de una cama... Además, no creo que a mi difunto padre le hiciera mucha gracia que usara su preciado piano para echar un polvo.

—Perdona, no lo sabía.

Es lo único que se me ocurre decir. Su naturalidad al contarlo me hace pensar que no es una pérdida reciente.

—Tranquila, no te lo he dicho cuando estábamos abajo porque no creía que fuese el mejor momento.

—¿Quieres hablar de ello?

—Pasó hace tiempo, cuando acababa de cumplir diez años. Perdona si lo he soltado de forma brusca, tomármelo con naturalidad siempre me ha ayudado mucho.

Enzo se levanta del sofá y saca dos copas de vino, junto a dos posavasos. Me sirve un poco y me acerca la copa para que brindemos. Antes de llevármela a la boca, la arrastro con cuidado sobre la palma de mi mano. No quiero estropear su mesa de café, parece que vale más que mi vida.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta extrañado.

—Es una cosa que hacemos en España, ya te lo explicaré en otro momento. Ahora quiero saber más cosas de ti.

—Entonces, sírveme un poco más de vino —ordena antes de beberse todo lo que hay en su copa de un trago y tendérmela.

Esto se va a poner interesante.

41



Enzo

A mi mente brillante se le ha ocurrido jugar a «Verdadero o falso» leyendo algunos artículos de los que han publicado esta última semana sobre mí. No me veía capaz de abrirme, así que he pensado que tal vez sería buena idea hacerlo de esta manera.

—Primera pregunta —comienza Olivia juguetona—. Verdadero o falso: A diferencia de Michael, no llegaste a graduarte en Columbia.

—Verdadero. Una razón más por la que mi madre me odia.

—¿Por qué dices eso?

Puede que haya gente que piense que es imposible que una madre odie a un hijo. La cara de horror de Olivia refleja que lo más seguro es que tenga una buena relación con sus padres. Supongo que eso es lo normal, pero se aleja mucho de mi realidad. Recuerdo cuando me habló de ese grupo de música español que escuchaba con su padre y me dijo que hasta iban juntos a los conciertos. Mi padre siempre fue más clásico.

—Solo estoy autorizado a responder con verdadero o falso, lo siento.

—Está bien —masculla poniendo los ojos en blanco—. ¿Es cierto que tienes tres pezones? —Suelta una carcajada.

—¿De verdad necesitas preguntarlo? ¡Acabas de verme sin camiseta!

—Nunca se sabe, a lo mejor te lo has maquillado para que no lo vea...

—Falso. Me estás jodiendo, ¿en serio han escrito eso? —Me pone la pantalla de su teléfono en la cara—. Puta revista *People*.

—No quiero defender a nadie, pero es cierto que tienes un lunar debajo del pezón derecho que puede ser motivo de confusión.

—¿Ahora te vas a meter con mis lunares?

—Recuerda, solo verdadero o falso —dice pasándome su copa vacía para que vuelva a llenarla—. ¿Es verdad que te han detenido por exceso de velocidad?

—Falso, solo me han puesto alguna que otra multa.

—Ya, seguro. Cada vez que me subo a tu coche siento que me voy a estampar.

—Pues no deberías, porque... —Me pone el dedo índice en los labios y me corta—. Solo verdadero o falso, lo pillo.

La manera en la que controla la situación hace que quiera dejar este estúpido juego y que repitamos lo que ha pasado esta tarde. Antes de ponerme a pensar con la polla de nuevo, tengo que mantenerme sereno y seguir con esto. Quiero saberlo todo sobre ella, así que no tardaré en intentar ser yo quien haga las preguntas. Una vez que lo haya conseguido, volveré a hacer que grite mi nombre entre las sábanas.

—¿Es cierto que tenías un perro que se llamaba Buster?

—Verdadero. Era igual que Slinky, el de *Toy Story*, mi película favorita de la infancia. Nunca he vuelto a tener otro perro.

—¿No decías que no te gustaba Disney?

—Es de Pixar —la corrijo—. Y es de las pocas que me gustaban de pequeño.

—¡Es verdad! —exclama sonriendo—. Yo tengo una perrita que se llama Sopa. Está con mis padres y tengo claro que tampoco tendré otra cuando ya no esté. —Su voz suena entrecortada.

—Oye, ¿cuándo te toca a ti? —pregunto intentando que no se venga abajo.

—No hay mil artículos sobre mí circulando por internet para jugar.

—Soy muy creativo, puedo inventarme alguna pregunta.

Olivia no parece muy convencida. Me fijo en sus enormes ojos verdes. Tiene la mirada un poco vidriosa, fruto de la botella de vino que está a punto de acabarse. Antes de que pueda decir algo para persuadirla y salirme con la mía, bloquea su teléfono y se bebe lo que le queda en la copa de un trago.

—Dispara —dice con seguridad.

Tengo que elegir bien las preguntas. Puedo empezar con algo no muy directo, para que coja confianza y se sienta en zona de confort conmigo. Algo sobre su familia, su vida en España... Construir un camino seguro para poder descubrir qué pasó el día que la encontré llorando en la calle delante de la galería.

—Verdadero o falso: Eres hija única.

—Verdadero. ¿Cómo lo has sabido?

—Aunque Michael es como mi hermano, los hijos únicos somos fáciles de reconocer. Por cierto, recuerda que solo puedes contestar...

—Verdadero o falso, lo sé. ¡No te burles de mí! —me corta.

—¿Estudiaste fotografía?

—Falso. Estudié Comunicación Audiovisual, pero descubrí que no era lo que me gustaba y me propuse centrarme en la fotografía.

—¿Por eso viniste a Nueva York?

—Falso.

Su respuesta me deja descolocado. ¿Cómo puede ser que tomara la decisión de dedicarse a la fotografía y venir aquí no fuese la principal razón por la que lo dejó todo en España? Parece que ha notado mi cara de confusión y añade:

—No fue solo por eso.

42



Olivia

Están pasando demasiadas cosas en menos de una tarde. Hace unas horas me he abierto de piernas y ahora mismo, después de unas cuantas copas, voy a abrirme en canal. Siento que tengo toda la atención de Enzo, esperando a que por fin lo suelte todo.

—Contar esta historia siempre me hace sentir un poco tonta —confieso dejando mi copa de vino en la mesa.

—No tienes por qué contármelo si no quieres, pero sé más que de sobra que no lo eres.

Suspiro hondo y me tomo unos segundos para elegir las palabras correctas. No quiero dar demasiados detalles, pero necesito que me entienda.

—Mi tío Albert, el hermano de mi padre, vivió en Nueva York un tiempo, cuando era joven. Siempre me habló de esta ciudad de forma especial, con mucho cariño, tanto que me resultó imposible no imaginar una parte de mi vida aquí. Sé que la gente no suele soñar tan a lo grande, pero mi tío insistió en que la Gran Manzana era la

ciudad indicada para crecer como persona, para ser más independiente.

—No todo el mundo tiene un tío que lo anima a abrirse al mundo, a arriesgar para ganar, para aprender.

—Desde luego que no. Siempre me he sentido muy privilegiada por eso, pero te confieso que estaba muerta de miedo. Me dije que no podía venir sin un plan, así que empecé a informarme acerca de cursos especializados, galerías, exposiciones... Es decir, cosas relacionadas con la fotografía que me hicieran conocer gente y empezar a moverme en este mundillo aquí. Así fue como conocí a Jeremy Mader, ahora el ojito derecho de Jeff Ellison.

—Ese es el dueño de la galería, ¿no? El de la inauguración.

—Sí, el mismo. Fue ese día cuando me enteré de que eran uña y carne. Por cosas de la vida y muchas horas viendo vídeos en la lupa de Instagram, di con él. La verdad es que sus trabajos me parecieron buenísimos a pesar de que todavía era un desconocido, y en su perfil contaba que estaba muy emocionado porque se había inscrito en un curso que le parecía una gran oportunidad, porque, al acabar, expondrían una serie fotográfica del alumno que consideraran mejor en una pequeña galería. Contacté con él y me facilitó toda la información, y además me animó a apuntarme cuando le conté que vendría una temporada a Nueva York. Por desgracia, yo no podía permitírmelo, porque era demasiado caro y mis padres ya se iban a dejar un pastizal en la residencia donde iba a vivir..., además de que el curso empezaba antes de que yo llegara. A pesar de eso, meses antes de mudarme, hablábamos a todas horas: me daba consejos, intercambiábamos ideas sobre proyectos fotográficos o líneas de trabajo... No quiero que pienses que vine aquí por él o que lo dejé todo por él, he sido un poco dramática antes, pero saber que alguien me «esperaba» aquí, con las mismas

inquietudes que yo además, hizo que me sintiese un poco más segura.

Enzo se mantiene atento y callado, escuchando cada palabra que sale de mis labios. Si pudiese entrar en su cabeza, me juego lo que sea a que vería que está uniendo las piezas una a una, como si fuese un puzle, a medida que avanza la historia.

—Cuando llegué, mi padre y mi tío pasaron una semana conmigo para ayudarme un poco a instalarme y demás. En cuanto se fueron, lo que viví con Jeremy fue de película. Me enseñó todos los museos y galerías, me llevó a un montón de exposiciones, me mostró el arte callejero de la Nueva York más profunda... Una pasada. Fueron tres meses muy intensos, en los que me sentí en una nube, porque además acabamos siendo más que amigos. Pero, como pasa siempre, en algún momento tenía que llegar una tormenta que vaciara la nube. Cuando acabó su curso, me insistió en que no fuese a la galería donde iban a exponer sus fotos. Me puso excusas del tipo «Me da mucha vergüenza» o «No son tan buenas, no merece la pena». Aquí es cuando me siento más estúpida, porque me lo creí. De verdad pensé que tal vez le daba miedo lo que pudiese opinar de su obra..., pero de todos modos fui. Quería demostrarle que contaba con todo mi apoyo; era un día importante para él y quería estar allí. Y menos mal que fui...

—Creo que ya sé cómo va a acabar esto y no me va a gustar nada.

—Tal vez desde fuera todo resultara muy evidente, pero no lo fue para mí. El caso es que, cuando compartes una pasión por algo, en nuestro caso la fotografía, con alguien a quien conoces y en quien confías, acabas compartiendo también tus inquietudes creativas, tus ideas, y le acabas hablando de tus propuestas creativas, claro está, porque ¿cómo vas a pensar que hará algo tan rastrero como eso?

—Es verdad... Perdona, continúa.

—No hay mucho más que contar. Llegué a la galería con intención de sorprenderlo, pero la sorpresa me la llevé yo cuando vi lo que había expuesto, su obra. Mismos planos, misma luz, mismos gestos, mismo lenguaje visual... En definitiva, la misma idea.

—¿Y qué hiciste? ¿No lo denunciaste?

—¿Cómo iba a denunciarlo? Yo no tenía registrada esa idea para una serie fotográfica en ningún sitio. Además, llevaba poco tiempo aquí, mis padres no sabían ni siquiera quién era Jeremy. ¿Cómo iba a meterme yo en un lío legal así, y encima sin dinero? En fin, sabía que, si te lo contaba, pensarías que soy tonta.

Dejo caer mi cuerpo en el sofá y me tapo la cara con las manos. Pero cerrar los ojos después de tanto vino no es muy buena idea, y todo me da vueltas.

—Deja de decir que eres tonta, por favor —dice mientras me quita las manos de la cara—. No lo eres. Me da rabia que, por un puto gilipollas que se aprovechó de tu buena fe y de tu talento, te sientas así. Puede que yo vea muy fácil eso de denunciar a quien sea porque mi familia ha tenido siempre buenos abogados detrás. En todo caso, tuvo que haber algún mensaje, un correo electrónico, un audio..., algo que te pueda ayudar a demostrar que te robó las ideas, que te plagió, que se aprovechó de ti.

—Han pasado más de dos años, ya no puedo hacer nada.

—Eso es lo que tú crees. Michael es abogado, de los buenos, y conoce a mucha gente —replica Enzo buscando su teléfono.

—De verdad, no merece la pena. Es agua pasada. Esas fotografías lo impulsaron en su carrera, mucho; ya te he dicho que ahora es el ojito derecho de Jeff. Lo único que me descolocó esa noche es que pensaba que nunca volvería a cruzarme de nuevo con él. De ahí mi

ataque de ansiedad cuando me lo encontré en la inauguración. Me pilló desprevenida.

No lo veo muy por la labor de hacer como si esto hubiese sido solo una anécdota sin importancia. Me acomodo en el sofá otra vez y me giro hacia él cogiéndolo de las manos. Lo obligo a mirarme a los ojos cuando digo:

—Prométeme que no vas a hacer nada. Te lo he contado porque me he sentido lo bastante segura contigo para hacerlo. Sabes que he tenido muchas ocasiones para hablar de ello y siempre lo he evitado. Por favor, promételo —suplico.

—A ver, eso de que te sientes segura conmigo... —Aparta la mirada y la dirige a la mesita de café—. Admite que ha sido por el vino.

—Puede que eso también haya ayudado, pero... —lo obligo a que me mire de nuevo— también es porque confío en ti.

—Está bien, te prometo que no voy a hacer nada. Pero, si por alguna casualidad de la vida me cruzo con él, ¿puedo partirle la cara?

—Hecho.

Que quede claro que nunca defenderé la violencia de ningún tipo, por muy tentadora que suene la idea de que Enzo pueda darle un buen puñetazo en los morros a ese capullo.

43



Olivia

Marzo sigue siendo un mes frío en Nueva York, pero no hay nada más bonito que ver los primeros signos de la primavera a finales de mes, como los cerezos de Central Park, o pasear por barrios como el West Village y disfrutar de sus flores en cada esquina. En esta época, Maggie y yo siempre vamos a Roosevelt Island para romantizar nuestra vida con un pícnic mientras disfrutamos de una de las mejores vistas de Manhattan.

Soy ese tipo de persona a la que el cambio de estación siempre le hace sentirse con más energía y positividad. A pesar de que todavía falta para prescindir del abrigo, se percibe el cambio en el ambiente.

—Es que lo sabía —dice Maggie acercándose a mi mesa.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—Me ha salido un TikTok que decía que el sexo es mejor que hacer una rutina de *skincare* todas las noches y quería comprobarlo viéndote el careto.

—Ja, ja, ja. ¡Eres tan graciosa! No es eso, es que se acerca la primavera. Además, no creo que mi piel haya mejorado con un único polvo —me defiendo.

—¿«Primavera» es el nombre en clave que utilizas para el pito de Enzo o algo así?

—Haz el favor de no gritar —susurro—. ¿Quieres que toda la ofi se entere?

Maggie se cierra la boca con una cremallera imaginaria y vuelve a entrar en su despacho. Aunque la librería ha ocupado la mayor parte de mi tiempo estas últimas semanas, no puedo seguir dejando GoodWed a un lado. El cambio de estación también trae muchas bodas que celebrar y muchos recién casados que fotografiar, así que ahora soy Olivia, fotógrafa de día y salvadora de Three Lives por las tardes.

Recojo mis cosas después de organizar la sesión de preboda del miércoles y confirmar todos los lugares donde haremos las fotos. Estoy muy contenta al ver que a los novios les han encantado mis propuestas para el *shooting*.

—¡Hasta mañana! —me despido antes de salir de la oficina.

—Recuerda que tenemos pilates mañana por la tarde.

—¡Mierda! Me había olvidado de que este mes he pagado dos clases a la semana y he quedado con Enzo. —Esa última parte la digo en un susurro.

—Pues dile que se venga —responde Maggie juguetona.

—Yo se lo digo, pero estoy segura de que es la clase de tío que piensa que en pilates no se hace nada.

—Pues entonces va a ser divertido ver cómo sufre —contesta mi amiga riéndose.

Salgo a la calle y cojo el metro hasta Three Lives. Aprovecho el trayecto para escuchar música y evadirme un poco del ruido. Desde

que estuve en casa de Enzo, mi Spotify se ha llenado de viejos clásicos. Me inspiré con su colección de vinilos y recordé la existencia de grupos como The Cure, Fleetwood Mac, The Police... La música que escuchaba cuando me creía la chica más alternativa del instituto con quince años. Mi teléfono vibra y me encuentro con un mensaje de Enzo.

¿A qué hora quieres que vaya a la librería?

Da igual las veces que te diga que no hace falta que vengas, ¿verdad?

El día del mercadillo me fijé en los acabados de las paredes... Tus dotes como pintora dejan mucho que desear.

¡Eres lo peor! Haz lo que quieras, diga lo que diga, vas a hacer lo que te apetezca.

Ya lo vas pillando.

Al llegar a Three Lives, desconecto mis auriculares para conectar la música al altavoz. No me gusta estar en silencio cuando estoy sola, por lo que siempre tengo música puesta para sentirme acompañada. Saco del bolso el táper de comida que he preparado esta mañana antes de salir de casa y me siento en la banqueta del mostrador de la caja para comer. Tres golpes en el cristal de la puerta hacen que pegue un respingo. Enzo Verona, con unas gafas de sol a lo Edward Cullen el primer día que lleva a Bella al instituto, me pide que le abra.

—Dime que eso que llevas ahí no es comida de El Paso.

—Para recordar viejos tiempos —dice levantando las bolsas como si de un trofeo se tratase.

—Te lo agradezco, pero me he hecho la comida esta mañana.

—¿Con «comida» te refieres a ese potingue nada apetecible que tienes ahí? —pregunta señalando mi táper—. ¡Pero si te he hecho un favor trayéndote tu burrito favorito!

—Es quinoa con verduras salteadas, ¿qué pinta quieres que tenga? —me defiendo—. Odio tirar comida.

—Está bien, me comeré tu táper y mi burrito.

Como le he dicho antes, aunque yo me resista, Enzo siempre se va a salir con la suya. Como no hay dos taburetes en los que podamos estar cómodos en el mostrador, decidimos comer en la nueva zona infantil. Allí es donde colocamos los sillones que restauré con los hijos de Daisy. Estoy segura de que pronto podré estrenarla y ensayar con mis niños, pero todavía faltan algunos detalles.

—Puede que pintando no seas muy buena, pero, cocinando, sí —dice llevándose mis verduritas a la boca—. Humm... ¡Buenísimas!

—Para lo buen actor que dices ser, ya podrías fingir un poco mejor —bromeo.

—No, de verdad —afirma limpiándose con una servilleta—. El hecho de que lleven preparadas desde primera hora de la mañana le da el toque.

—Calla y come, que se te va a enfriar el burrito también. Además, hay mucho que hacer todavía.

—¿En serio? —pregunta, confundido—. Pero si yo solo había venido para montárnoslo en el almacén.

—Eso si te portas bien.

Enzo levanta una ceja al oír mi respuesta. Hasta yo me he sorprendido, últimamente estoy siendo muy directa.

Después de almorzar, nos hemos dedicado a lijar las estanterías que se pudieron salvar y a montar las nuevas que compré la semana pasada. Estamos procurando mantener la esencia que caracterizaba

Three Lives, como las paredes de distintos colores según la zona, el suelo de madera oscuro y el mobiliario en un tono verde oliva. Todo como Daisy y Bob lo hicieron en su día.

—Muy bien, estanterías montadas.

—¡Genial! Yo he acabado de lijar las que ya teníamos. Ahora vamos a hacer algo divertido...

—Ya era hora —dice mientras empieza a desabrocharse los pantalones.

—¡No! ¡No me refería a eso!

Voy al almacén y saco un plástico enorme para cubrir el suelo junto a un montón de pequeños botes de pintura de colores. Los coloco con gran destreza mientras Enzo me mira curioso. Vuelvo a entrar y esta vez salgo con un baúl antiguo de madera.

—¡Tachán! ¿No es una maravilla? —exclamo señalándolo.

—Pero si parece que lo hayas sacado de un contenedor. —Me mira y por mi cara sabe a ciencia cierta que es así—. ¡¿Cómo vas a coger algo de la basura?!

—Se nota que eres un burgués —contraataco poniendo los ojos en blanco—. Si alguien ha tirado un baúl porque ya no lo quiere y a mí me viene bien, ¿por qué no voy a cogerlo? Ayúdame a ponerlo encima del plástico, por favor.

—No pienso tocar eso.

—Ya lo he limpiado a fondo y luego lo he lijado. Si había algún bicho, está más que muerto.

Enzo me mira para nada convencido, pero me ayuda. La gente en Nueva York tira unas cosas que, si las viera mi madre, habría amueblado la casa de arriba abajo, o tal vez se habría forrado vendiéndolas en Wallapop.

—¿Qué se supone que vas a hacer con esto?

—Pues ahora mismo pintarlo como nos dé la gana. Va a estar en la zona infantil, así que tiene que ser muy colorido.

Abro los botes de pintura y le paso un par de brochas. Me siento en el suelo y comienzo a pintar un lateral de color azul. Él me imita, pero empieza con el color rojo. Luego dibujo algunas flores de diferentes colores, círculos, estrellas y todo lo que se me ocurre, mientras veo a Enzo muy concentrado. A diferencia de mí, él sigue en el mismo sitio desde que empezamos hace ya un rato. No puedo evitar sentir un poco de curiosidad al ver que no se mueve de esa zona.

—Miguel Ángel, tampoco hace falta hacer la Capilla Sixtina —lo vacilo.

—Por favor, no me desconcentres —responde con retintín—. Y no se te ocurra mirar —añade serio.

—Déjame ver lo que estás haciendo —le pido haciendo un puchero.

—No puedes, todavía no está acabado —me advierte amenazándome con la brocha.

—Solo un poquito...

Me acerco a él con un movimiento rápido y, de inmediato, siento cómo me salpica un montón de pintura en la cara. Sin pensarlo dos veces, levanto mi brocha para devolvérsela. Enzo me agarra de la muñeca para evitar que su rostro quede lleno de pintura. Con una maniobra digna de *Karate Kid*, acabo tumbada en el suelo, con Enzo sobre mí.

—¿De verdad pensabas que ibas a poder mancharme?

—Pues claro.

Sin que se dé cuenta, estiro el brazo que me queda libre y cojo una de las brochas manchadas que están en el suelo, sobre el plástico. Me vengo pasándole la brocha por la camiseta y, de pronto,

nos vemos envueltos en una guerra de pintura. No se esperaba mi ataque y queda descolocado, así que aprovecho para ser yo la que se pone encima de él en su descuido. Aún con la brocha en la mano y las piernas encima de sus brazos para que no pueda defenderse, me acerco a él despacio.

—¡No me manches el pelo! ¡Piedad! —grita al ver que estoy muy cerca, y no puedo evitar reírme.

Sus ojos me miran esperando el siguiente movimiento. Sin darle más vueltas, hago que nuestros labios se junten. Siento cómo mi cuerpo se destensa al ver que me besa con fuerza. Parece que su cuerpo también echaba de menos el mío.

44



Enzo

Desde que Michael anunció su mudanza a California, mi madre ha empezado a otorgarme más responsabilidades en la empresa familiar y acudo más a menudo a la sede central del grupo inmobiliario propiedad de la familia. Es un buen momento para demostrarle lo válido que soy, pero me cabrea saber que solo tengo esta oportunidad porque mi primo no va a estar en Nueva York. Dentro de unos meses, él se encargará de levantar el negocio en el lado oeste del país y mi implicación en la empresa será más seria.

Hoy estoy trabajando desde hace horas en mi despacho situado en el área administrativa del hotel Grand Astoria, pues hay unos asuntos que deben gestionarse desde aquí. Necesito concentrarme, están pasando muchas cosas y me distraigo con facilidad. Estar aquí, hacer acto de presencia estos días, ayudará a que mi madre vea que me tomo las cosas en serio. Estoy a punto de irme cuando mi primo toca a mi puerta.

—¿Tomamos un café y charlamos un rato?

—¿Has conseguido librarte de tu grano en el culo? —pregunto cerrando mi portátil—. No puedo, he quedado para ir a entrenar.

—Pensaba que eras de los que entrenaban solo para tener su momento con la banda sonora de *Transformers* —suelta vacilándome.

—Y sigo haciéndolo, solo que hoy voy a probar una clase de pilates —comento, arrepintiéndome al segundo.

—¿Pilates? —pregunta, incrédulo, partiéndose de risa en mi cara —. ¡Pero si eso es de tías! No sirve para nada.

—Yo también lo creía, hasta que Olivia me enseñó un vídeo de Cristiano Ronaldo haciéndolo y me convenció de probarlo.

—Tendrías que haber empezado por ahí, vas por ella. Luego ten los huevazos de llamarme «calzonazos». ¡Mírate! Además, no sabía que te interesaba tanto el fútbol europeo...

Hago oídos sordos y recojo mis cosas. Que me metan las pelotas en ácido sulfúrico si en algún momento llego a ser tan calzonazos como Michael. Estoy seguro de que es imposible.

Salgo al pasillo y oigo sus pasos detrás de mí hasta el ascensor.

—Sé que sigues molesto conmigo por no haberte contado lo de California. Allison se va unos días por trabajo. Quedemos esta semana para cenar, tú y yo, como en los viejos tiempos.

—Está bien.

Michael se viene arriba y me abraza y me palmea la espalda. No voy a negar que me ha hecho ilusión el plan, sobre todo al saber que la chihuahua no podrá molestarlo cada cinco minutos preguntando cuándo volverá a casa. Aprovecharemos para ponernos al día; no recuerdo la última vez que hicimos una salida de primos.

—Disfruta de tu clase de pilates —se despide bromeando.

Paso un momento por casa para cambiarme. Ahora que estoy yendo a trabajar tanto a la sede central como al Grand Astoria, me

he metido en el papel de empresario y voy trajeado todo el día. Miro la ubicación que me ha enviado Olivia esta mañana y voy hacia allí. Elijo moverme en moto para evitar el tráfico y desestresarme un poco dándole al puño. Todos mis problemas se esfuman cuando veo a Olivia con esos *leggings* negros.

—A decir verdad, pensaba que te rajarías —dice mientras me quito el casco al llegar.

—Soy un apasionado del deporte, estoy dispuesto a probar lo que sea.

—Así me gusta, Enzo. Nada de «El pilates es para chicas» o «Ahí no se hace nada» —añade Maggie.

Olivia me dedica una mirada cómplice, ya que sabe que eso era lo que yo pensaba hasta que me enseñó el vídeo de Cristiano Ronaldo. Ambas avanzan para entrar en la clase y yo me quedo atrás de forma disimulada para disfrutar de las vistas un poco más.

No sé por qué he pensado que una clase de pilates era buena idea. En menos de diez minutos, estoy en cuclillas, con los talones subidos a una barra, mientras hago una sentadilla profunda. Olivia y Maggie están haciendo lo mismo, pero sujetando una pesa de tres kilos en cada mano. He pensado que iba a ser demasiado fácil, así que me he decantado por las de diez kilos. Nunca había visto mis gemelos temblar como tiemblan en este instante.

—¿Cómo vas? —pregunta Maggie.

—No me hagas hablar, que se me va la fuerza por la boca —respondo a duras penas.

—Venga, Enzo —me anima Olivia—. Ahora toca lo que viste en el vídeo que te mostré.

Ambas se ríen al ver que lo estoy pasando un poco mal. La profesora nos indica que ahora toca tumbarnos en un chisme llamado Reformer. Una vez fui a una exposición de máquinas de

tortura medievales en el Met Cloisters y juro que vi artilugios muy parecidos a esta cosa.

—Muy bien, chicas. Nos colocamos las cintas en los pies y ya sabéis lo que toca. Enzo, puedes mirar a Olivia como guía, esta parte se le da muy bien.

La voz de la profesora suena como la mismísima Siri, pero un poco más siniestra. A ver cómo le explico yo a esta señora que, si miro más de cinco segundos a Olivia con esos *leggings* que lleva, voy a tener que terminar la clase antes de tiempo.

Olivia se engancha las cintas en los pies y comienza a subir y bajar las piernas mientras la máquina de tortura medieval se mueve. Abre, cierra, se estira a un lado, a otro... Joder, que bajen la temperatura del puto aire.

—¿Has visto? Venga, ahora tú —dice indicándome que me tumbe.

Apoyo la espalda en este trasto diabólico y me pasa las cuerdas. A pesar de mi inexistente elasticidad, consigo engancharme.

—Recuerda el vídeo de Cristiano. —Oigo la voz de Olivia vacilándome.

—Déjate llevar, de verdad que no va a pasar nada —me indica la monitora.

Es difícil dejarse llevar cuando tienes los pies sujetos y parece que te vas a romper la columna en cualquier momento. Estoy rígido como un bicho palo, pero empiezo a subir y bajar las piernas despacio, intentando controlar el movimiento para no matarme.

—¡Olivia, mira! Igualito que Cris —la vacilo cuando ya le he pillado un poco el truco.

—¡Lo estás haciendo genial! —exclama emocionada.

No sé cuánto tiempo pasa, pero, cuando siento que le estoy cogiendo el gusto, la profesora anuncia el final de la clase. Quitarme las cintas de los pies es otra odisea.

—Espera, que te ayudo. —Olivia me coge de los pies y me echa una mano—. ¿Qué tal? Yo te he visto muy bien en esta última parte.

—Admito que he subestimado mucho este deporte, estoy reventado.

—¿Volverás otro día?

—Siempre y cuando lleves esos *leggings*... —susurro, y me da un golpe en el hombro—. ¿Qué haces esta noche?

—Hoy he quedado para hacer videollamada con mis padres. Con todo lo que ha pasado estas últimas semanas, apenas hemos hablado.

—No tienes que usar excusas conmigo. Si no te apetece, está bien.

—¿Acaso quieres conocer a mis padres? —pregunta levantando una ceja.

—¿Saben que existo?

—¡Desde luego que no! —exclama en un tono un poco más agudo de lo normal y haciendo un ligero aspaviento con la mano—. Puedes estar más que tranquilo.

La idea de que Olivia les hubiera hablado a sus padres de mí ha hecho que me asustase un poco. Así que, sí, esa última frase provoca que me relaje un poco.

45



Enzo

Hoy también he venido a trabajar al Grand Astoria. Por desgracia, mi madre lleva toda la mañana dando vueltas por el hotel, y eso significa sacarme de mis casillas cada vez que encuentra un hueco. Está atacada por el baile de invierno, que se celebra en Navidad, y no entiendo por qué. Es algo que llevan organizando mi tía y ella aquí desde que soy pequeño, por no hablar de que queda más de medio año todavía. Si me preguntan mi opinión sobre ese bailecito, es otra gilipollez para que la gente rica de Nueva York se pase por aquí a regodearse de su fortuna y comer gratis.

—Madre, si tanto te agobia, ¿por qué sigues proponiéndole al alcalde que se celebre aquí?

—Por eso mismo tengo pánico de que tu primo se vaya. —Agita los brazos de forma dramática—. Tú, desde luego, si ves que algo te agobia, te lo quitas de en medio. ¿Crees que fue así como nos hizo ricos tu abuelo?

—Es solo que el Grand Astoria ya es un hotel con mucho nombre, con historia. He estado revisando los números relativos a ese evento y, los tres últimos años, ese baile nos ha reportado más pérdidas que beneficios. Flores frescas importadas, iluminación y decoración especial y orquesta en vivo toda la velada, por ejemplo... Por no hablar de las extravagancias que se te ocurren, como la fuente artificial en medio del salón de baile hace dos años o la estatua de hielo de tres metros del año pasado.

Demuestro que estoy para algo, que he hecho los deberes, y saco los informes que le pedí al departamento de contabilidad sobre los gastos del puñetero baile de invierno. Se los entrego a mi madre y los ojea por encima, como si fuera la lista de la compra.

—Está bien, en ese caso le dirás tú mismo al alcalde que este año no se va a celebrar aquí. A ver cuántas pérdidas nos provoca eso —masculla tirando los papeles y esparciéndolos por la mesa.

Acto seguido coge su bolso y sale de mi despacho dando un sonoro portazo. Es complicado intentar dialogar con alguien que te trata como si fueras un trozo de mierda. Pongo todos los documentos en orden y los vuelvo a meter en mi maletín. No me voy a rendir, quiero dejarle bien claro que soy más que capaz de asumir mis nuevas responsabilidades en esta compañía.

—¿Se puede? —Oigo una voz muy familiar.

Olivia entra en mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja. No voy a negar que me la ha contagiado nada más aparecer. Va un poco cargada, supongo que la mochila negra que cuelga de su hombro es de la cámara. Lleva el pelo recogido en una coleta y las gafas de sol en la cabeza. La única vez que la he visto trabajando como fotógrafa fue en la boda de Michael. ¿Quién lo iba a decir? Bueno, la parte en la que nos acostamos sí que la veía venir; la de

que me esté dando sorpresas apareciendo en mi trabajo, no. Me asusta un poco ver que todo está fluyendo tan bien con ella.

—Es que he tenido una sesión de fotos de preboda esta mañana y, aunque lo tenía todo planeado y cerrado, la novia me ha pedido acabar en Central Park. Mira que intento ser original, pero siempre quieren alguna foto allí... ¿Te molesto? —pregunta al ver que no he dicho nada todavía.

—Sí, quiero decir, ¡no! Claro que no —digo, reaccionando y levantándome de la silla—. Perdona, estás muy guapa y no te esperaba.

—Tú tampoco estás nada mal con ese look de hombre de negocios importante —dice mirándome de arriba abajo.

—¿Acaso quieres que estrenemos mi nueva mesa importada de París? —la tiento.

—¿Esa frase te suele funcionar? —pregunta levantando una ceja.

—No lo sé, dímelo tú. Es la primera vez que la uso. —Rodeo la mesa y me acerco a ella.

—Que conste que solo he venido para invitarte a comer.

—Entonces, ¿sí que ha funcionado, la frase?

—¿Tú qué crees? —replica cuando el aire deja de pasar entre nosotros.

Nuestros labios chocan y nos besamos con ganas. Siento cómo se ríe en mi boca al ver que no le he dado tiempo ni a dejar la mochila de la cámara en el suelo. La ayudo a desprenderse de ella sin dejar de besarla. Después de eso, la agarro con fuerza del culo y la siento en la mesa.

—Cuidado con tu mesa parisina —murmura juguetona mientras le beso el cuello.

—Si no aguanta que te folle sobre ella, ¿para qué coño la quiero?

Suelta un gemido corto en mi oído al oír mis palabras y comienza a desabrocharme el cinturón. Sus ansias por quitarme los pantalones hacen que se me ponga aún más dura si eso es posible. Me baja el bóxer y se pone a jugar con mi polla mientras me besa. Aprovecho que está ocupada para bajarle los pantalones y meterle la mano en las bragas. Está empapada y, antes de que pueda seguir tocándola, me suplica.

—Métemela ya, por favor.

Sigo sus órdenes, no le apetece andarse con rodeos. Saco un condón de mi cartera y me ayuda a ponérmelo, ahora siempre llevo uno encima. La agarro por la espalda y entro en ella de una embestida. Acto seguido, le cubro la boca para que no nos oigan y ella arquea la espalda. Mientras entro y salgo de su cuerpo, la obligo a que me mire, aunque a veces le es imposible mantener los ojos abiertos de puro placer. Aumento el ritmo y mis embates son cada vez más fuertes.

—Espera —me pide jadeando.

Me obliga a salir de ella y se da la vuelta, apoyando el pecho en la mesa y dejando su culo en pompa frente a mí.

—Joder, Olivia. Ya te digo que así no voy a aguantar mucho —confieso.

—Hazlo —suplica.

Entro en ella de nuevo y siento cómo me va a estallar la polla. Intenta reprimir sus gemidos, ahora es ella la que se tapa la boca; quiero oírla. Mientras tanto, con la mano derecha voy haciendo círculos sobre su clítoris y, con la izquierda, le tiro de la coleta.

—Voy a estallar.

Al oír eso, aumento el ritmo y siento que ninguno de los dos puede aguantar más.

—No voy a correrme hasta que tú lo hagas.

Unos segundos después, suelta un gemido intenso y convulsiona, dándome paso a que llegue al clímax.

—Pues sí que me ha servido la frase —digo jadeando.

—Cállate, idiota —bromea.

46



Olivia

Después de haber estado toda la mañana editando las fotos de preboda que hice ayer, recojo mis cosas para irme a Three Lives. Estoy bastante satisfecha con mi trabajo. Otra mañana como esta y ya las tendré listas.

—¡Noche de chicas hoy! —La voz de Maggie me pilla por sorpresa.

—¡Qué susto! ¿Hoy?

—Sí, hoy. Di que sí, por favor... —Lisa me mira con pena.

—De acuerdo. Cuando acabe en la librería me apunto.

Las dos dan un grito de emoción y nos despedimos. No hace falta que pregunte a dónde vamos, ya que siempre quedamos en casa de Maggie y lo que surja, que suele ser ir al karaoke. De las tres, es la que tiene el piso más grande y le encanta ser anfitriona.

En la librería, todo avanza mejor que bien. Esta tarde, Edward ha traído a Daisy para que vea cómo va todo. Tengo la sensación de que la reapertura está ya muy cerca.

—¿Te gustan las estanterías nuevas? —pregunto como una niña pequeña—. Son lo más parecidas a las anteriores que he encontrado.

—Son perfectas, querida. Estoy deseando verlas llenas de libros —responde Daisy con una sonrisa.

—He estado pensando... Tampoco queda tanto por hacer, ¿no crees?

Daisy se asegura de que Edward no nos oye, pero aun así se acerca a mí y susurra:

—Creo que deberíamos abrir la semana que viene.

—¡Pensé que no lo dirías nunca! —exclamo con alegría, y Daisy me pide que baje el volumen—. Perdona, tengo muchas ganas de abrir otra vez.

—Lo sé, cielo. Mis hijos se van a poner como locos, así que mejor si intentamos ocultarlo un poco más. —Sonríe—. En ese caso tenemos que hacer un pedido de ejemplares a los distribuidores —comenta emocionada—. No podemos abrir con las estanterías vacías.

—¡Claro! Pero estamos seguras de que la alarma nueva funciona bien, ¿no? —digo algo preocupada.

—Podéis estar tranquilas —dice Edward saliendo del almacén—. Os aseguro que funciona.

Daisy y yo nos miramos con discreción; esperemos que solo haya oído lo último que he dicho. Estar con Daisy en el mostrador, ayudándola con el ordenador a hacer un pedido de libros, me recuerda a cuando empecé a trabajar aquí. Antes, ella me enseñaba a mí y, ahora, con el nuevo sistema informático, es al revés.

Hago una nota mental para no olvidar escribir a Violet para que empiece a mover en redes el tema de la reapertura. Creo que no voy a poder pensar en otra cosa hasta que llegue el gran día.



Llego a casa de Maggie a eso de las ocho para la noche de chicas. Se han alineado los astros, hacía mucho tiempo que no conseguíamos coincidir las tres. Aunque trabajamos juntas, Lisa siempre anda con sus clases de coreano cuando tiene un hueco libre; Maggie, con todo lo que supone ser la cabeza pensante de GoodWed, y yo, con la librería.

Maggie siempre quiere hacer planes inspirados en Pinterest, copiándolos con todo lujo de detalles. Hoy ha preparado una noche de vino y pintura acrílica con una cena de picoteo.

—Chicas, ¡tengo un notición! —grito emocionada—. ¡Vamos a abrir la librería la semana que viene!

—¡Qué bien! —exclama Maggie—. Me alegro un montón..., aunque no voy a negar que pensaba que mencionarías algo relacionado con Enzo.

—Me parece fatal que no me lo hayas contado antes —comenta Lisa antes de que pueda replicar nada.

—Casi no hemos coincidido en la ofi y, además, tampoco me parecía el sitio correcto para soltarte: «Hola, me estoy acostando con Enzo Verona», pero tienes razón, debería habértelo contado antes. ¿Me perdonas? —Hago un puchero.

—Te perdono, pero has dicho «acostando». ¿Eso quiere decir que sois follamigos o algo así?

—Amigos que se van a la cama de vez en cuando, sí —respondo centrada en mi lienzo.

—Follamigos, Olivia. Sois *fo-lla-mi-gos* —interviene Maggie dando énfasis a cada sílaba.

—No me gusta utilizar esa palabra, suena mal.

—¿Y eso por qué? —pregunta Maggie llenando mi copa.

—Pues porque antes que amante lo considero mi amigo. No solo quedamos para acostarnos, también hacemos otras cosas.

—Te refieres a que podéis veros sin que esté implícito que va a pasar algo entre vosotros, ¿no? —interviene Lisa.

Asiento dándole un trago a mi copa. Quiero que entiendan que no es todo sexo, también lo paso bien con él. Somos dos adultos que se divierten de modos distintos, sin ningún tipo de compromiso.

—Joder, la primera regla era no pillarse —murmura Maggie demasiado alto como para no oírla, provocando con su comentario que casi me atragante con el vino.

—¿Por qué dices eso?

—Amiga, de verdad que no tengo ningún problema con que sientas algo por él. Desde luego, tú eres la única que se cierra en banda a eso. Pero lamento decirte que, con esto que acabo de oír, me estás dejando bien claro que lo ves como algo más. ¿Me equivoco? —me plantea Maggie.

—Tal vez no me haya explicado bien —comienzo a defenderme—. Solo quería que entendierais que estoy a gusto con él, además de acostarnos.

—El tic... —susurra Maggie antes de beber de su copa.

—¡No es verdad! —grito tapándome el ojo izquierdo.

Las tres reímos y, aunque Maggie sigue buscándome las cosquillas con el tema, hago caso omiso. Sé bien a lo que me refiero y lo único que hace es liarme para que termine diciendo lo que ella quiere oír.

Dos copas de vino después, enseñamos nuestras obras de arte, o más bien un intento de ellas.

—Yo he dibujado un ramo de flores. A ver si así manifiesto que me regalen alguno pronto —dice Maggie soltando un suspiro.

—¿Es que no has aprendido nada de Miley Cyrus? ¡Cómpratelas tú misma, tía! —bromea Lisa, y se pone a cantar a pleno pulmón el estribillo de la famosa canción «Flowers».

—Lo siento, Lisa. Amo a la icónica Miley, pero es un pensamiento que no comparto —contraataca con el ceño fruncido nuestra amiga.

—Sabes que soy fiel defensora de la manifestación, pero con el amor... Cuanto menos lo esperes y pienses en él, antes sucederá —añade la pelirroja.

—Estoy de acuerdo —digo imprimiendo unos últimos detalles a mi dibujo.

—¿Y tú qué has pintado? —pregunta Maggie sacándome la lengua.

—He intentado hacer un retrato de Sopa.

Sobre un fondo azul cielo, he dibujado la cara de mi perrita. Sopa es una mezcla de pastor alemán y husky. Eso que sepamos, ya que la protectora solo encontró a su madre, que no tenía nada de esas dos razas, y a cinco crías más. Les enseño la foto que tengo de fondo de pantalla, ya que la he usado de referencia, para que vean que no me ha salido tan mal. En ese momento, noto que mi teléfono vibra.

—Enzo pregunta que si se pasa por tu piso cuando acabe de cenar con su primo —suelta Maggie mirando la pantalla de mi móvil.

—¡Serás cotilla!

—En nuestra defensa diré que solo estábamos viendo la foto de tu perrita —replica Lisa aguantándose la risa.

Miro lo que me ha escrito Enzo intentando que mis amigas dejen de meter las narices. Veo que me ha enviado una foto de una lasaña muy apetecible y el mensaje que ha leído mi amiga en voz alta.

47



Enzo

Salgo del ensayo y subo a mi apartamento para darme una ducha bien fría. Da igual la temperatura que haga fuera, siempre necesito agua helada. He quedado con mi primo para cenar en su casa aprovechando que Allison no está. Han pasado muchas cosas últimamente y creo que debemos hablar de todo ello.

—Qué elegante has venido para ser solo una cena con tu primo —comenta Michael tras abrirme la puerta.

—Te veo con intenciones de recordar viejos tiempos y no quería que me pillara por sorpresa la idea de cerrar algún bar.

—No recuerdo la última vez que hicimos eso, pero no lo descartes.

Entramos y lo sigo hasta la cocina. A diferencia de mí, a él no se le da tan mal ponerse el delantal y preparar algo decente.

—He hecho lasaña, receta de la *nonna* —dice poniéndose unas manoplas para sacar la bandeja del horno.

—Joder, me acabas de alegrar el día, la semana y el mes. Te quedan de locura las manoplas de lacitos azules —me burlo.

—¡Gracias! Estas son las mías, las de Allison son las rosas. Las compramos para cuando hacemos recetas de repostería para su Instagram —me informa sonriendo de oreja a oreja.

Me reservo cualquier comentario al respecto y pasamos al comedor. Michael sirve la cena mientras yo abro una botella de vino. Mentiría si dijese que la casa no parece más acogedora sin un chihuahua merodeando por aquí y comentando cada frase que pronuncio. Saco el teléfono de mi bolsillo y le mando un mensaje a Olivia preguntándole si paso por su piso después de cenar con Michael. Aunque ha dicho muy convencido que no descartemos cerrar algún bar, su alma anciana encerrada en un cuerpo joven no se lo permitiría. Aprovechando que le he escrito, le envío una foto de la lasaña para darle un poco de envidia. Como si mi primo me hubiese leído la mente, me pregunta por ella.

—Bueno, ¿qué tal con Olivia?

—No es que no quiera hablar de ella, pero creo que hay otras cosas que comentar antes de eso. Como, por ejemplo, ¿por qué no me contaste que os mudáis? —Voy directo a la yugular.

—Sé que va a sonar a excusa, pero la verdad es que no sabía cómo hacerlo. La boda, el viaje, la firma de los papeles de la casa nada más llegar..., todo ha pasado demasiado rápido y no he encontrado el momento. Lo siento —se disculpa, y en su rostro veo que está arrepentido.

—Si has hecho la lasaña de la *nonna* para que te perdonase, lo has conseguido —digo tras saborear un bocado—. ¿Cómo logró convencerte tu mujer para mudarte?

—No necesitó convencerme, todo ha sido muy rápido. Sí que es cierto que Allison siempre ha tenido muy claro que no se veía formando una familia aquí.

—¡Joder! ¿Es que está preñada? —Intento no atragantarme.

—¡No! No, por ahora..., pero, aunque no lo creas, es una chica muy familiar. Sus padres, su hermana y su futura sobrina están en California. Ella creció allí, en una casa a las afueras de Beverly Hills, y aunque esa zona no es ni por asomo humilde, sí es mucho más tranquila y segura que Nueva York.

—Ese «por ahora» no me va a dejar dormir —mascullo, y noto que me da un escalofrío—. En todo caso, menudo marronazo me has dejado con mi madre, eso sí que no lo perdonan ni treinta lasañas.

—Estás más que cualificado para sustituirme. Además, estaremos a una llamada de teléfono y, si la cagases mucho, a seis horas en el *jet*. Lo único que tienes que hacer es centrarte y no distraerte demasiado.

—¿Lo dices por Olivia?

—Puede ser —contesta, para luego darle un bocado a la lasaña—. Joder, qué bien cocino.

—Te aseguro que no es una distracción.

—Me interesa saber qué es entonces. Me he fijado en que le has enviado una foto de la cena, me tienes preocupado. ¿Acaso vas a traspasar la línea con ella?

—¿No crees que la regla de la línea se quedó en la universidad?

—Creo recordar que hice un comentario parecido al acabar la carrera, ya que conocí a Allison, y míranos ahora. Cruzar la línea de repetir no falla —comenta riéndose satisfecho.

La regla de la línea es algo que inventamos Michael y yo cuando estábamos en Columbia. Nunca repetíamos con la misma chica. Fue poco después de que lo dejara con Claire, con sus idas y venidas incluidas. En un intento de convertirnos en unos rompecorazones sin compromiso, inventamos esa estúpida regla para no salir con nadie.

Lo cierto es que perdió un poco la gracia cuando mi primo conoció a Allison.

—Michael, por favor. Eres un prestigioso empresario y abogado, ahora casado. No puedes seguir pensando en estupideces como esa.

—¡Eso quiere decir que has repetido y no lo quieres admitir! A mí no me puedes engañar, capullo.

—Ni de coña.

Bebo un poco de vino porque me está costando tragar hasta mi propia saliva con esta conversación. De pronto noto cómo me vibra el teléfono en los pantalones y Michael enseguida se pone en modo suricato para intentar ver la pantalla.

—¿Es ella? ¿Vais a por el tercero esta noche? —Empieza a dar golpes en la mesa como un gorila esperando a que le tiren un cacahuete.

—Joder, cómo se nota que llevas dos días sin Allison. Estás empezando a parecer el antiguo Michael.

> Estoy con mis amigas, ahora nos vamos de karaoke. Si os queréis apuntar, seréis bien recibidos..., y la lasaña también.

—Vaya cara de tonto que se te pone con esta chica —me vacila, y es probable que tenga razón, porque se me ha escapado una sonrisa al leer su mensaje—. ¿Qué te ha puesto, Romeo?

—Dice que está con sus amigas y que se van al karaoke. Pregunta si queremos ir, voy a decirle que no.

—¿Por qué? Vamos con ellas, por mí no hay ningún problema.

—Qué va, dime tú qué hacemos nosotros en un karaoke.

—Pues cantar, anda que no se nos da bien —insiste mi primo, y suelto una carcajada.

—Venga, va, Frank Sinatra, a ver qué sabes hacer.

Espero que no se le ocurra sacar el tema de la línea o tendrá que hacerme una lasaña a la semana como mínimo.

Recogemos la mesa y la cocina, y salimos. Como el karaoke está a pocas manzanas de mi dúplex, dejo el coche en casa y seguimos camino a pie.

—Ahora que me acuerdo..., quería preguntarte si tú sabías algo sobre propiedad intelectual, derechos de autor concretamente —le pregunto a mi primo.

—Algo sé, ¿por qué? ¿Estás escribiendo una obra de teatro y quieres registrarla?

—Sí, bueno..., más o menos —miento—. La cosa es que me gustaría saber si, en el hipotético caso de que estuviese escribiéndola y le contara a alguien todo el argumento, la idea..., ¿tendría derecho a reclamar si esa persona la hiciera pasar por suya si yo no la tuviera registrada?

—Sería una gran putada y, francamente, no sé hasta qué punto podrías denunciar. Tendría que preguntar a unos colegas que saben más de esa rama del derecho. De todos modos, tengo entendido que, si tuvieras pruebas contundentes, como conversaciones, por ejemplo, que demostraran que la autoría de esa creación era tuya, se podría tirar de algún hilo. ¿Seguro que solo es un caso hipotético?

—Sí, tranquilo. Sabes que suelo ponerme en lo peor para estar preparado. Solo quería resolver una duda.

Recuerdo que Olivia me hizo prometer que no le daría más vueltas al tema, pero saber que ese capullo le robó la idea, se hizo famoso gracias a eso y se fue de rositas hace que me hierva la sangre. Tal vez si ella tuviera alguna conversación por mensaje o un audio contándole todo lo referente a ese proyecto podríamos destrozarle la carrera. Tengo que ver cómo juego mis cartas para que Olivia quiera hacerlo y no se moleste conmigo por querer intentarlo.

48



Enzo

Cuando le he sugerido a Michael que podríamos cerrar algún bar esta noche, en mi cabeza no había imaginado que este fuera un puñetero karaoke. Ver a mi primo con un par de copas de más subido a un escenario, cantando «Wannabe», de las Spice Girls, con Olivia y sus amigas, no entraba en mis planes. He grabado un poco de la actuación, si se le puede llamar así, por si en algún momento necesito chantajearlo.

—¡Tendrías que haber subido! —exclama mi primo tambaleándose en dirección a la mesa—. Nos ha faltado una Spice Girl.

—Lo habéis bordado sin mí, te lo aseguro. Eso sí, no me ha quedado muy claro quién era cada una.

—Creo que, aunque no quiera, yo soy Geri Halliwell —se queja Lisa.

—¡Yo Emma, evidentemente! —aclara Maggie emocionada—. Y Michael, la pija, Victoria, sin duda alguna.

—Pues, por descarte, soy Mel B, aunque no me pega nada —interviene Olivia haciendo un puchero.

—¿Por qué no puedes ser la deportista? —pregunta Michael.

—Porque esa se la dejo a tu primo después de una clase de pilates. ¿Quieres ver un vídeo de cómo le temblaban las piernas en el Reformer? —dice buscando su teléfono en el bolso.

—¡Ni de coña! —grito saltando del asiento.

Todos se ríen y yo intento quitarle el móvil a Olivia. Por mi cara, parece que intuye que, si mi primo llegara a ver ese vídeo, este sería motivo de risa durante los próximos treinta años, así que se arrepiente de su amenaza. Guarda el teléfono de nuevo como si no pasara nada.

—Voy a pedir otra cerveza. ¿Queréis algo?

Todos asentimos y Olivia se levanta para ir a la barra. Maggie me mira con cara asesina invitándome sin palabras a que la siga. Me ha dado un poco de miedo.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunto apoyándome de espaldas en la barra al lado de Olivia.

—No mucho, pero, si hubiese sabido que encontraría a alguien como tú, me habría pasado mucho antes —responde siguiéndome el juego.

Lleva el pelo recogido como el otro día y un recuerdo de lo que hicimos en mi despacho del hotel hace que me encienda. Esa mirada traviesa haciendo como si no nos conociéramos provoca que quiera mandarlo todo a la mierda y follar con ella en el baño de este antro si hace falta.

—¿Por qué no dejamos de jugar y nos vamos a mi casa? —le susurro al oído.

—Desde luego que no se darían cuenta —responde mirando a la mesa por encima de mi hombro—. Michael está en su salsa.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? Pensaba que la fase de fingir que no nos ponemos ya la habíamos superado.

Noto cómo el cuerpo de Olivia se tensa al ver que cada vez estoy más cerca. Saber lo que provoco en ella hace que no quiera parar de jugar con la situación. Se muerde el labio y sé que está aguantando las ganas que tiene de besarme, pero lo único que la frena es que nos vea alguien.

—Admito que voy un poco borracha y solo pensar en que puedo acabar en tu casa... —aclara mientras se aleja un poco de mí.

—Hacemos lo que tantas ganas tenemos de hacer y luego nos vamos a dormir. ¿Qué tiene de malo? —pregunto confundido.

—Pues eso mismo. Que no puedo dormir contigo.

Olivia coge las bebidas como puede y yo la ayudo con las que quedan en la barra. No sé si es por el ruido o por el vino que he tomado en la cena con mi primo, pero no sé si he entendido bien lo que ha querido decir.

—¿Puedo follar contigo en la mesa de mi despacho pero no podemos dormir juntos? —la interrogo yendo detrás de ella.

—Chist... —dice girándose y poniendo un índice sobre sus labios para mandarme callar mientras hace malabares intentando no derramar las bebidas—. No, eso es demasiado íntimo.

Antes de que pueda seguir con la conversación, se sienta a la mesa con el resto. No voy a negar que esto me ha dejado un tanto confuso, ya que no estoy acostumbrado a que rechacen esta clase de ofertas. La mayoría de las veces intento no acostarme con nadie en mi casa, así puedo salir huyendo con cualquier excusa. Es tarde, estamos al lado de mi piso y no me importaría dormir con ella, solo era eso. Supongo que ha sido una gilipollez lanzar esa propuesta. ¿En qué estaba pensando?

—¿No hay otro primo Verona por ahí para nosotras? —pregunta Maggie sacándome de mis pensamientos—. Perdona, Michael, he sido tu *wedding planner* y, después de ser una Spice Girl contigo, siento que tengo plena confianza para hacer esta pregunta.

—Sí, hay otro. Solo que es de los Verona que siguen en Italia.

—¿Solo uno? —inquiere Lisa desafiante.

—Ni uno más —añado—. Solo ese, pero a Michael se le ha olvidado un pequeño detalle: está prometido, se casa el año que viene.

—Oooh... —exclaman Lisa y Maggie al unísono.

—Lo siento, chicas. Todos están pillados. —Michael se encoge de hombros.

—Yo conozco a uno que está soltero —suelta Olivia mientras me mira de reojo.

—Te quiero mucho, amiga, pero no lo suficiente como para comerme tus babas —ataca Lisa.

Veo cómo Olivia se encoge en la silla, muerta de vergüenza, mientras le da un sorbo a su cerveza. Todos se ríen, yo incluido, y ella no sabe dónde meterse.

—Qué tarde es, ¿no? —Olivia mira la hora en su teléfono—. Deberíamos irnos. Mañana trabajamos todos.

—Pero ¿qué dices? Después de esta, ¡otra ronda! —grita mi primo.

—Te recuerdo que mañana tienes que recoger a Allison en el aeropuerto —le digo, porque este hombre está a tope.

—Es por la tarde, no hay problema —responde despreocupado.

Confirmamos que hemos perdido a Michael y mañana tendrá bronca con Allison por tremenda borrachera.

49



Olivia

No sé a quién pretendía engañar anoche aguantándome las ganas de ir al piso de Enzo. El poder de convicción de su primo es increíble, acabamos yéndonos del karaoke a las cuatro de la mañana. Las chicas cogieron un taxi, Michael, otro, y Enzo y yo caminamos hasta su casa. No recuerdo muy bien el paseo hasta el dúplex, pero sí tengo imágenes de lo bien que lo pasamos cuando llegamos.

Ahora me encuentro huyendo de su habitación, antes de que salgan los primeros rayos de sol..., haciendo el paseo de la vergüenza, después de una noche de fiesta, para volver a casa, como si fuese adolescente otra vez. Busco un bolígrafo en mi bolso, intentando hacer el menor ruido posible, y le dejo una nota encima de la mesita de noche, en uno de los *tickets* de las bebidas que pedimos en el karaoke.

No olvides beber un vaso de agua por cada copa de anoche.
Me lo pasé muy bien. Oli. xxx

Consigo salir de su casa satisfecha, aunque me ha costado horrores levantarme. Teniendo en cuenta que Enzo se ha quedado en coma, no de forma literal, pegado a mí como una lapa, ha sido una misión un tanto complicada. Sé que, hace unas horas, mi negativa a dormir con él lo dejó un poco descolocado. Yo tampoco esperaba que me lo propusiera, pero creo que es mucho mejor así. Cruzar algunas líneas puede ser peligroso.

Llego a mi apartamento, me doy una ducha y finjo que mi despertador no va a sonar en una hora cuando me tumbo en la cama.

Un par de horas después, el ambiente en la oficina parece un desfile de zombis. Creo que, después de esta, la próxima noche de chicas va a ser maratón de películas y mascarillas en casa.

—Maldito Michael, cómo nos lio anoche —masculla Lisa masajeándose las sienes.

—No lo culpes a él, que vosotras también estabais muy animadas —comento riéndome—. La única que fue recordando lo tarde que era fui yo.

—¡Cómo no! Estabas deseando irte al pisito de Enzo —se burla Maggie.

—Puede ser. Pero que conste que no he dormido en su casa.

—Me debes diez dólares —salta Lisa, y me quedo perpleja.

—Lo siento, Olivia, no creí que fueras capaz de irte después de follártelo —se disculpa Maggie sacando un billete de su cartera.

—Sois lo peor.

Me vuelvo a mi mesa y sigo con mi trabajo. Tengo que entregar las fotos de la preboda del miércoles y después iré a la librería para recibir el pedido de libros. Qué ganas de ver los primeros ejemplares en las estanterías nuevas.

Al rato miro mi teléfono y veo que Enzo me ha escrito.

Gracias por el recordatorio de tu nota.
¿Por algún casual tienes un abrigo
de pelo blanco que me puedas prestar?

No me esperaba una pregunta así
por tu parte, jajajaja. No, no tengo. ¿Puedo
preguntar para qué?

Sé que todavía queda un poco para
el cumpleaños de Allison, pero necesito
uno para el disfraz y no quiero dejarlo
para última hora.

¡Qué precavido! Tengo que ir
a la librería esta tarde, pero sé
de un sitio en el que creo que
tienen lo que buscas. ¿Quieres
que te acompañe luego?

Vale. Avísame cuando acabes y te recojo.

A la hora de comer, llego a Three Lives y Daisy ya me está esperando con el pedido. Un olor delicioso hace que me rujan las tripas nada más entrar en la librería.

—Madre mía, qué bien huele aquí. ¿No será que quieres cambiar de concepto y abrir una librería restaurante y no me has avisado?

—Nada de eso, sería demasiado dolor de cabeza. Sé que estás comiendo aquí, así que te he traído un poco de estofado que me ha sobrado hoy —contesta sacando una bandeja de aluminio del almacén.

—¿Estas son las sobras? ¡Si podemos alimentar a todo el vecindario! Muchas gracias, Daisy, tiene una pinta exquisita.

Después de almorzar, comenzamos a colocar los libros que nos han llegado. Disfruto del olor a papel y tinta al abrir las cajas, de que Daisy me pida que me suba a la escalera porque no llega a las

baldas más altas... Sé que está muy emocionada al ver que todo va cogiendo forma de nuevo.

—¿Has visto la publicación que ha hecho Violet para la reapertura?

—Querida, lo dices como si yo supiera usar un móvil para otra cosa que no fuera llamar —comenta riéndose.

—Tienes razón, perdona. —Saco mi teléfono del bolsillo—. Mira. Tiene casi cien «Me gusta».

—¿Eso está bien?

—Para los seguidores que tenemos, está mejor que bien.

—Por cierto... —me da un golpecito en el hombro—, espero que invites a tu amigo el guaperas, ¿eh?

—Ya tenía pensado invitarlo, pero no por lo que tú crees. —Pongo los ojos en blanco.

Enzo ha supuesto tener dos manos más aquí haciendo todo lo posible para que pudiéramos abrir pronto. No se me ocurriría ocultarle esto, pero es verdad que no he tenido el momento de decírselo. Sé que se va a alegrar mucho cuando se lo cuente dentro de un rato.

50



Olivia

He traído a Enzo a la tienda de segunda mano de Andy. Está claro que él podría gastarse el dinero en un abrigo de pelo de oso polar si quisiera. Pero, en primer lugar, no estamos a favor del uso de pieles de animales en la moda y, en segundo, solo lo necesita para un disfraz. No tiene intención de usarlo en otro momento, así que me ha parecido buena idea venir aquí.

—La cosa es que tiene que parecerse al que lleva Ryan Gosling cuando está en modo Mojo Dojo Casa House, ¿entiendes? —le explica a Andy mostrándole una foto en su teléfono.

—Sí, tengo unos cuantos de ese estilo. Vamos a la zona de probadores y vemos si te gusta alguno.

Andy nos guía hasta el probador y nos deja unos minutos solos. Al rato, aparece con un montón de abrigos blancos. Después de que la tarde se convierta en el videoclip de «Thrift Shop», con Enzo probándose abrigos blancos como si fuera Calvin Harris, parece que se ha decidido.

—Este es justo el que estaba buscando.

Sale del probador con el abrigo puesto y sin camiseta debajo. También se ha colocado una cinta negra en el pelo y un collar brillante con una herradura y un caballo.

—¿Eso lo tenías ya en tu casa? —pregunto aguantándome la risa.

—No, lo pedí por internet hace unos días. ¿Qué te parece? Me faltan las gafas de sol.

—¿Te van bien las mías? Se parecen un poco a las de la foto que le has enseñado antes a Andy.

Se las paso y, al ponérselas, empieza a actuar como Ken. Parece que ha estado estudiando el papel.

—Te falta el pelo rubio y estarás ideal —comenta Andy.

—Lo del pelo ya lo resolveremos, está todo controlado.

Después de que Enzo siga unos minutos más haciendo el papel de su vida, pagamos y vamos a merendar algo. Acabamos en una cafetería muy coqueta cerca de su dúplex. Me ha insistido mucho en que tienen las mejores galletas de chocolate de la ciudad.

—¿Qué te parecen? —pregunta cuando ve que le doy el primer bocado.

—Están buenas, pero no son las mejores que he probado.

—Seguro que lo dices porque formas parte de esa nueva moda de las galletas crudas. No te preocupes, que ya me las como yo —dice llevándose el plato a su terreno.

—He dicho que no son las mejores, no que no estén buenas. —Hago un puchero—. Y confieso que soy fan de las galletas crudas.

—Iba a darte una, pero con esa última frase has perdido todo mi respeto.

Rodea el plato de galletas con el brazo, impidiendo que llegue a coger alguna más, y me rindo. Me tomo mi café y, cuando apenas me quedan dos sorbos, consigo que me ceda la penúltima galleta.

Nota mental: Cada cosa que me dé a probar Enzo será lo más rico que he probado en mi vida o ya puedo despedirme de comerla.

—Por cierto, tengo buenas noticias —digo en un intento fallido para distraerlo y robarle la galleta que queda—. La semana que viene abrimos la librería al público de nuevo. Me encantaría que vinieras, me has ayudado mucho.

—¿De verdad? ¡Cómo me alegro! Toma, te cedo media galleta para celebrarlo.

—Gracias, es todo un detalle —comento en tono irónico.

Los dos nos quedamos unos segundos en silencio. Tal vez ese «me encantaría que vinieras» ha sonado un poco intenso de más.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver que está un tanto inquieto.

—Me gustaría hablarte de una cosa —responde un poco serio.

—¿Te refieres a lo de dormir juntos? Perdona, no quise sonar borde, pero creo que es mejor así.

—Oh, bueno, también podemos hablar sobre eso. No tienes que disculparte. En todo caso, soy yo el que debería hacerlo. Estuvo fuera de lugar y me alegro de que, en el fondo, los dos estemos de acuerdo en que hay límites que no debemos traspasar.

Hacía tiempo que no lo notaba tan serio, parece incluso que está un poco tenso. No esperaba que sacara el tema. ¿Soy hipócrita por sentirme un poco decepcionada ahora mismo? Yo fui la que dijo que no y también he sido la que ha salido por patas esta mañana de su casa. Como dice mi padre, recoges lo que siembras.

—¿Todo bien? —pregunta sacándome de mis pensamientos.

—Claro —contesto sonriendo—. Es cierto que, lo que sea esto que tenemos, ha pasado muy deprisa y no hemos hablado mucho sobre ello.

—Yo creo que tampoco hace falta darle muchas vueltas. Me gusta poder estar tomándome un café contigo, ayudarte con la librería y

tus visitas a mi despacho de vez en cuando. —Eso último hace que me ardan las mejillas—. Siempre y cuando los dos lo pasemos bien, ¿qué más hay que hablar?

—Desde luego que, sobre la moda de las galletas crudas, no —bromeo.

Me tranquiliza saber que los dos estamos en el mismo punto. Lo que ha dicho es exactamente lo que intentaba explicarles ayer a las chicas. Aunque ellas intentaran enfocarlo de otra manera, Enzo lo entiende igual que yo y eso es lo único que importa.

—¿Qué era, entonces, de lo que querías hablar?

—No te enfades conmigo.

—Empezar una frase así quiere decir que hay una mínima posibilidad de que pueda hacerlo.

—Escúchame, por favor —dice, y le hago un gesto para que continúe—. He hablado del asunto con Michael, como abogado, y me ha dicho que, si hubiese algún tipo de prueba, como una conversación o un mensaje, que acreditara que le hablaste a Jeremy de esa idea, de la creación de esa serie de fotos, tal vez podría ser un hilo del que tirar y demostrar que te la robó.

—Enzo...

—No te preocupes, no le he contado lo que pasó, ni siquiera te he mencionado. Le he planteado un caso hipotético y cree que voy a escribir una obra de teatro y que quiero saber cómo registrar una idea y demás.

—Te agradezco que estés intentando encontrar la manera de demostrar que esa idea era mía, de verdad. De todos modos, como te expliqué, fue un momento muy malo de mi vida y, aunque hubiese algo que probara que fue una apropiación ilegal, no quiero remover nada. Es pasado.

—Estoy seguro de que tienes algún correo electrónico, mensaje, cualquier cosa —insiste.

—En el momento en que descubrí lo que había hecho, borré todo lo que me relacionaba con él.

En un arrebato de rabia, cuando vi que me había utilizado para su exposición, eliminé todo lo que tenía que ver con Jeremy, lo bloqueé en todas partes y también borré todas nuestras fotos. Ahora que Enzo me ha hablado de que cabría la posibilidad de demostrar de alguna manera que copió mi idea, pienso que ojalá no lo hubiera hecho. Una parte de mí desea arruinar su carrera, pero otra siente que no merece la pena volver a enfrentarme a algo que me hizo tanto daño.

—Está bien, entonces no tenemos nada. Perdona, sé que te prometí que no me entrometería.

—Gracias por entenderlo.

Busco su mano por encima de la mesa para que vea que de verdad agradezco que se interese por eso y me apoye en algo tan injusto. También, en cierta parte, siento que se preocupa por mí y eso me gusta. Me agarra la mano con fuerza y me regala una sonrisa que pretende decirme que lo acepta y que está todo bien, pero sé de sobra que volverá a buscar la manera de que esto tenga un final feliz para mí.

51



Olivia

He estado pensando en que nunca he tenido nada claro qué hacer con mi vida. Es cierto que, desde que llegué a Nueva York, me he dejado llevar por las oportunidades que me ha ido brindando el destino..., desde aquel anuncio en el tablón de la residencia en el que una librería de barrio buscaba a alguien que echara una mano por las tardes y entretuviera a unos niños con cuentos una vez a la semana hasta conocer a una rubia que necesitaba una fotógrafa con urgencia para su empresa.

Quitando el mal trago que pasé al llegar con el Innombrable, esta ciudad me ha traído muchas cosas buenas. La idea de marcharme cada vez me pesa más por todo lo que he ido tejiendo aquí: mi trabajo como fotógrafa en GoodWed, los libros y los niños de Three Lives, las noches de chicas, las fiestas en el karaoke y, lo que voy a hacer hoy, ver los cerezos en flor desde Roosevelt Island con Maggie.

Voy a echar mucho de menos todo eso cuando me marche.

Al acabar de preparar el pícnic, empiezo a vestirme. Me pongo unos vaqueros anchos junto a una camiseta básica blanca de manga larga y una sobrecamisa de rayas azules. Vamos a comer en el césped, así que prefiero ir cómoda.

Mi móvil suena en la encimera de la cocina y voy volando hasta él para atender la llamada.

—¿Todo listo para nuestra cita, Maggie?

—Me vas a matar..., pero no voy a poder ir —responde.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien? —pregunto preocupada.

—Llevo todo el día un poco regular. Me duele mucho la cabeza, tengo fiebre y me ha bajado la regla. Ya sabes que me pongo fatal cuando la tengo. Estaba aguantando a ver si se me pasaba con las pastillas que me dieron, pero de verdad que no me puedo mover del sofá.

—No pasa nada, haremos el pícnic en tu casa y así te cuido. Paso a por un poco de helado y ponemos una comedia romántica, ¿te parece?

—Sabes que es mi plan favorito del mundo, pero me explota la cabeza. Me apetece estar a oscuras y dormir hasta mañana.

—Nunca pensé que rechazarías algo así, me preocupas.

—Tranquila —dice calmada—. Si de verdad te necesito, te llamo, ¿vale? Perdona por dejarte plantada.

No puedo verla, pero sé que ahora mismo está haciendo un puchero. Siempre pensé que mis dolores de regla eran insoportables hasta que conocí a Maggie. Sus cólicos son tan fuertes que la inhabilitan por completo. La pobre lo pasa fatal.

—No te preocupes. Voy a aprovechar para ver un capítulo de *Mindhunter* mientras me hago una mascarilla.

—¿Y por qué no vas con Enzo? —salta emocionada, como si acabase de tener la mejor idea del mundo—. Ya que lo tienes todo

preparado, es una pena que se eche a perder. Además, con todo lo que ha pasado estos meses, al final lo hemos retrasado muchísimo. ¡Tienes que ir hoy!

—Todavía quedan unas semanas para que acabe la primavera. Esto no será un truco de los tuyos para que tengamos un momento romántico él y yo, ¿verdad?

—Te juro, por Tom Cruise en *Top Gun*, que no es un truco.

—Está bien, te creo. Pero Tom Cruise está mucho más guapo en *Cocktail* que en *Top Gun*.

—¡Esa es tu opinión! Sabes que no puedo resistirme a un buen uniforme.

—Mejor cuelgo, no vaya a ser que te suba la fiebre con tu mente sucia —bromeo—. Mejórate.

—Gracias. Estoy preparada para dormir cien años.

Me despido de Maggie y cuelgo. Miro la pantalla del teléfono unos segundos dubitativa, no sé si debería hacerle caso. Puede que Enzo ya tenga planes, o tal vez piense que ir de pícnic es demasiado. Es un plan que más bien parece una cita y no quiero que se asuste.

«El "no" ya lo tienes. No pierdes nada diciéndoselo», pienso.

¿Te apetece ir de pícnic?

Vaya, no esperaba una propuesta así hoy.
Si me das quince minutos para ducharme, acepto
tu invitación.

Pero ¿tú te duchas? Siempre hueles a mono,
deberías empezar a frotar mejor.

Qué mentirosa soy, como si no me volviera loca su perfume.

¿Quieres venir tú a frotarme? Seguro que una
ducha contigo es mucho más divertida.

Sigue soñando. 😉

Tenía que intentarlo...

El tiempo corre, ¡ya no son quince minutos!

Vaya, alguien tiene muchas ganas de verme.

Prefiero no contestar, ya se lo tiene demasiado creído.



Enzo me escribe indicándome que ya ha llegado. Saco de la nevera la limonada que he preparado y la guardo en la cesta de pícnic junto al resto de las cosas. Es la típica cesta de mimbre que sale en las películas, con su vajilla y mantel a juego. La primera vez que fui a ver los cerezos con Maggie llevaba una y me encantó. A los pocos días, me regaló una muy parecida a la suya y, desde ese momento, empecé a ser la encargada de la comida.

Bajo a la calle y me encuentro a Enzo sobre su Ducati Monster color negro. Me alegro de haber cogido una chaqueta; cuando se va el sol, todavía baja mucho la temperatura, y yendo en moto la necesitaré. Él lleva una cazadora de cuero y unos vaqueros oscuros. Levanta la visera de su casco para dejar a la vista sus ojos castaños, me sonríe y me pasa el casco que me consiguió el día que nos encontramos en la galería.

—Es oficialmente tuyo.

—¿Y eso? ¿Las demás chicas que van contigo en la moto han rechazado llevárselo a casa?

—Mira la parte de atrás, idiota —responde riéndose.

Justo en la parte de la coronilla veo que ha dibujado una cámara de fotos y ha escrito mi nombre. De pronto recuerdo el día que estuvimos pintando el baúl en Three Lives y, aunque luego nos dedicamos a pelearnos con las brochas, me hizo prometerle que no miraría lo que había dibujado hasta la reapertura, y no lo he hecho.

—Tengo que admitir que se te da muy bien dibujar. Me encanta, es un detalle muy bonito. Muchas gracias —digo sonriendo.

—No es para tanto —contesta bajándose la visera.

—Es cierto que no se parece en nada a mi cámara, pero...

—Sube ya, que para una vez que me haces un cumplido...

Arranca el motor y, como puedo, me monto intentando que no se caiga nada de la cesta. En un brazo llevo la merienda y, en el otro, mi bolso me cuelga del hombro. Me gustaría creer que Enzo no va a ir demasiado rápido, pero lo conozco lo suficiente como para saber que me hará pasarlo mal. Esta vez me agarro con fuerza a su cintura con un brazo.

—Admito que me gusta más ir en coche.

—Hay que aprovechar que empieza el buen tiempo. ¿A dónde vamos? —pregunta.

—A Roosevelt Island.

Acelera y conduce hasta el puente de Queensboro, es la única manera de llegar hasta allí en moto. La mayoría de la gente utiliza el teleférico, dicen que las vistas son espectaculares y es una manera divertida de cruzar..., siempre y cuando no te den pánico las alturas como a mí. Por eso Maggie y yo siempre optamos por el ferri.

Al pasar el puente, aparcamos la moto y continuamos caminando hasta el parque más cercano.

—¿Qué te parece aquí? —pregunto cuando llegamos a una zona con césped bastante despejada.

—Ya sé que vas a meterte conmigo, pero preferiría sentarme en ese banco de ahí.

—Sí, se me olvidaba que eres un señorito. ¿Es que nunca has ido de pícnic?

—La verdad es que no —confiesa.

—Pues un pícnic se hace en el césped —informo mientras saco el mantel de cuadros blancos y rojos—. Esto lo colocamos aquí, bien puesto, y así nos podemos sentar encima, en el suelo.

—¿Y en esa cesta gigante que has traído no llevas una mesa plegable?

—Deja de quejarte y ayúdame.

—Está bien —claudica con desgana.

Saco la vajilla y los cubiertos mientras Enzo sirve un par de vasos de limonada. He comprado varias cosas de picoteo: hummus con zanahoria y pepino para *dippear*, aceitunas, quesos, frutos secos... Hasta he preparado una tortilla de patatas. A Maggie le chifla, tendré que hacerle una cuando se encuentre mejor.

—Me encantaría subir al teleférico, las vistas tienen que ser una pasada —comenta mirando a lo lejos.

—Pues no cuentes conmigo —contesto, directa.

—¿Te dan miedo las alturas?

—Muchísimo. Solo de pensarlo me da un infarto.

—Pues algún día subirás conmigo.

Al decirlo suena tan seguro que me desconcierta. Los dos nos quedamos callados observando el paisaje. Me encanta que los silencios con él no sean incómodos.

Hace una tarde fantástica. Hay mucha gente haciendo lo mismo que nosotros, niños correteando o yendo en bicicleta. El rosa pálido de los cerezos decora la escena, incluso el suelo tiene algunos toques de ese color por los pétalos que ya han caído. Es agradable

tener estos espacios para poder alejarte del bullicio de la ciudad de vez en cuando, a pesar de que seguimos estando en ella. El ambiente es tan relajado que parece que la gente ha bajado las revoluciones del día a día para disfrutar de las vistas.

Estoy tan pendiente de lo que pasa a mi alrededor que no me doy cuenta de lo que tengo delante. Enzo me mira con una sonrisa traviesa que no consigo descifrar.

—¿Qué pasa? —pregunto, confusa.

—Una ardilla se ha llevado la *tortila te pataras* mientras estabas disociando. No he podido hacer nada para evitarlo.

—Ya que vas a culpar a una pobre ardilla de llevarse la tortilla de patatas, aprende cómo se dice. ¿Tan difícil es admitir que te ha gustado y no has sido capaz de dejarme ni un solo trozo?

—Lo cierto... La verdad es que, después de haberme comido ese mejunje de verduras que llevaste a la librería, pensé que la cocina no era lo tuyo —dice metiéndose una aceituna en la boca mientras me mira juguetón.

—Sí, la cocina no es lo mío, lo admito. Pero lo poco que sé hacer lo hago muy bien, aunque mis verduritas no sean de tu agrado —comento sacándole luego la lengua—. Ya te gustaría a ti probar una de mis sopas.

—¿Sopas? —pregunta riéndose—. ¿Cómo va a ser un plato estrella una sopa?

—¿Tienes algo en contra de la sopa? Es mi comida favorita.

—No te consideraba una persona aburrida hasta que me has confesado esto. Acabas de perder todo mi respeto.

Sin pensarlo dos veces, le tiro una aceituna a la cara y Enzo cae de forma dramática hacia atrás. Se queda tumbado unos segundos hasta que saca la lengua, haciéndose el muerto.

—Por si no te has dado cuenta, me he muerto —suelta cuando ve que no le presto atención.

—¿De verdad? No me había fijado.

—No te enfades, era una broma —dice mientras se incorpora—. No pienso que seas aburrida y me encantaría probar una de tus famosas sopas.

—Lo siento, solo la preparo para gente que la aprecie de verdad —contraataco mientras me como una aceituna imitando su gesto de antes.

—¿Me perdonas si te invito a un helado? Recuerda que una ardilla se ha llevado la tortilla y me he quedado con hambre. —Sonríe como si no hubiera roto un plato en su vida.

—No soy quién para juzgar el tamaño de tu estómago, pero acepto tus disculpas porque has pronunciado bien la palabra *tortilla*.

Enzo se pone de pie de un salto al oír mi respuesta y comienza a recoger. Algo me dice que el helado solo era una excusa para levantarse del césped. Como siempre, sea como sea, consigue lo que quiere.

De todos modos, no me puedo quejar: aunque habría preferido sentarse en otro lugar, hemos pasado una tarde muy agradable juntos.

Una vez que todo está de nuevo en la cesta, caminamos en dirección al puesto de helados.

—Ahora dirás que no te gusta el chocolate y tendré que fingir que sigo queriendo pasar la tarde contigo —bromea cuando vamos a pedir.

—Sí me gusta, recuerda que nos peleamos por tus famosas galletas favoritas, pero prefiero una bola de vainilla, por favor —pido, dirigiéndome al heladero.

Enzo respira tranquilo al considerar que estoy en mi sano juicio por ser una persona a la que le gusta el chocolate y no puedo evitar reírme. Cuando tenemos nuestros respectivos helados, nos sentamos en un banco cerca del río. El sol comienza a esconderse tras los rascacielos que tenemos enfrente y tiñe el cielo de naranja.

—¿Tampoco vas a admitir que el helado era una excusa para apoyar tu culo en un lugar decente?

—Sí, pero solo porque con tu pregunta dejas claro que la idea del pícnic no era la más cómoda del mundo. ¿Quieres un poco del mío?

—Te conozco, solo es un truco para mancharme la nariz.

—¿Cómo puedes pensar así de mí? Solo quiero que lo pruebes para que sepas lo que te estás perdiendo —insiste.

—He visto muchas veces *El diario de Noa*, chaval.

Estoy segura de que es un truco, pero aun así accedo a probarlo. Me acerca el helado y le pego un lametón. Me alegro de que Enzo no sea de esas personas escrupulosas. Aunque ya nos hayamos besado un montón de veces, hay gente que no soporta que bebas de su mismo vaso y que se moriría si metieses la lengua en su comida.

—¿A que está bueno?

—Riquísimo —respondo al comprobar que mi cara sigue limpia.

—¿Quieres un poco más?

Asiento, pero esta vez el helado va directo a mi frente antes de que pueda esquivarlo. Me quedo con la boca abierta al sentir el frío del chocolate y, por si fuera poco, me regala un lametón para limpiarme su estropicio.

—Ya sabía yo que no podía fiarme de ti —mascullo.

—Sí, definitivamente está más rico así —murmura limpiándose la comisura del labio con el pulgar.

—Ni se te ocurra volver a hacerlo —lo advierto al ver que se acerca de nuevo a mí.

—Solo voy a limpiarte, pero esta vez de verdad.

Veo cómo mete la mano en el bolsillo de los pantalones, esperando a que saque un pañuelo. Mientras, intento que el helado derretido no me manche la ropa.

—Olivia, mírame.

Antes de que pueda taparme con las manos, me saca una foto con el móvil.

—Te odio, ¿lo sabías?

—Seguro que sí.

Me limpia los restos del desastre mientras pone esa sonrisa victoriosa que tanto me irrita. Un beso aterriza en mi frente, señalando que ha terminado, y cierro los ojos de forma instintiva. Aunque me pilla por sorpresa, no me aparto. Su gesto me hace sentirme segura de una manera que no logro entender. Cuando aparta sus labios de mí, me mira tras varios segundos y no puedo evitar besarlo. No es un beso como los anteriores que nos hemos dado. Esta vez es cálido y corto. Puede que no haya sido tan apasionado como otros, pero el terremoto que siento en mi estómago es muy real. Tanto que me asusta y me fuerza a apartarme.

—¿Qué pasa? —pregunta preocupado.

—Perdona, es que se me está derritiendo el helado en la mano.

Mi excusa no es del todo mentira, así que no me siento tan mal por no decir la verdad. Enzo saca otro pañuelo y me ayuda de nuevo a limpiarme entre risas. Como podemos, nos terminamos el helado mientras miramos cómo el sol acaba de esconderse.

Aunque la escena es perfecta, no puedo evitar pensar qué narices acaba de pasar.

52



Olivia

Por fin ha llegado el momento que llevo esperando desde hace meses. Todo lo que pasó en Three Lives quedará como un amargo recuerdo. No solo Daisy, Violet y yo deseamos con ansias la reapertura de la librería. Mis niños, que no conocen el concepto de espacio personal, a los que les encanta un maravilloso cuento de fantasía, sé que también lo están deseando.

El día nos acompaña con un sol radiante. Compruebo la previsión meteorológica en mi teléfono y verifico que tendremos unos veinte grados esta tarde. Me gusta mirar el tiempo para asegurarme de que elijo la ropa correcta. Me pongo una falda de tablas marrón claro junto a un cárdigan fino color vino. Estoy segura de que es casi el mismo color que el de las paredes de la sala principal de la librería. Solo me abrocho el primer botón del cuello y dejo que se vea la camiseta básica de color blanco que llevo debajo.

Tras un desesperado intento de hacerme unas ondas en el pelo, aunque antes de encender la plancha ya sabía que no iba a salir

bien, lo dejo suelto. Puede que unos labios de un color parecido al del cárdigan hagan que nadie se fije en el desastre de mi melena. De pronto recibo un mensaje de Maggie.

¿Cómo vas? Ya he recogido
a Lisa, vamos a por ti.

Okay. Nos vemos abajo.

No me gusta pedirle a la gente que me lleve a ningún sitio, pero no puedo ir en el metro con la sorpresa para Daisy. Cuando empecé a sospechar que la reapertura estaba cerca, hablé con Edward y Emma para que me pasaran una foto de sus padres. La escaneé con mucho amor, la edité para poder aumentar su tamaño y mejorar la calidad y después la enmarqué. Una foto de Daisy y Bob del día que abrieron la librería, dándose un tierno beso en la entrada. Creo que es un detalle muy bonito y que le va a hacer especial ilusión. La verdad es que no es tan grande, marco incluido, pero no quiero que se estropee por pasearla en el transporte público de Nueva York.

Me pongo unas botas marrones por debajo de la rodilla, cojo el resto de mis cosas y espero a mis amigas en el portal. El coche de Maggie aparece por la esquina de mi calle y me subo en cuanto llega, con cuidado de no estropear el regalo.

—¡Madre mía! ¿Eso que llevas es una falda? —pregunta Maggie—. ¡Te queda de escándalo!

—Si yo tuviera esas piernas, no iría en vaqueros en mi vida —añade Lisa.

—Es un día especial y me apetecía salir un poco de mi zona de confort. Gracias por afirmar que he hecho una buena elección. Vosotras vais y sois muy guapas —respondo sonriendo.

—En la elección de esa falda no tendrá algo que ver una cosita que empieza por «E» y acaba por «nzo Verona», ¿no? —suelta

Maggie mirando por el espejo retrovisor.

—¡Maggie! No me he tirado un buen rato fingiendo que sé hacerme algo en el pelo y con ganas de elegir un buen *outfit* solo por Enzo.

—Es cierto, sé que lo has hecho para que se nos caiga la baba contigo —bromea.

—A todo esto..., ¿no va a venir? ¿Por qué no ha pasado él a recogerte? —pregunta Lisa.

—Vendrá un poco más tarde. Tenía una reunión con su madre para hablar de un baile de Navidad o no sé qué. Parece que va a tener que organizarlo él este año...

—¡¿El baile de invierno del hotel Grand Astoria?! —Agradezco que el semáforo estaba en rojo cuando he acabado mencionando lo del baile; de lo contrario, Maggie habría pegado un frenazo al oírlo—. Daría un riñón por acudir a esa fiesta. ¿Tú irás?

—En Navidad ya no estaré aquí...

—Es verdad... No me lo recuerdes, que hoy no llevo máscara de pestañas *waterproof*.

Me encantaría decirles a las chicas que la idea de volver a casa cada vez me pesa más. No quiero que se ilusionen o que influyan en mi decisión de alguna manera. En estos últimos meses están pasando demasiadas cosas..., cosas buenas que me va a costar mucho dejar atrás si me marcho.

Dejamos el coche en un aparcamiento cercano y caminamos hasta la librería. Al llegar, ya hay varias personas dentro, supongo que familiares de Daisy.

—¡Olivia! —me llama mi jefa—. ¿Te acuerdas de mi cuñada?

Una mujer de edad similar a la suya me saluda esbozando una cálida sonrisa. Creo que la he visto alguna vez por aquí, pero tengo una memoria horrible.

—Me alegro de verla. ¿Qué tal está?

—Muy bien. La librería está preciosa, parece mentira que pasara aquella desgracia... Mi hermano estaría muy orgulloso de ti.

No tuve la suerte de conocer a Bob, pero a veces siento que lo conozco por cómo habla de él todo aquel que lo trató. Es una sensación extraña.

—He despejado un poco el mostrador para poner el *catering*. ¿Puedes ayudarme a sacarlo?

—No te preocupes, Maggie y Lisa me ayudarán. Tú quédate con la gente que está viniendo, todos querrán saludarte y comprobar que estás bien. Hace tiempo que no te pasas por aquí, desde el mercadillo.

—Gracias, querida. Por cierto, le pedí a Edward que sacara el baúl que dejaste en el almacén y lo colocara en la zona de niños. Sé que es una sorpresa para ellos, pero creo que a ti también te va a encantar...

Daisy me regala una sonrisa y consigo que no vea el regalo que escondo a mi espalda. Aprovecho para guardarlo y dejarlo en un lugar seguro: el almacén. Aviso a las chicas para que me echen una mano para sacar la comida y, en un abrir y cerrar de ojos, la gente empieza a llegar. Es cierto que la librería no es muy grande, pero no esperábamos que viniesen tantas personas.

Cuando saco la última bandeja de canapés, siento que algo me abraza la cintura. Para mi sorpresa, al mirar hacia abajo me encuentro con la melena rubia de Tom.

—¡Ahora volveré a verte todas las semanas! —exclama sin despegarse.

—¡Es genial!, ¿no crees? Pero déjame que te dé un abrazo en condiciones.

Veo que detrás de él empiezan a llegar el resto de los críos del grupo, estaba segura de que no se lo perderían por nada.

—¿Os apetece ver la nueva zona donde ensayaremos para el festival?

—¡Sí! —gritan todos a coro.

Nos alejamos un poco del bullicio hasta llegar al rincón de la zona infantil. Sobre una gran alfombra, las sillas ya están dispuestas en círculo. He colocado un enorme corcho en la pared que queda justo al fondo, donde los críos podrán colgar dibujos, frases, sus propias historias..., lo que quieran. Las paredes de este espacio contienen unas enormes estanterías que llegan hasta el techo repletas de libros, como antes.

—¿Qué es eso que hay debajo de esa tela?

La curiosidad por el baúl no podía tardar en llegar.

—Es una sorpresa para vosotros, pero esperaba poder enseñárosla con un amigo. Él me ayudó a pintarlo.

—¿Como no venías nunca, te has buscado un novio? ¡No me lo creo!

«¡Au!, hasta mis niños saben que mi vida amorosa es tan triste que les cuesta creer que pueda salir con alguien».

—No lo hice con mi novio —corrijo sacando la lengua—. Lo hice con un amigo, pero le prometí que no lo vería hasta el día que volviéramos a abrir la librería.

—¡Pues ese día es hoy! —Tom se une a la conversación—. ¡Que lo destape, que lo destape!

Como si del momento de abrir los regalos en un cumpleaños se tratase, los pequeñajos empiezan a pedir ver lo que hay debajo de la sábana al unísono.

—Está bien, vale. Vamos a destaparlo.

Quito la tela y dejo que los niños vean el baúl. Al principio se quedan extrañados, no sé si esperaban algo majestuoso o mágico. Puede que mis dibujos mal hechos de flores de colores y serpentinas no sean lo más bonito del mundo, pero desprenden amor.

—¿Para qué es esto? —pregunta uno al fin.

—Este baúl lo pinté con ese *amigo* que os he dicho. —Hago hincapié en esa palabra—. Y la idea es que pongáis dentro los libros, cuentos, cómics... que ya hayáis leído y que penséis que a otro niño también le gustará leer. La única norma es que, para coger uno, tienes que dejar otro. Así siempre habrá historias dentro.

—¿La chica de ese dibujo eres tú?

Mi mirada sigue el dedo de Tom, que señala uno de los laterales del baúl. Ahí está, el dibujo de Enzo, el que me hizo prometer que no vería hasta este día. Es la imagen de una chica con el pelo castaño recogido en una coleta. Está haciendo una fotografía, por lo que lo único que se ve de su rostro son los labios. Me siento un poco mal por no haberlo visto con Enzo delante, aunque estoy segura de que, si él estuviera con un grupo de niños gritando, también accedería a cumplir todos sus deseos con tal de que se callaran. El dibujo no tiene muchos detalles, pero es perfecto.

—Daisy quiere que os reunáis con los demás, creo que va a decir unas palabras —dice Maggie detrás de mí.

—¡Vamos, chicos! Ya os explicaré mejor lo del baúl cuando nos veamos el lunes.

Los niños me siguen hasta la zona del mostrador. Daisy golpea un vaso de cristal con una cucharilla para llamar la atención de los presentes.

—¿Eras tú la del dibujo? —susurra Maggie emocionada.

—Me cuesta pensar que no.

—Voy a intentar hablar sin llorar, pero aviso que va a ser complicado —comienza a decir Daisy sin poder evitar que los ojos se le humedezcan—. Cuando compré esta librería con mi marido hace ya casi cincuenta años, nunca pensé que duraría tanto tiempo abierta —bromea, provocando que todos se rían—. Le prometí a Bob que haría todo lo posible para mantener nuestro negocio, nuestra vida, todo el tiempo que yo estuviera en esta tierra. El día que llegué aquí y vi lo que habían hecho esos vándalos, juro que se me cayó el alma a los pies. Pero, gracias a mis hijos, aunque están deseando que me jubile, y a mis chicas, Olivia y Violet, sigo aquí. Gracias por ponerle tanto cariño a este lugar, os quiero muchísimo. No sé qué haría sin vosotros.

Daisy rompe a llorar y sus hijos se acercan para abrazarla. Todos empiezan a aplaudir y no puedo evitar que se me empañen los ojos.

—¡Venid vosotras también! —grita Emma.

Daisy nos regala una vez más uno de sus abrazos que te dejan sin aire y por un momento me siento como en casa.

—Tengo una sorpresa para ti. Cierra los ojos.

Entro un momento en el almacén y regreso con el regalo cuidadosamente envuelto. Le toco el hombro a Daisy; cuando abre el paquete y ve el marco con la fotografía, se lleva las manos al pecho. La abraza con emoción y corre a enseñársela a sus hijos.

—Gracias, querida. Adoro esta foto. —Daisy se acerca a mi oído y añade solo para mí—: Me encantaría que te quedaras con la librería.

—¿Qué? —respondo sorprendida.

—No digas nada aún, todavía no se lo he comentado a mis hijos; ya lo hablaremos en otro momento.

Los ojos de Daisy se empañan de nuevo y vuelve a abrazarme. Su propuesta me ha dejado descolocada y creo que incluso un poco

pálida. Es entonces cuando, por encima de su hombro, mis ojos se cruzan con los de Enzo.

53



Olivia

—¡Al final sí que ha venido el chico guapo! —exclama Daisy al descubrir hacia dónde dirijo la mirada al finalizar el abrazo.

Hace que me muera de vergüenza y noto que Enzo también se ha puesto un poco rojo. Busco a mis amigas con los ojos entre los presentes y veo que están observando la escena con curiosidad.

—¡Pasa, hombre, que no mordemos!

Enzo avanza hasta el mostrador y se une a los demás. Intento mantener la calma, pero no puedo evitar sentir cómo mis pulsaciones se aceleran.

Joder, estoy segura de que ese mechón cae en su frente de forma más estratégica que nunca.

—Pensaba que no me daría tiempo a venir —comenta antes de que Daisy lo estrangule con un abrazo—. Enhorabuena por la reapertura.

—Esto también es gracias a ti —responde—. Sé que tú has metido mucha mano aquí.

Enzo me regala una mirada cómplice, ya que eso ha sonado demasiado literal. El recuerdo de lo que pasó en el suelo de la librería el día de la pintura hace que vuelva a sonrojarme. Como si pudiera leerme la mente, una sonrisa pícara se dibuja en su boca.

—Sí, él también ha ayudado mucho —añado nerviosa.

—Olivia, ¿estás bien?

«Qué bien suena mi nombre cuando sale de sus labios».

«Joder, Olivia, no».

«Piensa con claridad. Daisy acaba de soltarte una bomba que, de momento, es mejor que guardes en secreto hasta que hables con ella y tengas las ideas claras, y ahora ha aparecido Enzo».

«Tengo que confesarle que he visto el dibujo del baúl».

—Sí, perdona. Me he quedado en blanco porque no sabía cómo decirte que los niños han visto el baúl.

—¿Les ha gustado? —Está nervioso.

—Mucho, pero no más que a mí. Gracias, es la primera vez que me dibujan. —Me voy a morir de la vergüenza.

—¿Quién dice que eres tú?

—Oh, bueno... Por el contexto, por la cámara, he pensado que...

—Olivia —dice acercándose a mí—, claro que eres tú, y me alegro de que te haya gustado.

Nos separan pocos centímetros y, a pesar de que estamos rodeados de gente, estoy deseando besarlo. Creo que la reapertura nos está alterando las hormonas a todos.

—¿Este es tu novio? —La voz de Tom hace que nos separemos.

—¡Hola, tío! Tú debes de ser Tom, me han hablado mucho de ti.

—Seguro —responde Tom levantando una ceja—. ¿También te han contado que soy el favorito de Olivia?

—Tom, sabes que no hay favoritos en el grupo. Os quiero a todos igual —digo agachándome para ponerme a su altura.

—Ya, bueno, eso también lo dice mi abuela y sé que soy su preferido.

Tom se marcha con la barbilla bien alta y Enzo y yo intentamos que no oiga nuestras risas.

—Vaya, parece que tienes otro pretendiente.

—¿Otro? —Ahora soy yo la que levanta una ceja.

El sonido de una cucharilla contra una copa hace que Enzo no continúe con ese tema. Daisy está llamando de nuevo la atención de todos y hace que nos acerquemos al mostrador otra vez.

—No quiero que penséis que no quiero que os comáis todos los canapés, pero esta anciana tiene que volver a casa. Gracias de nuevo a todos por venir y espero de corazón que hayáis disfrutado de la velada. Ahora, si me disculpáis, tengo que tomarme la medicación y me la he dejado en la mesita de noche.

Se oyen unas risas tras las últimas palabras de Daisy y la gente comienza a irse. Cuando la librería se haya vaciado, ordenaremos un poco para que el lunes todo esté en su sitio y podamos volver a abrir como siempre.

—Ahora sí que podemos decir «¡Hasta el lunes!» —comento emocionada.

—¡Hasta el lunes! —me responde Daisy—. Ya hablaremos de lo que te he dicho, del futuro... —Me guiña un ojo.

—¿A qué se ha referido con esa última frase? —pregunta Maggie cuando nos quedamos los cuatro solos.

—A nada importante —miento—. Creo que quiere poner más días de cuentacuentos, porque vamos un poco justos de tiempo.

Como siempre, es una mentira a medias para que no me tiemble el ojo. No puedo contarles nada ahora de su propuesta, y lo de añadir un día de cuentacuentos es algo que quería proponerle, así que tampoco voy tan desencaminada.

Tras recogerlo todo y dejar la librería lista, Enzo se acerca a mí.

—Me gustaría que volvieras conmigo. Yo te llevaré luego a casa, pero antes quiero que vayamos a un sitio.

—¡Claro! —responden mis amigas a coro, y giro la cabeza hacia ellas.

—Bueno, en ese caso, te espero en el coche. Hasta otra, chicas —se despide de mis amigas.

«¿Qué quiere? ¿A dónde pretende llevarme?». En muy pocas semanas he pasado de poner límites a sentir que quiero besarlo todo el rato. Aquel beso después del pícnic vive en bucle en mi cabeza y me tiene un tanto descolocada.

«Es su perfume, seguro que es eso».

Les digo adiós a Maggie y Lisa después de cerrar, monto en el coche de Enzo, este arranca y se incorpora al tráfico. Al rato me doy cuenta de que estamos los dos muy callados. No es incómodo, pero parece que se respira algo diferente entre nosotros..., aunque tal vez sean imaginaciones mías. Como si el universo quisiera ayudarnos a romper el hielo, «What a Feeling», de One Direction, empieza a sonar por los altavoces.

—¿Ahora eres *directioner*? —lo vacilo subiendo el volumen.

—Yo... Bueno... —titubea nervioso—. El día que me hiciste aquel concierto en la librería me guardé algunas canciones. Me jode admitir que los juzgué mal.

—¿Estás reconociendo que son geniales? —Le doy varias veces con el dedo índice en el hombro para picarlo y no puedo evitar reírme.

—Solo admitiré que tienen algunas canciones buenas.

—Eso también me vale.

—¿No tienes un poco de curiosidad por saber a dónde vamos? —pregunta cambiando de tema.

—Por la emoción con la que lo has dicho, ahora me da miedo preguntar.

—Confía en mí, te va a encantar.

Su mano se posa en mi muslo por sorpresa. Me lo aprieta, como si quisiera transmitirme esa confianza que acaba de mencionar. Sin pensar, pongo mi mano sobre la suya..., por si se le ha pasado por la cabeza apartarla de ahí.

Al poco Enzo para el coche y sale, y yo no puedo evitar pensar que se está quedando conmigo. Esto tiene que ser una broma. No pienso bajar ni de coña. ¿Es que acaso no me escucha cuando le hablo? Es algo que he comentado con él de forma abierta en muchas ocasiones.

—Vamos, baja —me dice a través de mi ventanilla.

—Si tu plan era matarme de un infarto, pensándolo mejor, no quiero ir. Me quedo aquí —digo cruzando los brazos.

—Olivia, sé de sobra que tienes pánico a las alturas y estás en todo tu derecho de no querer subir. —Se agacha para ponerse a mi altura, ya que yo sigo sentada—. Pero merecerá la pena. Te lo prometo.

Detecto un brillo en sus ojos que nunca había visto antes. Odio reconocerlo, pero hay algo en Enzo que me atrae como un imán. Por encima de su hombro veo la estación del teleférico. ¿A quién se le ocurrió pintar ese armatoste metálico volador de color rojo? Grita «PELIGRO, VAS A MORIR» por todos sus tornillos.

—Está bien, acepto.

54



Olivia

Puede que mi mente se haya puesto en modo automático desde que he aceptado el plan, como si estuviera protegiéndome para lo que viene ahora, pues no recuerdo cómo hemos llegado hasta los pies del teleférico. Siento como si mis piernas funcionasen solas.

—Ahora vamos a entrar igual que si cogiéramos el metro.

En realidad, como no es subterráneo, más bien parece que estemos entrando en una estación de tren en plena calle. Subimos un par de escalones y, hasta ahí, todo correcto. El problema viene cuando veo cómo una cápsula del tamaño de un autobús de línea viene hacia nosotros. Me es imposible no volver a pensar en el terror que me transmite ese color rojo chillón con el que está pintado.

—No quiero ir flotando en esa cosa —señalo.

—Confía en mí, por favor.

Tengo un nudo enorme en el estómago y no sé si voy a ser capaz. La sensación de que se me va a salir el corazón del pecho empieza a

ser cada vez más fuerte y mi cuerpo se tensa. Enzo busca mi mano y la aprieto con fuerza.

—Estoy hablando en serio. —Me mira a los ojos—. Quiero que confíes en mí y que sepas que, si estás conmigo, no te va a pasar nada. Te lo prometo.

Su tono me relaja y hace que haga un esfuerzo por mantener la calma. En otro momento ya estaría buscando en internet cuántas muertes por subir a un teleférico se producen al año. En ese aspecto me he esforzado mucho por mejorar. Es parecido a buscar en Google a qué puede deberse que te duela la cabeza: siempre es la peor opción.

—Nos toca.

La encargada de la cabina de control nos indica que subamos y siento que mis piernas están bloqueadas. Es como si alguien me hubiera pegado al suelo. Por suerte, por la hora que es no hay mucha gente, pero todos me miran. El miedo y la vergüenza me paralizan, soy incapaz de moverme.

—No puedo —susurro.

Antes de que pueda decir nada más, alguien me empuja por detrás sin querer. O eso espero. El golpe hace que reaccione y vuelvo a sentir que mis piernas funcionan. Enzo me mira y comienzo a caminar despacio, con mucho cuidado. Sin apenas darme cuenta, ya tengo los dos pies dentro y las puertas se cierran detrás de mí.

—Sabía que podías. Solo son cinco minutos, no te arrepentirás de haber subido.

Agradezco que el teleférico no sea de esos que tienen el suelo de cristal. Ahí me desmayaría antes de iniciar siquiera el trayecto. Mi respiración vuelve a agitarse al ver que esto es de verdad y que dentro de unos segundos estaremos lejos del suelo.

—Sigue mirándome, Olivia. No pienses en nada más y guíate por mi respiración —me pide poniendo su dedo índice en mi barbilla—. ¿Conoces la técnica del cuatro, siete, ocho? —Niego con la cabeza—. Es muy fácil. Inhala por la nariz contando hasta cuatro, retén el aire siete segundos y exhala por la boca contando hasta ocho. Así, hasta que sientas que las pulsaciones van bajando.

Y así es como noto que mi cuerpo comienza a destensarse mientras lo miro a los ojos. Por un momento consigue hacer que parezca que solo estamos él y yo, como si no hubiera nadie más metido aquí dentro.

—Solo te pido que no te quedes en silencio. Si me hablas, no pensaré en las mil maneras de morir que hay metidas en esta cosa voladora —suplico cuando estoy más tranquila.

—Una vez me traumé con ese programa de pequeño —confiesa.

—¿Qué?

—¿No has visto nunca el programa *Mil maneras de morir*? Creo que por eso empecé a desarrollar mi hipocondría. —Enzo sigue hablando, aunque no tengo ni idea de lo que está diciendo—. Una chica usó una cuchilla oxidada, se cortó en un descuido y una infección empezó a comerle la piel.

Cuando me quiero dar cuenta, ya estamos a la altura de un piso medio de Nueva York. Pienso en no mirar abajo con todas mis fuerzas o creo que me desmayaré en cuestión de segundos. Aunque no soy fan de la velocidad, desearía que este trasto fuese más rápido.

Me viene a la mente aquella escena de *Divergente* en la que Tris va en tirolina por los edificios. Puede que esto no sea tan arriesgado, pero estoy segura de que ahora mismo estoy sintiendo lo mismo que ella al ver que estaba jugándose la vida a tanta altura.

—Mira. —Enzo señala al horizonte.

Mis ojos siguen la dirección de su dedo. Nueva York comienza a iluminarse mientras estamos en lo alto y ahora entiendo por qué Enzo me ha prometido que valdría la pena. El puente de Queensboro queda a nuestros pies, junto a algunos edificios, dejando a la vista los resquicios del anaranjado atardecer. La altura a la que estamos nos regala el *skyline* de Midtown Manhattan más bonito que he visto desde que me mudé aquí. Nunca me imaginé que sería capaz de ver la ciudad desde este punto con mis propios ojos. Hasta me atrevo a mirar hacia abajo un momento y ser consciente de lo pequeños que somos. Incluso desde esta altura se puede palpar el estrés y la velocidad de la gente. De nuevo, miro hacia delante para encontrarme con el icónico Empire State Building iluminado justo frente a nosotros.

Por el reflejo de los cristales veo cómo Enzo saca su teléfono del bolsillo y me hace una foto de espaldas. No digo nada, prefiero que piense que no me he dado cuenta.

—Sabía que te gustaría —me susurra al oído, provocando que se me erice la piel.

Me envuelve por detrás, pasando sus brazos por debajo de mi pecho. Si ahora mismo me pidiera que nos tirásemos en paracaídas, puede que también lo hiciera..., solo con la excusa de seguir creando recuerdos como este con él.

55



Enzo

No sabía muy bien cómo reaccionaría Olivia al verme aparecer por Three Lives, y más cuando no nos veíamos desde la tarde del pícnic. Solo han pasado un par de días, pero no puedo fingir que no sentí aquel beso de una manera distinta. No entiendo por qué he estado dándole tantas vueltas, lo cierto es que parece que para ella todo sigue igual. Me da miedo pensar en que quiera volver a tener una conversación sobre nuestros límites, porque quizá nos estemos pasando un poco.

En todo caso, todos mis miedos han desaparecido cuando la he visto nada más entrar. No sé qué se ha hecho en el pelo, pero no lo lleva liso como siempre. Está preciosa, por no hablar de esa falda corta que deja sin aliento a cualquiera.

Tal vez haya sido muy egoísta por mi parte pedirle que se subiera al teleférico conmigo sabiendo que tiene pánico a las alturas.

—Está bien, acepto.

Sé que Olivia es una chica de palabra y que, a pesar de lo que le va a costar hacerlo, se subirá. Entiendo que está nerviosa, así que dejo de darle tantas vueltas a todo y agarro su mano para transmitirle un poco de calma; que estoy aquí con ella. Cuando la empleada nos indica que entremos, siento que su respiración se agita. Para estos momentos, sé que las palabras sirven de poco. La guío con un ejercicio para la ansiedad que he tenido que utilizar más veces de las que me gustaría y consigo que se relaje un poco. Creo que nunca habíamos estado tanto tiempo mirándonos a los ojos. No suelo ser de los que evita una mirada mientras habla con alguien, pero admito que los ojos de Olivia, grandes y verdes, me han puesto un poco nervioso desde la primera vez que la vi.

—Solo te pido que no te quedes en silencio. Si me hablas, no pensaré en las mil maneras de morir que hay metidas en esta cosa voladora —dice cuando ya está más tranquila.

Es entonces cuando me pongo a hablar de un programa de televisión que veía de pequeño. Puede que no sea muy agradable, pero quiere que hable de cualquier cosa y es lo primero que se me ha ocurrido.

«¿De verdad tenías que recordar ese episodio sobre la *stripper* y la cuchilla de afeitar oxidada?», pienso.

Y en ese instante sé que todo está saliendo a la perfección. El momento exacto en el que apenas queda luz solar y la ciudad empieza a iluminarse. Veo cómo Olivia avanza un poco hacia el cristal y no la freno, parece que está hechizada con las vistas. Sabía que le encantaría.

Sin que se dé cuenta, me quedo detrás de ella y saco mi teléfono para hacer una foto. No me basta con guardar este momento en mi retina para siempre, quiero que también quede en una fotografía.

Las vistas desde aquí son increíbles, pero nada se compara a tenerla delante.

—Sabía que te gustaría —le digo al oído mientras la abrazo.

—Ha sido increíble. Gracias por insistir en que lo hiciera —responde regalándome una sonrisa.

Caminamos hasta la salida cuando el teleférico llega a Roosevelt Island y avanzamos por el paseo cerca del río hasta Panorama Room; es un restaurante situado en una azotea, por si se ha quedado con ganas de seguir admirando las vistas.

—Buenas noches, señor Verona. ¿Tiene reserva? —pregunta el *maître* cuando salimos del ascensor.

—No, lo siento. Ha sido un plan imprevisto, pues no sabía si sería capaz de subir al teleférico —bromeo, y Olivia me da un golpe en el hombro.

—No se preocupe, síganme.

El hombre nos acompaña hasta una mesa, a una distancia prudencial de la barandilla de cristal exterior, pero desde donde podemos seguir disfrutando del *skyline* de la ciudad. El edificio pertenece a la familia Hilton, por lo que sé de sobra que siempre dejan alguna mesa para amigos o comensales de última hora.

—Me ha costado cinco meses, pero al fin has aceptado cenar conmigo.

Muevo la silla para ponerme a su lado, odio que cenemos sentados uno frente al otro.

—Cuatro —me corrige—. Todavía quedan unos días para que empiece junio. Además, yo solo había aceptado el plan para superar mis miedos, esto no estaba hablado.

—¿Habrías vuelto a dejarme plantado si te hubiese preguntado?

—Puede. —Me mira por encima de la carta y noto cómo crece un bulto en mi entrepierna.

—¿Saben ya lo que van a tomar? —nos interrumpe un camarero, y lo agradezco.

—Sí, tome nota. —Me aclaro la garganta y la miro para que me deje elegir por los dos, a lo que responde con un gesto afirmativo—. Para beber, una botella de vino blanco, Chardonnay, y un poco de agua, y para comer, el tartar de atún y el pulpo asado. ¿Te apetece compartir unos nachos con caviar?

—Sí, está bien. Gracias. —Olivia asiente y le devuelve la carta al camarero.

—Bueno, ¿qué te parece el sitio?

—Es muy bonito y moderno —comenta echando un vistazo a su alrededor—. Me gusta. Aunque la gente va muy arreglada y yo voy hecha un cuadro con esta falda.

Veo cómo intenta estirar la tela para cubrir sus rodillas lo máximo posible. De inmediato, pongo mi mano en su muslo y la cuelo por debajo de la tela.

—Estás preciosa..., y no es porque no me guste, pero estoy deseando quitarte esa falda desde que te he visto con ella puesta.

Olivia me da un puntapié y veo cómo sus mofletes empiezan a arder.

—En ese caso, mejor cenar rápido, ¿no?

Me encanta cómo, aunque lo dice con la boca pequeña, siempre me sigue en estos casos.

56



Olivia

Volver a Three Lives los lunes por la tarde para estar con mis niños y no para intentar reflotarla es una maravilla. La reapertura fue genial y la librería vuelve a estar llena de vida, como antes. Queda poco menos de un mes para el festival de cuentacuentos y, aunque vamos un poco justos de tiempo, los críos están trabajando muy duro. Estoy muy orgullosa de ellos.

—Me gusta mucho cómo lo has hecho, Grace —digo mientras la pequeña vuelve a sentarse en su sitio—. Rapunzel también es una de mis princesas favoritas.

—Entonces, si todos lo hacemos tan bien, ¿por qué no hacemos el festival ya?

—¡Eso! —gritan varios a coro.

—Es cierto que todos habéis trabajado mucho y ya lo hacéis *casi* perfecto, así que se me ha ocurrido que este año podríamos subir un poco el nivel.

—¿Cómo? —pregunta Tom mientras sus compañeros me miran expectantes.

Me levanto y me pongo delante de todos, como si fuese yo la que va a narrar una historia.

—Está muy bien contar el cuento tal cual es, de eso trata lo que hacemos aquí, ¿verdad? —Todos asienten—. Pero estaría aún mejor si le añadiésemos algunos toques personales, de esos que marcan la diferencia. De ese modo os meteréis al público en el bolsillo. Por ejemplo, Grace podría decir que Madre Gothel no peina a Rapunzel, sino que le intenta hacer unas ondas en el pelo.

—¡Mi madre usa el rizador de Dyson! —salta Grace.

—Vale, genial —digo con una sonrisa—. Puedes contar que, cada vez que Madre Gothel necesita el poder de Rapunzel, le hace un peinado con el rizador de Dyson. ¿Qué te parece?

Todos los niños empiezan a reírse y parece que la idea ha calado.

—¡A mí se me ha ocurrido algo para mi cuento! —Le cedo el turno a Tom—. Puedo decir que, cuando Caperucita y el cazador entran en casa de la abuelita, pillan al lobo viendo *The Tonight Show Starring*, de Jimmy Fallon, con ella y hacen las paces. A mi hermana mayor le gusta mucho ese programa.

—¡Perfecto! Veo que lo habéis pillado. Pensad qué podéis añadir en vuestro cuento para el próximo día.

Lo digo al ver que algunos padres empiezan a llegar para recoger a sus hijos y me despido de ellos. Cuando ya se han ido todos, pongo las sillas de nuevo en su sitio y ayudo a Daisy con el cierre.

—¡Qué bien queda la foto que me regalaste en la entrada! Me encanta —exclama cuando estamos a punto de salir—. He pensado que, si te acabas quedando con la librería, podrías colgar algunas de tus fotografías aquí para exponerlas y venderlas. ¿Qué te parece?

—Es una idea tentadora, pero sabes que todavía necesito tiempo para meditarlo.

—Lo sé, lo sé. Solo quiero que sepas que confío en ti y que, tomes la decisión que tomes, será la correcta.

—¿Has hablado ya del tema con Edward y Emma? ¿Ellos no quieren seguir con el legado familiar cuando tú te jubiles? —pregunto mientras pongo la alarma y cierro la reja.

—Ellos tienen sus profesiones, nunca han estado interesados en quedarse con el negocio familiar. Lo entiendo, Bob y yo les pagamos la universidad, nos esforzamos mucho para que pudieran estudiar y luego optaran a buenos puestos de trabajo. Pero, siendo sincera, ahora pienso en cerrar y me da pena que ninguno de los dos sienta el menor interés por quedarse con la librería.

Entiendo que esto es lo poco que le queda de Bob y le duele en el alma tener que desprenderse de ello y que desaparezca para siempre porque sus hijos no quieren saber nada del asunto. Debe de doler, y mucho.

—No quiero que pienses que estoy haciéndote chantaje emocional, por Dios —añade—. No esperaba por tu parte una respuesta inmediata, pero quiero que sepas que estaría más que encantada de que fueras mi sucesora. Sabes perfectamente cómo funcionan las cosas aquí. El amor que has puesto y sigues regalando cada vez que entras en la librería es el mismo que se respiraba cuando compré el local con mi querido Bob...

Todo mi entorno sabe que me vuelvo a España en menos de un mes.

La idea de volver a casa lleva rondándome la cabeza desde que mis padres vinieron a pasar las últimas Navidades conmigo. Los vuelos son caros, hay que cogerlos con mucha antelación, pero

encontré uno muy barato un par de días después de que tenga lugar el festival.

Vine aquí a la aventura y buscando darle un giro a mi vida; tenía claro que quería regresar porque las cosas no me habían ido del todo bien en el campo de la fotografía, por decirlo de algún modo, pero ahora... Mi dilema es que el tiempo que he invertido en que Three Lives volviera a ser lo que era antes está haciendo que encuentre mi sitio en algo que jamás habría imaginado. La oferta de Daisy ha sido como un rayito de luz que me da una razón para quedarme, como el día que conocí a Maggie por casualidad y me ofreció trabajo como fotógrafa de bodas. Bendito momento en el que decidí pagar un seguro de cancelación, porque algo en mi cabeza está pidiéndome que no me vaya.

—¿Qué tal si te doy una respuesta el día del festival?

—Me parece bien, querida.

«¿De verdad podría quedarme en Nueva York para dedicar mi vida a Three Lives como hizo ella?».

57



Enzo

—¡Listo! —exclama Emily al terminar de colocarme la peluca—. ¿Estás preparado para verte?

Me pasa un espejo para que pueda comprobar el resultado y tengo que aguantar la risa al descubrir mi versión rubio platino.

—Joder, pensé que me quedaría espectacular, pero no sé yo...

—¡Qué dices! No te queda tan mal, te lo prometo. Sabes que, si fuese horrible, te lo diría.

—Voy a ponerme el resto del disfraz, a ver si mejora algo. Ahora vuelvo.

Voy a mi habitación y me pongo el abrigo blanco y el resto de los accesorios. Menos mal que esto es solo para el principio del cumpleaños. Una vez que haya hecho el ridículo con la actuación que le prometí a Allison, solo iré con la peluca y vestido de negro. Ya que por cojones voy a humillarme esta noche, al menos que la gente vea que mi versión Mojo Dojo Casa House es la hostia.

—¿Me pones la bandana? No quiero que se me mueva la peluca.

—¡Claro! —Se la paso y me la ata con cuidado—. Lo de no llevar camiseta debajo del abrigo es mortal... —comenta intentando no reírse.

—No me digas que no soy clavadito a Ryan Gosling.

Doy una vuelta despacio para que pueda analizar cada detalle de mi disfraz. Quien no vea lo currado que está o no tiene ni idea o me tiene envidia.

—Todo es gracias a la peluca —dice orgullosa.

—En cierto modo sí, lo admito. Gracias por venir a ayudarme.

—No hay de qué. ¿Te importaría llevarme a casa? —pregunta mientras recoge sus cosas.

—Sin problema. Voy a avisar a Olivia para ver si está lista, te dejo en tu casa y paso a por ella.

—Uuuh... Que vaya al cumpleaños de Allison son palabras mayores.

—Va a trabajar, no tiene nada que ver conmigo. Allison le pidió que hiciera las fotos de la fiesta a cambio de la firma de libros.

—Entonces, ¿no es porque estés empezando a mejorar tu responsabilidad afectiva? ¿Ni porque te hayas dado cuenta de que puedes tener una relación con una mujer sin pensar que es exclusivamente un objeto de usar y tirar solo porque en el pasado alguien te trató como el culo y lo has usado como excusa todo este tiempo para hacer lo que te ha dado la gana con el sexo opuesto? —pregunta, quedándose casi sin aire.

—Vaya, parece que llevabas mucho tiempo esperando el momento justo para soltarme eso.

—Puede ser, confieso —responde.

—La verdad es que solo somos dos adultos que disfrutan pasando tiempo juntos y de vez en cuando follan. Listo.

—¿No te gusta ni un poquito? —insiste.

—Hasta que no diga lo que quieres escuchar no vas a parar, ¿me equivoco?

—Joder, no es eso. Pero admite que, si no te removiera un poquito, aunque fuese una cosita pequeñita, no quedaríais tanto ni hablarías todo el día con ella. No eres de segundas citas, hay algo en Olivia que te hace sentir bien y te gusta.

—Sí, me gusta pasar tiempo con ella y disfruto de su compañía. Pero los dos hemos marcado nuestros límites y ahora no buscamos nada serio. Además, fue ella la que me frenó primero.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

Cómo le gusta un buen cotilleo, es increíble.

—¿Recuerdas el día que fuimos de karaoke con Michael y sus amigas? —Asiente con la cabeza—. Pues le dije que durmiera en mi casa y me dijo que no —admito, y reconocérselo a ella pica un poquito más.

Emily se lleva las manos a la cabeza, como cuando estás en un partido de baloncesto y fallan el tiro que podría haber dado la victoria a tu equipo. Estoy dándole demasiada información sobre mi situación con Olivia y sé que no va a parar de hacer preguntas. No debería haber dicho nada, pero lo cierto es que, aunque lo hayamos dejado todo claro, sigo dándole vueltas al tema. ¿Por qué se pone tantas barreras conmigo?

—¿Me estás diciendo que le ofreciste que durmiera en tu casa? ¿Cuántos capítulos me he perdido?

—Unos cuantos, no te voy a engañar.

Prefiero omitir el pícnic y la cena en Roosevelt Island.

—Está bien. No hay más preguntas, señoría —suelta satisfecha.

Cojo mi mochila con la ropa para cambiarme después de mi actuación y salimos de mi casa. Emily conecta su teléfono nada más subirse a mi coche y pone a Billie Eilish. Es de las pocas personas a

las que le dejo hacer eso. Demasiados años siendo amigos, supongo.

—¡Pasadlo bien! —se despide al bajarse del coche—. No olvides decirle a Olivia que te haga alguna foto con todo el disfraz.

Me aseguro de que entra en su portal antes de irme y, en cuanto mi móvil se conecta al coche, cambio de canción. Escucho Fleetwood Mac de camino a casa de Olivia y me pregunto qué opinará al verme con la peluca rubia. Estoy demasiado raro. Conociéndola, no va a dudar ni un segundo en reírse de mí. Llego a su casa y le escribo para que baje. Para mi asombro, pocos minutos después, una chica con una gabardina larga color crudo y una peluca corta de color lila pastel con flequillo sale del portal. Se dirige hacia mi coche y, si no llega a ser por la mochila de la cámara, me habría costado reconocerla. Es Olivia.

—Parece que la cosa va de pelucas —dice cuando se sube a mi coche—. Sorprendentemente, te queda bien el rubio.

—No estoy de acuerdo, pero gracias. Confieso que a mí me pone un poco ese pelo morado.

—Empiezo a pensar que a ti te pone cualquier cosa.

—Si tiene que ver contigo, sí.

Se ha puesto nerviosa y me encanta saber que tengo ese poder sobre ella.

—¿Podemos irnos ya? Te recuerdo que voy a la fiesta como fotógrafa.

—¡A la orden! —exclamo haciendo un gesto de saludo militar.

Conduzco hacia el lugar donde se celebra el cumpleaños y, durante el trayecto, me causa un poco de gracia ver cómo Olivia pisa un freno imaginario cada vez que acelero y hago rugir el motor del coche. Me encantaría que se sintiera segura conmigo cuando voy al

volante, pero entiendo que todavía no está acostumbrada a mi forma de conducir.

Llegamos a Glasshouse, frente al río Hudson. Es un edificio enorme, lleno de ventanales que ofrecen una fantástica panorámica de la ciudad. Estoy seguro de que a Olivia le va a chiflar. Allison me dijo que había dado mi matrícula para que pudiera dejar el coche en el parking, así que aparco sin problema.

—¿Habías estado aquí alguna vez?

—Es un lugar muy exclusivo, nunca he tenido la oportunidad de entrar —responde mientras bajamos del vehículo.

—¿Necesitas que te ayude a llevar algo?

—No, tranquilo, todo controlado. Por cierto, ¿sabes en qué planta es la fiesta? —pregunta haciendo una mueca.

—Pensaba que el tema de las alturas ya estaba superado —bromeo.

—Lo del teleférico fue de gran ayuda, pero admito que todavía me cuesta —dice, y echa a andar hacia el ascensor. Al entrar en el cubículo, Olivia suspira y pone los ojos en blanco al ver que pulso el botón de la última planta.

—Venga, que solo son diez pisos, no es para tanto.

—Ay, mi madre. Prefiero no pensarlo.

Algo me dice que esta noche va a ser muy divertida.

58



Olivia

El ascensor se abre y parece que hemos llegado a una dimensión paralela en la que solo existe el color rosa y el brillo. Lo primero que veo nada más entrar es un *photocall* y, a medida que vamos avanzando, una sala enorme dividida por diferentes temáticas inspiradas todas en películas *Barbie*, claro está. A mano izquierda me encuentro con una zona muy mágica: un montón de espejos con mariposas de todos los tamaños, que me recuerda a Barbie Mariposa y la película de *Fairytopia*. En el lado contrario hay una zona un poco más retro, con una pista de patinaje sobre ruedas, un guiño a esa icónica Barbie con el mono azul y los calentadores. Al fondo, un escenario decorado con un montón de bolas de discoteca en el techo. Estoy deseando ver cómo quedarán cuando apaguen todas las luces. Va a ser una noche muy interesante, hay mucho que fotografiar.

—¡Qué puntuales! —Oigo la voz de Allison detrás de nosotros—. ¿Qué os parece?

Me quedo impresionada al ver que lleva un vestido basado en la primera Barbie que salió al mercado. El de la muñeca original era un bañador de rayas negras y blancas sin tirantes, y lleva uno con el mismo estampado, solo que le llega por las rodillas, estilo años sesenta.

—Estás espectacular y a la fiesta no le falta detalle —digo sonriendo de oreja a oreja—. Por cierto, felicidades.

—Sí, muy rosa. Para variar. Felicidades —comenta Enzo mirando a todas partes.

—¡Gracias! Este es solo el primer *outfit*. Ya verás los demás... Dios mío, no me había fijado en tu pelo rubio. Debo admitir que no tenía fe en tu disfraz. ¡Vas total! Estoy deseando ver tu actuación —comenta Allison emocionada.

—¿Actuación? —pregunto, pero parece que nadie me oye.

—Me tomo muy en serio mis papeles. Si hubieses venido a alguna de mis últimas obras lo sabrías —suelta Enzo dirigiéndose a Allison.

—Deja ya de llorar, por favor —lo increpa esta.

—¿Dónde puedo dejar mis cosas? ¿Quieres que empiece por el *photocall* para que todos tengan su foto de bienvenida? —Intento cambiar de tema para que no discutan, son como el perro y el gato.

—Que Enzo lleve tu abrigo y su mochila al guardarropa de la entrada y tú te vienes conmigo para que te explique un poco lo que quiero. ¿Te parece? —propone Allison.

Enzo me ayuda a quitarme el abrigo y se queda con cara de haber visto un alienígena al ver mi disfraz: un vestido celeste, decorado con pompones lilas a juego con mi peluca. En cambio, Allison lo ha captado al momento. Es mi personaje favorito de todas las películas *Barbie* y quería hacerle un homenaje.

—Sabía que esa peluca lila solo podía significar que ibas de Bibble. ¡Me chifla! —grita emocionada.

—¿Qué cojones es Bibble? —pregunta Enzo.

—Búscalo en internet mientras vas a dejar las cosas, anda —ordena Allison.

La cumpleañera me agarra del brazo y tira de mí para que la siga. Me quedo un poco extrañada al ver que me lleva a una sala muy apartada de la fiesta. Parece que es el vestuario de los trabajadores.

—Muy bien, puedes dejar tu cámara aquí —dice abriendo una taquilla.

—¿Perdón?

—Sí, tranquila. Nadie va a entrar, está muy vigilado. Te dejo la llave por si las moscas.

—¿Cómo voy a hacer las fotos si no tengo la cámara?

—¡Muy fácil! No has venido a hacer fotos, has venido a divertirte con Enzo. Lo de que te necesitaba como fotógrafa solo era una excusa para que no me dijeras que no.

—Perdona, pero ahora mismo no entiendo nada —digo confusa.

Allison me coge de las manos y me obliga a sentarme en el banco de madera que hay frente a las taquillas. Ella se instala a mi lado y respira hondo antes de seguir hablando.

—Mira, sé que la gente cree que Enzo y yo nos llevamos a matar. En parte es cierto, pero la verdad es que nos tenemos mucho cariño. Son muchos años en la familia y lo conozco muy bien. Aunque haga como que no me soporta, sé de sobra que él piensa lo mismo de mí. Si me pasara algo, sería el segundo en venir en mi ayuda. Claro está que Michael sería el primero. Por cierto, le he dicho que fuera a casa a por unos zapatos que me he dejado para mi tercer look y todavía no ha vuelto...

—Vale...

—La cosa es que no tienes que preocuparte por hacer fotos hoy, de verdad. Solo quiero que disfrutes de la fiesta y pases una noche

inolvidable con Enzo —comenta guiñándome un ojo.

—Pero ¿por qué?

—Sea lo que sea lo que tenéis vosotros dos, resulta evidente que os gustáis. Bueno, es verdad que a ti casi no te conozco, pero me jugaría el cuello a que es mutuo. —Gesticula tanto con las manos que siento que me estoy mareando—. Me di cuenta el día de la librería: cómo te busca con la mirada todo el tiempo, la forma en la que intenta estar cerca de ti... Enzo, de cara a la galería, proyecta la imagen de una persona muy extrovertida, muy feliz, sin problemas, divertida, a la vez que superficial con las mujeres y un poco inconsciente, sin querer ataduras ni compromisos, pero es solo una coraza. Es muy sensible y sufrió mucho hace años, pero, desde que te conoció, ha vuelto a tener esa chispa que tenía entonces. Está más feliz, más bromista, no se pasa el día ensayando encerrado con su grupo de teatro... No seas tonta y déjate llevar.

Siento que estoy recibiendo demasiada información en poco tiempo. Venía con una idea muy clara de lo que iba a pasar esta noche. Mi objetivo era sacar las mejores fotos de la fiesta e irme. Y ahora me entero de que todo es una encerrona de Allison para que me divierta, pero, sobre todo, para que pase tiempo con Enzo. Es cierto que las cosas están un poco confusas entre nosotros. Marcamos límites y luego no podemos estar más de dos días sin vernos. ¿A quién debo creer? ¿Por qué noto algo en el pecho al oír esto?

—Discúlpame si estoy siendo entrometida, a veces no puedo evitarlo. En todo caso, deja tu cámara y pásalo bien esta noche. —Allison sigue hablando al ver que no digo nada.

—Que empiece la fiesta entonces, ¿no?

No quiero que piense que soy una desagradecida. Resulta que hizo una firma en Three Lives a cambio de que yo disfrute al máximo

en esta fiesta de cumpleaños. No creo que vuelva a tener la oportunidad de estar en una así en mi vida. No voy a desaprovechar la ocasión.

59



Olivia

La noche está siendo increíble. En vez de una fiesta de cumpleaños parece una experiencia inmersiva de Barbie. La gente está como loca posando en el *photocall* como si fuese una muñeca en una caja o con el zapato gigante de la entrada. En lugar de un toro mecánico hay un Pegaso mecánico; todavía no nos hemos montado. Toda la comida y bebida es rosa, hasta el pan de las minihamburguesas. Ahora vamos a probar a patinar en la pista como si estuviéramos en una cita de los años setenta, con música disco. No recuerdo la última vez que me deslicé sobre ruedas. Nunca he sido una experta, pero me defiendo.

—¿Puedes volver a explicarme por qué no estás haciendo fotos? —pregunta Enzo intentando no caerse de morros con los patines.

—Resulta que Allison contrató a más fotógrafos de los que necesitaba y ha decidido prescindir de mis servicios —miento.

—Ya... —murmura nada convencido—. Pensé que sería una buena oportunidad para darte a conocer, aquí hay mucha gente del

mundillo de Allison y te habría ayudado.

A Enzo no le falta razón. Aunque hoy iba a trabajar a cambio del favor que me hizo el día del mercadillo de la librería, habría sido una oportunidad para mí. De todos modos, puede que no lleve mi cámara colgada al cuello, pero puedo relacionarme con la gente. No sé si resistiré no hacer ni una sola captura en toda la noche, me gustaría sacar alguna foto para el recuerdo.

—Bueno, así no estarás con cara de rancio el resto de la velada. Parece que no tienes muchas ganas de hablar con ninguno de los invitados.

—No quería sonar egoísta, pero, sí, me alegro de poder tenerte toda la noche para mí.

Después de lo que me ha dicho Allison en los vestuarios, no sé si está bromeando o habla en serio. Intento mantenerme serena, no quiero perder el equilibrio por lo que acaba de decir. Parece que Enzo ya se siente seguro sobre los patines: aumenta la velocidad y se me adelanta. Esquiva a la gente como si hubiese patinado toda la vida e incluso se desliza hacia atrás para no perderme de vista.

—¡Cuidado! —grito cuando veo que va directo contra un grupo vestido de *cowboys*.

A Enzo no le da tiempo a frenar y provoca una caída efecto dominó. Me acerco lo más rápido que puedo, pero por suerte parece que no ha sido nada grave.

—¿Estáis bien? —digo tendiéndole la mano a uno de los vaqueros.

—Oh, gracias —responde agarrándola para levantarse del suelo—. Parece que tenemos a un kamikaze en la pista —bromea.

Me quedo helada cuando veo que, bajo ese sombrero hortera de granjero, se esconde la cara de Jeremy. No sé si es por la peluca o por las pestañas postizas, pero juraría que no me ha reconocido. Tras recibir mi ayuda, se despide y continúa patinando. Tal vez se

deba a que su cerebro unineuronal no le permite procesar que alguien como yo pueda estar en una fiesta como esta. No puedo evitar preguntarme de qué conocerá a Allison para que lo haya invitado a su cumpleaños. Aunque, pensándolo bien, es imposible que todas las personas que están aquí sean amigos íntimos, ¿no?

—¿Hola? Una ayudita. —Oigo a Enzo detrás de mí.

—¡Perdón! —exclamo al ver que todavía está en el suelo.

Le tiendo la mano y, con toda la mala intención del mundo, tira de mí y me hace caer. Aterrizo encima de él y sus carcajadas se me contagian. La gente sigue patinando a nuestro alrededor, pero siento como si todo fuese a cámara lenta. Fija sus ojos castaños en mí como si pudiera leerme. Quizá se me note un poco que algo no va del todo bien.

—¿Pasa algo? —pregunta, frunciendo el ceño.

—No, no, tranquilo —intento sonar lo más convincente posible.

—¿De verdad? —insiste.

—Solo me estaba preguntando si, al ver el resto de mi disfraz, has seguido fantaseando o ya es demasiado para tu mente sucia.

—Digamos que nunca había pensado en montármelo con una alienígena hasta ahora.

—Eres lo peor —bromeo.

No me apetece estropear este momento, ni tampoco quiero que sepa que Jeremy está aquí. Quiero disfrutar de la noche. No puedo permitir que alguien que me ha hecho tanto daño siga teniendo la capacidad de hundirme.

Estamos muy cerca y siento unas ganas locas de besarlo.

—¡Ahí estáis! —grita Michael provocando que nos separemos—. Allison os está buscando como una loca.

Los dos nos levantamos del suelo como podemos y salimos de la pista a toda velocidad. Esta vez, Enzo no se lleva a nadie por

delante.

—Creo que es la hora de mi actuación.

—¿Tu actuación? —pregunto confundida mientras nos quitamos los patines. De pronto recuerdo que ya lo han mencionado antes.

—¿Qué narices estabais haciendo ahí tirados? —pregunta Michael.

—Nada —responde Enzo como si no hubiese roto un plato en su vida.

—Está bien, lo que sea. Necesito que me hagas un favor. Enseguida te lo devuelvo, Olivia.

Parece que Michael está al borde de un síncope. En cuanto nos hemos quitado los patines de ruedas y puesto los zapatos, coge a Enzo del brazo y lo arrastra con él hasta que los pierdo de vista entre la multitud. Mientras espero a que vuelvan, mi única misión es no volver a cruzarme con Jeremy. Teniendo en cuenta que es una celebración que cuenta con más de mil invitados, no debería ser muy complicado.

60



Enzo

No sé a dónde cojones me está llevando Michael, pero estamos muy alejados de la fiesta, por no hablar de lo que casi sucede en la pista de patinaje. Menos mal que ha llegado mi primo en el momento justo, la habría cagado con mis ganas de volver a probar los labios de Olivia ahí en medio. Cuando estoy a punto de perder los nervios, entramos en lo que parece el vestuario de los empleados y mi primo cierra la puerta detrás de él.

—Necesito que me hagas un favor —repite mi primo.

—Eso ya lo has dicho antes y por eso estoy aquí.

—Es verdad, perdón. Estoy atacado —dice caminando de un lado a otro.

—Pues tranquilízate un poquito y me lo cuentas.

Cuando consigo que deje de dar vueltas como un desquiciado, respira hondo y saca una bolsa de deporte de una de las taquillas. Para mi sorpresa, lo que hay dentro es un esmoquin rosa lleno de brillos.

—Necesito que me ayudes a ponerme esto.

—¿Qué? —Intento no reírme.

—Sé que Allison te pidió una actuación como Ken esta noche y estoy seguro de que has ensayado mucho...

—Muchísimo —aclaro.

—Pero creo que esta noche yo debería ser su Ken. Me siento muy culpable porque no fui el prometido más atento con los preparativos de nuestro enlace y, aunque sé que tuvo la boda de sus sueños, no estuve a su lado durante la organización. Ella no ha dicho nada al respecto, pero me siento fatal.

—No quiero sonar borde, pero creo que eso deberías decírselo a ella —suelto poniéndole la mano en el hombro—. Te ayudo con el traje y haces lo que sea que hayas preparado. El otro día, cuando hiciste de una de las Spice Girls, parecía que llevabas toda la vida cantando. ¿Cuál es el problema?

—Pues que tengo a Allison, a una banda de cuatro músicos y a veinte bailarines esperando a que me suba a ese escenario desde hace diez minutos y siento que voy a perder el conocimiento en cualquier momento por culpa de los nervios —suelta casi sin aire al final de la frase.

—Vale, vamos paso a paso.

Intento que Michael se relaje con unos ejercicios de respiración sencillos. Inhalar y exhalar, siguiendo mi ritmo, mientras damos pequeños saltos y sacudimos el cuerpo. Todo lo que sea para que libere la tensión que tiene encima ahora mismo. Cuando percibo que está un poco más relajado, vamos con el cambio de vestuario. Aprovecho para escribirle a Olivia en un momento.

¿Podrías acercarte al guardarropa
para coger mi mochila y traerla?
Es una emergencia.

¡Voy! Espera. No sé dónde estáis.

En los vestuarios de detrás
de la zona de los espejos.

Vale, ya sé. Es donde me ha llevado
Allison antes. No tardo.

Guardo el teléfono y veo que mi primo ya está listo.

—Joder, pareces una estrella de Hollywood. ¿Dónde lo has conseguido?

—Uno tiene sus contactos —contesta orgulloso.

—Bailarines y todo... ¿Cuánto llevas organizando esto? Podrías haberme avisado y así no habría perdido el tiempo ensayando para tu mujer.

—Dos semanas. No te he dicho nada porque pensé que sería bueno tener un plan B, por si me rajaba en el último segundo.

El sonido de tres golpes en la puerta hace que mi primo se quede helado, como si estuviéramos robando algo y nos hubiesen pillado.

—Tranquilo, es Olivia —informo abriendo la puerta.

—Vaya, no me esperaba esto —comenta Olivia sorprendida cuando ve a mi primo vestido todo de rosa.

—Ha habido un cambio de planes. ¡Vamos! Como no salgamos ya de aquí, Allison nos cortará la cabeza a los tres.

Me cambio lo más rápido que puedo y le cedo a Michael el abrigo blanco para que no se vea su traje rosa. Es difícil de ocultar con tanto brillo, pero algo hará. Salimos de los vestuarios e intentamos esquivar a Allison, pero nos damos cuenta de que está justo detrás del escenario.

—No os preocupéis, yo me encargo —dice Olivia yendo directa hacia ella sin esperar respuesta.

No sé cómo, consigue convencerla para que vaya a la parte de delante con el resto de los invitados y nos deja vía libre. Está muy cabreada, pero estoy seguro de que su enfado por esperar un rato merecerá la pena. La música del espectáculo todavía no suena y solo se oye el murmullo de la gente. Parece que están desesperados por que ocurra algo.

—¿Quieres que salga y te presente? —pregunto una vez detrás del escenario.

—No voy a poder salir —suelta temblando como un flan.

—Escúchame, pedazo de calzonazos. Por suerte para ti, aunque sea la peor actuación que esta gente vaya a ver en su vida, a Allison se le va a caer la baba. Así que no hay de qué preocuparse. ¡Mucha mierda!

Antes de que pueda decir algo más, salgo al escenario e informo a los invitados de la gran sorpresa. No hay tiempo y, como Michael siga pensando en el miedo que tiene, va a ser aún peor.

61



Olivia

Allison casi me arranca la cabeza al ver que no estaba con Enzo, pero el plan ha funcionado. He conseguido que se coloque delante del escenario para dar vía libre a los chicos. Por cierto, ella ya va por el *outfit* número dos. Ahora lleva un vestido con un corte parecido al anterior, pero esta vez de tirantes, con un estampado de cuadros blancos y rosa bebé.

—¿Me vas a decir dónde se ha metido Enzo? La gente se está empezando a impacientar y yo también —masculla.

Antes de que pueda responder, las luces se apagan y se oyen unos pasos en el escenario. Un foco ilumina a Enzo y yo puedo volver a respirar tranquila, se me habían acabado las excusas para Allison.

—Buenas noches —dice Enzo al micrófono—. Lo primero, siento la espera. Hace unos meses, Allison me pidió que hiciera algo especial por su cumpleaños, pero, lamentándolo mucho, no va a poder ser.

—Lo sabía —gruñe furiosa.

—Antes de matarme —continúa Enzo dirigiéndose ahora exclusivamente a la cumpleañera—, deja que termine mi discurso. Se suele decir que Ken no es nada sin Barbie y puede que, para mucha gente, eso sea cierto, pero no estoy de acuerdo. Yo conozco a un Ken y a una Barbie que se complementan a la perfección. Tanto que a veces pueden llegar a ser de lo más empalagoso que he visto nunca. —El público se ríe y parece que Allison está más relajada—. Por eso mismo, el Ken del que hablo haría todo lo posible para que su Barbie fuese la más feliz de todas. Sin más rodeos, disfrutad del espectáculo.

El foco se apaga y Enzo desaparece del escenario. A los pocos segundos, todo se vuelve a iluminar y aparece en escena una banda y un grupo de bailarines. La música empieza a sonar y se oye la voz de Michael cantando «I'm just Ken» mientras los bailarines le abren el paso. La cara de Allison se ilumina como si estuviera en un concierto de Justin Bieber, y el público empieza a gritar entusiasmado. La gente alumbra con las linternas del móvil y otros graban la escena. Seguro que mañana esos vídeos estarán por todo internet. Me aseguro de que los fotógrafos estén cerca para captar el momento. Cómo me gustaría tener mi cámara en este instante.

—Oye, pues no lo hace nada mal. —Oigo la voz de Enzo, que ha aparecido a mi lado de pronto.

—Ten cuidado, que igual te roba el papel de actor de la familia —lo vacilo.

—El puesto para hacer musicales todavía está libre, recuérdalo.

La actuación acaba y nos pasamos varios minutos aplaudiendo. Ha sido digna de un Grammy. Michael sube al escenario a Allison y se dan un tierno beso que parece de película.

—Y, ahora, ¡que siga la fiesta! —exclama Michael contra el micro y abraza a su mujer.

—Parece que le ha pillado el gustillo a eso del micrófono —comenta Enzo.

—Me quedó claro el día del karaoke —bromeo.

«Dance the Night», de Dua Lipa, empieza a sonar y la gente se vuelve loca bailando. Enzo me dejó bastante claro que bailar no es uno de sus fuertes cuando estábamos en su casa, pero esto es solo moverse un poco. Le tiendo la mano para que se anime y enseguida niega con la cabeza. Me muevo al ritmo de la música y, sin ningún tipo de vergüenza, comienzo a bailarle. Pongo mis manos en sus hombros, bajo y subo despacio sin quitarle la vista de encima mientras lo obligo a que coloque sus manos en mis caderas.

—¿Qué pretendes? —pregunta levantando una ceja.

—Solo intento que la gente no piense que eres un aburrido que no baila —susurro en su oreja.

—Ah, gracias por aclararlo. Por un momento pensaba que querías irte de la fiesta y cumplir mi fantasía alienígena.

Le doy un golpe en el hombro y se ríe. Parece que no está tan rígido como la primera vez que quise bailar con él. Se guía por mis pasos y me sigue el ritmo, pero siento que está muerto de la vergüenza.

—Que lo estás haciendo bien, idiota.

—¿No prefieres ir a beber algo?

—De acuerdo. —Cedo porque sé que no está muy cómodo—. Pero, antes, voy a ir al baño.

—Te acompaño.

No me da tiempo a decirle que no hace falta, pues me agarra de la mano y, como si fuese mi escolta, nos abre paso entre la multitud que abarrota la pista. Llegamos al baño en un abrir y cerrar de ojos. Para mi sorpresa, no hay mucha cola, así que paso sin problema.

—Te espero aquí fuera —dice delante de la puerta.

Entro, hago un pis y, después de lavarme las manos, aprovecho el momento para asegurarme de que la peluca está bien colocada y me retoco un poco el pintalabios.

—Dios mío, me encanta tu disfraz de Bibble. ¡Es total! —Oigo dos voces detrás de mí.

Van vestidas de Anneliese y Erika, de *Barbie en la princesa y la costurera*. Se han metido tanto en el papel que hasta hablan igual.

—¡Gracias! Lo mismo digo.

Salgo con una sonrisa de oreja a oreja después del cumplido a mi disfraz. Lo que pasa en el baño de chicas en una fiesta es algo mágico que solo nosotras entendemos. Puede que no nos volvamos a ver en la vida, pero siempre habrá alguien que te dejará un pañuelo, que te escuchará si estás de bajón por todo el alcohol que has bebido o que te regalará un «Menudo pibón» que te arreglará la noche.

—Perdona por lo de hace un rato, tío. —Oigo la voz de Enzo—. Me he confiado con los patines.

«No, no, no».

Antes de que pueda volver a esconderme en el baño, mi mirada se cruza con la de Jeremy.

—¿Olivia? ¿Eres tú?

Que la tierra me trague y me escupa en la otra punta del planeta. O, mucho mejor, que lo haga con él. No tengo dónde meterme, así que no me queda más remedio que acercarme y actuar de la manera más madura que sé.

—Perdona por no decirte nada antes, no estaba seguro de si eras tú —continúa—. Aunque esos ojos verdes son inconfundibles.

—¿Os conocéis? —salta Enzo.

—¿Cómo va todo, Jeremy?

Noto cómo Enzo se tensa al oír su nombre. Tengo que fingir ser lo más simpática posible y que no note que él sabe de su existencia. No merece sentirse importante, ya se encargan los medios de ensalzar todo lo que hace.

De forma disimulada, le agarro la mano con fuerza para que vea que todo está bien y me devuelve el apretón.

—Pues muy bien, la verdad, no me puedo quejar. ¿Qué haces tú por aquí? No sé por qué, pensaba que ya habrías vuelto a España.

«¿Cómo no te va a ir bien si mi idea te ha hecho famoso y rico, cabrón de mierda?», quiero decir, pero lo que en realidad sale de mi boca es:

—De momento estoy disfrutando de lo que me queda aquí —aclaro con una amplia sonrisa siendo más falsa que Judas—. Vuelvo en nada, a principios de julio.

Al decir esto último, siento cómo la mano de Enzo me suelta despacio. Lo miro extrañada, pero él sigue con los ojos puestos en Jeremy.

—Supongo que echarás de menos a tus padres y demás. —Qué ganas de escupirle—. Sea lo que sea que tengas en mente, espero que no hayas dejado la fotografía a un lado. Siempre pensé que tenías talento, algo especial.

Antes de que pueda plantarle cara, Enzo salta en mi defensa como un jaguar hambriento.

—¿No te cansas de ser un arrogante de mierda?

—¿Perdón? —pregunta Jeremy estupefacto ante las palabras de Enzo.

Ojalá tuviera mi cámara encima para inmortalizar la cara que acaba de poner.

—Tienes los cojones de decirle «No me puedo quejar» —lo imita —. ¡En su puta cara! Qué poca vergüenza. Deberías estar besando el

suelo por donde pisa por no haberte denunciado, porque entonces se te caería la careta.

—Enzo, déjalo —le pido, intentando tirar de él para que nos vayamos.

—Creo que alguien ha bebido un poco más de la cuenta —comenta Jeremy nervioso al ver que la gente de alrededor comienza a mirarnos.

—Sabes muy bien de lo que hablo. Te has montado tu película en la cabeza como si fueras una eminencia de la fotografía. ¿A cuántas personas más les has robado sus propuestas, payaso?

Se crea un silencio incómodo, como si la fiesta no siguiera a escasos metros de donde estamos. Las personas a nuestro alrededor disimulan, pero se nota que están con la antena puesta, esperando a ver cómo acaba esto.

—¿Tan resentida estás porque no quería nada contigo como para contarle semejante mentira al rottweiler que tienes por novio?

Ahora es Enzo el que se queda callado, esperando a que sea yo la que dé una respuesta. Siento su mirada clavada en mí mientras bajo la vista al suelo. Noto cómo me empieza a arder el pecho por la rabia. No sé cómo es capaz de vivir en su propia mentira después de todo. Me encantaría tener la réplica perfecta para que no volviese a abrir la boca en cien años. Sin embargo, me quedo callada.

Una vez más, Jeremy consigue hacerme sentir pequeña e insignificante; como si todo lo que viví con él hubiese sido producto de mi imaginación. Aquellas conversaciones, mis primeras aventuras por Nueva York, volver a casa empapada de creatividad, los besos, las veces que se colaba en mi residencia para dormir conmigo... Ambos sabemos que fue real, aunque ahora él se crea capaz de hacerme quedar como una loca obsesionada.

—Vámonos, por favor —suplico en un susurro.

62



Olivia

Salimos de la fiesta sin despedirnos de Allison y Michael; supongo que Enzo tendrá que dar alguna explicación al respecto mañana. Otra vez he sentido la necesidad de huir al cruzarme con Jeremy. Entramos en el coche de Enzo y no vuelvo a sentir que el aire entra y sale de mis pulmones de forma correcta hasta que estamos fuera del aparcamiento.

Conduce rápido y parece tenso. Todo ha pasado muy deprisa y ahora es cuando empiezo a asimilarlo.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás enfadado conmigo? —digo rompiendo el silencio.

—Decepcionado, más bien —contesta sin apartar la vista de la calzada.

—En mi opinión, un enfado es más fácil de solucionar que una decepción.

—Estoy de acuerdo.

Mi cuerpo se tensa al oír eso, al recordarme todas las veces que he tenido ese sentimiento con alguien. En ocasiones, resulta más sencillo perdonar que convivir con el dolor silencioso que aparece cuando alguien no cumple con tus expectativas.

—¿Qué es lo que he hecho para que te sientas así? —indago a pesar del miedo que siento ante su respuesta.

—¿De verdad lo preguntas? —contraataca con otra pregunta, y aprovecha la luz roja del semáforo para mirarme incrédulo. Asiento con la cabeza—. Para empezar, poco más y os vais a tomar un café juntos. «Esos ojos verdes son inconfundibles». ¡Venga ya!

—Solo estaba intentando evitar montar una escena y mantenerme neutra.

—Sí, ya lo he visto. Tan neutra que no has podido decir nada cuando te ha llamado «mentirosa» en toda la cara.

—Te prometo que deseaba con todas mis fuerzas callarle la boca, pero siempre consigue que me bloquee.

Me encantaría poder explicar el efecto que tiene Jeremy en mí. Me inmoviliza, hace que me quede en blanco y lo único que se me ocurre es huir. Correr lo más lejos posible de su persona y evitar recordar todo lo que fuimos.

—¿Acaso es cierto lo que ha dicho y por eso me has pedido que nos fuéramos?

Su acusación me pilla por sorpresa y siento cómo se me acelera el pulso. Me duele ver que, a pesar de haberle contado todo lo que pasó y abrirme con él, es incapaz de creerme después de lo que ha ocurrido esta noche. Supongo que el narcisismo de Jeremy le ha lavado el cerebro. No lo culpo, sabe jugar sus cartas a la perfección y sería capaz de hacer cambiar de opinión incluso a la persona más cabezota del planeta.

—¿Crees que me inventaría todo lo que te he contado solo por despecho? —digo con un nudo en la garganta.

—No lo sé, Olivia. Ahora mismo no sé qué creer.

Todo se ha jodido en un segundo y la sensación de hacerme pequeña me invade de nuevo. No puedo compartir mi tiempo, mi vida, con alguien que no confía en mí. Mucho menos si piensa que soy una mentirosa. Él no es el único que está decepcionado ahora mismo.

Quiero estar en mi casa, en mi casa de verdad. Quiero acurrucarme en mi cama de noventa junto a Sopa y despertarme en mitad de la noche porque no me deja hueco; que mi madre haga café en la cafetera italiana y mi padre se lo beba en la taza que le hice cuando tenía seis años para el Día del Padre. Es horrenda y está medio descolorida por el paso por el lavavajillas, pero a él le encanta.

Enzo pega un volantazo y provoca un coro de cláxones de los coches de atrás. Sin articular palabra, aparca frente a uno de los muelles del río Hudson. En otro momento, romantizaría las vistas de la ciudad desde aquí, incluso podría ser la manera perfecta para acabar una cita, pero la tensión que hay ahora mismo en el coche se puede cortar con cuchillo.

—¿Cuándo pensabas decirme que te vas? —pregunta con la mirada fija al frente.

—Irme, ¿a dónde?

—Que vuelves a España en julio, Olivia. Que, por cierto, es dentro de dos semanas.

Ahora sí que me mira, y me atrevería a decir, por su expresión, que se siente dolido. Me viene a la mente el instante en el que lo he dicho cuando estábamos con Jeremy. «¿Por eso me ha soltado la mano? ¿Es cierto lo que me ha dicho Allison en los vestuarios?».

—No quiero que pienses que es una excusa, pero de verdad creía que te lo había mencionado en algún momento.

—Lo cierto es que no. Parece que se te pasó por alto ese pequeño detalle, me habría gustado saberlo.

Enzo vuelve a mirar hacia otro lado y los dos nos quedamos callados. De fondo, «I Want to Know What Love Is» empieza a sonar y no puede parecerme más inoportuna. Siento que él piensa igual al ver que baja el volumen hasta que la canción se vuelve casi imperceptible al oído.

—¿Habría cambiado algo?

—¿A qué te refieres?

—Si hubieras sabido desde el principio que en unos meses iba a volver a casa, ¿habrías actuado diferente conmigo?

Sé que está dolido. Estoy segura de que oculta algo. Necesito que sea sincero.

—Seguramente no te habría vuelto a ver después de acostarnos.

Esas son las últimas palabras que oigo salir de su boca antes de que me deje en la puerta de mi apartamento con el corazón encogido y la amarga sensación de que tal vez aquí acabará la partida. Aunque, después de esta noche, sigo sin entender a qué narices estamos jugando.

63



Olivia

He deseado con todas mis fuerzas que todo lo que pasó anoche fuera producto de mi imaginación y su capacidad para crear sueños que te hacen dudar. Al ver que estoy sola en mi cama y que no he recibido ni un solo mensaje de Enzo, aunque ya casi es mediodía, constato que ha sido real.

Estoy tan confundida, con tantos pensamientos rondando por mi cabeza, que desearía tener un botón para apagar mi mente durante cinco minutos. Intento recordar lo que una vez trabajé en terapia con mi última psicóloga antes de mudarme a Nueva York. Una de las principales razones por las que pedí ayuda fue mi incapacidad para reconocer mis emociones. Si no sabes lo que sientes, ¿cómo vas a encontrar el foco del problema? Parece sencillo, pero no lo es. Sobre todo cuando se mezclan varias y tu cerebro funciona a mil por hora y te impide escucharte.

Por eso debo comenzar por lo más complicado: aprender a parar. Aprovecho que sigo en la cama para tumbarme boca arriba, con los

brazos a los lados, y cierro los ojos, esforzándome por mantener la mente en blanco o, al menos, algo lo más parecido posible.

Lo primero que siento es que me duele el pecho. Una de dos, puede ser ansiedad o esa sensación amarga que sigue en mi caja torácica al descubrir que Enzo no confía en mí; que una parte de él siente que no fui sincera y mi historia con Jeremy fue una mentira. Digamos que es una mezcla de las dos. Tristeza y ansiedad se dan la mano.

Noto también un poco de rabia. Con Jeremy, por razones obvias, pero también conmigo misma. Por volver a quedarme inmóvil delante de él y no ser capaz de expresar lo que miles de veces he ensayado en conversaciones ficticias, delante del espejo de mi cuarto de baño, entre ambos, estando cara a cara. Parece que, a la hora de la verdad, vuelvo a creerme insignificante en su presencia.

«Sea lo que sea que tenéis vosotros dos, está claro que os gustáis». La voz de Allison suena en mi cabeza.

Como si de una quinceañera enamoradiza se tratase, una manada de elefantes recorre mi tripa. Puede que todo esto se me esté haciendo un poco más cuesta arriba porque estoy intentando evitar lo inevitable. Pienso en las últimas palabras de Enzo antes de que me dejara en el portal. No entiendo por qué hace unos días la idea de poner límites era lo mejor y ahora parece que, desde el principio, él tenía otra idea de lo que podría pasar entre nosotros.

El timbre de mi puerta suena y me levanto de golpe del susto. Me dirijo hacia allí peinándome con los dedos, intentando fingir que no me he despertado hace apenas diez minutos.

—¿Maggie? —pregunto al abrir—. ¿Qué haces aquí?

—Sabes que, aunque quiera evitarlo, el cotilleo siempre llega a mí. Pues esta mañana me ha salido un vídeo de la famosa cuenta «Spill

the tea» y no he podido evitar quedarme hasta el final porque era sobre el cumpleaños de Allison.

—No quiero cortarte, pero vamos al sofá y me lo cuentas mejor. Veo que eres capaz de soltarlo todo aquí, de pie en la puerta.

Maggie asiente, entra y se sienta en mi sofá mientras preparo café. La distancia entre el salón y la cocina es mínima, por lo que puede seguir con la historia sin problemas. Hoy usaré las tazas rosas con dibujos de fresitas. Solo las comparto con mis mejores amigas.

—Al principio ha sido pura curiosidad, porque no me mandaste ni una sola foto y todavía no sabía nada de ti. Pero todas mis alarmas se han encendido al ver que el vídeo trataba sobre Enzo Verona y Jeremy Mader peleándose por una chica de peluca morada.

Agradezco no haberle dado aún un sorbo al café cuando oigo lo que acaba de decir Maggie. Me siento junto a ella mientras intento asimilarlo. Le pido que, por favor, me enseñe el vídeo y así lo hace. A pesar de que todo pasó en la zona de los baños y era un tanto oscura, se aprecian con claridad las caras de Enzo y Jeremy. Es indiscutible, son ellos. Gracias a la música no se acaba de oír del todo bien lo que dicen, pero los gestos dejan ver que la conversación no está siendo muy amigable. Se puede deducir que están discutiendo por una chica, porque mi peluca morada aparece en escena.

—¿Estás bien? —pregunta al ver que no digo nada.

—Lo cierto es que no —confieso.

—¿Qué pasó anoche? ¿Qué narices hacía Jeremy ahí y por qué se atrevió a dirigirte la palabra?

Le cuento a Maggie todo lo que sucedió desde el momento en que entramos a la fiesta.

—Espera, espera... ¿Allison te invitó para que te divirtieras con Enzo? Eso quiere decir que...

—Ese no es el punto de la conversación —la corto—. El caso es que, después de la actuación de Michael, Enzo me acompañó al baño y, cuando salí, me lo encontré hablando con Jeremy del choque en la pista de patinaje y demás sin saber quién era. Yo intenté hacer como si nada, pero cuando Enzo se dio cuenta de que se trataba de Jeremy, todo se torció. Jeremy dio a entender que todo me lo había inventado yo por despecho y, como siempre, me quedé en blanco y no supe reaccionar. La decepción de Enzo fue evidente, pues creyó que era una mentirosa, y hasta se enfadó conmigo por no haberle contado que me volvía a España. Por si fuera poco, me acabo de acordar de que me olvidé la cámara en la fiesta.

Me dejo caer exhausta en el sofá después de soltarlo todo. Esa última frase casi me deja sin aire. La cara de Maggie indica que está intentando asimilar toda la información que acaba de entrar en su cerebro para encontrar una respuesta. Busco mi móvil para escribir a Allison por Instagram y le pregunto cuándo puedo pasarme por The Glasshouse para recoger mi cámara.

—A ver, vayamos por partes —comienza a decir mi amiga, que respira hondo, intentando serenarse—. Odiamos a Jeremy, está claro que es un narcisista de manual, y sabemos que tú no eres ninguna mentirosa. Por otro lado, es comprensible que Enzo esté un tanto confuso, porque te quedaste callada. Estoy segura de que ahora te estás machacando por eso, pero no te culpes. Él te conoce, debería confiar en ti y eso es indiscutible. Creo que deberías hacerle ver que el bloqueo mental que te produce estar delante de Jeremy te resulta incontrolable y que de verdad desearías ser capaz de dejarle las cosas claras. Ahora bien, ¿por qué no le habías dicho que te volvías a España?

—Te prometo que pensaba que se lo había dicho. El día que hice la lista de pros y contras contigo me preparé una chuleta donde lo

tenía escrito. Te vas a reír, pero, antes de poder decir nada, me lancé y tiré la nota por ahí.

—¿Enzo te pone tan cachonda que ya no sabes ni lo que dices? —se burla.

—¡Calla! —la riño dándole un golpe en el brazo—. Repito que, en mi cabeza, estaba segura de que se lo había contado. Además, tampoco sentía que fuera tan importante, ya que dejamos bien claros ciertos límites entre nosotros.

—¿Habéis hablado de que, según tú, solo sois amigos que se divierten y que, de vez en cuando, se acuestan?

—Sí, justo eso. Me dejó cristalino que no quería nada más. Pero después de lo que pasó anoche... Siento que no estamos siendo sinceros el uno con el otro. Además, no sé si quiero volver.

—Espera, ¿qué? Has hablado en plural, o sea que tú también sientes algo y, encima, me sueltas que tienes dudas sobre regresar a casa... ¡Es el mejor día de mi vida!

Siento cómo me arden las mejillas por la vergüenza y le doy un golpe en el brazo. Odio parecer Bella Swan poniéndose el pelo por detrás de la oreja y haciéndose la retraída cada vez que me preguntan por Enzo. Maggie se tira encima de mí en el sofá y me achucha como a un peluche de la alegría. Creo que es el momento de contarle que Daisy me ha ofrecido quedarme con la librería y que, desde ese día, la idea de volver a casa ha ido perdiendo fuerza.

—No quiero que pienses que es por Enzo. Antes de todo esto ya me estaba arrepintiendo de haberme comprado el billete de vuelta.

—¿Tienes seguro?

—Sí.

—Entonces, me queda claro que desde el principio ya tenías muchas dudas. —Nos reímos—. Amiga, hay que resolver este malentendido como sea.

—Creo que tengo un plan.

64



Enzo

Una reunión familiar después de todo lo que ha pasado con Olivia es lo último que me apetece ahora mismo. Me cuesta mucho pensar que la persona que creía conocer tan bien es una mentira. Lo que he vivido con ella desde que nos conocimos ha sido increíble. Pero ahora mismo estoy muy confundido y se me hace raro no saber de ella.

Llego a casa de mis tíos cuando todos están ya sentados a la mesa, listos para la cena. Michael y Allison se mudan a finales de julio y mi tía quiere aprovechar estas últimas semanas juntos. Parece que este mes se va a llevar a todas mis personas de confianza. Al menos, todavía me queda la compañía de Emily. Evito mantener contacto visual con mi madre al entrar en el comedor. Sé que masculla algo al ver que he llegado tarde, pero ni me molesto en escuchar lo que dice.

—Perdonad el retraso, el ensayo de hoy se ha alargado un poco —me disculpo mientras me siento.

—No pasa nada, Enzo. Lo importante es que ya estamos todos —responde mi tía intentando calmar a mi madre.

El servicio comienza a servir el primer plato cuando mi tío da la orden. Aunque llevo toda mi vida viendo cómo me ponen el plato en la mesa y lo recogen, es algo que, desde pequeño, me ha resultado de lo más incómodo. Michael y yo siempre ayudamos a recoger cuando todos se van al salón y nadie nos echa de menos.

La cena marcha como siempre: mis tíos y mi madre hablan sobre el trabajo, ya que no saben tocar otro tema de conversación, mientras Michael, Allison y yo nos mantenemos callados. Todo va «de maravilla» hasta que mi madre decide abrir la boca para dirigirse a mí.

—Se me olvidó comentaros que Enzo se ocupará del baile de invierno de este año. El otro día se dedicó a criticar lo que hemos hecho hasta ahora, así que estoy segura de que él lo hará mucho mejor —suelta con retintín.

—No eran críticas, madre —me defiendo al ver que mis tíos están un tanto confundidos—. Solo intentaba hacerte ver que había estudiado lo que supone para nosotros asumir el coste de una fiesta de esa magnitud cada año, con sus pérdidas y sus beneficios, nada más.

—Por eso mismo. Como eres tan inteligente y estás tan entregado al trabajo, además de que vas a asumir más responsabilidades en la empresa ahora que tu primo se va, estoy segura de que un bailecito de Navidad no supondrá ningún problema para ti.

—Pues claro, Enzo está más que capacitado para organizar ese baile y, en el caso de que necesitase ayuda, solo voy a estar a una llamada de teléfono —interviene mi primo.

—Te llamará, desde luego, sobre todo si sigue actuando como un actor frustrado con ese grupo de teatro. Necesitamos que se

vuelque al máximo y asuma sus responsabilidades como Verona. No se pueden hacer las dos cosas.

Este tema es otro truco de mi madre para dejarme mal delante del resto de la familia. En otra situación, habría entrado en su juego y nos habríamos enzarzado en un tira y afloja, pero ahora siento que es algo estúpido e innecesario. Sé que mi tía no está en su mejor momento porque su hijo se marcha y no quiero estropear la velada. Quedarme callado es la mejor opción.

Al terminar de cenar, todos se dirigen al salón y, con una excusa sobre un asunto legal que quiero comentarle, Michael y yo nos quedamos a recoger la mesa. Mi primo le pide a Allison que los entretenga si tardamos un poco.

—Como os pillen, vais a hacer que me despidan —dice Karen, la cocinera, al vernos entrar en sus dominios con los platos.

—¿Cuántos años llevas trabajando para la familia? —pregunto.

—¡Más de veinte!

—Pues llevas más de veinte años con la misma preocupación y nunca ha pasado nada. —Nos reímos.

—Cierto —afirma Karen con una sonrisa—. Desde pequeños, aunque erais unos granujillas, siempre me echabais una mano con todo. Es un gusto teneros de vez en cuando rondando por aquí.

—¡Karen! —La voz de mi tío nos llega desde el salón—. ¿Dónde has metido el tequila que compré en México?

—Disculpadme, chicos.

Ella sale de la cocina mientras Michael y yo seguimos recogiendo. Mi primo trae lo que queda en la mesa mientras lleno el lavavajillas. Prácticamente ya está todo en orden.

—¿Vas a contarme por qué Olivia y tú desaparecisteis el otro día? —pregunta Michael antes de que volvamos con los demás.

—Perdón por no avisar. Creo que comí demasiado pan de minihamburguesa rosa y me sentó fatal —miento.

—Puedo entender que, por tu dolor de estómago, tuvisteis que salir corriendo y Olivia se dejó la cámara en una taquilla. Lo que me extraña es que llamara a Allison al día siguiente para pedírsela en vez de decírtelo a ti.

—Sabe que estoy un poco liado y seguro que no quiso molestarme con su despiste. Ella es muy así.

Puede que lo nuestro esté peor de lo que pensaba. Admito que yo tampoco le he escrito, pero necesito un poco de tiempo para aclarar mis ideas.

—¿Por qué, cuando se trata de cosas que de verdad te afectan, eres un pésimo actor?

—Está bien, me rindo —claudico levantando las manos—. Pero, si quieres que te lo cuente, me hará falta una copa. Puedes decirle a Allison que se apunte, estará deseando que la rescatemos de esos vejestorios que beben tequila.

Parece que a Michael lo pilla por sorpresa que añada a Allison al plan. Los tres nos vamos al sótano, esta vez argumentando que mi primo y yo tenemos una partida de billar pendiente. Como si fuésemos unos adolescentes huyendo de nuestros padres, la excusa cuela bastante bien y escapamos sin problema.

Mientras Allison dispone las bolas en el *rack* para empezar la partida, Michael sirve unas copas. Abro el juego golpeando la bola blanca y comienzo a contarles todo lo que pasó: desde la hipotética idea de que estaba escribiendo una obra de teatro para saber un poco más sobre cómo podría dejar a Jeremy con el culo al aire hasta mi última conversación con Olivia en el coche antes de dejarla en su portal.

—Ahora entiendo por qué fue ella quien me pidió su cámara. Eres un capullo —me ataca Allison.

—Y tú, como siempre, una persona encantadora —me defiendo, y hago una mueca.

—Allison tiene razón —la apoya mi primo.

—¿Por qué decís eso? Creo que esta vez no lo he hecho tan mal y, aun así, se ha jodido todo.

—Es tan sencillo como lo que está pasando ahora. Has contado todo lo que ha ocurrido, te has abierto y nos has explicado cómo te sientes. Lo más seguro es que incluso estés un tanto vulnerable después de soltarlo y nuestra respuesta ha sido juzgarte llamándote «capullo» —dice Allison metiendo la última bola lisa que queda en la mesa—. ¿No crees que eso es lo que le ha podido pasar a Olivia?

Me quedo pensativo mientras observo cómo finaliza la partida. Michael le da un golpe seco a la bola negra y marca mi derrota. Nunca pensé que llegaría a este punto, pero creo que Allison tiene razón.

—Puede que tachar a Olivia de mentirosa después de todo no fuera lo correcto. Admito que no estuvo muy bien por mi parte, pero se os olvida el pequeño detalle de que no me contó que volvía a España en dos semanas.

—¿Por qué te molesta tanto? Según tú, habíais pactado ciertos límites que indicaban que lo vuestro era algo pasajero.

Me quedo callado y siento cómo me miran expectantes, esperando una respuesta. Tengo mil cosas en la cabeza y no sé muy bien cómo ordenarlas para que tengan sentido. Después de todo, junto a Emily, ellos son las personas en las que más confío. Aunque Allison a veces me saque de quicio, reconozco que sabe escuchar y dar buenos consejos. No quiero darle más vueltas, necesito ser sincero conmigo mismo por una vez en la vida.

—Puede que todo esto comenzara como una prueba para demostrarle a Emily que no era un pene con patas y ahora sienta algo por Olivia. Ella fue la primera en marcar límites y me daba miedo decir algo que lo estropeara todo. Supongo que quería estar con ella, de la manera que fuera. Enterarme de que se marcha me hizo recordar lo mal que lo pasé cuando se fue Claire. Entonces me puse una coraza, y creer que era una mentirosa fue la única manera que inconscientemente tuve de alejarla y bloquear lo que siento.

—Puede que no seas tan capullo, después de todo.

Allison se acerca a mí y me pilla por sorpresa la forma en la que me envuelve en un abrazo. Parece que incluso está emocionada de que yo haya sido capaz de decir en voz alta que tengo sentimientos.

—Haz el favor de llevarle la cámara mañana a primera hora.

—¿Y por qué no ahora? —interviene mi primo.

—Cariño, tú siempre tan romántico.

Allison y Michael se besan como si yo no estuviera y la escena se vuelve un tanto incómoda. Desearía no haberlo visto y tener un traje de Spiderman para llegar antes a casa de Olivia.

65



Enzo

Subimos de nuevo al salón con el resto de la familia. Allison me da la cámara de Olivia y me susurra un «Todo va a ir bien» que hace que me sienta más seguro.

—¿Ya te vas? —La voz de mi tía suena detrás de mí al ver que cojo el casco de la moto.

—Sí, tía. Tengo que resolver unos asuntos. Te prometo que te lo compensaré —le digo dándole un beso en la mejilla.

—¿A estas horas? —pregunta extrañada—. Además, creo que tu madre ha invitado a...

El timbre suena y oigo los pasos de una empleada de la casa dirigirse a la puerta. Para mi sorpresa, antes de que pueda esconderme, el olor cítrico inunda la sala.

—Buenas noches, familia. Veo que ya habéis empezado con las copas, supongo que hay cosas que nunca cambian —saluda provocando la risa entre los vejestorios.

—¿Qué narices haces aquí, Claire?

—La he invitado yo —salta mi madre orgullosa—. ¿Recuerdas que nos contó que pronto estaría de nuevo por Nueva York cuando cenamos con los Walter? Nos encontramos por casualidad en la Quinta Avenida el otro día. ¡Habíamos encargado la misma pulsera de Tiffany & Co.! —informa moviendo la muñeca para que vea su ostentoso gusto.

De nuevo, las gatas siamesas del demonio. Es una pesadilla.

—¿Ya te marchas? —pregunta la rubia.

—¡Qué va! Es que iba a salir a comprar un poco de whisky para su tío —miente mi madre—. Pero, con la botella que has traído tú, será más que suficiente.

Si las miradas matasen, mi madre me habría descuartizado en este instante. Cualquier indicio de un intento de huida puede ser suficiente para que acabe conmigo. Dejo el casco donde estaba y me prometo a mí mismo que solo me quedaré una hora. Ni un minuto más. Para evitar sentarme junto a Claire, me instalo en el minúsculo espacio que hay entre Michael y Allison en el sofá. Es incómodo, pero efectivo.

Claire consigue perder toda mi atención cuando la conversación se vuelca en su fama y éxito. Mi madre la observa con esa cara de admiración que me pone enfermo. Orgullosa, «la hija que nunca tuve» se escribe en su frente. Todos los elogios y alegrías que nunca he recibido de ella se los está llevando la recién llegada. Sé que mi ex me busca con la mirada en varias ocasiones, pero la evito a toda costa.

—Lo cierto es que me alegró mucho que me invitarais a esta reunión familiar. Me hace recordar viejos tiempos..., aunque ¡cómo ha cambiado todo!

—Te recuerdo que solo te ha invitado mi tía. —Mi primo dice lo que todos pensamos.

—¡Michael! —lo reprende mi madre.

—Tranquila. Sé que él siempre está de guasa. —Le sonríe.

—Bueno, cuéntanos, ¿qué proyectos tienes ahora? Si se puede saber, claro —suelta mi tía procurando calmar la situación.

—Pues he venido por dos razones. Esta mañana he firmado con una de las grandes productoras del país para un papel secundario. Aunque no es un personaje muy profundo, me interesa interpretarlo para que me tengan en cuenta para futuros proyectos.

—No puedes ser la protagonista siempre, Claire —bromea mi madre.

—Está claro —responde con aires de grandeza—. La segunda razón quería contártela a ti en privado.

Sin querer, capta mi atención al sentir que sus palabras van dirigidas a mí. No sé si quiero saber qué se lleva entre manos y mucho menos si para eso necesita hablar conmigo en privado. Eso no va a pasar. Desde lo que sucedió en el hotel de Beverly Hills, es evidente que no voy a volver a estar a solas con ella en una habitación.

—Ahora tienes que contarlo. ¡Nada de secretitos! —dice mi madre.

—Está bien —acepta Claire cuando ve que asiento con la cabeza —. ¡Te he conseguido un papel principal en una serie!

Mi madre escupe el whisky barato que ha traído Claire y se queda perpleja, al igual que el resto de los presentes, yo incluido.

—Es coña, ¿no? —Es lo único que se me ocurre decir.

—¡Nunca bromearía con algo tan serio como tus sueños! Desde que nos vimos en California he estado moviendo algunos hilos... Tengo un amigo director que está en apuros. El actor principal para su nueva serie lo ha dejado tirado a escasos días de comenzar el rodaje. Me llamó suplicando que lo ayudase y pensé en ti.

—¿No se supone que hay que hacer un *casting* o algo así? ¿Cómo van a cogerlo sin ni siquiera ver lo malo que es actuando?

No me ofendo por las palabras de mi madre. Es posible que sea lo menos hiriente que me ha dicho esta semana. Sigo sin asimilar que Claire se haya presentado en casa de mi tía para ofrecerme un papel. Parece tan fácil, tan sencillo... ¿Dónde está el truco? ¿Por eso siempre salen los mismos actores en todas partes? ¿Van llamándose unos a otros por recomendación directa?

—Busqué su grupo de teatro en redes sociales. Sabía que tendrían algún vídeo de sus últimas actuaciones. Sabes que odio llevarte la contraria, pero tu hijo es muy buen actor. Este papel es justo lo que necesita para dejar de ensayar en su sótano y dar el salto directo a la pantalla.

Como si del canto de una sirena se tratase, las palabras de Claire calan en mi madre. Si ahora mismo le dijera que se comprara un mono para llevar pulseritas a juego, lo haría. Nunca he entendido tanta admiración desde que es famosa.

Pienso en Lights Players, mi compañía de teatro. ¿Qué pensarán de mí si los dejo tirados a estas alturas de la obra que estamos ensayando? Es cierto que todavía no hemos conseguido que ningún teatro nos contrate para representarla, pero dudo mucho que se lo tomen bien. La cara cabreada de Emily aparece en mi mente, voy a tener pesadillas.

Aclaro que no ensayamos en el sótano de mi casa, solo es la planta baja.

—Supongo que necesitas una respuesta ya.

—Tienes menos de una semana para pensarlo. Si aceptas, tendrás que asistir a una reunión en Vancouver con el resto del equipo. El rodaje es allí.

—¡Imposible! —suelta mi madre—. Michael se muda y Enzo va a ocupar su lugar en la empresa. No puede marcharse, se ha comprometido.

—¿Cuánto durará el rodaje? —interviene mi primo, uniéndose de nuevo a la conversación.

—Unas ocho semanas, diez como mucho.

—Todo es cuestión de hablarlo, pero, si quieres hacerlo, retrasaremos la mudanza.

Me giro para ver la cara de Allison, que parece estar de acuerdo con lo que acaba de proponer Michael. Ella es la que odia los cambios de planes a última hora, la que siempre se pone por delante. Ahora resulta que retrasar la mudanza para que yo cumpla mi sueño, aquello que llevo deseando media vida —y en lo que nunca nadie me ha apoyado—, es una fantástica idea. Como siempre, Claire llega revoloteando para ponerlo todo patas arriba.

Es tarde cuando abandono la casa, por lo que la idea de aparecer en el piso de Olivia a estas horas para devolverle su cámara deja de parecerme buena. Además, tengo una nueva oferta encima de la mesa. Por otro lado, ¿servirá de algo decirle lo que realmente siento si ella ya ha tomado la decisión de regresar a España?

66



Olivia

Me pasé el día de ayer buscando cualquier captura, mensaje, fotografía o mail que pudiera confirmar que no soy una mentirosa. Esto no lo hago por demostrarle nada a Enzo, pues sigo dolida porque no cree en mí. Buscar pruebas es lo que debería haber hecho desde el principio, él tenía razón en eso.

Al poco de llegar a Nueva York tuve que contratar una línea para el móvil y, aunque no estaba en mis planes, me ofrecieron un nuevo teléfono en la compañía, así que mi antiguo móvil español se quedó en un cajón y, con él, todas las conversaciones que había mantenido con Jeremy antes de mudarme a Estados Unidos y también los primeros días de estar aquí, pues usaba las aplicaciones de mensajería y correo electrónico con el wifi de la residencia. Puede que esto demuestre poco más que el hecho de que hablábamos a todas horas, sus intenciones de enseñarme la ciudad y su mención de aquel curso de fotografía al que no pude inscribirme.

Cuando ya estoy a punto de abandonar este plan por considerarlo estúpido, un mail enviado desde mi antiguo correo con destinatario jeremyphotomader@icloud.com me hace creer que han merecido la pena todas estas horas de búsqueda.

El correo tiene un archivo adjunto que es un tablero de inspiración de imágenes, colores, texturas, palabras y otros elementos gráficos que evocan el concepto y el estilo de mi proyecto creativo, y lleva mi nombre y apellidos en la esquina inferior izquierda. Por la fecha y el asunto del mail, queda más que claro de dónde salió la idea ganadora, y el texto que lo acompaña no se queda atrás:

> Te paso el *moodboard* de la idea que te comenté mientras estábamos en el MoMA. Espero que te guste. xx.

Como se suele decir: «La acusación da por concluida la presentación de pruebas, señoría».

Me preparo y me dirijo a casa de Enzo antes de ir a la oficina. Como siempre, me pongo los cascos para ir en el metro, pero esta vez sin música. Me ayudan a bloquear algo el sonido ajetreado que invade el vagón, lo que me ayuda a preparar mentalmente lo que le diré cuando lo tenga delante. No quiero quedarme en blanco, espero ser capaz de explicarle qué es lo que provoca Jeremy en mí y dejarle claro que de verdad estoy dolida por lo que pasó.

Me entristece pensar que, después de lo que nos divertimos en la fiesta de Allison, todo acabara tan mal. Llevo varios días sin saber nada de él y se me hace muy extraño. Tal vez los dos seamos demasiado orgullosos para escribir un mensaje y preferimos poner tierra de por medio, pero eso se termina hoy.

Después de casi cuarenta minutos en metro, camino hacia casa de Enzo. De camino paso por delante de la cafetería donde fuimos a merendar el día que decidí pisar el freno y ponerme una coraza. No

lo tenía previsto, pero me digo que tal vez Enzo me reciba mejor si le llevo una cantidad considerable de sus galletas favoritas.

—Perdona, ¿no tenéis las galletas con chips de chocolate puro? —pregunto tras echar un vistazo al mostrador.

No son ni las nueve, puede que sí sean las mejores galletas del mundo y que la gente arrase con ellas.

—¡Están recién salidas del horno! Esta mañana hemos tenido un problemita con la amasadora y vamos con un poco de retraso. ¿Cuántas quieres?

—¿Cuántas te parecerían razonables para resolver una discusión?

—Con cuatro o cinco me conformaría.

—Que sean cinco.

La camarera va a buscar las galletas mientras me quedo pensando en que, hace menos de una semana, Enzo y yo estábamos hablando en la mesa que tengo al lado, marcando límites entre nosotros. Límites que yo misma había puesto por miedo a dejarme llevar de nuevo y que él había aceptado sin reparo. Tengo que ser sincera conmigo misma: ¿qué pretendo conseguir presentándome en casa de Enzo con una bolsa de sus galletas favoritas y las pruebas incontestables que me servirán para escribir «No soy una mentirosa» en mi frente?

—Aquí tienes —dice la camarera entregándome una bolsa de papel—. Son dieciocho dólares.

—¡Gracias! ¡Que tengas un buen día!

—Igualmente.

Después de caminar cinco minutos más, llego al piso de Enzo. Respiro hondo antes de tocar al timbre, pero lo hago con decisión. Segundos después, la puerta se abre y me quedo paralizada.

—¿Te has perdido o algo?

Claire me mira con cara de pocos amigos mientras se apoya en el marco de la puerta. Su melena rubia está recogida en un moño despeinado y lleva una camiseta de Enzo tres tallas más grande que la suya a modo de vestido. Sé que es de él, puedo oler los restos de su perfume amaderado a kilómetros.

—¿Hola? —Su voz hace que reaccione.

—¿Está Enzo en casa? Necesito hablar con él.

—¿De parte de quién? —Me mira de arriba abajo.

—Soy Olivia.

Su cara cambia por completo al oír mi nombre. ¿Qué narices hace ella aquí?

—Mira, bonita, te voy a hacer un favor —dice acercándose a mí, invadiendo mi espacio personal—. Enzo está durmiendo después de que lo dejara seco anoche y estoy segurísima de que no tiene ningunas ganas de verte la cara. ¿Crees que presentándote aquí con unas galletitas de la cafetería de la esquina vas a solucionar algo?

Parece que recurre a ella cada vez que me pierde de vista. Cuando se fue a California acabaron en la misma cama y, ahora que llevamos varios días sin hablar, es ella la que me abre la puerta. Puede que el tira y afloja entre ellos nunca haya acabado. Tal vez este sea el verdadero Enzo.

—Muchas gracias por el consejo. ¿Podrías darle esto de mi parte? —digo entregándole la carpeta con la copia de mi mail, el contenido del archivo impreso y fotos de exposición de Jeremy que dejan claro que se trata de mi idea, además de fotos nuestras para demostrar que nos relacionábamos de forma cotidiana; siento que he perdido el tiempo—. Te dejo las galletitas de todas formas, así recargáis energías después de toda la noche. —Sonrío de la forma más falsa que sé—. Por cierto, tienes algo aquí —continúo señalándome la

comisura de la boca—. Creo que te ha quedado un resto de mis babas. ¡Hasta luego!

Siento cómo Claire se muere de rabia al oír esas últimas palabras y me marcho antes de que sea capaz de decir algo más. A pesar de ser una persona que imagina mil escenarios ficticios antes de que algo suceda, esto era lo último que me esperaba. Supongo que no puedo estar dolida. Al fin y al cabo, nunca fuimos nada.

67



Enzo

Me visto rápido con cualquier cosa y conduzco hasta casa de Olivia para darle su cámara. Quiero arreglar las cosas con ella, espero que no sea demasiado tarde. Me arrepiento de no haber ido anoche, pero no voy a culpar a Claire por aparecer de la nada ni porque yo decidiera quedarme por respeto a mi madre. Debería haberme marchado, estoy seguro de que la oferta seguiría sobre la mesa, aunque no hubiese soltado la bomba ayer.

No duermo bien desde mi discusión con Olivia, y a eso hay que sumarle la propuesta de la serie en Vancouver. ¿Qué voy a decirle cuando la tenga delante?

Aparco frente a su edificio un poco antes de las nueve, sé que sale de casa sobre esta hora para ir a la oficina en metro. Toco el timbre con decisión y espero unos segundos. Insisto, por si la primera vez estaba en la ducha y no lo ha oído.

No hay respuesta. Vuelvo hacia mi coche y me fijo en su ventana. Las luces están apagadas, por lo que confirmo que no está en casa.

Me quedo en el coche y pienso dónde puede estar. Tal vez haya salido antes para ir a desayunar con Maggie antes del trabajo o ha cambiado la clase de pilates de la tarde a primera hora de la mañana. La horrible idea de que puede que no haya dormido en casa me pasa por la cabeza.

«No puedo seguir pensando mal de ella. Eso es lo que nos ha llevado a esta situación», pienso.

Dejo de hacer el gilipollas y le escribo un mensaje. Sé que los dos somos muy orgullosos en ese aspecto, pero creo que también somos lo bastante maduros para arreglar esto.

Buenos días. ¿Dónde estás? Tengo
tu cámara y necesito que hablemos.

Soy directo. Me quedo en el coche mientras espero una respuesta. Aguanto unos minutos que me parecen horas, hasta que siento la vibración de mi teléfono. Es ella.

Tráela a la oficina. *ubicación*

No hay un «buenos días» por su parte, por lo que sé de sobra que no me va a recibir con los brazos abiertos. Después de hablar con Allison, comprendí que no es plato de buen gusto que alguien en quien confías crea que eres una mentirosa. Entiendo que esté dolida, no la culpo y quiero solucionar las cosas.

Conduzco hasta la dirección que me ha facilitado y dejo el coche en un parking cercano. En el portal, una chapa en la puerta con el nombre GOODWED me indica que debo ir hasta la cuarta planta. Una vez arriba, toco el timbre esperando que Olivia abra la puerta.

—Gracias por traerme la cámara.

No pensaba que fuera a lanzarse a mis brazos después de todo, pero está muy fría y distante. Siento como si la Olivia a la que le

gasté la broma en la boda de Michael estuviera delante de mí. De nuevo en el punto de partida, como completos desconocidos.

—Quiero pedirte perdón por lo del otro día. No estuvo bien por mi parte...

—Tranquilo, es agua pasada —me corta.

—¿Va todo bien? —pregunto confundido.

—Lo cierto es que ahora mismo tengo muchísimo trabajo y necesito ponerme con ello cuanto antes. ¿Me das la cámara, por favor? —Y yo, por supuesto, se la entrego—. Gracias.

Veo que se dispone a cerrar la puerta antes de que pueda decir algo más, pero pongo el pie para impedir que lo haga.

—Sé que me comporté como un idiota tachándote de mentirosa, pero necesito que me escuches.

—No, Enzo, escúchame tú. Quedamos en que lo pasaríamos bien, ¿recuerdas? Pues ha llegado un punto en el que no está siendo divertido para mí. Me he cansado de jugar, no quiero seguir con lo que quiera que sea esto.

—Olivia, por favor.

—Creo que debes marcharte.

No sé qué hacer para que me escuche. Siento que está muy decepcionada conmigo y recuerdo nuestra conversación en el coche esa última noche. A veces es más sencillo perdonar que volver a confiar en alguien que creías diferente.

La puerta se cierra en mis narices sin darme opción a decir nada más.



Paso por casa antes de ir al trabajo, no puedo ir con lo que llevo puesto en este momento, es demasiado informal. Necesito darme una ducha de las mías para intentar ordenar mis pensamientos. Odio cómo se ha torcido todo entre nosotros. Al llegar, veo que la puerta no está cerrada con llave, pero estoy seguro de haberla echado antes de irme esta mañana. Si hubiese entrado alguien forzando la cerradura, habría sonado la alarma, pero parece que está intacta, por lo que solo puede ser Michael. Es el único que tiene una copia por si hay alguna emergencia. ¿Qué hace aquí sin avisar?

—¿Qué coño haces tú aquí?

Claire está sentada en la barra de mi cocina, con mi ropa, bebiéndose mi café.

—¡Qué susto me has dado! —exclama dando un respingo.

—¿Cómo has entrado?

—He venido a desayunar contigo, pero he supuesto que habías salido a correr al ver que no estabas. De todas formas, he recordado dónde solías esconder la llave de repuesto y, aunque dudaba que estuviera en el mismo sitio..., ¡premio! Luego, al ver que tardabas, he aprovechado para darme una ducha, porque esta mañana no me ha dado tiempo, y te he cogido una camiseta para ir más cómoda mientras te esperaba.

—¿Entiendes que no puedes colarte en mi casa?

—Te noto un poco tenso. —Se acerca a mí y comienza a masajearme los hombros—. Solo quería saber si habías meditado sobre lo que hablamos anoche, solventar tus dudas, y te he traído unas galletas.

—¿Cómo sabes que son mis favoritas? —Reconocería esa bolsa hasta con los ojos cerrados.

—Yo lo sé todo, ¿todavía no te has enterado?

Asiento, no voy a rechazarlo, al menos algo así me dará fuerzas para afrontar la conversación que pretendo tener hoy en el ensayo con Emily, que no sé si va a ser fácil. Hoy no está siendo mi día.

68



Enzo

El ensayo ha ido bien, a pesar de que tengo la cabeza en mil sitios menos en el escenario. Aunque a estas alturas tengo confianza con el grupo, prefiero hablar con Emily a solas primero. Sé que una conversación con ella me va a ayudar a aclarar un poco todo lo que está pasando.

—¿Podemos hablar un momento antes de irte? —digo cuando se baja del escenario.

—Sí, claro.

Nos despedimos del resto de los compañeros y me siento con ella en uno de los sofás que solemos utilizar para el atrezo. Emily me mira confundida, esperando a que diga algo.

—Perdona, no sé por dónde empezar.

—Prueba por el principio, suele funcionar —me vacila.

A veces tienes una buena noticia y otra mala que dar, por lo que la persona que te está escuchando puede elegir. En este caso no es

así, y aunque ha sonado estúpido, Emily tiene razón, empezaré por el principio. Mejor dicho, por lo que sucedió primero.

Como hice con Michael y Allison, le cuento lo que pasó con Olivia. Tal vez no me extiendo tanto como con ellos, pero el final de la historia es el mismo: soy un capullo. Sí, ya me había quedado claro, no necesitaba que Emily me lo volviera a decir. Por eso he intentado resolverlo esta mañana con su cámara y no ha habido manera de que me escuchara.

—Ayer, Claire apareció en casa de mis tíos y contó que me había conseguido un papel principal en una serie. Tengo menos de una semana para darle una respuesta. Si acepto, el rodaje empezará en quince días.

—¿Es en serio? —pregunta emocionada—. ¡Qué locura! ¡Enhorabuena!

—La verdad es que no esperaba esa respuesta por tu parte —confieso.

—Claro, esperabas que fuera tu pepito grillo, ¿no? El que analiza el bien y el mal, el que no suelta lo primero que se le pasa por la cabeza...

—Bueno, por lo menos un poquito de drama al más puro estilo tú de «¿Y qué pasará ahora con la obra?» o un «¡No podremos encontrar a nadie que te sustituya!».

—Enzo, hay que ser sinceros. Todavía no tenemos un teatro que nos quiera contratar para representar la obra y dijimos que este año no volveríamos a hacerlo aquí, no es profesional. Si se te ha presentado esta oportunidad, aunque Claire no me caiga muy en gracia, debes aprovecharla. ¿Acaso hay algo que te lo impida?

Veo cómo Emily levanta una ceja acompañando el gesto con una mueca. Deduzco que sabe de sobra que hay algo más que no le estoy contando. Eso que me impide coger las maletas e intentarlo,

aunque esté yendo a ciegas. En otro momento de mi vida me habría lanzado sin dudar; solo hay una cosa que me está haciendo pensarlo tanto.

—Si acepto, me voy la semana que viene..., a Vancouver. Dejaré aquí a Olivia. Es más, cuando vuelva, ella ya se habrá marchado, no estará aquí esperándome.

—Sé que fui yo la que te dijo que tenías que cambiar la forma en la que te comportabas con las mujeres, que lo intentaras, que tuvieras responsabilidad afectiva..., y así lo has hecho. ¿Crees que a todos nos sale bien a la primera? Siento decirte que ojalá, pero, en la mayoría de los casos, no es así. Me encanta saber que Olivia ha encendido una chispita en ti que hacía tiempo que no veía, pero, por lo que me has contado, ella lo tiene claro. Se va a ir, y tú no eres de los que se interpone en los planes de nadie. Ella ya ha tomado una decisión, ¿cuál es la tuya?

—De verdad, no lo sé.

Pienso en que Michael se ofreció a seguir en Nueva York los meses que yo estuviese fuera, en que Allison no se molestó en absoluto al ver que se retrasaría la mudanza. También recuerdo la forma en la que Claire convenció a mi madre de que era bueno y que podía iniciar una carrera como actor. Llevo años infravalorándome, tomándome esto como un simple *hobby*, cuando es algo con lo que llevo soñando desde que estaba en el instituto. Por otro lado, me viene a la cabeza lo fría y distante que ha estado Olivia esta mañana; lo decepcionada que estaba y lo tajante que ha sido conmigo. No puedo obligarla a que me escuche. No puedo hacer que se quede y que me espere. No quiero hacerle lo mismo que me hicieron a mí hace unos años.

—Decidas lo que decidas, yo siempre estaré aquí, ¿vale? —dice mientras me abraza.

—Gracias, Emily.

—Yo ya sabía que ese corazoncito de piedra que te habías inventado no podía seguir durando mucho más.

Me despido de mi amiga y no sabría decir si veo las cosas más claras o sigo hecho un lío. Me quedo rondando un poco más por la sala de ensayo. A veces, poner un poco de orden y dedicar un tiempo a la limpieza me ayuda a centrarme. Parece que, mientras lo coloco todo en su sitio, lo mismo sucede en mi cabeza. Cuelgo algunas prendas de vestuario que se han quedado por ahí en sus respectivos burros y resitúo las sillas, pues siempre se mueven de lugar con los ensayos. Barro el suelo oscuro, hasta el último rincón, desde el escenario hasta la puerta. Me acerco al piano y el instinto de tocarlo me invade el cuerpo. No puedo evitarlo, me siento en la banqueta y levanto la cubierta del teclado. Me miro las manos y me dispongo a tocar cuando de pronto me doy cuenta de que hay un papel arrugado justo debajo de donde estoy, a mis pies. Parece que no he barrido tan bien como pensaba. Lo despliego y reconozco la letra de Olivia al instante. Sé que es la suya por la nota que me dejó en la mesita la noche del karaoke. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Comienzo a leer:

> Puntos clave: quiero pasármelo bien, nada de compromiso, tú también me pones, me vuelvo a mi casa en verano...

Puede que Emily tenga razón, ¿qué ganaría diciéndole a Olivia lo que siento? Desde el principio, siempre lo ha tenido muy claro. Todo esto era simple diversión hasta que se fuera.

69



Olivia

Hoy le he pedido a Maggie que me dejara trabajar desde casa. Le he prometido que no me quedaría en la cama, aunque no fuese a la oficina, así que, aquí estoy, de pie frente a la cafetera a las doce del mediodía. Puede que no sea la jornada laboral más productiva de mi vida, pero al menos he sido capaz de levantarme.

Admito que aprecio tener una oficina donde poder hacer mi trabajo. Me ayuda a tener una rutina y mantener las cosas al día. Pero hoy no. Hoy deseo hacerme un ovillo y no salir de debajo de las sábanas.

La imagen de Claire apoyada en el marco de la puerta de Enzo aparece una y otra vez en mi cabeza.

«Nota mental: NO vuelvas a relacionarte de forma afectiva con un artista. Fotógrafos: mentirosos y ladrones de ideas. Actores: mentirosos, solo hacen el papelón de su vida».

«¿En qué estaba pensando?».

Me odio a mí misma.

Camino arrastrando los pies hasta el sofá y, aunque pretendía mantenerme alejada del teléfono para evitar arrepentimientos, no puedo evitar cogerlo cuando oigo el tono de llamada.

—¿Sí?

—¡Hola, querida! —La voz de Daisy suena al otro lado—. Se me olvidó decirte que los padres aceptaron los días extra de ensayo general para el festival, pero tendría que ser hoy y el martes que viene. ¿Te viene muy mal?

—No, tranquila —contesto, aunque mi plan era pasarme el día hecha un trapo en mi cama.

—¡Perfecto! Nos vemos en un ratito entonces, adiós.

Daisy cuelga antes de que pueda decir nada más y me dejo caer en el sofá. A veces me resulta difícil decir que no, sobre todo cuando sé que alguien me necesita. La semana que viene es el festival y me viene de perlas tener un par de días más para ensayar con los niños. Hemos ido muy justos de tiempo debido a los meses que perdimos por el incendio.

Me quedo un rato mirando a la nada, con mi café en la mano. En estos momentos, ni mi taza de Chip, de *La Bella y la Bestia*, me sube el ánimo. Pienso que hace mucho tiempo que no hablo con mis padres. Aquí ya es casi la una del mediodía, por lo que imagino que ya habrán llegado a casa.

—¡Vaya! Mira quién se acuerda de que tiene padres —dice en broma mi madre cuando su cara aparece en la pantalla.

—Buenos días a ti también, mamá.

—Menuda cara de sueño tienes, ¿es que acabas de despertarte? Allí ya será mediodía, ¿no?

—Sí, pero esta mañana no me encontraba muy bien y me he quedado trabajando en casa. ¿Dónde está papá? —pregunto al ver que todavía no se ha asomado.

—¿Qué te pasa? ¿Te has resfriado? ¿Comes bien? Seguro que no te has tomado nada, eres muy cabezota hasta para tomarte un simple ibuprofeno. Cuando regreses, podré volver a hacerte un montón de sopas para que te recuperes rápido.

El bombardeo de preguntas hace que me arrepienta al instante de haber tomado la decisión de llamar. Estoy segura de que, aunque cumpla los cuarenta, mis padres se preocuparán por mí como si siguiera siendo una niña pequeña. Se me forma un nudo en la garganta cuando mi madre menciona el regresar a casa.

—Tu padre no está. Se ha apuntado al gimnasio y está yendo por la tarde —me informa poniendo los ojos en blanco.

—Pues sí que le ha llegado pronto la crisis de los sesenta —bromeo.

—Totalmente —afirma riéndose—. El otro día me dejó caer que había encontrado una moto de segunda mano como la que tenía cuando eras pequeña. ¿La recuerdas? Le dije que, si no quería matarme de un infarto, se quitara la idea de la cabeza.

La recuerdo porque es la misma que tiene Enzo, solo que de distinto color. Si mi padre supiera que he montado en una veinte años después estaría:

1. Temiendo por mi vida porque ningún hombre está lo suficientemente capacitado para llevarme en moto excepto él.
2. Emocionado porque tendría una mínima oportunidad de subir de nuevo en su moto favorita.

De forma inconsciente, una sonrisa se dibuja en mi rostro al pensar que se llevarían bien. Supongo que nunca lo sabremos.

—Bueno, mamá, no te preocupes. Solo me he despertado un poco rara, mañana se me pasará. Perdona por no haberos llamado estos días, he ido un poco de cabeza. Me alegro de que estéis bien.

—Nosotros estamos como siempre, pero tú... ¿Cómo va la librería? ¿Daisy está del todo recuperada?

Mi madre menciona la librería como si pudiera leerme el pensamiento. No sé si debería esperar a que estén los dos presentes en la videollamada o aprovechar que ella ha sacado el tema.

¿Cuál es la manera correcta de decirle a tu madre que no quieres regresar a casa?

—Daisy está bien y en la librería va todo genial. Las ventas van incluso mejor que antes y la semana que viene ya es el festival de cuentacuentos.

—¡Cómo me alegro! Seguro que saldrá de perlas. Aunque no los entienda, mándame algún vídeo o algo... ¡Son tan adorables!

—La verdad es que estoy deseando que llegue el gran día. Han trabajado muy duro y, sobre todo, contrarreloj.

—Yo también tengo ganas de que llegue ya el festival, porque eso significa que estarás en casa pronto —aclara con una sonrisa de oreja a oreja.

Es ahora o nunca, tengo que decírselo. Ya se lo explicaré con todo lujo de detalles cuando esté mi padre delante. Sé de sobra que le va a sentar como un jarro de agua fría, pero, cuanto más lo alargue, peor será.

—Bueno, sobre eso quería hablarte. —Titubeo y siento la boca seca, así que trago saliva y me armo de valor—. Sería mejor si estuviera papá delante, pero creo que necesito soltarlo ya... No estoy segura de querer regresar a casa.

No sé si la videollamada se ha colgado por un fallo en la conexión de alguno de los dos móviles o es que mi madre se ha quedado petrificada con la noticia.

—¿Hola? ¿Mamá?

—Sí, perdona —reacciona abriendo y cerrando los ojos rápidamente—. No me lo esperaba. ¿Por qué ese cambio? Creía que no estabas bien y que por eso necesitabas irte. Supongo que, si has cambiado de opinión, es porque las cosas van mejor, ¿no?

Voy a omitir que, hasta la fiesta de cumpleaños de Allison, las cosas iban de maravilla. Si le cuento a mi madre la existencia de Enzo, tendré que incluir en la ecuación demasiadas cosas del pasado. Siento que el tema se está volviendo un bucle del que no puedo escapar. Es mejor seguir manteniéndolo en secreto.

—El día de la reapertura Daisy me propuso que me quedase con la librería ahora que ella va a jubilarse, así no tendrá que cerrarla —suelto de manera directa—. He invertido muchas horas de mi vida y mucha ilusión en su rehabilitación, y me siento muy feliz al estar entre libros allí, además de que sabes que le tengo un cariño especial a ese sitio... Desde que me lo dijo, hemos hablado un par de veces del tema y he estado dándole vueltas y, ahora mismo, me cuesta mucho imaginarme en otro lugar que no sea aquí.

Siento como si me hubiera quitado una montaña de encima al expresarlo en voz alta. Llevo tiempo guardando el secreto. La decisión es solo mía, pero poder hablarlo me habría sentado mucho mejor que callarlo. Sentía que, si se lo contaba antes de tiempo a Maggie, le daría falsas esperanzas, y, si se lo decía a mis padres, tal vez les parecería una locura.

—Algo me dice que esta conversación no es porque no sabes qué hacer —adivina, y su voz me calma, como cuando era pequeña—. Te conozco. Si has querido contármelo es porque ya has tomado una decisión.

—Puede ser... ¿Cómo me conoces tan bien? —bromeo.

—¡No tengo ni idea!

Mi madre se ríe conmigo, pero sé que, en realidad, una parte de ella está deseando estrangularme por ser una veleta. Una vez más, tomo decisiones por cómo me va dirigiendo el destino. Aunque sea un tanto inestable tener una vida así, todo lo que está pasando es positivo. Sé que quedarme con Three Lives va a traerme cosas muy buenas.

70



Enzo

Tras mucho insistirle a Claire, he conseguido una reunión con el director de la serie en Nueva York. Ella no paraba de repetirme que volara a Vancouver, pero no podía ir hasta allí cuando todavía me falta demasiada información para decidir. Aunque sea lo que llevo esperando desde que empecé a subirme a un escenario, sigo teniendo compromisos con mi familia que no puedo romper así como así. Si voy a dar el paso, tengo que asegurarme al máximo de que merecerá la pena y que empezarán a tomarme en serio.

Creo que la mejor manera de que lo hagan es aprender a valorarme. Empecemos por eso.

Al salir de casa, paso a por unas galletas. El cuerpo me lo pide cuando estoy un poco nervioso, con la excusa de recargar energía.

—Buenos días, Enzo —me saluda la chica detrás del mostrador.

—Buenos días, Lexi. —Leo la chapa de su delantal, soy horrible para los nombres—. Me pones un café solo para llevar y un par de galletas con chips de chocolate puro, por favor.

—¡Claro! ¿Qué tal te sentaron las del otro día? ¿Lo arreglaste con tu chica? —Me pasa el pedido por encima del mostrador—. Son doce dólares.

Me quedo helado unos segundos hasta que recuerdo que Claire me trajo unas galletas para desayunar hace unos días.

—¿Quién? ¿Claire? Oh, no. No es mi novia —aclaro.

—No sé cómo se llama, pero me quedé con el color de sus ojos. ¡Dios mío, eran preciosos! Nunca había visto unos ojos tan verdes.

Y es entonces cuando todo encaja.



Llego al hotel Mark, en Upper East Side, unos diez minutos más tarde de lo que debería. He estado un rato en el coche planteando qué iba a decir en la reunión. El director se aloja aquí y he reservado la sala de reuniones. Mi familia tiene un paquete de acciones nada despreciable del hotel, por lo que me ha bastado una llamada para que dejaran la sala libre.

—¡Por fin! —exclama Claire en cuanto me ve entrar por la puerta.

—Buenos días, Enzo —saluda una mujer vestida con un traje gris a rayas—. Soy Katheryn Parks, la directora y productora ejecutiva de Main Video. Muchas gracias por conseguir la sala, es mucho más tranquila que cualquier cafetería de la zona.

Me estrecha la mano con firmeza; la verdad es que su presencia impone un poco. Su postura es tan erguida que me hace dudar si hay un hilo invisible que la sujeta.

—Sé que hablaste por teléfono con mi compañero, David, pero ha tenido que volver a Vancouver antes de lo previsto —comenta mientras toma asiento de nuevo.

—Vancouver, ahí es donde deberíamos estar todos ahora mismo. Bueno, ya tienes aquí a Katheryn —dice Claire dirigiéndose a mí con una amplia sonrisa—. ¿Qué deseas preguntarle?

—Lo cierto es que, con todos mis respetos, necesito hablar contigo en privado un momento antes de la reunión.

Claire se queda pálida al oír mi tono. Nos conocemos desde hace muchos años y, por eso, sabe detectar a la perfección cuándo estoy cabreado. En este caso, muy cabreado.

—Aprovecharé para ir a por un café. —Sin duda Katheryn ha notado la tensión del ambiente—. Enseguida vuelvo.

Cuando sale de la sala, me acaricio las sienes mientras tomo asiento. En estos momentos, agradezco ser tan precavido y no haber firmado a la ligera. Aquí hay gato encerrado y me jode no haberme dado cuenta antes.

—¿Me vas a explicar qué es este numerito? Katheryn lo tiene todo en orden para que firmes ese contrato, ya le ha dado puerta al anterior actor.

—La única que debe dar explicaciones aquí eres tú —replico serio y directo—. Además, ¿qué es eso de que ya ha despedido al anterior actor? Se suponía que estaban desesperados y que necesitaban a alguien. ¿Eso también era mentira?

Claire se queda en silencio, no sabe dónde meterse.

—¡Sí! ¡Eso quería decir! —se corrige nerviosa—. Ella está esperando a que firmes porque están desesperados...

—Eres una mentirosa compulsiva —la acuso señalándola con el índice—. No sé qué narices estás tramando ni por qué te interesa tanto que firme ese contrato, pero lo que sí tengo claro es que el día que te colaste en mi casa Olivia fue a verme y tú fuiste la que le abrió la puerta.

Por eso no podía ni mirarme a la cara cuando fui a GoodWed para devolverle la cámara. Por desgracia, nos cruzamos en el camino, mientras los dos intentábamos arreglar las cosas..., con la mala suerte de que Claire apareció, de lo más inoportuna, como siempre. Seguro que pensó que nos habíamos acostado o algo parecido, por eso estaba tan decepcionada. Solo ella sabe cuáles son mis galletas favoritas. Claire no tiene ni idea de mis gustos actuales.

—No estoy tramando nada. ¡Solo te estoy dando la oportunidad de tu vida!

Hace el amago de acercarse a mí, pero la esquivo. No quiero que me toque; sé que está mintiendo y necesito acabar con esto de una vez por todas. Me arrepiento de todo lo que tenga que ver con ella. Desde el día que accedí a ser simpático en Beverly Hills hasta todo lo que me ha llevado a estar viviendo este preciso momento. Solo me ha traído dolores de cabeza.

—Claire, tú eliges. O me cuentas toda la verdad o salgo por esa puerta y arreglas tus asuntos con Main Video tú sola.

—¡Está bien! —exclama, poniéndose en pie con las manos levantadas—. ¿Quieres que te cuente toda la verdad?

—Sí, joder. ¡Lo estoy deseando!

—El otro día no firmé ningún contrato antes de quedar con tu familia; es más, llevo casi dos años sin conseguir ni un solo papel. —Da un golpe en la mesa—. ¡Estoy desesperada! Y, sí, te utilicé. Fui yo la que llamó a un paparazzi en el hotel de California, él nos hizo esa foto. Sabía que, si me pillaban contigo, los medios volverían a hablar de mí. ¡Los líos amorosos siempre funcionan! Claro que funcionó... Katheryn, que llevaba meses sin responderme a un solo mail, descubrió tu grupo de teatro y me ofreció un papel protagonista para los dos. ¡El chico con el que pillaron a Claire también era actor y, además, provenía de una de las familias más ricas del país! Esa

era una gran promoción incluso antes de empezar a rodar. Sus pupilas se convirtieron en signos de dólar al ver lo que podría salir si protagonizábamos juntos la serie. —Claire se vuelve a sentar, exhausta después de soltarlo todo.

Y es en este preciso instante cuando comprendo que Claire sigue siendo la misma egoísta y calculadora de siempre. Solo sabe pensar en ella y en su propio beneficio.

—Dime qué pasó con Olivia.

Agradezco que me cuente la verdad, pero me cuesta mucho sentir un mínimo de compasión o empatía por ella. Ahora mismo, arreglar las cosas con Olivia antes de que se marche es lo único que me importa. Ella es lo único que me importa.

—Te repito que no pasó nada. Solo vino, le dije que no estabas y me dio las galletas junto con una carpeta llena de papeles que tiré a la basura.

Salgo de allí sin pensarlo dos veces. Veo cómo Claire corre desesperada detrás de mí rogándome que no me vaya sin firmar ese estúpido contrato.

Conduzco hasta mi casa lo más rápido que puedo. Podemos añadir una multa más por exceso de velocidad a mi historial, pero ahora mismo me importa una mierda. Si Claire ha sido sincera al cien por cien conmigo por una vez, voy a tener que hacer algo que jamás habría imaginado: hurgar en mi basura.

Entro en mi piso y voy directo a la cocina, debajo del fregadero están los cubos de basura. Doy gracias por tener cubos de reciclaje y doy gracias por que Claire sepa usarlos, porque al abrir la tapa veo un montón de folios arrugados, pero eso no impide que se puedan leer a la perfección.

«PRUEBAS CONTRA JEREMY MADER» es el encabezado.

Comienzo a pasar las páginas y leo con atención cada detalle. Un correo electrónico que deja claro que Olivia le mandó un *moodboard* completo de la idea que luego él le robó, el contenido de ese tablero de inspiración con imágenes del proyecto creativo e incluso alguna que otra fotografía de ellos dos que constata que se conocían bien... Me hierve la sangre al pensar en la manera tan retorcida que tuvo ese cabrón de aprovecharse de ella. Aún me siento más culpable cuando pienso en lo estúpido que fui por desconfiar de Olivia.

Sé que le prometí que no volvería a meterme, pero con esta información no puedo quedarme de brazos cruzados. Necesito que vuelva a confiar en mí.

Salgo de casa con la carpeta y conduzco de nuevo, esta vez hasta casa de Michael. Mi primo es el único que sabe cómo ayudarme a destapar la mentira de ese capullo.

71



Olivia

Aunque parecía que no iba a llegar, hoy es el gran día. Pienso en cómo empezó el año, en todo lo que ha pasado hasta ahora y, si alguien me hubiera adelantado algo de lo que iba a suceder, no me lo habría creído. Puede que incluso me hubiese echado a reír si me hubieran contado que iba a tener otro interés romántico fallido, o como narices se pueda definir lo que he tenido con Enzo. De veras espero que le vaya muy bien con Claire. Una de esas cuentas de cotilleos que sigue Maggie filtró que iban a rodar una serie juntos en Vancouver dentro de poco.

Como diría mi padre, «donde hubo fuego, cenizas quedan».

Intento borrar su imagen de mi cabeza, hoy no es un día para recordarlo ni para lamerse las heridas. Mi foco de atención tiene que estar en mis niños, en lo bien que van a contar sus cuentos y en que voy a dar un gran paso en cuanto a mi futuro se refiere.

He escogido un vestido corto de tirantes de color negro para la ocasión. Tiene una falda un tanto pomposa, de esas con las que mi

madre dice que pareces un *cupcake*. Me recojo el pelo en un moño y me pongo mucha gomina para que no se me escape ni un solo pelo. Un poco de mi maquillaje de confianza y, aunque ahora llevo un labial muy natural, guardo mi barra de labios roja para después. Maggie me ha prometido una noche de karaoke cuando acabemos en la librería, estoy deseando darlo todo imaginándome que estoy en el bar Coyote.

Cojo mi cámara para hacer alguna foto de recuerdo para los padres y salgo de casa. Cuando voy en el metro hasta Three Lives, mi cabeza se pone a dar vueltas de más. Ni la música a todo volumen saliendo de mis auriculares consigue acallar mis pensamientos. Parece una broma cuando la melodía de «Silver Springs», de Fleetwood Mac, comienza a sonar. Definitivamente, el universo me odia.

No sé si es la canción, el pensar en que nunca nos despedimos de una manera correcta o el aceptar que no fui del todo sincera con él con respecto a lo que sentía. Por primera vez, quiero dejar a un lado mi orgullo y tomar las riendas, aunque la imagen de Claire en el marco de la puerta de su casa vive gratis en mi cabeza.

Necesito escribirle.

> Ya sé que no debo creerme todo
> lo que dicen en internet sobre ti, pero,
> si todavía no te has marchado
> a Vancouver, me encantaría que vinieras al
> festival de cuentacuentos de esta tarde, a las
> cinco. Si no es posible, no
> te sientas en la obligación de responder a este
> mensaje. Espero que te vaya genial en esta
> nueva etapa.

Puede que el tono haya sido demasiado dramático, pero voy a llegar a mi parada y estoy cansada de escribir y borrar durante todo

el trayecto.

Lo envío y me prometo a mí misma que no voy a volver a tocar el teléfono hasta que esté en el karaoke.

Antes de doblar la esquina para llegar, ya puedo palpar cómo los nervios de Daisy salen de la librería.

—¡Por fin estás aquí! —exclama mi jefa detrás del mostrador—. Me va a dar algo.

—Quedan más de dos horas para que llegue la gente. —Intento calmarla con un abrazo—. Además, es imposible que estés nerviosa, llevas media vida organizando esto.

—Ahora mismo siento muchas cosas, no solo nervios. Puede que sea la última vez que lo haga..., ya que todavía no me has dicho nada sobre mi propuesta.

Siento cierta picardía en esa última frase. Es cierto que no le he dado una respuesta y que pretendía esperar al cierre del festival para hacerlo. Sí, a veces puede que sí que me salga ese lado misterioso o que solo quiera imprimirle una incertidumbre innecesaria al asunto. Sé que Daisy lo ha dicho de esa forma porque ha visto mi actitud de estas semanas desde que volvimos a abrir: la ilusión con la que he expuesto algunas de mis fotografías en las paredes de la librería, cómo se me partía el alma cada vez que alguno de los niños me pedía que no me fuera, y, aunque no es el tipo de libros que solemos vender ni suelo leer, he sentido cierta curiosidad por ojear uno sobre cómo llevar un negocio y no morir en el intento.

—Tú y yo quedamos en que te daría una respuesta el día del festival.

—Que casualmente es hoy.

—Lo sé, pero no especifiqué en qué momento del día. —Puedo sentir cómo Daisy se exaspera desde el almacén—. Venga, vamos a

terminar los últimos detalles que faltan.

—Sí, jefa —responde con un guiño.

No voy a fingir que no me ha encantado cómo suena esa palabra.

Como cada año, los niños contarán los cuentos en su zona infantil, pero no estará como siempre. Daisy y yo nos las ingeniamos para colocar una pequeña tarima y una tela roja por detrás para simular un escenario y nos las apañamos para que quepan muchas más sillas. Las familias saben que el espacio no es demasiado grande, pero no les importa en absoluto estar de pie o ir turnándose, dependiendo del niño que salga al escenario improvisado. Está todo más que controlado. Se me ocurrió comprar un par de focos para colocarlos a ambos lados de la tela y así darle un toque un poco más profesional en esta ocasión. Así que, sí, después de esto puedo añadir «técnica de luces» a mi currículum.

No sé qué hora es, ya que me he olvidado del teléfono en cuanto he bajado del metro, pero supongo que se acerca el momento al ver que los primeros niños se colocan delante de la puerta con sus familias.

—Vamos a esperar cinco minutos más —dice Daisy al ver cómo sus cabecitas se pegan al cristal—. Sabes que hoy están muy nerviosos: como los dejemos entrar ya, igual nos toca reformar otra vez la librería —bromea.

Me distraigo con los últimos detalles para que todo esté perfecto y así evito coger el móvil. Sé que me van a comer los nervios, tanto si ha respondido a mi mensaje como si ha pasado de mí. Sabe la hora, el lugar y que lo he invitado. Si decide venir, lo sabré cuando aparezca por la puerta.



—Buenas tardes y bienvenidos un año más a nuestro festival de cuentacuentos.

La voz de Daisy suena desde la zona de niños mientras yo me quedo con ellos un poco alejada de los padres. Veo que algunos críos se van a quedar sin uñas de los nervios e intento tranquilizarlos un poco.

—Tom, este es tu segundo año contando cuentos. ¿Podrías enseñarles algún truco a tus compañeros que es la primera vez que lo hacen? Seguro que tu ayuda les servirá de mucho —digo llamando su atención en voz baja.

—Claro —dice mientras se recoloca la pajarita de color rojo que le han puesto sus padres—. La verdad es que lo que más me ayuda es pensar que soy el mejor.

—¿Qué? —sueltan entre risas algunos pequeños.

—Chicos, si vosotros creéis que sois los mejores, el público también lo hará.

Sí, un niño de ocho años acaba de darme el mejor consejo de mi vida. Prometo que intento no tener favoritismos, pero me cuesta mucho con las ocurrencias de Tom.

Daisy llama a Tom al escenario, va a ser el primero. El pequeño vuelve a recolocarse la pajarita, no sé cuántas veces lo ha hecho ya, respira hondo y sale con paso firme. El público y sus compañeros lo reciben con aplausos que provocan que sus mejillas se pongan un poco rojas. Estoy segura de que ahora puede que sí esté un poco nervioso, pero se le da muy bien disimularlo.

—¿Es que se te ha roto el móvil? —susurra una voz familiar detrás de mí.

—¡Qué susto me has dado! —grito en voz baja—. He estado evitando utilizarlo toda la tarde.

—¿Y eso por qué? —pregunta Lisa.

—Por favor, chicas. Luego lo hablamos, ¿vale? Tengo que estar pendiente de que todo salga bien.

Maggie y Lisa se miran de forma sospechosa, pero no puedo centrarme en eso ahora. En silencio, se camuflan entre los padres y se quedan a ver el cuentacuentos.

El festival avanza como esperábamos; los niños lo están haciendo de maravilla y no puedo evitar tener el corazón blandito al ver que todo lo que han trabajado contrarreloj ha merecido la pena. Estoy cerca del escenario, por si alguno se pierde y necesita un poco de ayuda, pero de momento nadie se ha quedado en blanco. Parece que a los padres les han gustado mucho esos toques de humor en los cuentos clásicos; a algunos se les cae la baba con sus hijos.

Grace pone el broche final con Rapunzel adicta al rizador de pelo y veo cómo Daisy vuelve a respirar tranquila después de que todo haya salido genial. Los niños salen en fila para saludar y el aplauso dura varios minutos. Es entonces cuando nos llaman para que salgamos al escenario y compartamos el aplauso con ellos. La librería está hasta arriba y, aunque lleve toda la tarde intentando evitarlo, busco los ojos de Enzo entre la gente.

Parece que ha decidido rechazar mi invitación.

—Sabéis que este año la librería no empezó con muy buen pie, pero, gracias a las familias que habéis confiado en Three Lives, algunas desde hace ya varios años, seguimos aquí. —Estaba tan metida en mi cabeza que no me he dado cuenta de que Daisy estaba hablando—. Una vez más, gracias. Me duele en el alma decir esto..., pero este ha sido el último festival de cuentacuentos.

Veo cómo las caras del público cambian y los niños se empiezan a poner pálidos. Antes de que Daisy pueda seguir hablando, tomo la palabra.

—El último festival de cuentacuentos con Daisy a la cabeza, ya que hace un tiempo me ofreció quedarme con la librería y... ¡he aceptado!

—¿Eso quiere decir que no nos vas a abandonar? —pregunta Grace.

—No, no me voy a ninguna parte.

Los padres vuelven a aplaudir tranquilos después del susto de tener que buscar otro sitio donde dejar a sus hijos los lunes. Los niños me abrazan con fuerza e intento no perder el equilibrio. Busco a mis amigas con los ojos al fondo de la librería y veo cómo saltan eufóricas con la noticia. Por último, cuando logro que los críos me dejen respirar, Daisy se acerca y me susurra al oído:

—Ya sabía tu respuesta, pero estaba esperando a ver hasta dónde podías llegar sin decirlo —suelta mientras me abraza.

Ha sido una tarde llena de emociones. No me puedo creer que vaya a ser la nueva dueña de Three Lives. Daisy ha decidido traspasarme la librería y podré ir pagándole poco a poco. Creo que voy a estar unos cuantos días pellizcándome el brazo de vez en cuando para asegurarme de que esto es real. Supone un gran cambio, pero aun así podré seguir haciendo fotos y exponerlas en estas paredes. Aprovecho la euforia para sacar mi cámara e inmortalizar este momento.



Después de todo el jaleo que hemos tenido, es raro volver al silencio cuando todo el mundo se ha marchado.

—Maggie, ¿podrías hacerme una foto con Daisy delante de la puerta antes de irnos? —pregunto mientras le paso mi cámara.

—¡Claro! ¡Sonreíd! —dice antes de que se dispare el flash—. ¡Monísimas!

—Creo que va a ser la primera foto que suba en mi nueva cuenta de Instagram.

—¡Me encanta esta nueva etapa de Olivia! —comenta Lisa.

—Bueno, chicas, ¡el karaoke nos espera! Daisy, ¿te vienes? —le pregunta Maggie cogiéndola del brazo.

—Oh, no. Yo me voy ya para casa, pero gracias por la invitación. ¡Pasadlo bien, queridas! —se despide mientras se sube a su taxi—. El lunes traeré los papeles del gestor para que los firmemos y dejarlo todo arreglado, jefa —añade todavía con la puerta abierta.

—¡Aún no me lo creo! ¡Hasta el lunes! —exclamo emocionada.

De nuevo, me he dejado llevar por las oportunidades que se me van presentando. Por primera vez, siento que no está tan mal no tener un objetivo claro en la vida.

72



Olivia

Llegamos al karaoke y nos hacemos con la última mesa libre que queda. Hacía tiempo que no estábamos en un local tan lleno, eso me agobia un poco.

—Hay cientos de karaokes en la ciudad. ¿Por qué hemos tenido que venir a este? —pregunto mientras le doy un trago a mi cerveza.

—Admite que este es el que menos miedo da de todos a los que hemos ido —responde Maggie.

—Por no hablar de que tienen chupitos a un dólar hasta las doce —suelta Lisa.

La última vez que vinimos lo pasamos demasiado bien. Mis amigas con Michael cantando una y otra vez mientras Enzo y yo admirábamos cómo perdían el sentido del ridículo con cada copa. Esa fue la noche en la que me engañó por primera vez, qué tonta fui.

Después de toda la tarde, quito el modo avión de mi teléfono y empieza a sonar como loco por todos los mensajes que no he leído.

Mis padres deseándome mucha mierda con el festival, un montón de mensajes de Maggie por no contestar, llamadas de Lisa y, por más que reviso con el corazón en vilo..., ni un solo mensaje de Enzo.

—Olivia, ¿estás bien? —pregunta Lisa.

—Sí, es solo que he hecho el ridículo. ¡Qué se le va a hacer!

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta Maggie.

—Le escribí a Enzo invitándolo al festival de cuentacuentos y ni siquiera he recibido respuesta. Supongo que estará muy ocupado en Vancouver. En fin, creo que necesito otra cerveza.

Bebo de golpe lo que queda en mi botellín y me levanto para dirigirme a la barra. Siento la mirada perpleja de mis amigas sobre mí hasta que me pierdo entre la gente. Joder, no son las únicas que se vuelven locas por los chupitos a un dólar, no cabe ni un alfiler.

Llego a la barra como puedo y me hago un hueco para pedir. Creo que la espera va a ser larga, así que me quedo apoyada esperando a cruzar la mirada con alguno de los camareros y así conseguir mi cerveza. De repente, el ruido de la gente es aún más fuerte. Madre mía, ni que Shawn Mendes se hubiese subido a cantar. Aprovecho que todos se han girado hacia el escenario para pedir mi consumición.

—Muchas gracias —digo al pagar la bebida.

Vuelvo a colarme entre la gente para llegar hasta la mesa. Espero que esta cerveza me dure un poco más o tal vez deba ir de dos en dos a partir de ahora.

—Sé que los que suben aquí cantan y ya está. —La voz que procede del escenario hace que se me acelere el pulso y me frene en seco—. No es mi caso. Solo quiero decir que espero que el ridículo que voy a hacer ahora mismo sirva para que me perdones.

Ahora soy yo la que mira embobada el escenario. Las luces se apagan y un foco ilumina a Enzo. Noto cómo le tiembla la mano que

sujeta el micrófono cuando la melodía de «Can’t Take My Eyes Off You» empieza a sonar. Me acerco al escenario abriéndome paso entre el gentío sin apartar los ojos de él. Como si fuera uno de mis niños esta tarde, siento cómo busca mi mirada entre la multitud para sentirse seguro. Es entonces cuando por fin me ve y, por un instante, siento que solo estamos él y yo en la sala. Llega el estribillo y, por si fuera poco el hecho de que está haciendo lo que más odia en el mundo, también se suelta a bailar. No me puedo creer que esté cantando..., que me esté cantando a mí.

Quiero que este recuerdo viva en mi cabeza para siempre.

Al acabar la canción, el bar se vuelve loco con aplausos y Enzo, como buen actor, hace una reverencia para su público antes de bajar. Lo veo venir hacia mí como a cámara lenta y el corazón amenaza con salírseme del pecho.

—Antes de que digas nada —pone su dedo índice en mis labios—, escúchame, por favor.

Respiro hondo y me guardo los miles de preguntas que tengo para él. La última vez, cuando le cerré la puerta en las narices, no dejé que se explicara. Creo que es el momento de que hable. Acabo de vivir uno de los momentos más surrealistas de mi vida, pero hace días que no sé nada de él, no ha contestado a mi mensaje y no entiendo qué pasó con su ex.

—Lo primero, te pido perdón por no haber contestado a tu mensaje esta tarde. He estado trabajando en la única cosa que se me ha ocurrido para que me perdones y me ha sido imposible ir a la librería. Necesitaba dejarlo todo en orden antes de volver a verte.

Veo que saca el teléfono del bolsillo de sus pantalones y leo lo que pone en la pantalla.

«Demanda civil por infracción de derechos de autor contra Jeremy Mader».

—Ya está redactada, solo tienes que firmarla y presentarla. No tienes que tomar una decisión ahora mismo, te pasaré los documentos que hemos preparado con Michael para que los revises y tomes una decisión. Es cierto que no es tan sencillo como creía, ya que tu idea no fue publicada en ninguna parte antes de que él lo hiciera, pero tenemos a los mejores abogados de nuestro lado y le facilitaste imágenes en el *moodboard* que fusiló literalmente —añade.

No puedo ocultar que se me ha erizado la piel al oír cómo habla de nosotros en plural.

—No sé qué decir de todo esto —admito—. Me sentía muy dolida por lo que pasó en el cumpleaños de Allison y se me ocurrió que tal vez, si reunía todo lo que tenía sobre él, me creerías...

—Lo sé y ahora lo entiendo. Todo gracias a las mejores galletas de chips de chocolate. —Suelta una risa cómplice y no puedo evitar contagiarme de ella.

—Entonces, ¿no te vas a Vancouver?

—Ya sabes que no puedes creer todo lo que dicen en internet sobre mí. Siento mucho que fuese Claire la que te abrió la puerta aquel día, yo no sabía que estaba en mi piso.

Trago saliva y la imagen de Claire vuelve a aparecer en mi cabeza. Ella parecía tan cómoda allí, con la ropa de Enzo y el pelo despeinado. No acabo de entender qué hacía en su casa entonces.

—Olivia, fui un capullo esa noche. —Esta vez me obliga a mirarlo a los ojos poniendo su dedo índice en mi barbilla—. Tacharte de mentirosa solo fue una manera de intentar odiarte y esconder lo que siento..., todo por miedo a no ser capaz de decirte lo que realmente quería.

—¿Sí? —pregunto levantando una ceja—. Pues me encantaría escuchar eso que no me dijiste.

Enzo se muerde el labio inferior y me mira con ojos de cachorrillo. Por si no hubiese sido suficiente lo que acaba de hacer escasos minutos antes en el escenario, siento cómo la vergüenza vuelve a apoderarse de su cuerpo.

—Que estoy loco por ti y, aunque puede que pienses que soy un egoísta, no quiero que te vayas.

—Perdona, el tipo que está cantando ahora lo está haciendo fatal y no oigo nada con tanto berrido —miento intentando ocultar que se me va a salir el corazón del pecho.

Enzo me agarra de la cintura y me acerca a él, y el aire deja de pasar entre nosotros. Una vez más, siento como si el local estuviese vacío, sin nadie a nuestro alrededor. Se me eriza la piel al notar su respiración en mi oído cuando dice:

—Que estoy loco por ti y no quiero que te vayas.

Antes de que pueda decir algo más, nuestros labios se juntan. Toda la tensión que he acumulado estos días se desvanece de mi cuerpo cuando volvemos a ser uno. Es increíble lo mucho que echaba de menos volver a besarlo y, por la forma en que lo hace, veo que no era la única.

—No me voy a ninguna parte —digo cuando nos separamos—. Te presento a la nueva dueña de la librería Three Lives.

—¡¿Qué?! —exclama emocionado—. Así que mi actuación a lo Patrick Verona, haciendo honor a mi apellido, no ha sido en vano —añade orgulloso.

—No quiero bajarte de la nube, así que, sí, vamos a decir que ha sido todo por tu fantástica actuación —comento, y ambos nos reímos—. Por cierto, ¿cómo has sabido que *10 razones para odiarte* es mi comedia romántica favorita?

—Intuición —responde mirando hacia donde están mis amigas—. A mí también me gusta, pero no es la mejor.

—¿Y cuál es? —pregunto curiosa.

—La nuestra.

Es entonces cuando me doy cuenta de que no le falta razón. Todo lo que hemos vivido estos meses ha sido digno de un guion de película. La gran ciudad, conocernos por una perfecta casualidad y aferrarnos al cliché de no meter sentimientos de por medio, para acabar descubriendo que los dos sentíamos lo mismo por el otro.

De nuevo, pienso en la chica que decidió dar el paso de mudarse aquí y en cómo, por sentirse perdida, quiso acabar con ella a principios de año. No quiero volver a machacarme por dejarme llevar, quiero aferrarme a las oportunidades que me brinda la vida. Mientras las haya, ¿por qué debería preocuparme?

Epílogo



Olivia

Estos primeros meses como dueña oficial de Three Lives han sido... interesantes. Sí, dejémoslo ahí. Está claro que soy una afortunada por no tener que empezar de cero con este negocio. Ya tenemos una clientela, la gente del barrio nos conoce y, aunque Daisy ya no pasa todas las horas del día aquí, todo son ventajas teniendo su ayuda. De todos modos, a pesar de mi experiencia, he notado un gran cambio al pasar de trabajadora a jefa.

Como me dicen mis padres cada vez que hacemos videollamada: «Despacito y buena letra, Olivia».

Con la llegada de septiembre, varios de mis niños ya han venido a hacernos alguna que otra visita para preguntar cuándo empezará el curso de cuentacuentos. Muchos repetirán, y me alegra saber que también habrá muchas caras nuevas.

Otra de las cosas que está en marcha es la demanda contra Jeremy. Hablé con Michael y manejamos la opción de darle la posibilidad de rectificar antes de presentarla. Se le propuso que

admitiera públicamente, a través de sus redes y las de Allison, que toda su fama y todo su imperio comenzaron a raíz de apropiarse de ideas ajenas. Sin duda eso habría sido malo para su imagen, pero es lo que tiene ser un capullo. Al final, decidió que fuéramos a los tribunales. Es increíble el orgullo de esa persona. A pesar de tener a los mejores abogados, todo está yendo bastante despacio. Estoy tranquila, tengo mi verdad y un vídeo de Allison en borradores que no tardará en salir a la luz en cuanto tengamos un veredicto que confirme mi victoria.

«Adiós a tu reputación, Jeremy Mader».

—¡Hasta el lunes! —exclamo mientras pongo la alarma y cierro la reja.

Ahora tengo la extraña manía de despedirme de los libros cada vez que me voy, pero prometo que sigo estando cuerda.

Camino hacia la boca de metro para irme a casa. Es entonces cuando, al girar la esquina, me encuentro con Enzo apoyado en su coche.

—Me dijiste que no volvías hasta mañana por la noche —comento emocionada.

—He adelantado todo lo que tenía que hacer para poder regresar antes. Alguna ventaja debe tener ser uno de los jefes.

Acto seguido, me pone un mechón de pelo detrás de la oreja, me agarra con ambas manos la cara y posa un tierno beso en mis labios.

—Te he echado de menos —susurra.

—¿Tantos días sin verte y solo me das eso? —me quejo.

—El resto lo dejo para cuando lleguemos a mi casa.

—Está bien, pero antes necesito pasar por mi piso para recoger algunas cosas.

—¿Más cosas? —protesta mientras me abre la puerta del coche—. Pero si te compré una cómoda para que guardaras tu ropa y ya te has hecho con todas las baldas del mueble de mi baño.

No puedo evitar reírme al pensar que ya tengo más cosas en su piso que en el mío.

—Eso te pasa por dejarme tanto hueco —bromeo—. ¿Cuál es el plan de esta noche?

—Aparte de las ganas que te tengo después de una semana sin verte, me he acordado de que me debes un maratón de películas. ¿Qué te parece? —pregunta poniendo su mano en mi muslo mientras arranca.

—Después de tanto tiempo, me parece increíble que te sigas acordando de eso. No sé si estás preparado para verme cantar todas las canciones de Disney Channel.

—Mientras vayan con baile incluido, me conformo —replica, y yo pongo los ojos en blanco—. Por cierto, ¿cómo van las inscripciones para mi curso de teatro?

Como Michael y Allison ya se han mudado de forma oficial a California, Enzo ha tenido que viajar muchísimo estos dos últimos meses. A pesar de eso, hemos manejado muy bien la distancia, y el no estar todo el día juntos me ha ayudado a centrarme al cien por cien en la librería. Ahora que los dos estamos más acostumbrados a nuestros nuevos trabajos, estoy segura de que todo va a ir aún mejor. Aunque él tiene muchas responsabilidades en la empresa, no quiere dejar de lado su pasión por el teatro. Con la ilusión de un niño el día de Navidad, se le ocurrió formar un grupo de teatro para los más pequeños, con él como profe, claro está.

—Pues parece que pegar algunos carteles en la librería está dando sus frutos. ¡Tienes muchos pequeños artistas apuntados! El otro día vino Tom preguntando..., pero no te quedarás con él, te lo aseguro.

—Eso ya lo veremos —bromea.

Enzo conduce hasta mi piso y le pido que me espere en el coche mientras cojo mis cosas. Tal vez me odie cuando vea lo que llevo.

—Miedo me da todo lo que tienes en esa enorme bolsa —dice cuando llegamos a su casa.

—¿Quieres verlo? —respondo mientras camino hacia la habitación.

—Sorpréndeme.

—¡Cierra los ojos! —grito metiendo la mano en la bolsa—. ¡Ya puedes abrirlos!

Enzo se acerca a mí y suspira al ver lo que escondía.

—Olivia, estamos en septiembre. No puedes llenar mi casa de calabazas todavía —dice dándome un beso en la frente.

—Esto es el colmo. —Hago un puchero—. He tenido que enamorarme del único norteamericano que odia la *Spooky Season* —exagero dejándome caer en la cama de forma dramática.

Noto cómo Enzo se apoya en el colchón y empieza a subir despacio por mis piernas, hasta que se queda a pocos centímetros de mi boca.

—¿Has dicho «enamorarme»?

Noto que mis mejillas empiezan a arder y mi pulso se acelera. Tal vez no debería haber dicho eso.

—Solo es una manera de hablar —titubeo incorporándome, buscando un poco de aire—. Una exageración, sí.

—Es una pena —dice buscando mis labios de nuevo—. Si estuvieras tan enamorada de mí como lo estoy yo de ti, te dejaría decorar mi casa de Halloween a tu antojo.

—Eso es chantaje —bromeo nerviosa.

—No, solo ha sido una excusa para decirte que te quiero —añade mirándome a los ojos.

Me pellizco el brazo con disimulo para asegurarme de que no estoy soñando. Enzo se coloca encima de mí y comienza a dejar besos por encima de mi camiseta, recorriéndome el cuerpo hasta el cuello.

—Te quiero —susurro cuando está cerca de la comisura de mi boca.

Esas dos palabras hacen que se encienda y cuela sus manos por debajo de mi ropa. Nos besamos con ansia, siete días son demasiados sin tocarnos. Es entonces cuando, con mucha fuerza de voluntad, me separo de él al ver que comienza a quitarme la ropa.

—Un segundo —digo con la respiración entrecortada—. Aún hay otra cosa en la bolsa que he traído.

Enzo levanta una ceja curioso y alza las manos dejando que me escape. Antes de que se lo pida, cierra los ojos y cojo mi última sorpresa. Me cambio en el baño a la velocidad de la luz y, cuando acabo, me apoyo en el marco de la puerta para que me vea desde la cama.

—Ya puedes abrir los ojos.

Enzo cumple mis órdenes, se incorpora y me mira sorprendido.

—¿Quieres ser el Gómez de esta Morticia? —digo intentando aguantarme la risa.

Me he colocado una peluca larga y lacia de color negro, junto con un vestido ajustado del mismo color.

—¿Cómo puede ser que todas las pelucas te queden bien? —pregunta haciendo un gesto para que me acerque de nuevo a la cama.

—Eso es porque me ves con buenos ojos —respondo con una sonrisa—. No has respondido a mi propuesta.

Antes de que siga haciendo un puchero, me agarra de las caderas sin que pueda mostrar resistencia y me sienta en la cama con

cuidado. Él se queda de pie, me agarra la mano y comienza a dejar un rastro de besos por todo mi brazo, despacio, hasta llegar a mi mejilla. Su gesto hace que toda mi piel se erice y, cuando estoy preparada para que nuestros labios vuelvan a juntarse como dos imanes, dice en un susurro:

—Acepto, cara mía.

Y así es como el maratón de películas tiene que esperar un poco más.

Agradecimientos

Creo que no puedo acabar de otra manera distinta a como he empezado esta novela. Sin mis seguidoras y fieles lectoras nunca habría conseguido seguir escribiendo. De nuevo, gracias por hacer posible algo que me hace tan feliz.

Gracias a mi familia y amigas por no enfadarse conmigo al haber mantenido esta historia en secreto prácticamente hasta que no vi el boceto de la cubierta. Sabéis que tengo un serio problema con creer que las cosas se gafan si las dices en voz alta antes de tiempo. Os quiero muchísimo, gracias por apoyarme en cada uno de mis proyectos. Sean del tamaño que sean.

A mis editoras, Esther y Valentina, por acompañarme una vez más en esta aventura y haber amado a Enzo Verona desde su primera aparición en esta historia.

A Sara y a Meri, por aguantarme en cada firma, soportar mis dramas y cuidarme tantísimo.

Gracias al Grupo Planeta, en especial a MatchStories, por confiar de nuevo en mí.

Gracias a Adrián por darme ese empujón cada vez que no me sentía lo suficientemente válida para volver a escribir.

Por último, pero no menos importante..., aprovecho para darme las gracias a mí misma, porque nunca soy capaz de celebrar mis propios logros. Mi psicóloga dice que tengo que cambiar eso, y no le falta razón.

Banda sonora

«Empire State of Mind», ℗ 2010 The Island Def Jam Music Group, interpretada por JAY-Z con la colaboración de Alicia Keys.

«Feather», ℗ 2023 Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Sabrina Carpenter.

«Love Someone», ℗ 2018 Warner Records Inc. para el mundo excluyendo Alemania, Austria, Suiza, Finlandia, Suecia, Noruega, Dinamarca y Francia, interpretada por Lukas Graham.

«Every Breath You Take», ℗ 2016 A&M Records, interpretada por The Police.

«Online Girl (in the World)», ℗ 2016 Def Jam Recordings, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Rihanna.

«New Light», ℗ 2021 Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por John Mayer.

«I'm just Ken», ℗ 2023 Atlantic Recording Corporation, Warner Bros. Entertainment, Inc. & Mattel, Inc., interpretada por Ryan Gosling.

«Pink Pony Club», ℗ 2023 KRA International Inc., bajo licencia exclusiva de Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Chappell Roan.

«Just Like Heaven», ℗ 2004 Elektra Entertainment Group. Fabricado y comercializado por Warner Strategic Marketing, interpretada por The Cure.

«S.O.S.», ℗ 2023 Jonas Brothers Recording, Limited Liability Company, bajo licencia exclusiva de Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Jonas Brothers.

«Eres tonto», ℗ 2008 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por El Canto del Loco.

«Chocolate», ℗ 2013 The 1975, bajo licencia exclusiva de Vagrant Records, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por The 1975.

«The Best of Both Worlds», ℗ 2006 Walt Disney Records, interpretada por Hannah Montana.

«Can’t Fight The Moonlight», ℗ 2002 Curb Records, Inc., interpretada por LeAnn Rimes.

«Somethin’ Stupid», ℗ 2008 Frank Sinatra Enterprises, LLC, interpretada por Frank Sinatra con la colaboración de Nancy Sinatra.

«About You Now (How I Feel)», ℗ 2023 Luca-Dante Spadafora, bajo licencia exclusiva de Universal Music GmbH, interpretada por Sugababes.

«I Wanna Go», ℗ 2011 JIVE Records, una unidad de Sony Music Entertainment, interpretada por Britney Spears.

The Doors (álbum), ℗ 2021 Rhino Entertainment Company, una compañía de Warner Music Group. Todos los derechos reservados, interpretada por The Doors.

«The Crystal Ship», ℗ 2021 Rhino Entertainment Company, una compañía de Warner Music Group. Todos los derechos reservados, interpretada por The Doors.

«Flowers», ℗ 2023 Smiley Miley, Inc., bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Miley Cyrus.

«Wannabe», ℗ 2021 Virgin Records Limited, interpretada por Spice Girls.

«Thrift Shop», ℗ 2012 Macklemore, LLC, interpretada por Macklemore con la colaboración de Ryan Lewis.

«What a Feeling», ℗ 2015 Simco Limited, bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por One Direction.

«Dance the Night», ℗ 2023 Atlantic Recording Corporation, Warner Bros. Entertainment, Inc. & Mattel, Inc., interpretada por Dua Lipa.

«I Want to Know What Love Is», ℗ 2008 Rhino Entertainment Company, una empresa de Warner Music Group. Todos los

derechos reservados. Comercializado por Rhino Entertainment Company, interpretada por Foreigner.
«Silver Springs», Ⓟ 2013 Warner Records Inc. Comercializado por Rhino Entertainment Company, una compañía de Warner Music Group, interpretada por Fleetwood Mac.
«Can’t Take My Eyes Off You», Ⓟ 2004 Bob Gaudio y Frankie Valli d/b/a The 4 Seasons Partnership, por acuerdo con Warner Special Products, interpretada por Frankie Vall.

Biografía

Nerea Pascual Beltrán, más conocida en las redes sociales como @lanenahbrugal, nació en Alicante, ciudad que adora, el 19 de marzo de 2001. Estudió Caracterización y Maquillaje Profesional, pero decidió llevar sus estudios por un camino menos convencional y comenzó a crear contenido en las redes sociales, donde ya cuenta con más de 2,5 M de seguidores en TikTok. Además, es vicepresidenta de la Asociación Charlie, que apoya la investigación del sarcoma de Ewing y contribuye al bienestar de los menores con cáncer.

Encontrarás más información de la autora en:

Instagram y TikTok: @lanenahbrugal

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Amor fuera de serie
Nerea Pascual

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Vero Navarro
© Fotografía de la autora: Hugo G. Pecellín

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

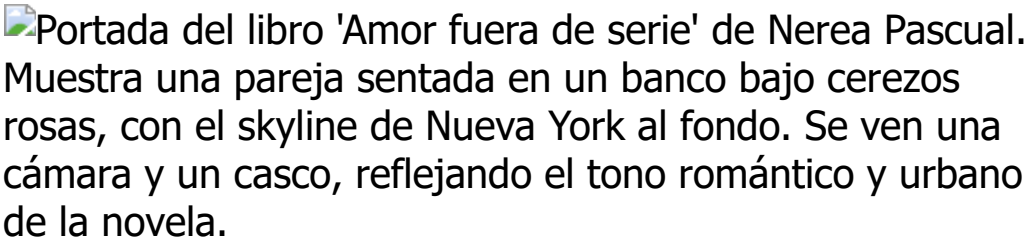
© Nerea Pascual, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-08-31711-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro 'Amor fuera de serie' de Nerea Pascual. Muestra una pareja sentada en un banco bajo cerezos rosas, con el skyline de Nueva York al fondo. Se ven una cámara y un casco, reflejando el tono romántico y urbano de la novela.